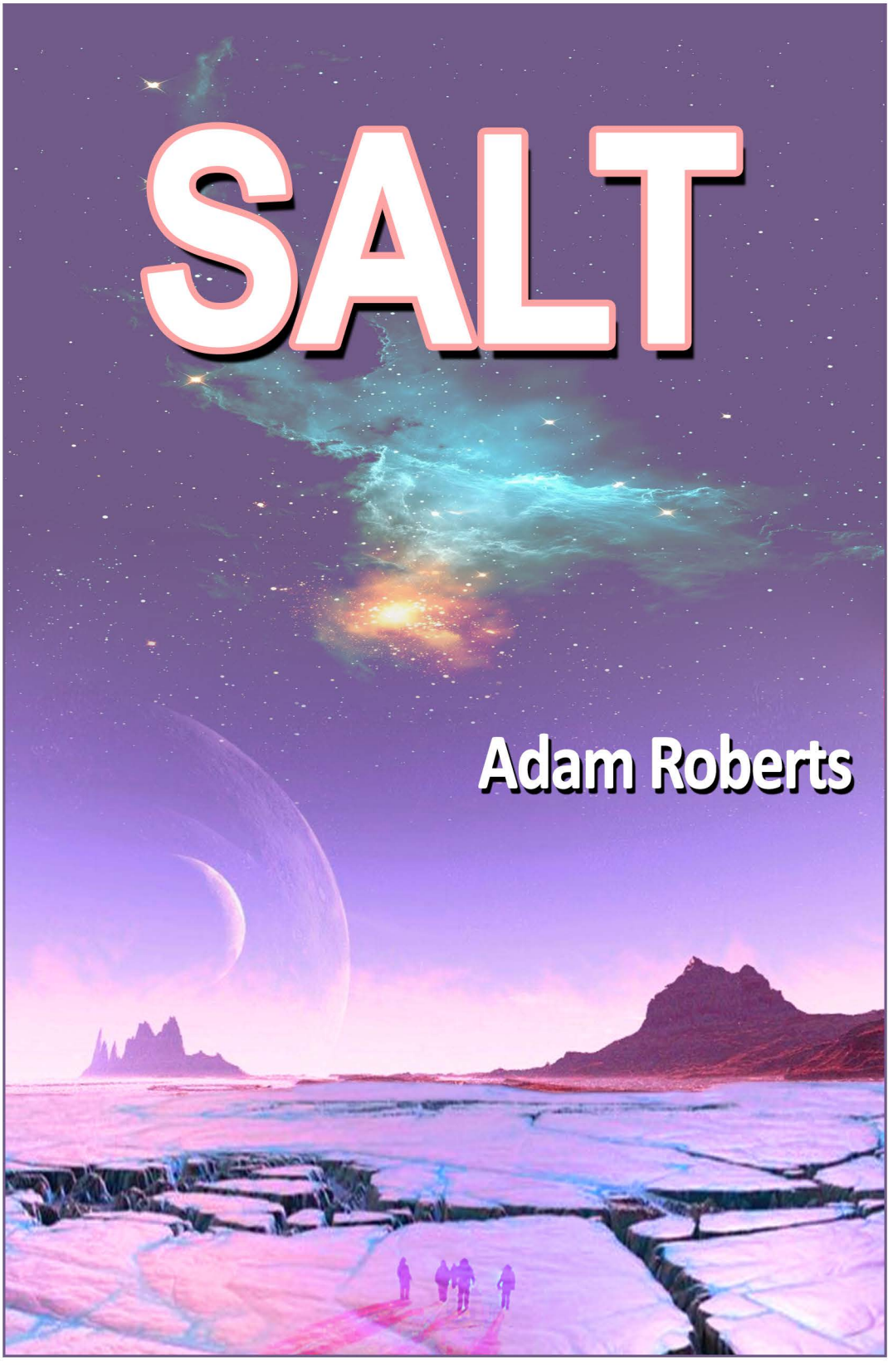

SALT
Adam Roberts

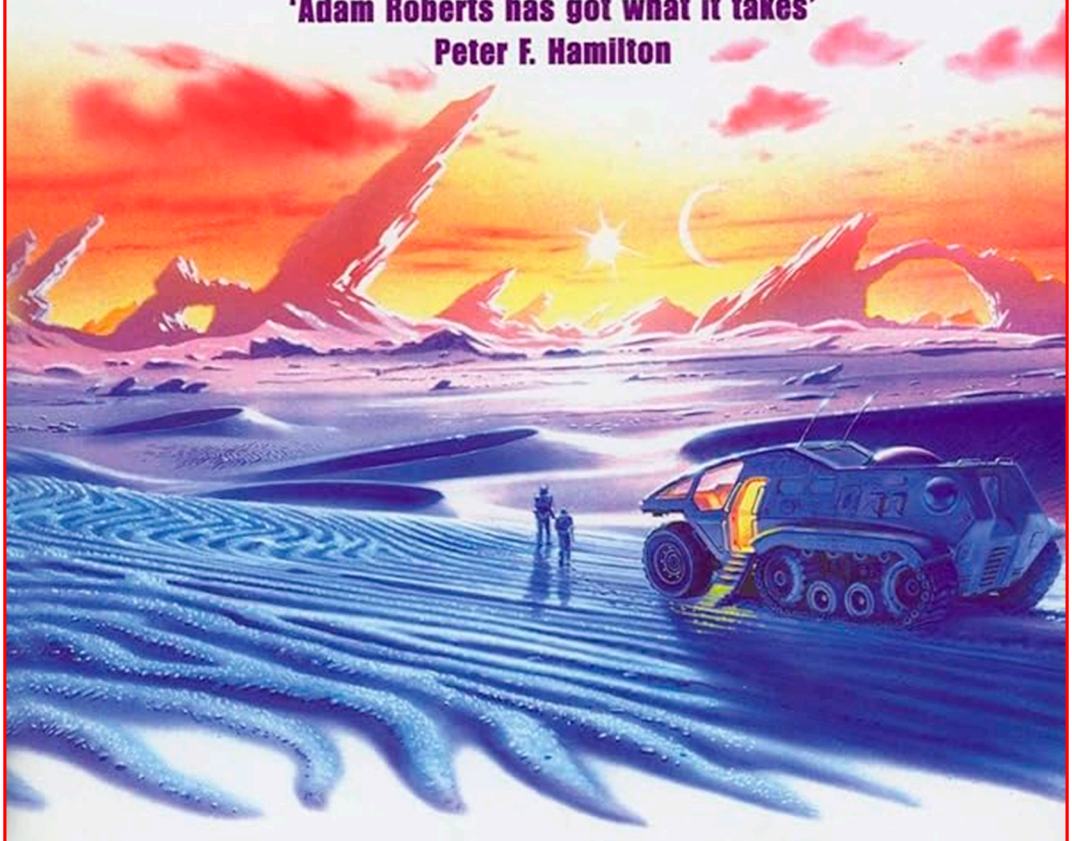
Una nave colonizadora terrestre llega a su destino tras 37 años de viaje, transportando trece colonias independientes en módulos construidos individualmente. Bautizado como "Sal" debido a su composición química algo áspera, su destino es inicialmente colonizado pacíficamente por todas esas colonias. Sin embargo, un grupo siempre ha estado esperando el momento oportuno para asumir su “destino manifiesto”, y poco después del aterrizaje estalla la guerra.

Senaar es incapaz de tolerar la existencia de Als, una sociedad anarquista que desmiente la creencia senaariana de que la gente "debe" trabajar y "debe" tener líderes que "deben" decirles qué hacer; de ahí la "justicia" de la guerra contra ellos.

Hay dos narradores: Petja, miembro del colectivo anarquista Als, y Barlei, líder de Senaar, una especie de megalómano estilo Netanyahu/Hitler en una sociedad capitalista dictatorial. Ambos relatan, en pasajes alternos, sus experiencias.

SALT

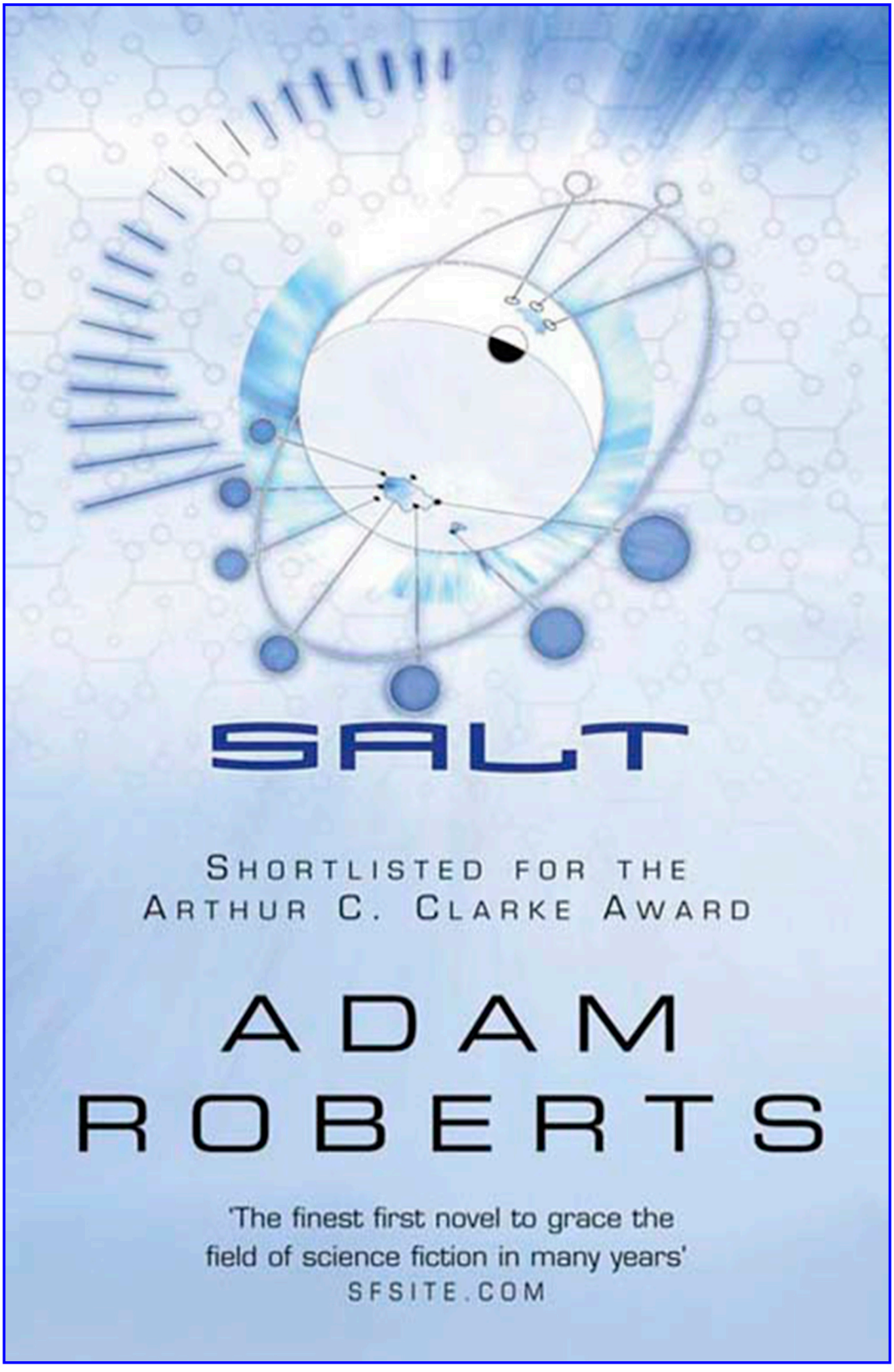
'Adam Roberts has got what it takes'
Peter F. Hamilton



ADAM ROBERTS

Adam Roberts

SALT


SALT
SHORTLISTED FOR THE
ARTHUR C. CLARKE AWARD
ADAM
ROBERTS
'The finest first novel to grace the
field of science fiction in many years'
SFSITE.COM

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2000 por Gollancz.

www.adamroberts.com

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prefacio: SALT, de Adam Roberts. Stuart Carter

I. Viaje

II. El zorro y el león

III. La incursión

IV. Errante

V. Hacer la guerra

VI. El regalo

Acerca del autor

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas: Steve Calcutt y la Agencia Anubis; Simon Spanton; Malcolm Edwards; Tony Atkins; Katharine Scarfe–Beckett; Angela Bloor; Sara Salih; Oisin Murphy–Lawless

Este libro es para Sarah.

Prefacio

SALT, DE ADAM ROBERTS

Stuart Carter

Doris Lessing e Iain Banks colaboran para para reescribir *Los desposeídos*, ¡y lo hacen mejor de lo que cualquiera podría esperar!

Vale, no es precisamente un título de gran éxito, pero, por favor, confíen en mí: *Salt* es un libro conmovedor, inteligente y magnífico.

Una nave colonizadora terrestre llega a su destino tras 37 años de viaje, transportando doce colonias independientes en módulos construidos individualmente. Bautizado como "Sal" debido a su composición química algo áspera, su destino es inicialmente colonizado pacíficamente por todas

ellas. Sin embargo, un grupo siempre ha estado esperando el momento oportuno para asumir su “destino manifiesto”, y poco después del aterrizaje estalla la guerra cuando intentan someter o destruir (su líder les da la opción) una colonia vecina con diversos pretextos endebles, como ejemplo de su poder para todas las demás colonias.

Esa es la trama; la historia es algo completamente distinto.

Hay dos narradores: Petja, miembro del colectivo anarquista Als, y Barlei, líder de Senaar, una dictadura capitalista. Ambos relatan, en pasajes alternos, sus experiencias, tanto la llegada como la caída en la guerra.

Es un recurso clásico y Salt demuestra por qué es una obra popular. Existe una dicotomía hermosa y a la vez frustrante. Ambos narradores están absortos en sí mismos: uno porque considera a todas las personas como individuos y, por lo tanto, intrínsecamente importantes; el otro porque es el líder de su pueblo y, por lo tanto, intrínsecamente importante. Las secciones de Barlei son más curiosas de leer debido al asombroso doble lenguaje que emplea; George Orwell se habría sentido orgulloso. Por otro lado, las secciones de Petja son interesantes por sí mismas, pero carecen del humor negro, la doblez y el descaro de Barlei.

Senaar guarda un parecido más que superficial con ciertas superpotencias mundiales actuales y sus aliados, no solo por la retórica vacía que rinden a su amado sistema democrático

de poder (basado en el valor monetario de los ciudadanos); ni por la implacable convicción del apoyo divino a su guerra totalmente injustificada contra los Als, ni por su actitud paternalista hacia sus vecinos relativamente pobres (una frase casual afirma que se está poniendo "de moda" que los hijos ricos de Senaar los visiten; ni se me ocurriría sugerir que viajan con mochilas...), ni por su condena de cualquier medida defensiva concebible por parte de Als como "terrorismo despreciable" (¡si Adam Roberts no ha leído ninguna de las obras fundamentales de Noam Chomsky, me como mi boina!).

El líder de Senaar, en una declaración singularmente reveladora, señala: «Esta guerra ha sido el sabor de nuestra vida. Sin ella, la vida habría sido la monótona rutina de sembrar y cosechar, de casarse y dar a luz, de crecer y morir. Pero la guerra nos ha dado interés, emoción; ha hecho que la vida sea más apetecible». Esto me parece una declaración contundente que ilustra hasta qué punto algunos consideran insignificante el milagro fundamental de la vida humana.

Senaar es incapaz de tolerar la existencia de Als, una sociedad anarquista trabajadora que desmiente la creencia senaariana de que la gente "debe" trabajar y "debe" tener líderes que "deben" decirles qué hacer; de ahí la "justicia" de la guerra contra ellos.

Para aportar un poco de "equilibrio" a este comentario, cabe señalar que los anarquistas de Als no son víctimas

patéticas arrastradas indefensas hacia la extinción, sino que luchan con vigor y eficacia, pero no bajo los términos "legales" de Senaar (un término eufemístico, ya que Senaar decide qué es "legal" y qué no lo es).

Als es muy, muy diferente de Senaar y no muy distinto del Anarres de Le Guin en *Los desposeídos* (aunque los avances más recientes en la tecnología de la ciencia ficción han llevado a que las sociedades anarquistas sean mucho menos austeras).

Als no es una utopía anarquista idílica (obviamente, desde mi perspectiva limitada y jerárquica). La aparente ingenuidad al tratar con las otras sociedades más rígidas que los rodean parece poco realista en el mejor de los casos: ¿es posible que se hayan distanciado tanto del resto de la civilización humana a pesar de haberse desarrollado en un planeta superpoblado?

Pero es precisamente por este punto ciego ideológico que Salt funciona mejor que *Los desposeídos*; por la yuxtaposición de las diferentes culturas y porque la ambientación de Salt es un microcosmos de nuestro mundo actual. Es un libro muy británico —o quizás europeo—, no me lo imagino escrito por un autor estadounidense, pues es demasiado pesimista y está impregnado de una inevitable tragedia, y al mismo tiempo, por su sátira política. Si hiciera falta alguna prueba más de que el verdadero enfoque de la

ciencia ficción no es el mañana, sino el hoy, entonces Salt es la prueba.

Si te atrae el trasfondo político de las novelas de Banks y las exigencias de las de Doris Lessing, entonces te encantará Salt.

Si te gusta la ciencia ficción inteligente que te hará reír y suspirar, entonces te encantará Salt.

En cualquier caso, te encantará Salt.

https://www.infinityplus.co.uk/nonfiction/saltrev.htm

Capítulo I

VIAJE

Petja

La sal es un cristal compuesto de sodio y cloro; facetado y transparente. Simple y puro. ¿Qué vida podría existir sin sal? Se la conoce como el diamante de Dios, lo que nos hace conscientes de la infinita variabilidad de la escala desde la perspectiva divina. Este diminuto fragmento de halita es un punto, un átomo; pero para Dios jamás se perderá, jamás se pasará por alto ni se ignorará. Cada grano es un paisaje, un mundo. Es un gran acantilado, un diamante tan grande como una montaña, un enorme cubo de hielo. En él se encuentran incrustados mamuts lanudos, hombres con muecas, edificios, coches, árboles, todos dispuestos en ángulos entre

sí. La superficie del mundo es una lámina, lisa como plástico pulido, plana como el cristal.

Y la sal combina el bien y el mal, el yin y el yang, Dios y el Diablo. Tomemos el sodio, que es el sabor de la vida. Sin sodio corporal, el cuerpo no podría retener agua en sus tejidos. La falta de sodio conduce a la muerte. Nuestra sangre es una sopa de sodio. Y aquí está el metal, tan blando que puedes deformarlo entre tus dedos como cera; es blanco y perlado, como la luna en una noche pura. Échalo en agua y se alimenta vorazmente de las olas; engulle el oxígeno y libera el hidrógeno con tal fuerza que se inflama y arde. El sodio es de lo que están hechas las estrellas. El sodio es el metal, curvado en formas rococó, que corona el tocado y los brazos del trono de Dios. Pero aquí está el cloro, verde, gaseoso y nocivo como los humos del infierno. Blanquea, quema, asfixia, mata. Es más pesado que el aire y se hunde, cayendo hacia abajo, hacia el infierno del que proviene. Y aquí estamos nosotros, tú y yo, suspendidos entre el Cielo y el Infierno. Somos salados.

Llevábamos treinta y siete años viajando. Sin contar los dieciocho meses que tardamos en ensamblarnos en órbita terrestre y acelerar lentamente con cohetes de desplazamiento en una órbita de captura para atrapar nuestro cometa. Ni las dos semanas que pasamos lidiando con ese mundo helado humeante; para arreglar nuestro cable (mi principal área de especialización); para instalar

quemadores en un circuito zodiacal alrededor del cable central, y luego para establecer nuestra orientación final con explosivos de empuje. Entonces, apuntando en la dirección correcta, comenzamos a acelerar. Nuestro cometa, combustible y amortiguador, ganó velocidad lentamente. Nosotros, extendidos a lo largo del cable detrás, once pequeños habitáculos como conchas marinas en el collar de un niño. ¿Sabes cuánto tiempo tardamos en alcanzar la velocidad de viaje? Con aceleraciones de más de 1,1 g, aceleramos durante más de un año. Un año de gravedad, cuando no podía haber hibernación; un año despiertos, apretujados con nuestros hermanos y hermanas, nuestros hijos, nuestros amigos y enemigos, nuestros amantes y ex amantes. Un año de sentirnos atrapados y agobiados, de oler a sudor y mierda; de comer comida reciclada. Un año de juegos, de charlas, de meditación, de nada que hacer y nada que hacer y nada que hacer salvo esperar que nuestro cometa nos guiara hacia el valiente mundo nuevo.

Y, por supuesto, hay que preocuparse, porque muchas cosas pueden salir mal. El cometa puede fracturarse, romperse como una gema bajo un martillo. Por muy bien que esté sujeta la cuerda, puede haber fallos que la irriten y que, con el tiempo, la suelten bajo la presión de la aceleración. Y si eso ocurre (he visto simulaciones), entonces todo el mundo de hielo simplemente estalla, se rompe como una ventisca de papel, como una tormenta de... bueno, de sal. Entonces, si la aceleración no ha alcanzado una

velocidad demasiado alta, hay que usar el preciado combustible para frenar, dar la vuelta y regresar a casa al ritmo lento, lento, de los cohetes de desplazamiento; lo que puede llevar años. Y si la aceleración ha ido demasiado lejos, si se viaja a una fracción demasiado grande de c, entonces no hay nada que hacer. Se gastaría todo el combustible intentando frenar; uno está en la oscuridad, en la nada. No hay cometas que agarrar, que proporcionen combustible para un viaje de regreso. Lo mejor es tranquilizarse, dormir, dejar que las naves avancen lentamente, con la esperanza de sobrevivir los cincuenta, cien o mil años que tardarán en llegar a su destino sin ir a toda velocidad. Claro que no lo lograrán. Se volverán locos. O, sin una barrera contra cometas, serán destrozados por los restos del espacio profundo. Los ácaros, las motas. Incluso una mota puede matar a fracciones de la velocidad de la luz. Esta es otra razón por la que nos escondemos tras grandes bloques de hielo y roca en nuestro viaje, para despejar el camino.

A veces un cometa se topa con un obstáculo demasiado grande. Eso puede suceder, suponemos, pero si sucede, ¿quién sobrevivirá para contarlo? Las naves se pierden. Algunas naves pueden perderse y nosotros, sin saberlo mejor, suponemos que están bien. Creemos que han llegado a su destino y que han enviado un mensaje a veinte años luz de distancia para avisar. Y durante esos veinte años pensamos con esperanza, suponemos lo mejor. Pero cuando no llega ningún mensaje, si no llega ningún mensaje después

de veinticinco años, o treinta años, empezamos a dudar. ¿Siguen viajando, ralentizadas por alguna calamidad? ¿O su paso chocó, a 0,7 c, con un bulto de tamaño mediano? ¿Alguna barrera efectiva que casualmente estaba en su camino? ¿Alguna mina cósmica, colocada por Dios? Piensen en el impacto, en la inmensidad de la fuerza. Incluso con nuestros domos extendidos casi un kilómetro detrás de la barrera, las consecuencias serían catastróficas.

Somos tan frágiles. Nos disolveríamos en la inmensidad como la sal en el agua. Ah, pero no debo forzar la analogía.

¿Quieren que les cuente la intimidad de vivir durante el año de la aceleración? La presencia constante de otras personas, la falta de privacidad tal que esta se convirtió en un concepto vagamente recordado. La gente defecaba mientras otros, cerca de ellos, masticaban su desayuno, demasiado aburridos incluso para mirar. Los amantes copulaban y, a escasos centímetros, un anciano y una anciana discutían amargamente, ajenos a todo. La enfermiza luz artificial se encendía al amanecer con una brutal brusquedad; se apagaba al anochecer como una esperanza extinguida. La oscuridad se llenaba de gruñidos, flatulencias, mocos, toses. El murmullo de la gente seguía hablando, pero sin la energía de una vida nocturna normal, porque estábamos en la noche más oscura, la noche del abismo interestelar. Hablar en voz alta, cantar o bailar, parecía de alguna manera impertinente en esa oscuridad, y lo único que se oía era el murmullo de la gente hablando consigo

misma, sumida en la locura o la desesperación. Es curioso cómo el murmullo de alguien en una conversación, incluso si el interlocutor solo escucha en silencio, es tan distinto del murmullo de una persona solitaria. ¿Quieres que te cuente lo que más me impactó durante los primeros meses? El mal estado de la piel de la gente. Tomábamos suplementos, vitaminas, minerales, pero aun así la tez se desvaneció y se volvió pustulosa. Manchas y puntos, todo tipo de forúnculos y erupciones. Una mujer hermosa, mi amante antes de embarcar, desarrolló grandes llagas alrededor de los labios, los mismos labios que solía besar con tanto placer apasionado. Como constelaciones en descomposición en el cielo, un anillo de llagas rojas y de aspecto irritado, alrededor de sus labios. Como una burla a su hermosa boca besadora; como una sátira del deseo humano de besar con la boca. Pero no era ella sola. Todos nos llenamos de granos, todos sentimos que nuestra piel se secaba y dolía, y todos sufrimos brotes. No me atrevía a acercarme a un espejo; no me atrevía. Tenía demasiado miedo de ver cómo mis elegantes rasgos habían sido desfigurados. Siempre me han dicho que soy un hombre quisquilloso; algunos incluso se han atrevido a llamarme vanidoso. Quizás lo sea, y tal vez ese año fue una humillación para mi vanidad. La obra de Dios es misteriosa, como el movimiento de una danza que no comprendemos.

Sudábamos y nuestra ropa apestaba. A nadie le importaba lavar la ropa, a pesar de que pasábamos todo el tiempo

aburridos, anhelando algo que hacer. Todos defecábamos en la letrina comunal, donde las máquinas procesaban nuestros desechos y nos daban bloques para volver a comer. ¿Te estoy repugnando? Quizás sí. Pero debes comprender cómo la vida perdió su sabor. Los restaurantes de comida rápida le añadían sal a todo, pero la sal no le daba sabor a nuestra vida. La luz nos lastimaba los ojos y, finalmente, nuestra vista se nubló bajo la fluorescencia. Todo se desvaneció. Las amistades se desvanecieron, el amor se desvaneció, la memoria se desvaneció. Nos despertábamos con el clic de las grandes luces y seguíamos con nuestros quehaceres bostezando y rascándonos, trabajando por costumbre y no por convicción. Apenas podíamos mantenernos despiertos durante el día, tan agotadora parecía la rutina. Y luego, por la noche, las luces parpadeaban y se apagaban, dejando solo un resplandor moribundo en los paneles; y luego todo se volvía negro, la oscuridad de los espacios entre las estrellas. Los seres humanos necesitamos algún consuelo para permanecer en la oscuridad, algún atisbo de tenue luminosidad, una luna menguante tras nubes oscuras; en la oscuridad total nos resulta demasiado difícil conciliar el sueño. No podíamos dormir; nos quedábamos despiertos murmurando entre nosotros.

El suelo estaba lleno de basura. Por más tareas de limpieza que me asignaran, siempre parecía haber más. Estábamos infestados de piojos. Nadie sabía de dónde venían. Se

suponía que todos los pasajeros, objetos y pertenencias habían sido esterilizados; toda la carga se había almacenado en los contenedores de salida y, por lo tanto, había estado expuesta a la radiación espacial que, sin duda, debería haber esterilizado el contenido de nuevo. Pero los huevos de piojos vinieron de algún sitio, y entonces todos estábamos infestados. Otras naves se libraron de la plaga, pero eso solo nos amargó más, nos hizo sentir injustamente señalados para sufrir. ¿Pero de dónde venían? Algunos decían que los habían dejado los obreros que construyeron la nave en órbita. Otros decían (esto era más fantasioso) que los huevos de piojos estaban congelados en el propio cometa, porque teníamos una tubería desde el cometa hasta nuestra nave para el agua. Una historia absurda, ya que el lodo que bajaba del cometa se descontaminaba completamente antes de ser vertido en el depósito general de la nave. Pero por alguna razón la historia se mantuvo; el rumor es más persistente que el sentido común. Supongo que a la gente le gustó la idea de que habían sido infestados de piojos espaciales, alguna especie alienígena prehistórica atrapada en la tumba de hielo del cometa, para luego descongelarse y alimentarse de nuestra sangre. Nos afeitamos la cabeza y nos aplicamos un antiséptico improvisado de bicarbonato de sodio en el cuero cabelludo: era un sólido blanco y escamoso que teníamos que frotar sobre nuestros cráneos calvos con las palmas de las manos. Recuerdo que, en una jornada de limpieza, recogimos tantos cabellos humanos desechados que la máquina se atascó.

¿Quieren que les cuente cuál fue la tasa de suicidios durante el año de aceleración? Tres personas se suicidaron en un mes, pero eso probablemente tuvo más que ver con la ansiedad y la angustia por la partida que con la locura en el camarote. A los seis meses hubo siete suicidios y otros doce intentos. La mayoría ingirió cantidades tóxicas de los químicos estándar de la nave. En el séptimo mes alguien robó una lanzadera. Solo teníamos doce lanzaderas, y eran preciosas para nosotros, porque sin ellas no podíamos dar servicio a nuestra nave. ¿Alguna vez han observado pájaros? Teníamos pájaros, por supuesto, como parte de nuestra arca, pero eran criaturas desesperadas, que se lanzaban contra las paredes y se alejaban con un aleteo fulgurante, atrapadas en la jaula que era nuestra nave. No eran los ángeles que habíamos esperado, eran máquinas para producir mierda viscosa y ensuciar nuestro hogar. Pero cuando los observabas, veías lo meticulosos que eran, cómo se acicalaban cuidadosamente. Cómo acariciaban cada pluma con sus picos, prestando la mayor atención a su plumaje, porque a menos que se mantuviera en las mejores condiciones no podían volar. Y así era con nosotros, pues también éramos criaturas voladoras, volando sin aire. El detalle de trabajo más popular era el de la lanzadera, porque daba la ilusión de escape. Salir de la nave, aunque solo fuera para viajar unos pocos metros. Y luego acicalarse, revisar la superficie de la nave, probar el cable, viajar con noticias y suministros comerciales por el cable o por el cable a las naves vecinas. ¡Cómo valorábamos el detalle de la

lanzadera! Creo que había prácticas corruptas para obtener los puestos, que había sobornos y pactos sexuales ilícitos. El detalle se convirtió en una especie de moneda para nosotros, como el dinero. ¿Y por qué? Había viajado por cada una de las once naves, viajado extensamente por ellas mientras se construían y ampliaban en órbita. Todos lo habíamos hecho. La nave que estaba sobre nosotros, la *Senaar,* era en la mayoría de los aspectos exactamente igual a la nuestra. El barco que descendía por el cable, el *Babulonis,* era el mismo. La gente era la misma, la misma que habíamos intentado evitar antes del viaje. Pero cuán estrecha se vuelve la mente humana; llegamos a ese punto en que un viaje por el cable para beber vodka tibio con algunos senaarianos parecía casi un viaje al Monte Sion para vislumbrar la Tierra Prometida.

Pero esta mujer, y recuerdo que se llamaba Katarinya, obtuvo el servicio de transporte. Y en la esclusa de aire incapacitó a su compañero con un cuchillo (fue un corte bastante profundo, recuerdo, y por supuesto no sanó durante muchos meses; en ese aire, los cortes se negaban a sanar). Así que sacó el transporte y quemó los motores mientras volaba por el cable. Vean las imágenes de la escapada y verán los motores brillar, y brillar demasiado, y luego repentinamente estallar en luz y apagarse. Forzó los motores, pero lo hizo deliberadamente. Bajó por el cable, pasó por encima de las dos naves que colgaban allí, y luego golpeó el ancla de mineral en el extremo del cable. Una

colisión silenciosa, un aplastamiento de la nave y un brillo cuando las entrañas se derramaron. Ahora bien, algunos dijeron que no había tenido la intención de estrellarse contra el ancla de mineral y morir de forma tan espectacular; Dijeron que se había vuelto loca por un niño que había dejado atrás, que había estado molestando con llamadas a los capitanes de los otros barcos en un intento de que se revirtiera la misión. Pero no hubo reversión, y (dicen) se volvió loca en la cabina y robó la lanzadera para volar de regreso a casa, pero sobrecargó los motores y estos explotaron y entonces se estrelló. Habría necesitado estar loca, porque el viaje habría sido mortal, incluso con el ancla de mineral que se interponía en el camino. Estábamos a siete meses de distancia, a un promedio de 0,36 c. Calcula la distancia. ¿Y cuánto aire y agua hay en una lanzadera?

Pero ella fue simplemente el más espectacular de los suicidios. ¡Qué sedientos estábamos de noticias! Y sin embargo, qué rápido nos cansamos de esta, lo más destacable que había ocurrido en todo el viaje. Qué cansados estábamos de las noticias, y sin embargo, cómo seguíamos hablando de ello. Repasando la historia de la mujer, su familia, sus motivos. ¿Y yo? ¿Les diré (pero no deben pensar que soy insensible) que mis peores temores eran por el ancla de mineral? Pero yo había amarrado ese mineral, había trabajado durante semanas para equilibrar los componentes separados del mineral para que ninguna parte fuera más masiva que otra; la fusión de minerales

raros en el sistema de destino; más una masa de bucky prefabricado. Y luego, detrás, colgamos el oxígeno: 750.000 toneladas de oxígeno congelado, extraído del sistema joviano, y mantenido en su lugar con una red de cables arquitectónicos. Podría haberlo roto todo de un solo golpe. ¡Qué inconveniente habría sido! Pero el ancla de mineral se mantuvo firme.

Digan lo que digan los demás, sé que Katarinya pretendía chocar contra el ancla de mineral. Era su forma de ser. No soportaba la lentitud ni la espera; necesitaba fuegos artificiales. Deberíamos estar agradecidos, y yo lo estoy, de que decidiera no ascender por el cable y estrellarse contra el cometa, mucho más frágil. De esa forma, todos podríamos haber muerto junto a ella.

Después de eso, hubo una locura por los suicidios; el tema estaba candente, y como todo el mundo hablaba de ello y no había nada más de qué hablar, para algunos se convirtió en una obsesión. Y si no piensas en otra cosa durante días y noches, llegará el momento en que tendrás que intentarlo. La gente se apuñalaba, y trataba de escalar para usar la fuerza de 1,1 g que los arrastraría desde lo alto de las torres hacia su muerte. Murieron una docena y muchos más resultaron heridos. Y en ese aire, en esa cercanía fétida, los cortes y las heridas cicatrizaban mal, si es que cicatrizaban. Celebramos una reunión extraordinariamente pequeña (como si fuéramos jerarcas), y los técnicos en cuestión (yo, la mujer propulsora que se llamaba Tatja, los tres geofísicos

y el personal de mantenimiento de terrenos) convocamos un panel comunal para sobrellevar la tormenta de tantas autolesiones. Algunos intentaron fomentar paneles grupales, asambleas de personas para hablar, jugar y entretenerse; otros intentaron organizar partidos de fútbol. Y, por precaución, les negamos el servicio de transporte a todos menos a nosotros mismos, lo cual no fue bien recibido. Hubo rumores. Dijeron que lo hice porque mi nombre no había aparecido en la lista de turnos antes, y así era. Pero yo no tenía ningún respeto por esa lista, debido a la forma en que se había abusado de ella, con favores y promesas intercambiadas entre quienes eran notificados del servicio para que se lo pasaran a otros en silencio.

Fue así como asumí mi primer deber de transporte y volé en cable ascendente para atracar en el *Senaar,* con mensajes y lo que ellos llaman "mercancías"; principalmente eran jaulas de pájaros y carne de ave, porque el *Senaar* no había traído aves. Y fue en esta ocasión que conocí al Capitán Barlei. Creo que, de hecho, él y yo habíamos hablado una o dos veces mientras se ensamblaban las naves, pero cuando me comuniqué con el encargado de amarre del *Senaar* al comienzo del viaje, había otro capitán entonces. Entiendan a los *Senaar,* que viven según jerarquías y pasan su tiempo de aceleración con política e intrigas. El capitán anterior se llamaba, creo, Tyrian o Turian, pero había muerto en el momento cuando volé por cable ascendente.

Me lavaron en su ducha de soda con esclusa de aire y luego me dieron ropa de papel y me invitaron a pasar para hablar. Y me dieron un vaso de vodka tibio, solo que era apenas un vaso, apenas un dedal. Y se sentaron y se agolparon a mi alrededor, con todos sus uniformes e insignias de rango, que poco significaban para mí, excepto que me dificultaban saber con quién hablar. Y Barlei estaba allí, y se presentó. Oh sí, lo conocí. Era un hombre fofo, pero su ropa se negaba a reconocerlo y le oprimía la garganta flácida, y le apretaba el vientre flácido. Por consiguiente, su rostro era color uva, y sus ojos se le salían de las órbitas. Pero había utilizado su juego, fuera cual fuera, y había ascendido a la cima de la jerarquía, y Tyrian, Turian, ya no existía.

Por supuesto, lo único que querían saber era de la muerte de Katarinya. Todos los habitáculos la habían visto, naturalmente. Era el acontecimiento del viaje. Pero mientras que otro domo nos habría servido vodka frío, o cualquier otra bebida, con la generosidad del velorio, y habría llorado con nosotros, y reído con nosotros, y compartido historias sobre los peligros de la locura en los camarotes, mientras que otro hábitat habría hecho esto, el *Senaar* no lo hizo. Los oficiales de estado mayor bebieron sus tragos, fruncieron el ceño y dejaron los dedales sobre la mesa como si fueran objetos desagradables, y entonces Barlei comenzó a hablar con voz ronca sobre los peligros que nuestro domo había aportado al viaje.

—La locura en las cabinas es, sin duda, algo peligroso, capitán —coincidí.

Y él respondió, pero no se dirigió a mí por ningún título ni nombre, como yo lo había hecho. Esto, según su propio criterio, era un grave error, aunque a mí no me importaba demasiado. Dijo: «Debemos tomar precauciones para salvaguardar el viaje en su conjunto. ¿Qué habría pasado si esta persona hubiera volado el cable? ¿Qué terrible daño se habría producido entonces?».

Claro que yo también lo había pensado, pero dije (porque así es como se juega en *Senaar)*: «No entienden el caso. Katarinya estaba enferma, añoraba su hogar. Había dejado a una niña pequeña con su pareja, quien se negó a unirse al viaje. Perdió la cabeza por la niña y pensó en reunirse con ella. Pero era una pésima piloto, quemó los motores y se estrelló». Se produjo un silencio incómodo y los oficiales me miraron. Entonces dije: «Pueden volver a ver las imágenes para comprobarlo ustedes mismos».

—Nuestro problema, técnico Petja, es… —empezó a decir uno de los oficiales, pero era evidente que era un oficial subalterno, porque otro lo interrumpió.

«Es evidente que se trata de una cuestión de disciplina, ¿no es así? Es inconcebible que uno de los nuestros pudiera causar semejante daño con una lanzadera».

—¿No hay aquí ninguna locura producida por el encierro de las cabinas? —pregunté en tono burlón. Pero en *Senaar no tienen ese sentido del humor,* y negaron con la cabeza con expresión seria—. Estoy realmente impresionado.

—Pueden seguir nuestro método —dijo el oficial—. Pueden empezar a entrenar a su gente como lo hacemos nosotros.

Aquello fue un insulto, ni más ni menos. Así que me bebí el vodka de un trago y me levanté para marcharme. Pero el capitán, Barlei, alzó las manos para que volviera a sentarme. «¿Tenemos que pelearnos, técnico?», gruñó. «¿No podemos seguir siendo aliados y amigos? Entiendes nuestra preocupación. No es por nosotros mismos, sino por el bien del viaje en su conjunto».

«Hemos convocado reuniones comunitarias y... hemos ajustado el horario del servicio de transporte», dije. «No habrá más riesgos para el viaje por nuestra parte».

—Siéntese, por favor, técnico —dijo. Me senté, pero no era lo correcto. Él asintió y añadió: —Creemos que facilitaría el viaje que su centro de mando se hiciera permanente.

'¿Permanente?'

«Un organismo a tiempo completo, encargado de las funciones de gobierno». Dicho esto, empezó a darme una lección sobre la forma de hacer política y sobre la jerarquía

propia del *Senaar,* lo que me ofendió y me hizo escupir al suelo.

Fingió estar dolido y dijo: "¿Ni siquiera podemos ofrecerte un consejo?".

¿Transformarnos a vuestra imagen y semejanza? ¡Ni hablar!

«¿Acaso no formamos ya parte de la misma federación? ¿Acaso no viviremos todos en el mismo mundo? ¿Acaso no —dijo esto último con voz melosa— no servimos todos al mismo Dios?»

Me levanté de nuevo y me marché. Mientras regresaba a la esclusa de aire con mi ridícula ropa de papel, Barlei me siguió, con todos sus oficiales subalternos corriendo tras mí. Dijo: «Antes de que comenzara el viaje, tuvimos un intercambio libre y justo entre nuestros domos. Muchos de los vuestros vinieron a visitar *Senaar,* y muchos de los nuestros pasaron tiempo en el *Als*».

Me detuve aquí porque no estaba seguro de lo que quería decir.

Pero luego dijo: «Creo que varios de mis hombres» (¡nótese el posesivo!) «engendraron hijos a bordo del *Als*». Su voz era ahora más severa.

—Eso —dije— es asunto de las madres. El niño comienza su vida con la madre, por supuesto.

«El niño *pertenece*», dijo, enfatizando el posesivo, «a la familia del niño. Y el padre es parte de la familia». Así fue como se inició entre nosotros toda la cuestión de los hijos de los senaarianos.

Mientras pilotaba el cable de la lanzadera con un paquete de software y algunos alimentos "intercambiados", no le di mucha importancia. Decidí que solo nos esperaban cinco meses de aceleración y luego estaríamos en crucero; estas preocupaciones se desvanecerían al entrar en trance. Pero esto de los niños, esa era una semilla que se había sembrado.

La moda de los suicidios se extinguió por sí sola, claro. Al acercarnos al final de la aceleración, la gente se distrajo con las posibilidades del trance. Y finalmente viajábamos a velocidad de crucero. Nuestra gravedad disminuyó a medida que los aceleradores se agotaban; caminábamos con pasos cada vez más largos. Saltábamos cada vez más alto. Y ahora el ánimo estaba por las nubes, porque sentíamos como si hubiéramos superado la parte más difícil del viaje.

Cuando pasas de la gravedad total a la ausencia de gravedad, tu presión arterial aumenta. Sientes pesadez en la cabeza. Pero después de uno o dos días, la presión vuelve a bajar y entonces estás listo para el tránsito. Esto es lo que

debes hacer: te metes en un traje que bombea una crema por el cuello y la expulsa por el pie izquierdo, porque estarás suspendido durante décadas y debes mantener la piel y la dermis superior suaves y nutridas o envejecerás. Luego, se inyecta otro tubo en la carótida, que permite el paso de una sopa de moléculas hiperoxigenadas contenidas en un fluido nutritivo hacia dentro y hacia fuera de tu torrente sanguíneo. Ahora bien, estas moléculas están microelaboradas y liberan oxígeno lentamente durante tiempo en tu cuerpo; pasando por un filtro lento, pasarán algunos meses en tu torrente sanguíneo y mantendrán todos los músculos y tejidos oxigenados, al igual que el medio en el que se mueven permitirá a las células la energía para funcionar. Lo último, antes de que la máscara se coloque sobre el rostro, son los neumoeléctricos en el traje; Estos ejercicios irán aumentando la resistencia muscular poco a poco, como cuando un gato se estira, pero durante días, y luego se relajan, y luego se estiran de nuevo: cada músculo de tu cuerpo, en secuencia, una y otra vez, durante todo el tiempo que dure el ejercicio. Porque tus músculos no deben dormir, o se atrofiarán. Ahora es el momento, y el técnico de trance coloca la máscara sobre tu rostro, y sientes cómo la crema se filtra lentamente, como un lodo, por tu barbilla y sobre tu nariz, tus mejillas, tu frente. Y ahora tomas la tableta, que has mantenido debajo de la lengua (o tragado inmediatamente, según tu preferencia), y la dejas bajar por tu garganta.

Algunas personas dicen que no les gusta el inicio del trance, y de hecho, algunas entran en pánico cuando ya no pueden respirar, o incluso antes, cuando la máscara les cubre los ojos y ya no pueden ver. Pero a mí siempre me ha parecido la más deliciosa de las sensaciones. La pastilla hace efecto lentamente, y uno se deja llevar, pero es la sensación más relajante, el abandono de todo. No hace falta moverse, el traje estira los músculos lentamente, con un cuidado infinito y la más sensual precisión. Ni siquiera hay que preocuparse por respirar lentamente; ¿se han parado alguna vez a pensar en lo agotador que es tener que respirar, cada segundo, despiertos o dormidos, durante toda la vida? Con la confusión mental que produce la pastilla, como el mejor vodka, es un alivio abandonar la respiración. Todo se desvanece. La conciencia se disuelve.

Una ola se eleva, describe una curva en forma de C y cae contra la playa infinita con un sonido perfecto de ruido blanco. Otra. Otra...

La pastilla te anima a dormirte, claro, pero no duermes durante los treinta y seis años de trance. Otros habitáculos practican esa forma de coma inducido médicamente, como quizás sepas, pero nosotros no. Encierran un cuerpo en una caja y lo ponen en coma. Lo despiertan sobresaltado al final del proceso. El problema con estas técnicas es el porcentaje de mortalidad. Dependiendo de la técnica que se utilice, puede llegar hasta el doce por ciento. Esto representa una carga demasiado grande para todos. Peor aún, convierte la

hibernación en una lotería de la muerte. ¿Te irías a dormir sabiendo que hay una probabilidad de uno entre diez de que no despiertes?

Las tasas de mortalidad en estado de trance son muchísimo más bajas. En nuestro viaje, nuestro domo solo perdió a dos personas en trance. Como no se trata de un coma, la conciencia nunca se pierde del todo, pero sí entra en el extraño mundo de la privación sensorial. Ni siquiera hay latidos del corazón que sirvan de referencia, ni siquiera la sensación de la respiración agitada. La mente no se desconecta por completo, pero tampoco permanece completamente despierta.

¿Quieres que te cuente cómo se siente? Para empezar, es simplemente como quedarse dormido en la oscuridad reconfortante. Es volver a ser niño. Y, en algún momento (aunque es difícil decir cuándo) te despiertas y sigue oscuro, y los sueños te inquietan en los márgenes de tus pensamientos. Y vuelves a dormir, o a despertar, pero tu mente no está tranquila. Procesa los pensamientos y los recuerdos, los junta de maneras extrañas y los guarda. Vuelves a dormir, o a despertar, o las dos cosas. Pero sueñas cada vez menos y los recuerdos te inquietan cada vez menos. No estás en ningún lugar, no eres nada. Nirvana. No hay un rugido lejano de motores que capture tus sentidos; no hay un tirón de la gravedad que obligue a tu mente a orientarse constantemente. No hay respiración, no hay latidos. No hay noción del tiempo. Existen momentos de

oscuridad y quietud, se funden sin fisuras en la mente, ¿y quién sabe cuántos años hay entre cada uno? Solo el ritmo lento, lento del estiramiento, el estiramiento felino de tu cuerpo, y luego la relajación. Pero aunque esto sucede tan lentamente que lleva días, se convierte en algo tan natural como respirar. Algo constante, casi imperceptible; y pronto dejas de notarlo.

Pero entonces, el cuerpo comienza a convulsionar lentamente, una sensación extraña y punzante, y te das cuenta de que estás despertando, y es un picor desagradable, una molestia. Luego te manipulan, te quitan la máscara y las luces tenues te lastiman los ojos. Entonces toses y parpadeas; vomitas el líquido de tus pulmones; te duchas para lavarte la baba de la piel, te vistes y sales flotando.

Has estado en trance durante doce años; sientes como si solo hubieras dormido una noche. Y ahora llega el momento de tus seis meses de servicio en la nave. Mantenimiento, tareas de transporte, en ingravidez; sentado con tus otros seis compañeros despiertos. Juegas, tienes relaciones sexuales, trabajas, ejercitas tu cuerpo rígido con arneses elásticos para simular la gravedad, y conoces un aburrimiento que el trance te había hecho creer imposible. Pero tu servicio terminará, podrás volver a ponerte el traje y regresar al trance.

Otra ola asciende lentamente, se dobla, rompe en las arenas rojas. Otra. Otra...

Entonces el tiempo vuelve a disolverse por completo.

En gravedad cero y con hidratación, el cuerpo apenas envejece un año cada diez. En la oscuridad, la mente descansa.

Firmé la documentación del viaje a los treinta y un años; tenía setenta y dos cuando llegamos a Salt, pero al mismo tiempo aún no había cumplido los cuarenta.

Recorrimos la distancia entre mundos a 0,7 c, lo que significó un largo período de desaceleración al final del viaje. Pero para este año de llegada estábamos todos despiertos y llenos de emoción. Así que conectamos las computadoras y encendimos nuestros propulsores para girar toda la flota ciento ochenta grados, y, con el cometa ahora a nuestras espaldas, volvimos a encender los motores y comenzamos a desacelerar. La desaceleración nos presionó contra el suelo de nuestra nave con 0,2 g al principio, lo cual fue bastante duro para nuestros huesos atrofiados, pero comenzamos a recuperarnos, y semana tras semana aumentamos el empuje de desaceleración, y la gravedad aumentó, y el fuerte resplandor de nuestro nuevo sol, brillante como la plata, se hizo claramente visible.

Barlei

El planeta que hoy conocemos como Salt fue designado originalmente Nebel 2. Naturalmente, esta iba a ser solo una identificación temporal, una etiqueta de astrónomo, y no serviría como nombre para un planeta natal, pero aún lamento el nombre que lo ha reemplazado. Me parece que se concentra indebidamente en lo negativo, en los aspectos más sombríos de nuestro planeta, y por lo tanto contribuye, sutilmente, pero sin duda innegablemente, a una disminución de la moral. Mi propia sugerencia al panel de la flota fue *Keseph:* la palabra es el hebreo para 'plata', y refleja la apariencia del mundo desde el espacio. El brillo blanco plateado del planeta, en el resplandor de la luz más blanca que el sol de Nebel. La plata también es preciosa, lo que podría alentar a los habitantes a valorar el esplendor del mundo que Dios hizo, y que hizo (no lo olvidemos) para todos nosotros. Éxodo 26:19 nos dice que las bases de las columnas en el tabernáculo de Dios estaban hechas de plata; Y en Zacarías 6:11 la santa corona está hecha de plata. Todo esto, y otros ejemplos, me sugieren la bendición divina que conlleva la plata. Pero *Keseph* no se ha popularizado, así que debo hablar de *Sal.*

Salt es un planeta con una gravedad de poco más de 0,8 g. No tiene lunas, anillos ni otros fenómenos asociados. De hecho, el sistema de Nebel posee bastantes menos de los

requisitos estándar especificados por la Ley de Paulo. Solo tiene tres planetas: uno en una órbita cercana, otro a casi exactamente una unidad astronómica y un gigante gaseoso en una órbita muy amplia y ligeramente elíptica entre medias. El gigante gaseoso, un mundo de argón claramente visible en el cielo nocturno, se conoce como *Hadros,* que en griego significa unicornio, aunque el nombre me parece innecesariamente fantasioso.

Claramente, según la Ley de Paulo, la ausencia de pozos gravitatorios suficientes y lo suficientemente profundos para atraer asteroides y cometas errantes debería haber resultado en el bombardeo implacable de Salt y la pulverización de toda la vida en este mundo. Nuestros científicos me dicen que hay cierta evidencia de que Salt ha sido bombardeado extensamente, pero la tenacidad y complejidad de la vida vegetal sugieren que han pasado varios milenios desde el último gran impacto. El sistema está plagado de una gran cantidad de pequeños cuerpos en órbita, cometas y meteoritos, es cierto, pero la mayoría de ellos siguen una órbita amplia a varios grados de la elíptica. Nos preocupaba, al momento del asentamiento original, que el bombardeo de asteroides pudiera representar una seria amenaza para la vida, e incluso llegamos a planificar defensas orbitales senaarianas para intentar proteger los cuerpos más grandes (que nunca construimos, dado su costo). Pero desde el asentamiento, las caídas de meteoritos han sido relativamente raras.

Hemos transmitido esta información a la Tierra, como corresponde; pero transcurrirán veinticinco años antes de que reciban alguna transmisión, y otros veinticinco antes de que se pueda discernir alguna respuesta en la noche infinita. A tal distancia, hacemos lo que han hecho otras colonias, como es lo correcto, lo apropiado y lo sagrado: nos desvinculamos de la Tierra. Ustedes son jóvenes y nunca han conocido ese mundo, y significa poco para ustedes, aunque entiendo que existen organizaciones de jóvenes en otras ciudades que se definen como patriotas de la Tierra. Pero incluso para quienes nacimos en la Tierra, es difícil sentir esa conexión en el corazón. Somos un mundo nuevo, un nuevo comienzo. El amanecer no puede estar siempre relacionado con la luna a medianoche.

Los problemas en el asentamiento comenzaron mucho antes, por supuesto, antes de que se planteara cualquier plan de defensa contra asteroides, y supongo que es mi deber rastrear el origen de esta guerra hasta el largo viaje, e incluso antes. No me complace en absoluto. Ni siquiera tengo el más mínimo deseo de ocupar este tiempo, estos archivos, son solo para justificarme a mí mismo y a mis propias acciones. Todo lo que he hecho ha sido por el bien de mi pueblo. Por mi comunidad, mi tribu. Por esta nación y su devoción a Dios. La historia, dicen, es más que una crónica. Una historia vacía de justificación, de política y de creencias, es una historia ciega.

Quizás la mejor manera de empezar sea intentar explicar la sensación de armonía, del necesario equilibrio entre orden y libertad, que prevaleció en los *Senaar* durante el viaje, y que ha prevalecido en Senaar desde que llegamos a SaltLo explicaré con una analogía musical. Amo la música. La música es la gran pasión de mi pueblo. Requiere disciplina, dedicación, esfuerzo y abnegación para dominar las habilidades del teclado, mi instrumento predilecto. Pero una vez que se alcanza ese dominio, la interpretación otorga una libertad que va más allá de los sueños de los Alsistas. Del mismo modo, la música misma contiene la tensión entre la rigidez de las notas, cada una precisa en su evocación de un tono determinado, y la libertad desbordante de su combinación; entre el camino que se debe seguir, trazado por el Maestro Compositor, del que no se debe desviar (¿quién se atrevería a «mejorar» la escritura de un Beethoven, un Bach?), y el canal que se debe encontrar para expresarse, la propia individualidad, sin el cual la música bien podría existir solo en un disco de ordenador. Una nación es una composición, una sonata hecha de gente. Debe poseer armonía o no es nada. Así pues, para mí, esta historia de mi pueblo, esta narración que les lego, es una especie de poema sinfónico, un himno en clave mayor a la energía y los logros de nuestra gente.

Antes de comenzar la narración, debo añadir un punto más, en respuesta a las calumnias de los alsistas. Es cierto, lo admito, que llevábamos fusiles de aguja desde el

principio. Pero afirmar que esto contradecía de alguna manera los términos del acuerdo que firmaron todos los barcos antes de comprometerse con el proyecto es absurdo y propagandístico. El acuerdo permitía a cada asentamiento potencial prever su propia autosuficiencia (aunque se establecía expresamente que los asentamientos podían esperar todo el apoyo razonable de otros asentamientos, algo que los alsistas ignoraron, o quizás incumplieron); y la autosuficiencia, evidentemente, incluye la autodefensa. Tampoco «ocultamos» el hecho de que nuestra carga incluía fusiles de aguja, como afirman. Decir «ocultar» sugiere un intento deliberado de engañar, pero ¿acaso estamos obligados a detallar cada pieza de la carga? Sin duda, eso es contrario al espíritu y a la realidad de organizar un proyecto de tal magnitud. Además, cualquier objeción que los alsistas puedan expresar contra las armas de aguja queda invalidada por el hecho de que robaron (¡qué transgresión de un mandato divino!) un arsenal completo de nuestras armas a la primera oportunidad que tuvieron al desembarcar, y desde entonces han fabricado muchas más. Es evidente que no tienen ninguna objeción de principios al uso de tales armas. Demasiados de los míos, algunos de los cuales consideraba miembros de mi familia, han muerto a sus manos; no lo olvidemos.

No puedo olvidarlo.

Representantes de las once comunidades se reunieron y todos convencieron a la Convención y al estamento jurídico

aliado de que podíamos vivir en paz juntos. No es tarea fácil viajar a otra estrella, establecerse en otro mundo. En esta etapa temprana del previaje, los datos espectrográficos [*el intertexto no tiene conexión de índice para a%x '1895espectográfico' sugiere consultar una base de datos alternativa, por ejemplo, ciencia original*] indicaban que había más agua en Salt de la que realmente hay (y, según la lógica, donde hay agua hay abundancia). Por consiguiente, parecía probable que pudiéramos compartir el planeta armoniosamente entre nosotros, construir otro puesto avanzado de Sion en los cielos. Las negociaciones previas al viaje transcurrieron sin problemas.

Me reuní con Petja Szerelem dos veces antes de que comenzara el viaje. En ese momento aún no había alcanzado el rango de capitán y era teniente primero en la tripulación. Como tal, mi deber era coordinarme con los oficiales al mando de los otros trece barcos para establecer canales de comunicación en caso de que los necesitáramos durante el viaje. En la mayoría de los casos, esto fue sencillo: *New Florence* y *Eleupolis* eran bastante similares a los nuestros. Y mis estancias a bordo *del Yared* y *el Smith IV* fueron particularmente estimulantes y agradables. Pero ningún barco fue tan complicado como el *Als.* Para empezar, tuve tratos con una mujer llamada Marta Cserepes, pero que no tenía ningún cargo oficial, porque (por supuesto) los alsistas no tienen ni idea de lo que es la burocracia, el gobierno o cualquier otra cosa. A esta Cserepes se le había asignado la

tarea de coordinarse con otros barcos en un turno de trabajo asignado por un programa informático que no se podía (¡increíblemente!) reescribir sin destruir todos sus archivos. Había tan poca flexibilidad en este acuerdo que, a mitad de mi conexión inicial, a Cserepes le asignaron otra tarea, probablemente alguna labor de limpieza insignificante. Me presentaron a otro oficial de enlace, cuyo nombre no recuerdo. Pero tomé cartas en el asunto. Me acerqué a Szerelem, que en aquel entonces era el técnico jefe. Todas las naves lo habían elegido como el más cualificado para supervisar la operación de amarre, asegurándose de que todos estuviéramos bien sujetos a nuestro cometa. Me pareció que, como el más eminente, o al menos el más famoso entre los Alsistas (claro, en aquel momento no los considerábamos una nación, pero es conveniente usar la terminología actual), debería asumir el mando, al menos durante el viaje. Me pareció entonces, como ahora, que las dificultades del espacio profundo requieren mano firme, una estructura jerarquica; y que si la anarquía era tan valiosa para esta gente, podrían reinstaurarla en su propio reino cuando llegáramos a nuestro destino. Se lo expliqué cordialmente. Pero frunció el ceño, como un niño.

—No lo entiendo —dijo con su acento marcado.

Era mucho más joven entonces, un hombrecillo, demasiado elegante para mi propia concepción de la masculinidad. Vestía esa peculiar acumulación de ropa fina, mucha rasgada y sucia, capa sobre capa, tan característica

de los alsistas (por supuesto, le ofrecimos ropa desechable después de que se duchara). Pero al menos tenía la cara lavada y el pelo limpio y cortado (algo inusual entre ellos, creo). Su rostro era estrecho y su nariz descendía como un ancla de barco, recta y bien definida. Las líneas que bajaban hasta las comisuras de sus labios, esas líneas que dividen el labio superior del resto de la cara (¿cómo se llaman?), eran muy profundas y marcadas. Pero sus ojos eran de mujer, suaves y azules; carecían del acero del verdadero liderazgo, del azul que estoy seguro veré cuando mire a los ojos de Dios el día de mi muerte. Aun así, su actitud me resultó desconcertante, y posiblemente me estaba insultando, a la manera serpentina y torpe de los alsistas, que se deleitan de forma tan perversa en retorcer el lenguaje, en reírse en secreto de ti, entre dientes.

—No lo entiendo —dijo con voz burlona—, pero yo era diplomático y no dije nada. Solo sonreí.

«Pero sin duda», señalé, «como científico, usted comprende la importancia del orden en cualquier organismo. No puede existir un organismo caótico; es una contradicción en sí misma. Seguramente comprende que juntos formaremos un organismo enorme, unidos por el cordón umbilical».

Pero estaba desperdiciando mi discurso. Me sermoneó un poco sobre la "libertad" que profesan, sobre la incapacidad del gobierno humano, sobre la necesidad de abdicar de

todas esas estructuras políticas, de confiar en la primacía del individuo (pronunció la palabra "político" como si fuera una leve blasfemia). Hubo más comentarios en la misma línea, pero por supuesto sabemos que su teología de la abdicación no es más que una licencia para permitirse cualquier tipo de inmoralidad.

Mientras se construían los habitáculos, existía cierta confraternización entre los pueblos. Algunos domos (el *William de Morgan, el Grey Lantern* y *el Crow,* si mal no recuerdo) impusieron toques de queda y negaron el acceso a todos excepto a la tripulación esencial. Por lo general, esta cuarentena se debía a motivos religiosos, y como tal, la respetábamos. Pero los *Als* no tenían ninguna restricción. Mucha gente iba y venía, muchos de los nuestros incluidos. Ahora bien, la inmoralidad que todos asociamos con los Alsistas tiene un componente sexual particular. Muchos de nuestros hombres fueron tentados, y muchos cayeron.

Evidentemente, se trata de un asunto delicado y, si bien hay que afrontarlo, como el origen de toda esa destrucción, no deseo detenerme en los detalles de un asunto tan sórdido.

A diferencia de la mayoría de las sociedades civilizadas, a bordo del *Als* se les negaba la anticoncepción a los hombres. Los hombres no tienen acceso a ninguno de los métodos anticonceptivos divinamente sancionados. En cambio, la anticoncepción es asunto exclusivo de la mujer; ni siquiera

tiene que decirle al hombre si ha decidido concebir un hijo o no, ni a un alsista se le ocurriría hacer tal pregunta. Los padres no tienen derechos. Cabe recordar que los seres humanos no tienen "derechos" como tales en la anarquía alsista, y estos dos hechos no pueden estar desvinculados. Pero, por mucho que nos repugne el comportamiento de algunos de los nuestros, la cuestión es que hubo un malentendido entre varios miembros de mi tripulación y las mujeres del *Als.* Como resultado, se produjeron varios embarazos.

Esto motivó mi segunda visita al barco, unas semanas antes del lanzamiento definitivo. Hablé con varios miembros técnicos de la tripulación en un intento por recuperar a estos niños como nuestros: según todas las normas legales, los padres tienen los mismos derechos que las madres. Existían varias posibilidades; estábamos dispuestos a ofrecerles hogares en *Senaar* a las madres, o incluso a establecer acuerdos recíprocos para que los padres pudieran visitarlas. Pero nadie quiso atender mi misión diplomática a nivel oficial. Adondequiera que iba en *Als,* me encontraba con rostros inexpresivos, con incomprensión. No solo parecían convencidos de que los niños pertenecen solo a la madre hasta la pubertad (después de la cual, al parecer, no pertenecen a nadie), sino que parecían incapaces de comprender que su perspectiva era anómala, o incluso inusual. Argumenté una y otra vez sobre los derechos de los padres, de las familias (porque ¿qué es una tribu sino una

gran familia?), pero nadie me escuchaba. O, para ser exactos, escuchaban, pero no me *entendían.* Y aquí radica otra costumbre de los alsistas que demuestra su falta de civilización. Cuando entablas conversación con ellos, te escuchan con la cabeza ligeramente inclinada y responden, pero solo si les interesa de inmediato. Si se aburren, aunque sea un poco, simplemente se marchan sin siquiera despedirse. Me he topado con esta descortesía muchas veces.

El asunto de los niños fue un gran escándalo en casa, y solo el hecho de que estuviéramos en ruta, persiguiendo nuestro cometa (con toda la prisa y el ajetreo que eso conllevaba), logró que lo olvidáramos. El momento fue desafortunado. Una vez en marcha, todo el personal fue llamado de regreso a *Senaar* y se perdió el contacto con los niños. A veces pienso que si hubiéramos atacado entonces, al principio, y hubiéramos rescatado a los niños antes del viaje, la situación actual nunca se habría dado. Pero no había nada que hacer. Capturamos nuestro cometa, y pronto partimos, dejando el sistema que nos vio nacer para ir a nuestro nuevo mundo.

La aceleración de un año es una época difícil. Hay poco trabajo necesario, y las mentes ociosas se enfrascan fácilmente en la reflexión sobre la injusticia. Así sucedió con el asunto de los niños. Los oficiales (los había) que habían engendrado a estos niños y niñas fueron deshonrados, por supuesto; pero seguían formando parte de la tripulación. El de mayor rango era el subcapitán, que fue degradado a

mayor cuando yo mismo fui ascendido a subcapitán. La mayoría de los padres eran militares, algunos civiles y técnicos. Se unieron, se reunían después de la capilla y en otros momentos esporádicos para llorar juntos. Muchos se solidarizaron con ellos. Fue en gran parte el ambiente del barco durante la aceleración, el confinamiento y la consiguiente casi claustrofobia, lo que fomentó este pensamiento disoluto. Quizás también influyó la cercanía del alto mando al escándalo. Conocí personalmente al subcapitán Beltane, y en su momento lo respeté. Pero su esposa había fallecido recientemente, y alguna mujer alsista lo había seducido. Era como si su carrera no significara nada.

Era una época de gran ímpetu, y con semejante chispa, algo que rozaba el escándalo, las cosas podrían haberse descontrolado fácilmente. Era un momento que requería un liderazgo firme, un ejemplo inmediato. Pero el capitán Tyrian era un hombre taciturno, una persona difícil. Y aquellos eran tiempos turbulentos. Solo veía la traición de sus hombres; no veía los problemas de fondo.

Como subcapitán, intenté tranquilizar a la gente. Organicé competiciones deportivas y musicales. Los coros de la capilla compitieron por una copa de plata. Se celebraron recitales de piano individuales. Se formó una liga de fútbol con siete equipos y se pusieron en marcha dos competiciones. El fútbol gozó de gran popularidad, tanto que accedí a ceder parte del parque central para construir un segundo campo. Se establecieron programas de entrenamiento físico militar

y se abrieron programas de entrenamiento complementarios a los civiles interesados en perfeccionar su condición física.

Permítanme describirles cómo era *Senaar* antes de que la desembarcáramos y la convirtiéramos en nuestra hermosa ciudad. Era un espacio pequeño entonces: una cúpula suspendida dentro de una cubierta semihueca más grande donde se almacenaba la carga. La cúpula se extendía alrededor de un parque central de gran belleza: céspedes verdes deslumbrantes, senderos de mármol blanco impecable la atravesaban. Había un canal central que serpenteaba desde la fuente hasta un pequeño lago (y, a través de tuberías subterráneas, de regreso a la fuente) poblado de grandes carpas y truchas, que nadaban perezosamente y a veces mostraban sus vientres rosados en la superficie del agua. El césped abierto se extendía sobre las colinas; arbustos y árboles prometían sombra, tranquilidad y misterio. Había tres quioscos de música; una pista de atletismo. La gente nadaba en el río y acariciaba los dóciles peces. La gente paseaba con sus parejas por el parque y se besaba a la sombra de los árboles, o escuchaba recitales sentados en el césped. Desde el centro mismo de este Edén se alzaba una aguja plateada de cuatrocientos metros de altura (sostenida por un cable que se extendía hasta el techo de la cúpula), y en la cima de esta aguja había una esfera dorada de luz, el sol artificial más hermoso que el dinero podía comprar. Brillaba sobre su pequeño mundo, y la gente

se deleitaba con su resplandor. Incluso poseía nubes artificiales, del tamaño de juguetes, que emergían de un dispositivo en la parte superior del sol para colgar frente a él y proyectar una inmensa sombra sobre el mundo, según una rutina cuidadosamente programada. Y al atardecer, la luz brillaba lentamente con un tono cada vez más rojizo, para luego desvanecerse lentamente en el crepúsculo y la oscuridad. Y al amanecer, la luz comenzaba con un resplandor rosa perlado, que aumentaba lentamente hasta alcanzar el brillante sol del día. Lo digo literalmente: no se escatimaron gastos.

Alrededor de este parque, cuidadosamente planificado y estructurado, se encontraban las zonas residenciales: dormitorios para solteros y solteras, y apartamentos para quienes tenían pareja o estaban casados. Los apartamentos estaban disponibles para cualquiera que aceptara el régimen de trabajo asociado, pero la mayoría de las personas solteras se contentaban con quedarse en los dormitorios. Había siete capillas, espaciadas uniformemente, y todas estaban llenas los domingos, con música de himnos que resonaba en el aire. Los dos cuarteles principales estaban al norte y al sur (puntos cardinales hipotéticos, por supuesto, pero útiles para orientarse), y daban a campos de entrenamiento: una ciudad simulada, toda de piedra y hormigón en el sur, y un páramo de matorrales y árboles en el norte. Y, algunos dirían que lo más importante de todo era el complejo de edificios

gubernamentales. Estaban al oeste: el juzgado, el Parlamento y el centro cívico. El juzgado sesionaba semanalmente, no diariamente como ahora es necesario; pero con un sentido adecuado de disciplina y propósito, los delitos fueron de pequeña escala y poco frecuentes durante nuestro viaje. El Parlamento estaba abierto a todos. Cada ciudadano tenía su voto, comprado con su propio dinero o ganado a cambio de un salario, para gastarlo como quisiera en cualquier moción que se sometiera a votación. Y, quizás debido a la falta de trabajo real, muchos ciudadanos se interesaban por su gobierno y asistían a todos los debates, ya fueran legislativos o simplemente de planificación y anticipación. Al este se encontraban las plataformas de lanzamiento, las esclusas de aire y los tanques de hibernación.

Todo estaba cuidadosamente dispuesto y ordenado. Una ciudad perfecta, un paraíso.

Por supuesto, hubo pérdidas. Es una de las constantes en los viajes espaciales, en cualquier viaje que implique confinar a personas en un espacio reducido durante décadas. Lamentablemente, uno o dos accidentes, y de vez en cuando algún ciudadano que perdió la cordura, resultaron en la muerte. Pero pongamos esto en perspectiva: comprendan el sentimiento general de fortaleza y determinación, la profunda alegría que sentíamos por esta Misión Divina, ¡este viaje a otra estrella! Ustedes jamás emprenderán un viaje así, y es improbable

que sus hijos lo hagan tampoco. Quizás sus nietos o bisnietos, pero este es un privilegio que se presenta solo cada cuatro o cinco generaciones. Trabajamos en comunidad; mantuvimos la infraestructura y las interestructuras de nuestra nave; cuidamos los jardines, operamos la maquinaria necesaria; oramos y adoramos; conversamos con amigos y pasamos tiempo con nuestros seres queridos; practicamos deportes y competimos con amor en nuestros corazones; tocamos música y escuchamos a nuestros amigos y parejas tocar música. Nacieron niños, se fortalecieron los lazos familiares, pero gracias a la diversidad de personas que habíamos elegido para emprender la travesía, nadie murió de vejez ni de senescencia. El nuestro era un Edén joven y vigoroso.

También era cierto que yo estaba en contacto con la voluntad de nuestra gente, a diferencia del Capitán. Él se volvió cada vez más solitario, encerrado en su apartamento con solo su pareja como compañía. Me vi obligado a asumir la tarea de sondear a la gente; de caminar entre ellos, charlar con ellos en el parque para conocer sus opiniones y puntos de vista extraoficiales; de asistir a numerosos debates abiertos en el Parlamento; o visitar a los técnicos. Sentía que era mi deber. También emití varias muestras de servicio público, explicando diversos aspectos del funcionamiento del habitáculo. Naturalmente, esto me dio mayor visibilidad que al Capitán, lo que algunos de los otros oficiales superiores consideraban objetable. Es cierto que yo era el

miembro del personal superior al que los civiles y los militares rasos sentían que podían acercarse sin inhibiciones, para contarme sus quejas, expresar sus opiniones o simplemente hablar. Es cierto que mi popularidad era alta. Pero consideraba importante que al menos un miembro del consejo de seis tuviera este grado de sensibilidad, por el bien del barco. Por supuesto, hablé con el capitán sobre este asunto varias veces, pero poco de lo que dije sirvió de algo. Se volvió extraño, incluso excéntrico. Empezó a recortar las páginas de su Biblia y a reordenarlas al azar, convencido erróneamente de que Dios revelaba su voluntad a través de cosas tan aleatorias. Intentaba encontrarle significado al galimatías en que esto convertía a las Sagradas Escrituras.

Supongo que es cierto decir que, como capitán, y dada la moral generalmente buena de la tripulación y los ciudadanos, Tyrian tenía poco que hacer. Esto no lo exime de responsabilidad, por supuesto; más bien al contrario. Es mucho más importante que un capitán demuestre temple y carácter en los momentos de calma que en el punto álgido de un incidente o una crisis. Cualquiera puede liderar en una crisis; se puede enseñar fácilmente. Pero mantener el coraje y el liderazgo en todo momento, mantener a la gente en el camino, el camino con propósito que los guía a través de la vida con alegría: esa es la verdadera tarea, el sentido del liderazgo. ¿Fue Moisés el mejor líder cuando las aguas saladas se abrieron y los egipcios se apresuraron a su

espalda? ¿O fue la tarea más importante mantener a su pueblo unido, concentrado y firme, durante sus décadas de exilio en el Sinaí? ¿Fue Napoleón [*el intertexto no tiene conexión de índice para a%x'50Napoleon', se sugiere consultar una base de datos alternativa, por ejemplo, orig.historiograph*] el mejor antes o después de Moscú? [*Intertext no tiene conexión de índice para a%x'60Moscú', se sugiere consultar una base de datos alternativa, por ejemplo, orig.historiograph*]. La pregunta se responde sola.

Pues bien, parece que Tyrian no fue capaz de afrontar las exigencias de la época tranquila y feliz que yo orquestaba. Como suele ocurrir con los líderes en tales momentos, se impacientó con la felicidad de su pueblo e intentó imponer cambios. Convocó reuniones del consejo para debatir la creación de escuelas militares para todos los niños, tanto durante el viaje como tras la llegada; la modificación de las jerarquías y los ascensos de los oficiales del ejército; y la creación de un comité para examinar todos los matrimonios posibles. Naturalmente, en estas reuniones me vi obligado a manifestarme en contra de tales sugerencias absurdas. No pude hacer más que señalar el poco agrado con que el pueblo recibiría leyes tan opresivas. No es que quisiera impedir que el Capitán propusiera legislación —que, al fin y al cabo, era su derecho de mando—, sino que (y esta fue la magnitud de mi deslealtad hacia aquel otrora gran hombre) insistí en que dicha legislación se presentara ante el Parlamento, para que el pueblo la votara si así lo deseaba.

Tyrian quería aprobar la legislación bajo el argumento de la necesidad, lo que habría significado que no se sometiería a votación.

Recuerdo que fue una sesión difícil del consejo. Dos de los tenientes superiores simpatizaron conmigo, aunque tuvieron que mantener el decoro y apoyar al capitán. Uno de ellos, un hombre llamado Gauster, se mostró vehemente y desagradablemente ruidoso en su apoyo al capitán para que hiciera lo que quisiera. Dos estaban indecisos entre nosotros. El capitán —permítanme decir esto para que se hagan una idea de hasta qué punto había perdido el control— no se había afeitado. Era un hombre alto y delgado, y se dejaba crecer mucha barba; sin recortarla, su barba habría sido extremadamente espesa y le habría cubierto el cuello, la barbilla, los labios y le habría subido por las mejillas casi hasta los ojos. Obviamente se afeitaba dos veces al día, pero para esta reunión —una reunión de todo el personal superior, no hace falta que se lo recuerde— su rostro estaba cubierto de barba incipiente.

En circunstancias normales, las reuniones del consejo se celebran a puerta cerrada y las deliberaciones son secretas. Cuando (por ejemplo) están en juego secretos militares, tal política es de sentido común, pero en este asunto, que afecta directamente al bienestar del pueblo, no podía guardar silencio. Me negué a traicionar a la comunidad y salí de la reunión decidido a que el pueblo supiera la verdad. Esta fue la ocasión de mi discurso en el estadio de fútbol; tal

vez lo hayan leído, incluso puede que lo hayan estudiado en la escuela. ¡Qué poco me agrada pensar que los niños tengan que aprenderse mi pequeño discurso! Hay tantas otras grandes figuras de la historia, mucho más merecedoras que yo. Por supuesto, el discurso real fue bastante diferente de la versión que ha llegado a la historia; hubo muchas más vacilaciones, palabras entrecortadas, de las que registran los archivos. Pero la idea central del discurso era tan cierta entonces como ahora: que la libertad del pueblo es primordial. Libertades tan duramente conquistadas, tan costosamente protegidas, no pueden estar sujetas jamás al capricho de un solo hombre, por muy eminente que sea. Reconozco que la ocasión era tensa: los dos equipos más populares de *Senaar* se enfrentaban en la copa de fútbol más importante. Casi todos los que no tenían otros compromisos estaban allí, con el corazón latiendo a mil y el ánimo vibrando de emoción. Tomé el micrófono porque yo había organizado el torneo. Mis palabras fueron recibidas con un estruendo ensordecedor; toda la multitud vitoreó mis palabras. Tyrian, que también estaba conmigo en el balcón del estadio reservado para los directivos, se enfureció. Se puso de pie y seguramente habría intentado arrebatarme el micrófono, replicar, tal vez anunciar mi arresto. Eso podría haber provocado disturbios, incluso un motín, tal era el fervor del público en defensa de mis palabras. Así que me aseguré de concluir mi discurso llamando a los jugadores a sus posiciones y dando comienzo al partido. Con los jugadores corriendo de un lado a otro y la

multitud animando a un equipo u otro, Tyrian no pudo hacer más que sentarse y observar. Estaba absorto en el juego, pero aun así me di cuenta de que Tyrian me vigilaba todo el tiempo. Era obvio que Tyrian me consideraba un traidor, ¡como si mi lealtad personal hacia él fuera más importante que mi deber para con el pueblo!

Aun así, habría sido una insensatez descuidar mi seguridad personal después del discurso. Al día siguiente, los hombres de Tyrian vinieron a arrestarme, y mis hombres lo esperaban. Algunas crónicas hablan de la batalla del parque, pero no fue una batalla, si se aplica el término estrictamente (y desde entonces he visto batallas de verdad). Hubo muertos, lamentablemente, pero había mucho en juego. Los pocos combates que hubo se desarrollaron principalmente en mis aposentos y los callejones circundantes. Anticipando un ataque, había colocado a seis de mis mejores hombres en una pasarela elevada; dos se quedaron junto a la puerta y otros esperaron dentro. La gente de Tyrian fue tomada por sorpresa. Cinco murieron, cinco resultaron heridos y el resto huyó por el parque, donde mis hombres los persiguieron. Es cierto que un civil murió en este segundo enfrentamiento, pero la aguja que lo mató provenía de uno de los hombres de Tyrian.

Una vez asestado el primer golpe, los acontecimientos cobraron impulso propio. Tyrian, cada vez más desconectado de la realidad, me denunció públicamente como traidor y ordenó a todo el pueblo de *Senaar* que se

sublevara contra mí. Creo que habría acogido con agrado verme atado y amordazado como un animal en el matadero, llevado en hombros por una turba. Pero sus acciones lo habían destrozado; era evidente que ya no estaba mentalmente capacitado para la alta responsabilidad de capitán del hábitat. Mis leales lugartenientes se unieron a mi causa, a la causa del pueblo, y trajeron consigo a sus tropas. Más soldados se confinaron voluntariamente a los cuarteles, siguiendo órdenes de los comandantes más prudentes. La tropa personal de Tyrian y la de Gauster se reunieron y tomaron el control, en el oeste, de los edificios gubernamentales y las casas circundantes, y en el este, de las instalaciones técnicas. Establecí mi base en los cuarteles del sur y desplegué mis tropas en el parque central. Mi más sincero deseo era no involucrar a la población civil en la batalla, pero Tyrian intentaba forzarme a hacerlo. Si intentaba enfrentarme a ambos bandos, mi ejército se vería envuelto en una guerra en dos frentes; sin embargo, me concentré en uno solo. Disponíamos de munición más pesada, almacenada en barcazas, pero existía un peligro claro e inevitable al desplegarla: dañar la estructura misma del domo. Afortunadamente, controlaba el almacenamiento y los tanques de aguas residuales y reciclaje, así que podía evitar esta eventualidad. Esto también me otorgaba ventaja militar: con las reservas de alimentos bajo mi control, siempre existía la opción de dejar a Tyrian sin alimentos.

Al final, la propia estrategia de Tyrian fue su perdición, pues se había aislado del pueblo. Si bien controlaba el edificio del Parlamento, ningún ciudadano se atrevía a acercarse, sabiendo que estaba en manos enemigas. Yo, en cambio, pude moverme entre la gente, tranquilizarlos y ganarme la confianza que me ha acompañado desde entonces en mis altos cargos de liderazgo. También pude desplegar hombres en viviendas civiles por todo el norte y noreste, para la protección y tranquilidad del pueblo. Por supuesto, esto también me proporcionó una base desde la cual atacar los centros técnicos del este. Así pues, planifiqué mi ataque con esmero para minimizar los daños en los territorios de *Senaar* y, un día al mediodía, apagué el sol. En la oscuridad, mis hombres irrumpieron a través de los muros y entraron en los hangares de las esclusas del este; la lucha fue feroz, pero el mando experto en el terreno nos dio la victoria. El grueso de mis tropas asaltó entonces el este y logró una rápida victoria. Pero mi verdadera genialidad residía en el oeste, donde organicé una manifestación masiva de civiles frente a los edificios gubernamentales. Tyrian no podía contraatacar sin antes abrirse paso entre la multitud desarmada, matando a muchos. Era demasiado débil de carácter para tomar tal decisión, y para cuando el sol volvió a brillar, yo controlaba todo excepto los edificios occidentales. A partir de ese momento, no cabía duda de quién saldría victorioso. Los tenientes restantes salieron de sus barracones y me juraron lealtad. Dos días después, Tyrian renunció. Estaba dispuesto a juzgarlo ante el pueblo

y posiblemente encarcelarlo por el resto del viaje, pero se suicidó con una escopeta de agujas.

Naturalmente, tuve que castigar a algunos oficiales, pero en cuanto a los soldados rasos: bueno, los hombres son hombres, obedecen órdenes. Les quité las insignias a todos los suboficiales, pero les permití reengancharse, jurarme lealtad y seguir con sus tareas. Tareas que, en primer lugar, consistían en reparar los daños de los que habían sido en gran parte responsables.

Y así fue como Tyrian duró poco menos de tres meses; las tareas de mando durante un viaje tan prolongado eran demasiado grandes.

Puede que les parezca extraño que yo dispusiera que todos los cuerpos de los soldados que habían luchado contra mí fueran enterrados con todos los honores militares. Eran mis enemigos, supongo, pero mi preocupación siempre fue el bienestar del pueblo de *Senaar.* Estos soldados solo habían seguido las órdenes de sus superiores y, como tales, habían cumplido con su deber. ¿Qué más se le puede pedir a cualquier persona de nuestra comunidad, incluso a mí? Así pues, los cuerpos fueron envueltos en cinta militar, sus familias recibieron la pensión militar correspondiente en dinero y votos, y se declaró un día de luto oficial. Los cuerpos fueron lanzados al espacio.

No me avergüenza decir que lloré en esta ceremonia. Considero que llorar es una señal de fortaleza en un hombre.

El mes siguiente no fue fácil; tuve que esforzarme por reconstruir la armonía que *Senaar* había disfrutado antaño. Reorganicé las jerarquías militares y establecí objetivos específicos para que la gente trabajara en ellos, con diversas recompensas. Pero el mayor peligro para nuestro viaje no fue la lucha por imponer el voto popular por derecho propio: el mayor peligro provino del exterior, como siempre. La anarquía de los *Als* puso en peligro toda la misión.

Una de sus mujeres, desmoralizada por la disolución de la vida a bordo del *Als,* sufrió un episodio psicótico. Enloqueció violentamente, asesinó a varios de sus compañeros de tripulación y robó una lanzadera con la intención de causar más daño a toda la flota. Es difícil determinar si esperaba estrellar su lanzadera a toda velocidad contra el siguiente barco en la regata (el *Babulonis)* para perforar el casco y matar a todos los que iban dentro, o si su intención desde el principio era destruir el ancla de mineral y poner en peligro nuestras posibilidades de colonización. Lo que no se puede negar es la malévola determinación con la que se puso en marcha: basta con ver cómo aceleró los motores de su lanzadera al máximo y se dirigió hacia la sección de la flota que estaba en la regata. Si sus motores no se hubieran sobrecargado y su sistema de propulsión no hubiera fallado, creo sinceramente que habría causado mucho más daño.

Aun así, debemos dar gracias a Dios de que solo lograra una colisión oblicua contra el casco del ancla de mineral.

Aun así, esto estuvo a punto de ser un desastre y demostró claramente que el sistema de gobierno de los *Als* era inadecuado para la tarea que teníamos por delante, la tarea que nos afectaba a todos. Por supuesto, creo en el derecho a la autodeterminación de los diversos pueblos de nuestro mundo; y en un planeta, tales libertades pueden ejercerse con mucha mayor libertad. Pero en el frágil mundo comunitario de una nave estelar (que, al fin y al cabo, era lo que éramos), la indulgencia es solo debilidad, y el bien común debe prevalecer sobre el bien de cualquier pueblo. Hablé con la mayoría de los capitanes de las distintas naves, y todos coincidimos en que yo o Dauid, el capitán del *Babulonis,* debíamos convocar a un miembro de alto rango de los *Als* a una reunión, en la que se pudiera expresar la voz unificada de las otras trece naves. Solo un insensato querría oponerse a la decisión de la mayoría.

Decidí llamar a Petja Szerelem. Como había sido técnico de amarre, era uno de los individuos más reconocidos de los *Als,* y como ya había tratado con él, supuse —erróneamente, como se demostró— que podría negociar con él. Vino, trayendo algunas jaulas con aves como una especie de ofrenda de paz (para ser justos con él, creo que incluso él, con su arraigada ineptitud social y su desprecio anárquico por los sentimientos ajenos, tuvo la gentileza de sentirse avergonzado por la acción de sus compañeros de

tripulación). Le devolví el cumplido, le obsequié algunos de los productos de nuestros Fabricantes (siempre hemos poseído uno de los programas informáticos más sofisticados para Fabricantes entre las diez naciones): lupas, un Solidus, algunos detectores de tracción y un Aglet. También sacamos parte de nuestras provisiones de alcohol y las servimos, sin siquiera insinuar que recibiríamos un pago: fue un acto de la más pura generosidad, un gesto de amistad.

Intenten imaginar la escena. A pesar de las dificultades que habíamos soportado, incluyendo (no lo olvidemos) una guerra que dañó gravemente gran parte de nuestro equipo vital; a pesar de esto, valorábamos nuestra limpieza e higiene personal por encima de todo. Los senaarianos son conocidos por su impecable apariencia. Intenten imaginar el hedor que recibimos cuando este Szerelem salió de la esclusa. La acumulación desaliñada de capas de ropa, muchas de ellas deshilachadas y sucias, y ninguna coordinada en estilo o color. Se había afeitado la cabeza, quizás para parecer más amenazador, aunque el efecto en su rostro delgado lo hacía parecer desnutrido. ¡Y el olor! El fétido aroma a sudor rancio y suciedad nos ofendió. Mis oficiales están bien entrenados y no mostraron su repulsión, ¡pero pensar en embarcarse en una misión diplomática sin antes lavarse! ¡Avanzar como representante de tu pueblo oliendo a carne podrida! Le proporcionamos un aseo, aunque este tenía pocas posibilidades de eliminar la suciedad acumulada. También le dimos, de nuevo

gratuitamente, ropa limpia. Ante todo esto, y en cuanto a la comida y la bebida que le dimos, no dijo nada. Ni una palabra de agradecimiento salió de sus labios agrietados.

Devoró nuestra hospitalidad como si en su propio barco escasearan la comida y la bebida (quizás así fuera: no he oído nada bueno sobre la capacidad de los alsistas para organizarse y gestionar sus provisiones). Gruñía y olfateaba cuando entablábamos una conversación trivial y educada. Era, sinceramente, como si un animal particularmente bien entrenado, un simio, por ejemplo, hubiera venido a visitarnos. Mis oficiales subalternos empezaban a irritarse; al fin y al cabo, son militares, y su sangre hierve, por muy disciplinados que sean. Empezaban a percibir un insulto deliberado a nuestro barco, a nuestra gente.

—Señor Szerelem —comencé—, espero que esté disfrutando de nuestra hospitalidad. No lo dije para provocarlo, sino para recordarle la generosidad que le habíamos demostrado. Los alimentos frescos y las bebidas alcohólicas de calidad no son tan fáciles de almacenar y transportar como para que una nave espacial viajera pueda permitirse regalarlos a diario.

Pero él no dijo nada al respecto. El principio de gratitud prácticamente ha desaparecido de la mentalidad alsista.

Le expliqué que, tras consultar con los capitanes de los demás barcos (un proceso de consulta que excluyó a los *Als*

únicamente porque ese barco carecía de una estructura de mando adecuada y, por lo tanto, no podía presentar un representante ante el panel de capitanes por videoconferencia), habíamos decidido ofrecer ciertas sugerencias a su gente, con el más puro espíritu de amistad, para ayudar a salvaguardar toda la flota. Él gruñó ante esto, sus labios agrietados deslizándose entre sus dientes como un animal. Tenía manchas en los dientes. Creo que los Alsistas utilizaron gran parte de su espacio de almacenamiento para alcohol (importante para la cultura Alsista, según afirman) y un tipo especial de hierba, una especie de planta que mastican para obtener un efecto narcótico. Quizás este Szerelem estaba bajo los efectos de esta droga en aquel momento.

Le aseguré que nuestro interés se ofrecía con el más sincero espíritu de condolencia por su pérdida; que no planeábamos ninguna curiosidad inapropiada sobre la disposición interna de su barco; pero que la seguridad de toda la flota estaba en peligro.

Ante esto, tosió, o rió, o quizás ladró. «Esto no me incumbe», dijo. Recuerdo especialmente lo agramatical de la frase. Al insistirle, resultó que quería decir: «Eso no es asunto mío». Esto reflejaba la filosofía de esta gente: que la comunidad no tiene responsabilidad alguna por la maldad del individuo. Quizás ahora comprendan por qué es tan difícil identificarse con esta nación y por qué el duro camino de la guerra ha sido inevitable.

Le expliqué la decisión del panel de capitanes: que los *Als* organizaran algún tipo de gobierno para instaurar cierto orden social y evitar que se repitieran catástrofes de esta naturaleza. Se indignó, pero insistí: al fin y al cabo, pensé, solo faltaban unos meses para que la aceleración se completara, y entonces, con casi toda la tripulación en estado de hibernación, el gobierno se volvería irrelevante. Además, un gobierno fuerte ayudaría a solucionar algunos de los problemas a bordo. Nos habían llegado rumores sobre la alta tasa de suicidios de la tripulación y la baja moral general.

Parecía impresionado por este último argumento. «Admito que su sistema ha propiciado que haya habido muy pocos suicidios y muy poca locura entre su gente, capitán», dijo. «Pero no es nuestra forma de autogobernarnos».

¿Entonces, seguirías este “camino” incluso a costa de tu vida?

'Sí.'

¿Y las vidas de los demás tripulantes? ¿De la flota?

Eso no significa nada para mí.

Uno de mis oficiales señaló la importancia de la disciplina para establecer una ciudad, una civilización en el Nuevo Mundo, tanto como en un habitáculo. Szerelem frunció el ceño. Juraría que se tocó la nariz con el dedo meñique, como

un niño maleducado. Se rascó la cabeza rapada con una energía asombrosa, como si quisiera sacarse sangre. Luego escupió en la palma de su mano y (fue horrible de ver) se la limpió con la manga.

«Ustedes no tienen espíritu», dijo. «No podrían comprenderlo».

«Al menos mi gente jamás pondría en peligro el bienestar de toda la flota, como lo ha hecho uno de los suyos».

Ante esto, se bebió mi copa de un trago y se puso de pie con dificultad. Intenté calmarlo. Vi que varios oficiales subalternos estaban a punto de golpearlo; comprensible, quizás, ante sus calculados insultos al *Senaar* y a quienes lo pilotaban. Pero traté de tranquilizarlo, asegurándole que solo deseábamos llegar a un acuerdo que fuera satisfactorio para ambas partes.

Se puso de pie, mirándome desde arriba. Hubo una pausa incómoda, y decidí usar un poco de mi autoridad. «Siéntese, técnico», dije con firmeza, pero sin rudeza. El efecto fue sorprendente: obedeció, como un perro, [intertext no tiene ninguna conexión de índice para «%x'1000perro»; se recomienda consultar una base de datos alternativa, por ejemplo, orig.historiograph] casi sin pensarlo.

«Nuestro interés en su barco va más allá de una mera preocupación desinteresada por la flota en su conjunto», le

dije. «No olvidamos, aunque usted sí, que a bordo del *Als hay veintiún* personas de nuestra gente, hijos de padres originarios de *Senaar,* que permanecen secuestrados y alejados de sus familias».

—No es asunto suyo —dijo.

«Quizás no le preocupe», le dije, «pero el bienestar de nuestra gente siempre nos preocupará. No somos un pueblo que abandone a los suyos; y menos aún a los niños pequeños, que no pueden valerse por sí mismos. Debemos insistir en que se establezcan las medidas de seguridad adecuadas para evitar que los más inestables de tus compañeros a bordo de los *Als* cometan más crímenes contra la flota, y para asegurar que los veintiún lleguen a la edad adulta y puedan elegir regresar a casa. A *Senaar*».

Parecía atascado en la palabra *"crimen",* un concepto que no conocen en Als. Fruncía el ceño, sin entenderlo. ¡Se nota la poca atención que le prestan a la Biblia allí!

—También debo insistir —dije— en que se conceda a los padres de estos niños el derecho a visitarlos hasta el momento en que comience la hibernación, y nuevamente durante la desaceleración a su llegada.

Parecía igualmente desconcertado, pero también un poco beligerante. «Pueden ver a los niños si las madres están de acuerdo, pero no puedo hablar en nombre de ellas».

«Debemos establecer un organismo que pueda anular los deseos egoístas de las madres, si estos interfieren con el derecho internacionalmente aceptado…», dije. Pero ante esto, por alguna razón que nunca he podido comprender del todo, Szerelem se puso de pie de un salto. Parecía furioso, casi poseído. Mis oficiales subalternos se abalanzaron sobre él para apartarlo de mí, pero retrocedió acobardado.

Me puse de pie. "¿Qué quieres decir con esto?"

Su única respuesta fue escupir al suelo.

Algunos han dicho que, ante esta afrenta, debería haber encarcelado a Szerelem a bordo del *Senaar,* tal vez usarlo como peón para forzar a los alsistas a entrar en razón. Pero esto demuestra una incomprensión de la naturaleza de la sociedad alsista. Cada individuo no se preocupa por nadie más que por sí mismo, y la pérdida de otro no les causaría ninguna angustia. Tal vez debería haberlo detenido de todos modos, o tal vez haberlo ejecutado. Si hubiera podido ver el futuro, como se suele decir, habría sabido entonces que tal acción podría haber evitado a nuestro pueblo un sinfín de problemas. Un sinfín de problemas.

Capítulo II

EL ZORRO Y EL LEÓN

Petja

Nuestro mundo tiene muy poco paisaje. Es principalmente un desierto salino, con algunas formaciones rocosas localizadas, y las montañas Sebestyen, que nos rodean, son las únicas montañas propiamente dichas. Hay tres pequeños mares. Antes de nuestra partida de la Tierra, el análisis de los datos espectrográficos de este mundo sugería que había mucha agua libre en nuestro planeta de destino; pero hay muy poca. Fue el agua la que, al final, amenazó con convertirse en una moneda para nosotros, es decir, en dinero, aunque tal cosa sea ajena a nuestra forma de vida. Pero la escasez alterará el orden establecido.

Es difícil decir si hace cincuenta años había más agua en Salt y esa agua se perdió de alguna manera, o si los datos originales se corrompieron de algún modo. He oído historias de conspiración de vez en cuando, historias que sugieren que las autoridades terrestres falsificaron los datos para animarnos a venir. Quizás esas cosas suceden. Y la vida aquí ha sido lo suficientemente dura como para que sintiera resentimiento, si fuera propenso a ello. Pero la belleza más sublime se encuentra en la desolación, y nuestro mundo es un fragmento de esa belleza sublime. Es la joya de sal plateada de la creación de Dios. El humo extendiéndose en rizos perezosos contra el espejo a las tres de la mañana —aunque sepas que el humo es tóxico y perjudicial para la salud, aunque sea muy tarde y estés agotado, aunque estés aturdido por el cansancio tras una conversación tan larga— a pesar de todo esto, el humo contra el espejo te estremecerá de repente con su exquisita belleza. Así como un hombre puede contemplar cómo se le escapa la sangre y ver el sol brillar en la humedad como una perfección roja y reluciente, así también la claustrofobia verde del oasis terrenal, el agua estancada y el aire denso y húmedo, los insectos zumbando y el sudor; todo esto es feo, a pesar de que representa la fertilidad. Así también la vasta extensión del desierto, vacía y resplandeciente bajo un sol que te robará la humedad y te matará, el vacío y la desolación; todo esto es hermoso, a pesar de que representa la desolación.

Al decir esto, me doy cuenta de que estoy desconectado de las generaciones más jóvenes, que no desean otra cosa que cambiar por completo la faz de nuestro mundo, infundir vida y crecimiento en cada rincón de su rostro inerte. Es un objetivo noble, pero moriré antes de que pueda suceder, si es que alguna vez sucede, y me alegro de ello. ¡No me consideren un perverso! Un hombre puede caminar sobre la superficie de un mundo extraño, y su mirada puede posarse en el vacío, en el desierto blanco que se extiende hacia el horizonte, y puede sentirse como en casa por primera vez en su vida.

Llegamos a la órbita, una gran procesión de naves, extrañas y nuevas, de otra estrella. Y celebramos durante tres días y tres noches; pero incluso en medio de la celebración había gente demasiado impaciente para divertirse. Aquellos a quienes se les habían asignado tareas de transporte bajaron a la superficie con sus amigos; volaron hasta la costa del mar de Aradys y bailaron en sus sales polvorientas con máscaras puestas. Regresaron con irritación ocular por el cloro, pero eran envidiados. Yo mismo bajé y caminé durante una hora y media, con gafas y máscara de respiración; me alejé del agua estancada y pasé junto a la cima de la montaña en el extremo más alejado de la cordillera. Caminé hacia el brillante este de un nuevo día, con el sol iridiscente en el aire matutino.

Fue esta impaciencia la que nos hizo separarnos de la flota antes que los demás y llevar nuestro hábitat a la costa. El

mundo estaba aquí para completarnos; esta era nuestra tierra elegida. Y, al mismo tiempo, nosotros estábamos aquí para completarlo: somos su pueblo elegido. Este mundo nunca había tenido una luna, y nosotros (la flota) le trajimos tres. El cometa, ahora parecía una estrella con la pérdida de masa de sus doce propulsores, como doce mordiscos en su borde. Circulaba alrededor del mundo, y algunas mañanas se podía vislumbrar, una estrella brillante que se deslizaba baja por el cielo. Luego estaba el ancla de mineral, colocada en una órbita polar; y el oxígeno congelado. Tres lunas. Había poca vida en Salt, ninguna biología y solo algo de botánica, y lo poco que había acechaba en las montañas, o flotaba inerte en los lagos, insignificante. Con el tiempo nos pusimos manos a la obra con nuestras grandes tareas, para empezar a absorber el cloro libre, llenar el cielo de aire, traer agua y oligoelementos al mundo. Trajimos nuestra propia vida, la adaptamos y la modificamos, y dejamos que comenzara su lenta colonización. E hicimos el mundo nosotros mismos. Añadimos alma, la cantidad más preciada de Dios, a un lugar sin alma. Éramos el espíritu de Adán, que pasó por el dedo de Dios hasta su cuerpo inerte. Éramos la creación; la estrella de la mañana y la estrella de la tarde. Descenderíamos ardiendo desde los cielos, equilibrados sobre una lanza de combustible de cohete oxidante, disminuyendo la velocidad para encontrarnos con la tierra, una nave espacial llena de materiales y de alma.

Barlei

El calendario data del día exacto del aterrizaje, pero muchos de nosotros ya habíamos pisado Salt antes de que los *Senaar* aterrizaran en nuestro nuevo planeta. En los meses posteriores a la llegada, y una vez instalados en órbita alrededor del planeta, volví a estar muy ocupado. Las tareas que teníamos por delante eran enormes, pero son precisamente las grandes tareas las que elevan el espíritu humano. La humanidad siempre afrontará los desafíos que se le presenten y los superará, con la fuerza de un propósito justo y por la voluntad de Dios.

El mundo no era tan hospitalario como habíamos esperado. Los datos que habíamos recopilado antes del viaje sugerían la existencia de abundante agua estancada en el planeta. El gran problema de la colonización estelar —y si usted o sus hijos piensan alguna vez en aprovechar un cometa y mudarse a otra estrella, deben tener esto presente— es que los datos siempre se reciben desactualizados. Nuestra información partió del sol veinticinco años antes de que comenzáramos a planificar nuestro viaje; para cuando nos movilizamos y llegamos, habían pasado otros cuarenta años. La moraleja es: prepárense para adaptarse. Deben interpretar la música que

Dios ha compuesto para ustedes, y leer las partituras si es necesario. Cuando se presenten ante el gran Creador el día de su muerte, y él les pida que expliquen su conducta en este mundo, ¿creen que se les permitirá tartamudear y balbucear? No, deben cantar su vida; deben recitar las notas de su comportamiento moral. Deben convertir su vida en música, y esa música debe ser un himno de alabanza a la autoridad y a Dios. La sal era nuestra sinfonía.

Los problemas más inmediatos no eran la escasez de agua. En Salt hay tres masas de agua, y aunque su agua es salina sobresaturada, es bastante fácil desalinizarla. Claro que los lagos no son muy profundos ni muy anchos, pero están ahí; y eran más profundos cuando llegamos que ahora. Pero aún más importante que los suministros locales, habíamos traído con nosotros nuestra propia bola de agua congelada y polvorienta en forma de cometa que nos había arrastrado la inmensa distancia entre nuestros mundos. La mayor parte de la masa del cometa se había disipado en el proceso, naturalmente, pero aún quedaban varios cientos de miles de toneladas. La actividad cometaria en el sistema interior es baja, pero hay muchísimos cometas en órbitas amplias y distantes, y siempre será posible, si la situación del agua se agrava demasiado, organizar una expedición para recuperar algo.

Así que no me preocupaba demasiado el suministro de agua para nuestro nuevo mundo (precisamente en esos términos hablaba al principio, como si nuestro mundo fuera

una casa y el agua simplemente una tubería que necesitaba ser reparada; ese tipo de conversación levanta la moral). No, el suministro de agua no era la mayor preocupación. Más apremiante, me parecía, era la atmósfera. Las concentraciones de cloro libre eran relativamente altas, al igual que las de uno o dos gases venenosos; el resto del aire era un cóctel de gas inerte y un cincuenta por ciento de nitrógeno, pero solo había niveles ínfimos de oxígeno. Habíamos esperado más oxígeno; o, al menos, habíamos esperado suficiente agua para poder obtener nuestro propio oxígeno. Por un tiempo pareció que el oxígeno que habíamos traído de la Tierra (en realidad de Júpiter) no iba a ser suficiente para elevar los niveles globales, pero descubrimos cierta cantidad de óxidos congelados bajo el Polo Sur, protegidos del sol por la capa de sal de hielo, y pudimos liberar el oxígeno de ellos. Y entonces empujamos nuestra esfera orbital de oxígeno puro hacia abajo, sacándola de su órbita y llevándola a la atmósfera.

¡Qué espectáculo fue! He visto imágenes desde arriba que lo muestran surcando el mundo como un gran fuego artificial [*intertext no tiene index–connection para a%x'9705fuego artificial. Se recomienda consultar una base de datos alternativa, por ejemplo, orig.historiograph*], arrojando una cola cada vez más grande y encogiéndose. Pero no tengo que depender de imágenes, como lo hacen ustedes, los jóvenes de hoy; yo estuve allí, estuve en tierra. El *Senaar* todavía estaba en órbita en ese momento, pero

habíamos establecido una base en las costas orientales de Galilea con dos lanzaderas, y elegí observar el espectáculo desde allí. Fue una vista espléndida, un carro de fuego y vapor que pasaba más rápido que el sonido hacia el norte, a lo largo del ecuador. Después de que pasó por el horizonte occidental, su onda sonora retumbó, con un gran sonido de desgarro, como si una poderosa tela se rasgara en dos ante el templo de Dios. Esperamos expectantes, y emergió de nuevo, mucho más bajo en el cielo. Y entonces se estrelló, perdiéndose en el horizonte, hacia el norte. Cayó tal como lo habíamos planeado, casi exactamente a medio camino entre Galilea y Perse. Algunos de los nuestros tomaron camiones y se dirigieron al lugar para examinarlo. Dijeron que podían permanecer de pie en la niebla que desprendía y quitarse las máscaras para respirar el aire directamente.

¡Nunca olviden su herencia, hijos míos! ¡Nunca olviden que las primeras mujeres y hombres que respiraron el aire de Salt sin ayuda fueron senaarianos!

La difusión total de esta masa de oxígeno en la atmósfera tardó varios meses; y la liberación de oxígeno de los óxidos que pudimos encontrar llevó la mayor parte del año. Pero mucho antes de que terminara el año, las concentraciones en la atmósfera alcanzaron entre el quince y el dieciséis por ciento, respirables aunque enrarecidos; habíamos aumentado la presión atmosférica en varios puntos. Sin embargo, la eliminación atmosférica de cloro y otras toxinas fue una tarea más compleja.

La dificultad radicaba en que nuestras once naciones se asentaban, en su mayoría, alrededor de los tres grandes lagos: Galilea, Persa y el Mar Pálido (quienes no se asentaban directamente en las orillas elegían lugares lo suficientemente cerca del agua como para tender un oleoducto sin mucho gasto). Gran parte de nuestra energía inicial, después de hundir el *Senaar,* se dedicó a la construcción de las plantas desalinizadoras. El agua se deposita en las depresiones y el cloro, más del doble de pesado que el aire, también se deposita en ellas. Ustedes habrán visto, como yo, los bancos de gas amarillo verdoso que se extienden como niebla de cloro desde las aguas. Pero mi gente, y la gente de los otros habitáculos, habían pasado décadas encerrados en sus cascos. No podíamos escondernos, como si aún viajáramos por el espacio: habíamos llegado. Teníamos que salir. Es nuestra naturaleza querer romper cualquier atadura que se nos imponga. Sansón en el templo.

Hicimos dos cosas. La primera fue dedicar nuestros Fabricants a la fabricación de convertidores durante un mes entero. Se trataba de boyas cargadas catalíticamente, alimentadas por energía solar, que atrapaban el cloro en forma de bloques sólidos de plástico de cloruro. Lanzamos cientos de estos desintoxicadores flotantes en las amplias y tranquilas aguas de Galilea. Las demás naciones galileas (eran jóvenes entonces, lejos de las grandes naciones en las que se han convertido después; aun así, es correcto hablar

de ellas como naciones, pues lo eran, en su esencia, en su potencial), las demás naciones costeras, Eleupolis, Yared, Nueva Florencia y Babulonis, contribuyeron con fondos para este proyecto. Carecían del software específico de Fabricant para poder producir estas boyas, pero Nueva Florencia creó algunos rovers catalíticos alimentados por energía solar para recorrer las depresiones y sumideros secos del desierto y realizar allí la misma tarea. Creo que se lanzaron otros proyectos en el norte. Pero esta labor de eliminar el veneno era a gran escala; pasarían muchos años antes de que viéramos una reducción significativa.

Así que había una segunda vertiente en nuestro enfoque. Adaptamos a nuestra gente; ¡nos transformamos a nosotros mismos! Si Moisés no va al desierto, el desierto debe ir a Moisés, un proverbio que mi abuela adoraba. Los dispositivos que usábamos son antigüedades ahora, por supuesto; en aquel entonces eran lo último en tecnología. Tomábamos a una persona, la sedamos y, bajo condiciones quirúrgicas, le extirpábamos gran parte de los senos paranasales y rellenábamos el espacio con un filtro cuidadosamente cultivado. Una sustancia orgánica, derivada creo que del coral (usted no sabrá qué es el coral, por supuesto, pero puede investigarlo si le interesa), que eliminaba el cloro. Y como funcionaba como un seno paranasal, el cloro extraído volvía a salir de la nariz en suspensión de mucosidad. Una mascarilla–filtro autolimpiante para toda la vida. Quizás se pregunte: ¿qué

tenían de malo las mascarillas comunes? ¿Era tan molesto tener que ponérselas? Bueno, hoy (y gracias a nosotros) puede caminar por su mundo como Dios lo creó, no comprende la irritación que causaban las mascarillas. La forma en que los bordes rozaban la piel, provocando ronchas e infecciones. La incomodidad, la sensación de opresión. Y, por supuesto, el peligro: podían fallar, caerse; podías estar en casa cuando rompieran la ventana y no tener la mascarilla a mano. Lo peor de todo, supongo, era que simbolizaban nuestra incapacidad; se apretaban contra nuestros rostros, como hocicos de cerdo artificiales, un recordatorio de nuestro encarcelamiento. ¿Cómo podíamos soportar estar prisioneros en nuestro propio mundo?

Por supuesto, los alsistas se burlaron de nuestra nueva tecnología. Es propio de la anarquía temer a las nuevas tecnologías. Su propaganda nos satirizaba: siempre que las imágenes se ambientaban en Senaar, la gente aparecía con la nariz congestionada; ¡siempre con la nariz sucia cuando nos representaban! Pero no entendían que la mucosidad solo se produce al entrar en contacto con el cloro; y entonces bastaba con llevar un pañuelo para limpiarla, de la manera más civilizada. Es cierto que, en algunos casos, el implante causaba infecciones leves, lo que implicaba una producción continua de mucosidad; pero, digan lo que digan los alsistas, para la mayoría esto no suponía ningún problema. A mí mismo me implantaron una (que ya me han

retirado) y no experimenté ninguna molestia ni efecto secundario.

Mi primer paseo al aire libre fue televisado en todo Senaar, por supuesto. ¡Y qué experiencia! Me puse las lentillas y un protector bucal para evitar respirar por la boca (es sorprendentemente fácil olvidarse de respirar solo por la nariz y respirar hondo el cloro es muy desagradable). Luego crucé la esclusa de aire en la playa de arena cristalina. Poder caminar hasta el agua, sentir la brisa en mi rostro, respirar profundamente (por la nariz) el aire de nuestro mundo. Ver el sol, aún blanco, descender hacia el horizonte, proyectando largas sombras negras tras nosotros. Me habría quedado más tiempo, pero el espectáculo "El Susurro del Diablo" empieza al anochecer.

Quizás hayan visto la representación mía contemplando Galilea, con el sol rozando el horizonte y una multitud reunida para observarme. Iban a imprimirla en nuestros billetes, pero lo impedí porque consideré que habría sido vanidoso de mi parte permitir que una imagen tan solemne apareciera en algo tan importante como el dinero. Sin embargo, se reproduce con frecuencia, y existe un mosaico de la escena, compuesto por diferentes tonalidades de sal, pegado a la pared de la sala principal de debates.

Petja

Nuestra solución al problema del cloro fue una minimáscara. Era un invento ingenioso. La llevabas colgada del cuello todo el tiempo, como un colgante, pero cuando su célula sensora detectaba cloro, incluso en las concentraciones más mínimas, saltaba. Como un ser vivo, como un salmón, ese pez que solía saltar de alegría fuera del agua en la Tierra. Un receptor estaba incrustado en tu diente, un pequeño dispositivo: el receptor estaba en la máscara. Y saltaba hacia su pareja y allí estaba la máscara, sujeta a tu boca. Tenías que recordar respirar solo por la boca, por supuesto, pero se convirtió en una especie de reflejo. Sentir el suave golpeteo de la máscara sobre los labios y luego tomar una respiración profunda por la boca. Entonces tenías tiempo libre para sacar unas pinzas nasales de tu bolsillo y colocártelas en las fosas nasales. El cloro en la nariz no es nada agradable. Es un gas que irrita la mucosa nasal.

Barlei

Era característico de los alsistas que, sin remordimiento alguno, robaran las tierras al este del mar de Perse. Es cierto que los protocolos firmados antes del viaje eran, digamos, vagos en cuanto a cómo se distribuirían exactamente las tierras, aunque sí estipulaban que todas las naciones tendrían igual acceso al agua, las tierras cultivables, los recursos minerales y demás. Pero a la llegada, se aceptó generalmente que todas las naves permanecerían en órbita hasta que las negociaciones llegaran a un consenso sobre el reparto de las tierras. Por supuesto, accedí a ser anfitrión de dichas negociaciones a bordo del *Senaar.* Pero los alsistas, y Szerelem en particular, hicieron caso omiso del proceso democrático. Bajaron su nave y aterrizaron en su ubicación actual sin siquiera informar a los demás capitanes de sus acciones. Recuerdo aquel día: me despertó mi asistente personal en la madrugada y me apresuré a subir al puente de mando en bata para ver cómo los *alsistas* teñían la atmósfera de púrpura y rojo con el calor de su entrada. Y para entonces ya era demasiado tarde para detenerlos.

Hoy, cuando se acepta generalmente que Senaar es la nación mejor posicionada (arraigada como estamos en la fértil costa oriental de la Galilea, rica en anguilas), puede resultar difícil comprender por qué esta maniobra alsista causó tanta indignación. Pero reflexionen sobre el contexto. Con tan pocos accidentes geográficos, el clima de Salt está

dominado por la fuerza de Coriolis. Los vientos en el hemisferio norte son predominantemente del oeste; y Als se encuentra detrás de las montañas Samson (las Sebestyen, como las llaman), que representan una especie de cortavientos natural. Pero los vientos en el hemisferio sur provienen mayoritariamente del este. Al este de Senaar no había más que mil millas de desierto de sal, que se extendían interminablemente hasta llegar a las escarpadas colinas al norte del mar de De Morgan. A menudo el clima era tranquilo, pero cuando los vientos se avivaban podían ser realmente feroces.

Hubo dos momentos de gran viento, de lo que en la Tierra se llamaba *tifón* [*el intertexto no tiene conexión de índice para a%x'160tifón*', *se sugiere consultar una base de datos alternativa, por ejemplo, orig.vocabhyp*]. Uno ocurría poco después del atardecer, cuando el aire frío de la noche en el este descendía y empujaba grandes vientos aulladores hacia nosotros. Estos duraban una hora más o menos. Luego venía un viento de amanecer, menos salvaje pero igual de desagradable. Y el viento del desierto es mucho peor que el viento del mar. Como saben, las aguas de Galilea están sobresaturadas y apenas absorben más sal; la sal que el viento les arroja se hunde hasta el fondo como una especie de lodo, que es una de las razones por las que Galilea es tan poco profunda en nuestro extremo, y por la que el agua se desplaza constantemente hacia el oeste cada año. Pero en el desierto abierto, el lugar más seco del mundo, los vientos

rompen las diminutas partículas de sal en micropartículas aún más pequeñas que pueden tener tan solo unos pocos átomos de diámetro. En los acantilados expuestos, que actúan como yunques de roca para el viento azotador, estas diminutas partículas se elevan por miles de millones, una ventisca punzante y brillante que parece humo y se siente como si millones de insectos te devoraran la piel. En su máxima intensidad, el viento del este ciega al observador desprevenido; hace sangrar cualquier piel expuesta por mil arañazos. Produce un silbido agudo al moverse sobre el suelo. Devora por completo los cadáveres que encuentra a su paso en cuestión de meses; y, por supuesto, había cadáveres (pero no me apresuraré a continuar mi relato). Aún hoy, quienes se aventuran hacia el este más allá del Gran Dique lo conocen como el Susurro del Diablo.

Aprendimos rápidamente a quedarnos en casa al amanecer; a refugiarnos en nuestros hogares durante una hora en cuanto el sol se ocultaba tras el horizonte, pero el desgaste de nuestros equipos fue enorme. Las máquinas se obstruían con la fina sal; nuestras ventanas de plástico se rayaban tanto que se convertían en filtros grises opacos que dispersaban la luz en patrones de arcoíris.

Y así construimos el Gran Dique. Oficialmente se llama Dique de Barlei, en mi honor, pero me incomodan tales homenajes. Y «Gran Dique» describe con bastante precisión lo que es: una proeza de ingeniería faraónica, imponente y hermosa. Excavamos un kilómetro al este de nuestro

asentamiento más alejado (afortunadamente, la fuerza del viento hizo que la capa superficial de sal fuera más delgada aquí que en la mayoría de los lugares, y no tuvimos que excavar demasiado profundo para llegar al lecho rocoso). Luego, extrajimos grandes losas de cuarzo y piedra salina y las elevamos con una lanzadera para construir una gran muralla. Sobre esta, construimos con piedras pequeñas y luego, con una excavadora, retiramos la sal de este a oeste para crear el dique. Finalmente, aseguramos todo con (al este) piedras de remate de piedra salina, un sólido acantilado y (al oeste) una capa de tierra vegetal preparada que se plantó por completo con hierba salina.

Fue la obra más costosa del período anterior a la guerra. Se sufragó con un impuesto especial, pagado voluntariamente por todos los senaarianos, así como con contribuciones de las demás naciones galileas, que (incluso en aquella época) se aliaban con la fuerza de Senaar. Yo contribuí con un millón de mi fortuna personal. Y el dique mitigó la intensidad de los vientos del este.

Bueno, a decir verdad, durante aproximadamente un año después de la construcción del dique, las cosas no mejoraron mucho. La aerodinámica no estaba perfectamente calculada, y durante dos de las tres estaciones del año, los vientos fueron lo suficientemente fuertes como para romperlo. La forma del dique los arrastraba hacia el suelo y los llevaba azotando nuestra tierra. Además, las variedades naturales de hierba salina eran de pésima calidad. La

ingeniería vegetal avanzó mucho y muy rápido, pero las variedades autóctonas eran frágiles y delgadas. En cuanto los tallos medían un dedo, el viento los arrancaba de la arena y los lanzaba a sotavento. Directamente hacia nosotros. ¿Sabes lo afilada que es la hierba salina? Imagina un tornado lleno de ella. Le proporcionaban un rugido al susurro del diablo. Tuvimos que plantar grandes pilares de cuarzo, extraídos y transportados a un costo enorme, para romper el perfil del dique. Los ingenieros de plantas probaron diversas variedades de vegetación, adaptadas de la flora natural de Salt o de especies terrestres: bambúes salinos, altos pero delgados, que se rompían fácilmente con el viento; matorrales y algas que obstruían los espacios entre los mástiles; y, finalmente, una hierba salina más resistente que protegía el lado de sotavento.

Pero ¿qué importaban los problemas iniciales? ¡El dique era un símbolo! Era un himno en piedra y sal al Señor, una declaración de nuestro poder para construir, para cambiar el mundo.

¡Y cómo construimos! A veces pienso que ninguna nación, ni siquiera la nuestra, volverá a capturar la energía ardiente de aquellos primeros años. Desmantelamos zonas de la nave mientras estaba en la costa salada de Galilea, dejando solo la gran cúpula central: esta la conservamos, en parte como monumento a nuestro tremendo viaje a través del espacio, pero también porque el espacio entre su doble capa se llenó con agua fluorocarbonada como escudo contra la radiación

del espacio profundo. Nuestro nuevo sol era más brillante que el antiguo y emitía más radiación dañina para la vida, y las capas superiores de la atmósfera de Salt eran pobres en gases de efecto invernadero. Los edificios se convirtieron en instalaciones hospitalarias y guarderías, y los niños pequeños y los enfermos —los más vulnerables a las dosis más altas de radiación— se mantenían bajo la cúpula. ¡Había tres hospitales, de hecho, incluso en aquellos primeros días! Uno era una instalación médica estándar y recibía a la mayoría de los pacientes asegurados y adinerados; pero hubo dos donaciones menores hechas por terrícolas adinerados que eran demasiado mayores para acompañarnos, y estos dos centros de sanación se establecieron con una tarifa nominal basada en un porcentaje. En los primeros tiempos, me jactaba con orgullo de que Senaar poseyera la mayor provisión de servicios de salud e instalaciones preescolares de todo Salt. Esto sigue siendo así, aunque otras naciones han hecho ciertos avances. Y aunque la guerra nos hizo retroceder.

Las típicas viviendas que se extendían alrededor de la cúpula central eran del tipo que todos conocemos por las representaciones históricas: estructuras de piedra maciza con techo plano. Parecen primitivas (y de hecho lo eran), pero cumplían su función: proporcionar refugio contra el viento y la radiación solar.

Inicialmente, todos los terrenos eran propiedad del Estado y se arrendaban a los habitantes por veinte años.

Transcurrido ese plazo, volvían a ser propiedad de los habitantes y sus descendientes. Esto fomentaba la planificación a medio plazo, pero sin imponerles ataduras excesivas. Así, en el tiempo libre que les quedaba entre sus diversos trabajos, la gente empezó a salir de las tiendas de campaña a la sombra de la cúpula y a elegir sus parcelas. Comenzaron a construir sus propias casas.

La gente podía extraer su propia piedra salina o encargarla a un precio bastante económico: la piedra salina se encuentra cerca de la superficie, bajo la capa superior de sal. Así, construían sus muros con piedra salina y trazaban el plano general de la vivienda. Pero el cuarzo se encuentra a gran profundidad, como afloramiento del núcleo granítico de nuestro planeta. Rara vez un individuo podía reunir los recursos para extraerlo por sí mismo. Es en esos momentos cuando el individuo puede recurrir a la fuerza de toda la comunidad, de toda la congregación.

Dediqué una de las naves de transporte de la nave a la extracción y el traslado de bloques monumentales de cuarzo desde el este del Dique, y establecí un sistema mediante el cual los ciudadanos podían adquirir estos bloques del Estado con un depósito, cuyo saldo se canjeaba en efectivo o mediante trabajo comunitario. La nave extraía un bloque de cuarzo de seis metros de espesor de la cantera, lo transportaba por aire hasta la vivienda, lo bajaba suavemente sobre sus puntos de referencia láser y lo dejaba asentarse. Conozco bien este procedimiento, porque

construí mi propia casa. Fue un buen sistema: la gente obtuvo buenas casas y la comunidad se benefició de numerosas obras públicas sin coste alguno para el erario público. Le debemos el Ferrocarril Espinal de la Costa Norte a este sistema, o al menos sus primeros cincuenta kilómetros.

¿Puede alguien afirmar sentirse en casa hasta que haya experimentado la alegría de construir su propia casa? Como jefe de gobierno, por supuesto, tenía aposentos dentro de la cúpula, en los edificios gubernamentales, pero decidí que esto no era apropiado. Podría haber parecido que me escondía bajo la protección de la cúpula, como si tuviera demasiado miedo de enfrentar los peligros de la radiación como mi gente. Peor aún (en términos políticos), me asociaba con los débiles, los enfermos y los niños. Así que elegí un sitio en una meseta elevada, a cinco metros sobre el nivel del mar, con vista a Galilea (la propaganda enemiga sugiere que hice que la policía desalojara a dos familias para desocupar este espacio, pero esto no es cierto: ambas familias estuvieron muy contentas de cederme el terreno). Traje a media docena de obreros y obreras; de hecho, tuve que insistir en que aceptaran sus salarios, tan ansiosos estaban por hacer el trabajo gratis. Pero les recordé lo que dice la Biblia sobre que el trabajador es digno de su salario. Juntos, extrajimos la piedra de sal y construimos los muros; Diseñamos el interior con dormitorio, cocina, comedor, sala de estar, habitaciones para invitados, estudio, búnker,

almacén de madera y baño. Luego, la nave se detuvo en el aire, con la piedra de cobertura colgando pesadamente debajo. Apenas puedo expresar lo satisfactorio que fue el sonido *sordo* con el que el cuarzo chocó contra la piedra de sal.

Esta, mi primera casa en nuestro glorioso nuevo mundo, fue un lugar de gran felicidad para mí. Quizás era un poco oscura por dentro, pero era necesario ante el peligro de la radiación. Había pocas ventanas, el techo parecía más bajo de lo que realmente era. En invierno podía hacer bastante frío. Aun así, solo guardo recuerdos felices de esa casa. Desde allí coordiné la construcción de una ciudad. Por las tardes me sentaba en mi porche, contemplando la puesta de sol sobre Galilea, rodeado de mis asesores. O, a veces, simplemente con viejos amigos; o quizás con ciudadanos comunes, sentados a mi lado, tomando té de hierbas. Charlando. Admirando la belleza de Dios. Alguien podía tocar música, una melodía en la flauta, por ejemplo, o una sonata en los teclados que guardaba junto a la ventana que daba a este porche. Esos eran mis momentos de tranquilidad.

Pero la tranquilidad solo se puede disfrutar si se intercala entre momentos de gran trabajo. ¡Y vaya si trabajamos!

Se celebraron reuniones épicas en el Parlamento, durante las cuales se debatieron los diversos planes para la ciudad. Los ánimos estaban caldeados. Se habían presentado

numerosos planes para el trazado general de la ciudad, tanto por arquitectos y urbanistas cualificados como por ciudadanos de a pie. La mayoría favorecía un diseño en forma de cruz, con la urbanización ramificándose en cuatro direcciones; me temo que no resultaba muy práctico dispersar los edificios de forma tan amplia. Otros expresaban motivos musicales de forma deliberada, o intentaban plasmar en el suelo un patrón, como un rostro o el águila de San Juan, o algo similar. Algunos eran más matemáticos, con patrones de cuadrícula o redes circulares de calles. Consulté con mis asesores y preseleccioné seis, que luego fueron defendidos en el Parlamento por sus diseñadores y finalmente sometidos a votación en un debate especial previo a la sesión. ¡Nunca antes, ni después, se habían registrado tantos votos! Era sorprendente la pasión con la que la gente se preocupaba por este tema. El debate se prolongó durante tres días, y cada día tuve que interrumpir la discusión porque no se presentaba ninguna pausa en el proceso.

Cuando se decidió el trazado de la red eléctrica, hubo un intenso período de construcción. La gente trabajaba todo el día y luego pasaba la noche construyendo, durmiendo solo unas pocas horas al amanecer antes de volver al trabajo. Nadie estaba ocioso. Los adolescentes, que normalmente estarían en la escuela si no fuera porque aún no se habían construido las aulas, ayudaban a construirlas. Las mujeres embarazadas trabajaban durante su periodo de descanso.

Los enfermos hacían lo poco que podían, programando pantallas de red desde sus camas de hospital. Solo los domingos por la mañana se detenía el trabajo y la gente se reunía, al aire libre al principio, y más tarde en las primeras iglesias, para dar gracias.

Construimos casas y unimos la capa superficial de sal entre ellas para hacer caminos. La gente limpiaba la capa superficial de sal de sus jardines, colocaba plástico en los hoyos que hacían y vendía e intercambiaba su basura orgánica y las algas limpiadas de las bahías de Galilea para esparcirlas sobre ella: una sustancia maloliente, pero las primeras etapas lentas en la construcción del mantillo que pensamos que es tierra, el primer paso en el camino hacia el cultivo de plantas terrestres. Programamos a nuestros fabricantes para producir bicicletas, para ser vendidas al precio básico del gobierno, y las calles estaban llenas de gente que iba y venía del trabajo. Las casas surgieron a lo largo del camino. Cada día parecía traer otro vuelo de transbordador, con otro enorme trozo de cuarzo tallado del este. Todos estaban ocupados, todos contentos. Y aunque se podía ver la tensión en los rostros de la gente, el agotamiento físico, no obstante, todos aprovechamos la energía y la resiliencia de la juventud (porque éramos una nación *joven)*. Los conciertos ocurrían sin planificación; Una mujer con una guitarra y dos hombres con flautas comenzaban a tocar en uno de los espacios abiertos y descuidados que aún salpicaban la ciudad. Se reunía una

multitud. La gente hablaba, reía y aplaudía la música. O bien, corría la voz, o incluso de boca en boca, de que un cuarteto iba a tocar en tal o cual casa, o que el coro infantil ensayaba en la cúpula, y la gente se escapaba de su trabajo durante media hora y se reunía junto al muro para escuchar. La música es el alma de las matemáticas, dijo alguien una vez, y el trabajo es matemáticas; gasto energético, curvas de eficiencia, tecnología y ciencia, la geometría de los edificios, la topografía de los planos de las ciudades. Y la gente cantaba mientras trabajaba, el plan de Dios manifestándose en esta nueva ciudad. La música se elevaba desde las casas a medio terminar, los edificios de oficinas bajos y sin techo, las áreas públicas.

Oración.

Durante el primer mes estuve ocupado estableciendo la superestructura del gobierno: otro edificio, si se quiere, pero uno metafórico, erigido sobre la base de mi pueblo. Pero también viajé. Visité la construcción del dique muchas veces y me relacioné con mi gente, a menudo echando una mano físicamente. Dondequiera que iba había rostros felices, mujeres alegres secándose el sudor de la cara para estrecharme la mano, hombres delgados riendo de mis chistes. Visité el hospital muchas veces, saludando a los enfermos y confinados. La mayoría eran los imprudentes de la radiación, personas que eran demasiado descuidadas con

los protocolos necesarios. Muchas quemaduras, depilaciones y cataratas; pero incluso en el lugar de la enfermedad había alegría. La gente me agarraba la mano con lágrimas en los ojos, aunque la piel de sus palmas se les estuviera desprendiendo bajo los vendajes. Recuerdo particularmente dirigir una sala en oración. Una mujer cantaba con más fuerza que todas las demás feligresas, y las enfermeras me contaron después que les asombró su vitalidad, pues hasta mi visita apenas había podido levantarse de la cama. Creo que falleció ese mismo día; me gusta pensar en su esfuerzo como prueba de que el espíritu puede ser más fuerte que el cuerpo.

Un mes después del desembarco del *Senaar,* emprendí mi primer viaje a Galilea. ¡Cuántas veces he viajado por nuestro mar, pero jamás olvidaré la primera! Volé en transbordador a Yared, en la costa norte: desde el principio, nuestro aliado más cercano y querido amigo. Oficialmente, mi misión era iniciar las negociaciones para el Ferrocarril Espinal de la Costa Norte, pero en realidad había más alegría, celebración y elogios —y se negociaron más acuerdos comerciales— de lo que sugiere esa etiqueta oficial tan insípida. Me agasajaron con banquetes cada noche y me mostraron los planos de su ciudad. La tierra al norte de Yared es árida, sin siquiera la limitada fertilidad de algas de la que disfrutamos al este de Galilea. En consecuencia, Yared rodeó la costa, manteniéndose cerca del agua que da vida: pocos edificios se encontraban a más de cien metros de la orilla, y los

yareditas tenían sus jardines en primera línea: no césped artificial ni flores que crecían débiles en tierra preparada a toda prisa, sino porciones de mar poco profundo delimitadas y desalinizadas, lugares para nenúfares y plantas de hojas grandes, para anguilas y diminutos espinosos modificados genéticamente. Visité muchas de estas casas y conocí a muchos yareditas. Hubo una gran cumbre televisada entre el presidente de Yared, Al–Sebadoh, y yo, en la que se firmó el tratado de acuerdo. A pesar de todas las vicisitudes que siguieron, los años de guerra y penurias, este tratado entre nuestras dos grandes naciones jamás se ha quebrantado.

Por supuesto, Yared es una nación mucho más pobre que nosotros, y la mayor parte del comercio que realizamos en aquella primera visita fue simbólico: desde los objetos y estatuas de Yared, que sin duda poseen cierta belleza pero son de poca utilidad práctica, hasta los programas de Fabricant, de enorme utilidad inmediata. Pero aunque algunos enemigos míos a veces han tachado mi trato con Yared de poco rentable, deben comprender que la ganancia no siempre se mide en términos monetarios. Con Yared siempre hemos contado con los aliados más leales, y nuestra alianza se fundamenta en parte en su sentimiento de gratitud. Y si bien algunas de las facciones más exaltadas de Yared han resentido el dominio senaario de la cuenca de Galilea, la mayoría ha reconocido la fuerza de la necesidad y ha comprendido el buen orden y la armonía que emanan de una autoridad única y reconocida. Y, después de todo,

adoramos al mismo Dios, lo cual difícilmente puede decirse del individualismo pueril de la fe que practican los anarquistas alsistas; una fe que en la práctica equivale al ateísmo.

Desde Yared volé sobre las aguas (aún recuerdo pegar mi rostro a la ventanilla de la lanzadera mientras el piloto giraba para captar los miles de destellos de luz solar que proyectaban las olas, como si nuestro mar fueran olas de platino fundido y brillante) para visitar Eleupolis. Estaban atravesando dificultades iniciales, problemas que empañaron sus cimientos, y no deseo difamar a uno de nuestros aliados deteniéndome con dureza en aquella época. Baste decir que no me quedé mucho tiempo, dada la grave inestabilidad de la situación política. Eleupolis era entonces un lugar pobre, con demasiadas disputas y luchas que impedían la construcción. Las cosas han mejorado allí ahora, y entiendo que ahora está de moda entre nuestros jóvenes recorrer en camiones la curva sureste de Galilea para visitarla. Pero al principio, la gente de Eleupolis se peleaba y discutía entre sí, y apenas se construía nada. Y la gente pagó el precio de esta falta de un liderazgo fuerte. Vivir en tiendas de campaña está bien como medida temporal, pero sin techos sólidos que protejan de la radiación, no se puede prosperar. La enfermedad y la muerte comenzaron su lento ascenso. Y en lugar de reconocer este mal y unirse para combatirlo, los eleupolisianos solo se dedicaron a discutir, pelear y pelear

aún más. Según los historiadores, esta nación sufrió la mayor proporción de muertes en las primeras décadas. La fuerza laboral quedó diezmada y la tierra, atrofiada. Establecí protocolos de alianza con el gobierno provisional, pero creo que ese mismo gobierno fue derrocado a los pocos días de nuestra partida.

Desde allí volé a lo largo de la costa y luego hacia el suroeste, sobre las escarpadas colinas de Gant, hasta Babulonis. Esta era una comunidad más estable. Habían decidido no construir junto al mar, sino excavar sus hogares en las colinas de Gant. Su primera gran obra pública fue el gran oleoducto, que iba desde Galilea hasta su ciudad, impulsado por bombas solares. Preferían las colinas en parte porque facilitaba la construcción de sus casas, pero también porque allí crecía una especie autóctona de hierba salina, menos áspera e inútil que las variantes de la costa este. Intentamos trasplantar esta variedad, por supuesto (intercambiamos software de Fabricant y otros conocimientos técnicos por diversos productos de Babulonis), pero no prosperó en el ventoso este. Babulonis se asentaba en un valle largo y sinuoso, bastante protegido de los fuertes vientos. El oleoducto depositaba agua en una poza al comienzo del valle y, mediante bombas ingeniosamente ocultas, subía por el cauce de un antiguo río hasta un embalse en el extremo opuesto. ¡Qué extraño sentarse junto a un arroyo y verlo correr cuesta arriba! Pero allí me senté, bajo la luz blanca del mediodía, secándome la

cara con un pañuelo de seda para combatir el calor. El jefe de Babulonis describió el proceso por el cual crearon este arroyo: resucitar el planeta muerto, lo llamó. Y era una vista hermosa sentarse en la entrada de una elegante casa–cueva babuloniana, contemplando los prados de hierba salina y los edificios municipales hasta llegar a un río que brillaba bajo el sol. Algunos lo llaman Canal de Babulonis, ya que es una vía fluvial artificial; pero, como ellos mismos señalan, el lecho del río era una formación natural de la sal, no una construcción suya, por lo que no es apropiado llamarlo canal.

Tras concretar los detalles del tratado con Babulonis, viajé por la costa y visité Lantern, en la costa occidental. Lantern es una comunidad peculiar, construida en torno a solo tres familias, de modo que cada ciudadano pertenece a una u otra de ellas. Es evidente que la diversidad genética no es la que debería ser, y los Lanternianos sufren una incidencia sorprendentemente alta de trastornos congénitos y hereditarios. Tampoco creo que la generación más joven de Lanternianos esté contenta con la sensación de claustrofobia de su comunidad. Muchos abandonan a sus familias y hogares y emigran a otras naciones. Por supuesto, pocas tierras son tan acogedoras como Senaar. La mayoría se resiste a cualquier forma de inmigración, y las pocas que no lo hacen tienen regulaciones estrictas sobre quién puede entrar. En Senaar, sin embargo, siempre hemos dado la bienvenida al inmigrante, siempre que traiga dinero (o su

equivalente en habilidades y trabajo) y esté dispuesto a contribuir con su parte del trabajo. Y a lo largo de los años, creo que miles de Lanternianos han caminado hasta Nueva Florencia, navegado hasta Yared y finalmente tomado el ferrocarril principal hasta Senaar. Algunos incluso han navegado hasta allí a lo largo de toda la Galilea en embarcaciones caseras, una empresa peligrosa pero que demuestra el atractivo de una nación tan armoniosa como la nuestra. ¡Somos la envidia de Salt, hijos míos, pueblo mío! No es pecado enorgullecernos de esto. Después de todo, es obra de Dios.

Con mi visita a Nueva Florencia y la firma del último elemento del tratado (con gran júbilo en toda la costa de Galilea), la Alianza del Sur quedó formalmente constituida. ¡Qué poco sabía yo entonces que esta alianza, encabezada por Senaar, pronto entraría en guerra con las naciones del norte! De hecho, al regresar a casa, me aconsejaron viajar al norte para ver si algunas de las naciones que se estaban desarrollando en las costas del Perse podrían animarse también a unirse a la Alianza. Y así lo planeé; mi gente comenzó a comunicarse con los norteños por radio, fijando las condiciones para la primera visita. Pero en torno al Perse, los alsistas ya estaban afianzando su dominio.

En casa, en nuestra querida Senaar, el grupo de interesados aprobó una moción parlamentaria expresando su preocupación por los niños secuestrados. Tras envejecer un año por cada diez en un estado de estancamiento, y vivir

un año acelerado y dos años desacelerados, estos niños tenían ahora, biológicamente, nueve o diez años. Nos preocupaba que ya hubieran sido deformados por la cultura de Als, y la sensación generalizada era que, a menos que pudiéramos recuperar a estos niños antes de la pubertad, los perderíamos para siempre. Los senaarianos son un pueblo que valora la familia por encima de casi todo, salvo Dios, y la perspectiva de no volver a ver a sus hijos angustiaba enormemente a los padres, muchos de los cuales estaban en el ejército. De todos los temas que se debatían entre amigos y en la incipiente red que recorría Galilea, este era el más controvertido.

Algunos decían que debíamos negociar; otros, que debíamos organizar una incursión y recuperar a los niños, le gustara o no a Als. El ejército estaba ocupado, pero los soldados entrenados se consideran guerreros y se impacientan cuando se les emplea como ingenieros y zapadores, construyendo puentes y colocando vidrieras en las fachadas de las tiendas. En las reuniones mensuales de los representantes de los soldados, según me contaron mis subordinados, había muchas quejas. Mientras luchábamos por hacer fértil la azotada llanura oriental de Galilea, corrían rumores de la vida fácil de los norteños. Se decía que el asentamiento de los alsistas en la cuenca del Perse era una acción ilegal, casi un robo. Se decía que los alsistas estaban usando métodos solapados para atraer a Convento y Smith a su esfera de influencia. Era difícil saber qué creer: la

construcción de un imperio debería ser rotundamente contraria a la filosofía anarquista de Als, pero yo había visto muchos ejemplos de sus malas intenciones. Y a muchos les pareció evidente, incluso en aquellos primeros días, que llegaría un momento en que nuestras dos naciones entrarían en un amargo conflicto y los blancos desiertos de Salt se teñirían de rojo con la sangre derramada.

Petja

Cuando comprendimos la magnitud de la tarea que teníamos por delante, algunos lloramos. Lágrimas saladas cayeron sobre el suelo salado. Habíamos tenido muchos sueños mientras viajábamos por el espacio, habíamos imaginado muchas versiones de nuestro mundo, pero ninguna tan desoladora.

Consideremos el desierto con el que Dios nos puso a prueba. Había poca agua. El aire contenía niveles tóxicos de cloro y otros gases nocivos. La atmósfera superior no estaba suficientemente saturada de gases de efecto invernadero, y el habitante promedio de Salter estaba expuesto a veinte o treinta rem de radiación al año. La capa superficial de sal era completamente hostil a todas las formas de vegetación que habíamos traído de la tierra: el cultivo de las plantas que

conocíamos solo podía realizarse en pequeñas parcelas laboriosamente recuperadas, cercadas por los lados y por debajo, y rellenas con el mantillo de nuestros propios desechos orgánicos. Había muchas especies de plantas y algas nativas, pero ninguna era comestible ni de gran utilidad para nosotros.

Las algas salinas, de las cuales (creo) se han catalogado treinta y tres variedades, apenas son plantas; más bien una disposición brutalmente primitiva de cristales de sal con escasos restos orgánicos, prácticamente sin estructura celular. Las algas marinas, de las que existen decenas de cepas, no son comestibles por sí solas, aunque se pueden usar como fertilizante para cultivar versiones modificadas de diversas hortalizas. Las algas terrestres son más interesantes, pero solo se encuentran en las montañas y (según tengo entendido) en las colinas escarpadas del extremo sur.

Cerca del agua, y en las tierras altas, donde se encuentra una proporción relativamente alta de cloruros de magnesio, sulfatos de magnesio, sulfatos de calcio y cloruros de potasio, hay cierta cantidad de vegetación autóctona. Pero en el desierto no crece nada; ni siquiera la hierba salina puede sobrevivir a la aridez abrasadora, al constante embate de los vientos salvajes. Y los desiertos cubren más del ochenta por ciento de la superficie de nuestro planeta. Nuestras generaciones más jóvenes hablan de transformar el mundo entero y muchos cambios han tenido lugar, incluso

durante mi vida. Puedo pasear por las arcologías costeras del norte sin mascarilla, puedo acariciar con los dedos las hojas anchas y cerosas de las plantas jóvenes, puedo aplastar entre mis dedos los diminutos bulbos de las flores de rana y oler su amargo perfume. La vista a lo largo del paseo marítimo de Smith es de verdor, una extensión de tierra exuberante y cultivada junto a un mar tan oscuro que es púrpura negruzco. Pero apenas hemos tocado nuestro mundo. Basta con un paseo de diez minutos hacia el sur o el este desde la costa para llegar al desierto puro y autóctono: las interminables hectáreas de dunas de sal, el vacío que rodea el mundo del Gran Desierto.

La gente lloraba porque nuestros primeros meses en Salt bien podrían haber sido una continuación del confinamiento del viaje. Seguíamos pasando la mayor parte del tiempo dentro, acurrucados bajo la cúpula de nuestro domo o excavando refugios sin ventanas en el suelo para escapar del bombardeo solar. Seguíamos comiendo alimentos reciclados; raciones escasas rellenas de excremento procesado. Mi visión había sido esparcir mi excremento en un suelo fértil y desconocido, cultivar grandes plantas de espinaca y repollo, pero durante los primeros meses incluso nuestro excremento era demasiado valioso como para desperdiciarlo en la tierra. Celebramos varios coloquios científicos para discutir la mejor manera de eliminar el cloro de la atmósfera, de crear una capa de ozono, de generar suficiente tierra fértil para una producción agrícola

sostenible. Pero a menudo me iba temprano de estas reuniones y encontraba mi único consuelo en una botella de vodka y en la cama de una amiga. Parecía que la tarea nos superaba.

Pero nunca debemos perder la fe en esa conjunción, ya que nuestro mundo también tenía sus aspectos positivos. Era mayormente templado; demasiado caluroso en verano (y en el desierto ecuatorial al mediodía, muchísimo más, sin sombra, humedad ni brisa), y un poco frío en invierno (excepto en los polos, donde hacía bajo cero gran parte del año), *pero* durante la larga primavera y el otoño la temperatura ambiente era perfecta. Y, al menos, había algo de agua. Supongo que es concebible que no hubiera agua en absoluto. Y, como me dijo una vez una amante, si nos hubieran enviado a un mundo con océanos de agua pero sin sal, seguramente habríamos muerto. Creo que lo dijo en broma.

Déjenme contarles cómo nos organizamos al principio en este nuevo mundo. Los turnos de trabajo se reinterpretaron en función de las tareas que teníamos por delante: quienes teníamos asignadas tareas agrícolas pasábamos los días delimitando campos y retirando la capa superficial de sal hasta que el cuarzo–granito quedaba a la vista. Esto creaba profundos agujeros vacíos con forma de piscina en el paisaje, que revestíamos con plástico de la nave, cubríamos con doble capa de plaglass y comenzábamos a llenarlos con escombros triturados de las montañas, picados con láser,

una fina grava, y encima con los desechos y el mantillo que nos asignaban, que no era mucho, porque los contenedores de reciclaje seguían absorbiendo la mayor parte, intentábamos crear un suelo agrícola, lo cual no es tarea fácil. El suelo es un equilibrio de minerales y materia orgánica en descomposición que tardó milenios en formarse en la Tierra. A menos que sea perfecto, casi ninguna planta crece en él. Durante meses, lo único que pudimos cultivar fueron plantas de viburno (útiles como alimento solo en forma de sopa muy procesada) y, curiosamente, tomates, que parecían crecer bien. Esta comida era bastante radiactiva, por supuesto; pero nos la comimos de todos modos.

Lograr la autosuficiencia de alimentos cultivados, en lugar de depender de las menguantes provisiones del barco y del horror insípido de los contenedores de reciclaje, era una prioridad. Los turnos de trabajo, entonces como ahora, solo podían asignar una cuarta parte de la jornada laboral a las labores, y solo si se declaraba el estado de emergencia. Pero en aquellos primeros días, la mayoría no nos ateníamos servilmente a nuestro turno. Si la segunda mitad de la mañana se destinaba a trabajos agrícolas, entonces llegábamos temprano y nos quedábamos todo el día. Pasé un mes trabajando la tierra, luego me trasladaron al ganado y después a las carreteras. Normalmente, el ganado habría significado aves, pero nuestras aves estaban confinadas en la cúpula del barco. Las pocas que volaban morían en pleno

vuelo a causa del aire viciado y la alta radiación, y caían al suelo como bultos atados. En el espacio cerrado, había poca demanda de criadores de aves, así que dediqué mi tiempo a las anguilas. Excavamos estanques y bombeamos agua parcialmente desalinizada del mar hacia ellos. Luego, extrajimos los embriones de anguila congelados, los modificamos genéticamente durante un tiempo con una pequeña cantidad de materiales fáciles de empalmar y, finalmente, los liberamos para que nadaran y crecieran en el agua contenida en la tienda de campaña.

«Si logramos desalinizar el Aradys, aunque sea parcialmente», me dijo Eredics mientras flotábamos en aquel baño tibio, con las anguilas retorciéndose contra nuestros pies, «entonces podríamos poblar todo el mar con estas anguilas». Eredics era amigo mío, y nos turnábamos para crear estanques de anguilas.

—Aún persiste la radiactividad —dije, echando la cabeza hacia atrás y con la mirada fija en el techo de la tienda. Estando repleta de gel aislante, seguía protegiendo muy bien a las anguilas de la radiación solar. La radiación ambiental seguía siendo demasiado alta y las mutaciones eran frecuentes.

—En realidad no —dijo Eredics—. Están criadas para nadar hacia abajo. A una profundidad suficiente, el agua misma los protegerá.

Pero esto era ignorar el problema mayor: la desalinización. Al principio, lo único que podía sobrevivir en los mares de sal eran las algas autóctonas, e incluso a estas les costaba. Solo se encontraban en las bahías, donde el agua permanecía lo suficientemente quieta como para permitir una cristalización parcial de la sal en la superficie durante las horas de más calor. Las algas crecían bajo esta costra, donde el agua se había aclarado parcialmente. Esto facilitaba su recolección: bastaba con romper las láminas blancas y rugosas y voltearlas para agarrar las barbas azules y verdes y separarlas. Las algas servían como fertilizante, aunque el procesamiento que requerían era demasiado complejo para consumirlas directamente. Además, tenían un sabor desagradable, incluso después de un triple procesamiento.

Más aún, la práctica nunca había extraído la sal del agua; siempre había extraído el agua de la salmuera y la había recogido en otro lugar. Pero no podíamos hacer esto con todo el Aradys; no podíamos evaporar un océano de agua limpia y acumularla en otro sitio. Y así, otros planes, más o menos absurdos, fueron ideados por personas sentadas alrededor de las hogueras nocturnas, bebiendo su vodka, bailando o contándose historias.

Pero esto no vendría después. A continuación, construimos los dormitorios. Extraíamos metales de las colinas circundantes y los almacenábamos en trincheras en la colina Istenem. Excavamos las tres cuevas principales de los dormitorios bajo la colina Istenem, para que este

depósito de metales, junto con la roca salina de la colina, nos protegiera de la radiación ambiental. La mayoría estábamos contentos de mudarnos de la nave, que ahora podía dedicarse por completo al ganado y las aves. Por supuesto, algunos preferían vivir en otro lugar que en el dormitorio público, y para ellos, entonces como ahora, existían las mismas soluciones. Podían vivir donde quisieran. Entonces como ahora, esto limitaba la libertad individual, ya que una mujer o un hombre solos podían construir su propia casa muy lentamente, sobre todo en las inhóspitas condiciones de Salt en aquellos tiempos. Pero muchos abandonaron los dormitorios y se dispusieron a construir sus propios hogares, solos o en grupos. Surgieron pequeños colectivos espontáneos que construyeron salones con techos de piedra, iglesias o viviendas más grandes. Algunas personas aún querían vivir en el domo, lo que significaba que tenían que soportar el hedor y la compañía del ganado; pero era cierto que la cúpula seguía proporcionando el escudo contra la radiación más eficaz, y para algunos eso era lo más importante.

Una de las residencias estaba destinada a mujeres y la otra a mujeres con niños. Las otras dos eran generales, aunque el hospital se encontraba en una de ellas. Durante los primeros meses viví en una residencia general con mi pareja de entonces; pero hacia finales del primer año se quedó embarazada y se mudó a la de mujeres con niños. Seguíamos viéndonos, por supuesto; seguíamos comiendo juntos a

veces, pero en aquella época éramos más puristas. La moda actual de la convivencia era impensable.

Su nombre era Turja. Nuestra relación comenzó la semana después de que el *Als* aterrizara en el Nuevo Mundo. Se movía con mucha gracia, como una bailarina, aunque en realidad era bastante robusta. Tenía menos curvas que la mayoría de las mujeres: su figura era más cuadrada, y sus pechos tenían la solidez cuadrada de los faros de un coche. Sus piernas eran rectas y su cintura no se estrechaba. Aun así, era sumamente elegante; se movía sobre las puntas de los pies, avanzando y retrocediendo como en una danza perpetua. Y su rostro era muy hermoso.

Una semana, su turno la llevó al domo para cuidar a las aves. Después de haber preparado la comida para las aves voladoras (algo que solo tomó unos instantes, esta tarea giraba principalmente en torno a alimentar a los gansos), una mañana entré. Había pasado casi toda la noche techando un nuevo estanque de anguilas. Claro que techar era un trabajo agotador, un trabajo físico, y había intentado dormir un poco después del amanecer. Pero aún estaba eufórico por el trabajo, la manía del esfuerzo prolongado, la charla con los demás miembros del equipo. ¿Sabes cómo es eso? Reír juntos, cantar, contar chistes malos.

Éramos cuatro, dos hombres y dos mujeres. A veces los grupos de trabajo funcionan bien, a veces no. ¿Cómo iba a ser de otra manera con la asignación aleatoria de turnos?

Este grupo había funcionado bien y terminamos el trabajo en una sola noche, en lugar de los dos días previstos. Así es cuando los compañeros se animan mutuamente, se ponen objetivos imposibles, se ríen de los fracasos y los accidentes. Me corté el brazo con uno de los soportes y los demás se burlaron mientras corría al dormitorio para que me lo sellaran. Pero cuando volví, estaban aún más animados. Terminamos tan rápido que nos quedamos con una sensación de discontinuidad, casi de desmembramiento. En cierto modo, queríamos que el delirio del trabajo continuara, que siguiera en la cima. Pero no había nada más que hacer, salvo revisar la cúpula terminada más veces de las necesarias; y acabamos sentados al amanecer, riendo y charlando, bebiendo vodka para celebrar.

Eran Hamar, Sipos y Csooris. Había pasado algún tiempo con Csooris durante el viaje, pero habíamos hablado poco. Tenía el cabello más hermoso que jamás haya conocido; era tan negro que parecía brillar. Haberlo cortado durante el viaje me pareció una gran pérdida; pero le había vuelto a crecer durante el trance y la desaceleración, y ahora le llegaba hasta los hombros. Además, estaba la alegría de descubrir un vínculo, una conexión, con personas a las que antes solo saludaba con un gesto de cabeza al pasar, a las que les sonreía en el dormitorio. Hablamos de la radiación, de aquello que se suponía que nuestra pequeña cúpula debía bloquear.

—Por supuesto —dijo Hamar—. No hay nada que reemplace a varios metros de metal pesado. Nuestra pequeña envoltura con su gel hará algo, pero no lo suficiente.

«¡Entonces nuestro trabajo es inútil!», dijo Sipos, riendo mientras hablaba. La idea de que habíamos desperdiciado la noche nos pareció divertidísima, y la risa se extendió como una onda expansiva.

«No se pueden usar metales pesados para generar electricidad», señalé. Ese era el truco de nuestro diseño: dos capas de plástico resistente y el espacio entre ellas relleno con un gel compuesto polimerizado que absorbía la radiación solar, capturaba las partículas que pasaban como un niño jugando a atrapar una pelota lanzada al aire y establecía un patrón de resonancia–excitación que los sensores en la base de la estructura convertían en electricidad, la cual, a su vez, se usaba para alimentar el estanque: mantenerlo caliente por la noche, aireado, suministrar alimento, etc. Era una máquina elegante, aunque el gel perdía sus propiedades protectoras con el tiempo y había que reemplazarlo cada cinco meses aproximadamente.

Hamar era un hombre corpulento, con abundante vello pelirrojo en el cuerpo, el pecho y la espalda. Este vello le crecía hasta el cuello y la garganta, pero se afeitaba la barbilla y la boca, y era completamente calvo, de modo que

cuando se desvestía hasta la cintura —como había hecho aquella noche, con el calor del trabajo— su cabeza lucía extrañamente lisa y limpia sobre su torso robusto. Bebía su vodka con una pajita. Solía beberlo con pajita porque (según él) aumentaba la absorción del alcohol, aunque nunca entendí la lógica de esta afirmación. Su ánimo había decaído un poco y se mostraba más reflexivo.

«Es extraño pensarlo», dijo, «¿verdad? Quizás sea la invisibilidad. ¡Ahora!», y señaló con la mano izquierda, «a nuestro alrededor, la radiación cae como lluvia sobre nuestras cabezas».

De hecho, estábamos sentados bajo la cúpula, junto a la poza turbia a la que acabábamos de bajar las angulas (aunque eran demasiado pequeñas para verlas), así que estábamos protegidos en cierta medida del nivel de radiación ambiental. Sipos empezó a decir algo parecido, pero Hamar volvió a empezar.

«Son partículas», dijo, como si no lo supiéramos. «Pequeños fragmentos del sol, desgarrados y expulsados a la velocidad de la luz. Caen a nuestro alrededor como una interminable ventisca de polvo».

Esto tampoco era del todo cierto; todo indicaba que habíamos llegado a Salt justo en medio de un período de actividad solar inusualmente intensa, y que en una década, más o menos, la cantidad de rem disminuiría a niveles

menos severos. Pero ninguno de nosotros lo mencionó. Quizás las extrañas y poéticas ocurrencias de Hamar nos habían asustado. Todos bebimos a sorbos. El vodka nos reconfortó.

«No se puede ver —dijo en voz baja—, ni oler ni saborear; no se puede sentir con los dedos. Solo el ADN puede sentirlo, sentir esos pequeños puntos que se desplazan a toda velocidad, desplazando átomos en las aminas. Creando patrones de enfermedad, de neoplasia. Empujando las fichas de dominó y dejando que el cáncer se extienda. ¡Qué extraño es pensarlo! Ese polvo infinito que se deposita a nuestro alrededor, ahora, mañana y siempre».

«Leí en Lucrecio —dijo Csooris de repente— que esta es la naturaleza del universo». Csooris sentía pasión por el latín antiguo y el moderno. «Así lo creían los antiguos: una lluvia interminable de polvo que recorre el universo, cayendo de la nada y hacia la nada. Lucrecio dice que esto es toda la realidad, salvo que algo ha introducido una mínima desviación en la caída, de modo que los átomos comienzan a moverse, a unirse, a separarse».

«Pero no se refería a la radiación», dijo Sipos, más literal. «Era uno de los antiguos; seguramente no tenían esas ideas».

—Creo que fue una licencia poética —dije.

Csooris pareció enfadarse por esto. "¿Qué sabes tú de eso?", espetó.

—Sí, lo he leído —repliqué, algo irritado—. *La naturaleza de las cosas.* Lo leí en la residencia de estudiantes de mi madre.

—Pero en traducción —insistió—. No en latín antiguo.

—¡Latín! —me burlé.

«Sé leer un poco de latín moderno», dijo Sipos, intentando calmar la situación. Creo que, de joven, había viajado por las Repúblicas Vaticanas.

Pero a Csooris no le impresionó. Escupió. «¡Lengua de jardín de infancia!», se burló. «Se aprende en un día».

Hamar refunfuñaba, carraspeando. La discusión lo incomodaba. A Sipos tampoco le gustaba; era una mujer directa, más apegada a los hechos que a las fantasías.

«La gran pregunta —dijo, con la voz un poco demasiado alta, intentando acallar la otra conversación— sigue en pie. ¿Qué vamos a hacer a largo plazo con los niveles de radiación? Necesitamos algo más que cúpulas y agujeros en el suelo».

Hamar asintió. «Necesitamos dos cosas. Necesitamos una capa de ozono y necesitamos una magnetosfera».

¿En ese orden?

—Al revés —dijo Csooris.

Confieso que me sentí algo exaltado por la ocasión, y quizás enojado con Csooris. «¡De todas las estupideces que podías decir! ¿Y cómo piensas crear una magnetosfera?», dije con desdén.

La situación (aunque estoy seguro de que ya la conocen) es que Salt posee una magnetosfera muy débil. Nuestro mundo tiene un núcleo de níquel–hierro fundido y un manto de granito, principalmente cuarzo. El núcleo gira a una velocidad distinta a la del resto del mundo, y esta diferencia genera un campo magnético, como en la Tierra. Pero en Salt, la diferencia no es grande y el campo generado no es fuerte. Existían muchas teorías, pero la explicación más probable era que nuestro mundo es muy antiguo. Que su núcleo se ha estado ralentizando durante milenios. Esto también explicaría otras características. Quizás la superficie de nuestro mundo estuvo cubierta alguna vez por un mar salado, pero el agua se ha perdido con el paso de los años. Quizás la vida alguna vez coronó nuestro mundo, quizás incluso la inteligencia. Hubo quienes se jactaron de que pretendían desenterrar fósiles de nuestros antepasados saltianos; otros que insistían en que nunca antes había habido columna vertebral en nuestro mundo, y mucho menos inteligencia. Otros, en cambio, se negaban a creer que nuestro mundo estuviera muriendo; y, de hecho,

existían otras posibles explicaciones para el estado de las cosas.

La magnetosfera es una protección muy eficaz contra los rigores de la radiación solar. Pero la nuestra no era lo suficientemente fuerte, y no había forma de aumentarla, salvo que un dios interviniera y le diera al núcleo una gran rotación.

«Debemos trabajar para bombear ozono, o gases de protección similares, a la estratosfera», dijo Sipos. La respuesta convencional.

«Estoy en un grupo de estudiantes en la residencia universitaria», dijo Hamar, «y tenemos un plan. Al fin y al cabo, no necesitamos proteger al mundo entero, solo a nosotros mismos. ¿Por qué no construir un filtro, un filtro enorme de kilómetros de diámetro, y colocarlo en órbita geoestacionaria sobre Als?»

Por supuesto, el resto nos reímos y nos burlamos de esto; pero Hamar parecía bastante sincero y durante un rato intentó desarrollar su idea. Podría construirse con cristales, cultivados en órbita; haría más soportable el sol del mediodía; introduciría variaciones de temperatura en la atmósfera que mitigarían los implacables vientos matutinos y vespertinos. Al cabo de un rato, algo exaltado, preguntó: «¿Qué más sugieren?».

«¡Construir una manta rellena de gel y envolver al mundo entero con ella!», dije.

«Cavar bajo tierra y vivir como topos», dijo Csooris, de nuevo feliz.

«Dios proveerá», dijo Sipos con tono sombrío. El ateísmo había aumentado entre nosotros desde nuestra llegada, ¿sabes? Creo que, sobre todo, se debía a la decepción de descubrir que nuestra Tierra Prometida era tan imperfecta, que Dios no nos había provisto. Claro que el ateísmo no es asunto de nadie más. Muchos de nosotros solo habíamos aceptado los protocolos religiosos para poder unirnos a la flota. (Es historia antigua, pero la iniciativa original de la flota provino de la Ecúmenis Mundial de las iglesias cristianas. Nos unimos porque ningún otro grupo político nos habría aceptado). Por otro lado, había muchas personas profundamente religiosas, o al menos espirituales, entre nosotros. Yo era una de ellas.

Nos sentamos un rato en silencio, con esa repentina sobriedad que puede llegar tras beber demasiado. Apoyé la cara contra la pared interior de la cúpula que acabábamos de construir. Afuera, invisible para todo excepto para los ojos de nuestro ADN, como había dicho Hamar, caía la incesante lluvia de partículas solares. Intenté visualizarla. Intenté imaginarla como una lluvia de estrépito, como diminutos granizos o balas mortales que caían miles por milímetro. Pero no pude. Por alguna razón, mis ojos solo

podían verla como una nieve que caía suavemente, copos de radiactividad esparcidos como una ventisca; como el enjambre de una colmena invisible. El sol apenas había salido, así que quizás eso influyó en mi fantasía. Pensé en el polvo aterrizando en el suelo, como nieve, en lugar de precipitarse a través de la roca y hacia el planeta, como era la verdad. Pensé en cómo se acumulaba a lo largo de los milenios, grandes acumulaciones de partículas calientes, dunas de arenas blancas incandescentes.

Más tarde, Hamar y Sipos se dirigieron al otro lado de la piscina para tener relaciones sexuales en el agua. Me senté en silencio durante un buen rato con Csooris. Recordé los momentos que habíamos compartido durante el viaje, los lugares donde habíamos encontrado el amor. Casi habíamos fetichizado el secreto, la privacidad, y habíamos buscado lugares donde no hubiera nadie más. Volví a mirar su cabello. La luz del amanecer, filtrada a través de la cúpula, era casi blanca; creaba reflejos blancos en su cabello negro. Extendí la mano para tocarlo, pero ella apartó mi mano de un manotazo.

Parecía extrañamente melancólica y bebía su vodka con gran determinación. Por un momento, me sentí a gusto con el silencio, con la claridad del momento. Pensé en nosotros en su universo, en su antiguo poema latino, todos cayendo juntos, cayendo eternamente a través de la nada hacia la nada. Lo máximo que hacemos es extender la mano, intentar agarrar a nuestros compañeros que caen, intentar nadar por

el aire como lo hacen los astronautas novatos en la ingravidez, agitando inútilmente nuestros centros de gravedad.

—¿Quieres tener amor? —me preguntó Csooris de repente. Sin esperar mi respuesta, añadió: —Pensé que ibas a preguntarme.

Me encogí de hombros. «Estaba pensando en otras cosas», dije. Pero ahora que lo mencionaba, la idea me resultaba excitante. Se me estaba poniendo dura. Quizás eran los últimos coletazos de la noche anterior, una continuación de esa energía desbordante. Extendí la mano para tocarle el pelo otra vez, pero de nuevo me apartó la mano de un manotazo.

—¡Déjame el pelo! —dijo ella.

—Solo iba a acariciarlo un poco —dije, ofendido.

No dijo nada, solo se movió hacia mí sobre sus nalgas (estábamos sentados con las piernas cruzadas junto al borde de la piscina) y comenzó a besarme en la boca. Eso fue muy placentero. Así que hicimos el amor rápidamente, con casi toda la ropa puesta, y con Csooris encima. Pero mientras yacía allí, actuando como la tierra firme ante sus embestidas, comencé a sentirme extrañamente insustancial, como si Csooris, sobre mí, bajando sobre mí una y otra vez, en realidad estuviera cayendo a través de mí. Pero tal vez fue

bueno estar distraído, porque ella llegó al clímax dos veces antes que yo, y luego volvió a llegar cuando me sintió llegar al orgasmo.

Después se quedó dormida enseguida, y yo me acosté a su lado. Quizás dormité un instante, pero mi conciencia se negaba a desconectarse. Me quedé mirando el rostro de Csooris un rato, las pequeñas arrugas bajo sus ojos y los poros de sus mejillas y nariz. Ese momento lo recuerdo con mucha claridad. La luz era como agua, de alguna manera; clara y fresca, revitalizante como un baño frío en la cara. Al poco rato me levanté y salí por la pequeña puerta de la cúpula hacia el exterior.

Mi mascarilla se ajustó sobre mi boca y jugueteé un rato con la pinza nasal. El aire aún estaba fresco por la noche y me sorprendió lo rápido que el aire bajo la cúpula (una cúpula que habíamos terminado hacía solo unas horas) se había calentado como un invernadero. Fue agradable sentir el frío en mi piel. Me acerqué a un montón de piedras cercano y me senté un rato. Esto fue un poco imprudente, ya que, obviamente, era peligroso pasar tiempo innecesario al aire libre y acumular rems en los dosímetros que todos llevábamos colgados de la cadera. El dosímetro se revisaba cada semana y la exposición se tenía en cuenta en el calendario de trabajo. Si lo hubiera pensado bien, no me habría arriesgado a que me asignaran un mes de trabajo en interiores, ya que disfrutaba estando al aire libre; pero estaba fascinado por el sol. Aún estaba asomándose por

encima de las montañas. Una gran sombra en forma de cuña se extendía sobre la superficie del Aradys, sobre la cual la niebla de cloro se arremolinaba y jugaba. La piel blanca y rosada de la montaña de Istenem se veía más oscura por la mañana. Las otras montañas, al otro lado del agua, al oeste, brillaban donde la luz directa del sol incidía sobre ellas y parecían blanquear la roca.

Al poco rato me levanté y me dirigí hacia la cúpula, más que nada para alejarme un rato de la radiación. Había gente jugando al fútbol en la zona detrás de la entrada, así que me adentré un poco más, a la granja de gansos, queriendo seguir a solas. Allí era donde Turja comenzaba su turno de la mañana.

Había esparcido semillas para los pájaros voladores y estaba vaciando el agua de los bebederos. La observé un rato, recostado bajo uno de los árboles recién plantados en esta parte de la cúpula. Todavía no sentía fatiga por el esfuerzo de la noche anterior; al contrario, me sentía bastante hiperactivo, bastante excitado por la emoción de terminar el proyecto antes de tiempo y por el sexo matutino. Había algo reconfortante en observar a Turja en sus tareas. Se movía con calma y gracia. Del bebedero a la puerta de los gansos, y luego al recinto para ahuyentarlos. Llegaron, siseando y graznando como es costumbre entre los gansos, y ella los siguió, agitando los brazos con amplios movimientos y gritando para que se fueran. Estos gansos habían sido modificados genéticamente; tenían la altura de

un hombre, y la mayoría pesaban más que un hombre, pero sus cerebros seguían siendo pequeños cerebros de ganso y se asustaban fácilmente. La bandada comenzó a alimentarse, y Turja se movía entre ellos, hurgando y revisando. Se fijó en una pata infectada y, en un instante, agarró al enorme pájaro y lo volteó. Me quedé paralizado. ¡Qué gracia, combinada con fuerza! Ni siquiera necesitó sentarse: las alas del animal se desplegaron y forcejearon contra el suelo, su rostro, con expresión de enfado, se retorció, con las patas en alto. Turja le limpió la herida y le puso un apósito estéril.

—¡Ya has trabajado con gansos antes! —le grité desde el otro lado del patio.

No se sobresaltó, lo que sugería que me había visto entrar y me había estado ignorando. Pero una vez que hubo espantado al ganso y lo vio escabullirse para reunirse con sus desgarbados compañeros, se acercó y se sentó a mi lado.

«Está en mi lista de trabajos preferidos», dijo. «Siempre me han gustado los pájaros».

—Sí, a mí también me han gustado los pájaros —dije—. Pero no los gansos.

—¿De verdad? —Se giró para mirarme con los ojos entrecerrados, preparada para la burla—. ¿Por qué no?

—No estoy seguro —dije—. Creo que tal vez sean los dientes. No me gustan los pájaros con dientes. Los dientes son para los animales. Tienen un aspecto siniestro en el pico.

Ella se rió. «¡Qué rígido eres!», dijo. La referencia era a una antigua secta anterior al inicio del viaje, un grupo que predicaba una especie de esencialismo con respaldo religioso; ahora solo se usaba en broma.

Me reí con ella. 'Eres muy hermosa', le dije, sintiendo una agradable sensación de calidez.

—No eres guapo —respondió ella—. Al menos no para mí. Aunque hay quienes piensan que sí.

'¿Los hay?'

'Por supuesto.'

'¿Así que sabes quién soy?'

—Por supuesto —dijo de nuevo.

'¿Pero no te parezco atractivo?'

Se encogió de hombros. "Me gustan los hombres con más músculo, con cuerpos más grandes", dijo.

—¡Qué lástima! —dije riendo—. Porque iba a preguntarte si querías tener sexo en cuanto terminaras tu turno. ¡Pero

ahora resulta que solo te gustan los hombres muy desarrollados!

Ella sonrió. «Bueno, tal vez tenga relaciones sexuales contigo», dijo. «Pero no hasta después de mi jornada laboral».

Fue así de sencillo. Me quedé dormido bajo el árbol y Turja volvió a su trabajo. Me sentí increíblemente seguro durmiendo allí; despertaba un instante y la veía ocupada con alguna otra tarea, para luego volver a dormirme.

Barlei

Parte del propósito de este documento es contar lo que sabía del héroe, Jean–Pierre Dreyfus. Conocerán su rostro, así que no es necesario que lo describa con detalle, pero puedo decir que las imágenes no logran capturar la versatilidad de su expresión, el vigoroso brillo de sus ojos y su boca. Era un hombre apuesto, el oficial del ejército perfecto, y hay una razón por la que su memoria se atesora, incluso hoy en día. Esa razón es que representa algo, la esencia misma de Senaar. Fuerte, valiente, ágil, siempre cortés y dispuesto a ayudar. Con su piel blanca y su cabello rubio, siempre parecía pertenecer a este mundo, como si fuera un verdadero nativo. ¡Y con su uniforme de gala era

tan guapo! No hay vergüenza en que un hombre admita la belleza de otro, si no hay nada impuro en esa admiración; y no había más que un puro deleite en mi pecho al contemplar la figura del guerrero que Jean–Pierre representaba.

Lo ascendí de teniente a capitán poco después de nuestro desembarco, cuando quedó claro que sus habilidades eran de una calidad superior a la media. A veces se piensa que los soldados de un ejército solo existen para matar, pero, por supuesto, la realidad es muy distinta. El verdadero soldado ama la vida, la suya y la de los demás, casi tanto como ama la libertad. El verdadero soldado trabaja y planifica para evitar la guerra, para salvaguardar la vida. Los atributos que posee son el poder de mando, la fuerza para llevar a cabo su voluntad y la valentía para afrontar cualquier consecuencia. Jean–Pierre tenía todo esto. Los oficiales superiores seguían sus sugerencias como si fueran órdenes, tal era la fuerza y la elocuencia con que hablaba. Sus hombres lo amaban con una pasión desbordante; habrían muerto por él ante la menor señal. Y las mujeres lo adoraban en secreto.

Para la segunda semana, le había encargado la construcción de los barracones. Esto tenía prioridad incluso sobre la construcción de viviendas, ya que el ejército debía estar establecido y ser fuerte antes de poder brindar protección al resto de la comunidad. Así, Jean–Pierre tenía la potestad, que utilizó con criterio, de contratar trabajadores civiles (por supuesto, se les pagaba con el salario militar, según su habilidad) para ayudar a construir

una zona segura con todas las instalaciones necesarias. Su mando era ejemplar. Se levantaba antes del anochecer todos los días, impecablemente uniformado, para saludar al toque de diana (la mayor parte de la construcción se realizaba de noche, claro, cuando los niveles de radiación eran más bajos). Luego, durante toda la noche, coordinaba a los equipos, les daba órdenes personalmente y se aseguraba de que se entregaran las materias primas, de que los fabricantes estuvieran ubicados y programados, y de que los supervisores de obra supieran qué hacer. Trabajaba incansablemente durante toda la noche, exigiendo responsabilidades a sus hombres, reprendiendo a los civiles por quedarse atrás con respecto a los militares, animándolos y uniéndolos. Los barracones y todas las instalaciones interiores necesarias se terminaron una semana antes de lo previsto.

Después de esto, me ayudó a construir mi propia casa: ¡era un hombre con una energía tremenda! Al cabo del primer mes, organicé una fiesta para celebrar nuestros avances, y todo Senaar salió a las calles al atardecer (cuando el viento amainó) para aclamar el desfile de antorchas de nuestro ejército. Y los aplausos más fuertes fueron para Jean–Pierre.

En aquellos primeros días estábamos todos demasiado ocupados como para ver muchos programas audiovisuales, pero algunas personas emprendedoras, aun así, estaban creando compañías audiovisuales, utilizando el capital de su viaje para invertir en equipos de transmisión y yendo de

puerta en puerta en la nueva ciudad para vender suscripciones. Los programas pregrabados ya eran cosa del pasado, por supuesto: habíamos tenido muchos años durante el viaje para ver las telenovelas, los sermones, los programas prácticos. Para atraer audiencia, las compañías audiovisuales —creo que había dos: Senaar Visual y otra que quebró poco después de empezar a operar—, en fin, para atraer público, SV tuvo la idea de crear programas audiovisuales sobre nuestra creciente comunidad. Una especie de telenovela de la vida real, ¿entiendes? Se pusieron en contacto conmigo, a través de mi agente, el alférez Preminger, pero me negué: valoraba demasiado mi privacidad como para consentir que me filmaran todo el tiempo, y no necesitaba el dinero. Les sugerí que contactaran con Jean–Pierre: era un hombre prometedor, una figura popular, pero sabía que no tenía una gran fortuna personal. Y así fue como la vida de Jean–Pierre se convirtió en un programa de televisión.

Unas dos semanas después de que todo esto comenzara, vino a pedirme consejo. En esta ocasión, tuve que pedirle al hombre de las gafas con cámara que esperara fuera de mi casa. Me gusta que mis conversaciones privadas sean privadas.

—He venido a pedirle consejo, señor presidente —dijo. Siempre me llamaba «señor presidente» al comienzo de nuestras conversaciones, y yo siempre tenía que corregirlo diciéndole: «Llámame Barlei, mi querido teniente».

—¿Qué consejo puedo darte, amigo mío? —le pregunté.

«Es una cuestión de romance, Barlei», dijo.

Me reí. «De todos los temas que se tratan en Salt, ¡ese es sobre el que menos conocimientos tengo para dar consejos! Tengo tan poca experiencia en asuntos amorosos que soy un simple niño en lo que a esos temas se refiere».

—Sin embargo… —insistió—. Era tan puro, tan varonil, que la sola idea del tema lo hacía sonrojar. —Estoy pensando en casarme.

—¡Espléndida idea! —dije con entusiasmo—. Ya llevas soltero suficiente tiempo.

«¡Cincuenta años!», bromeó. Era una broma común entre quienes habían sobrevivido a la hibernación del viaje. De hecho, biológicamente, Jean–Pierre tenía poco más de veinticinco años.

«¿Para qué necesitas mi consejo, amigo mío? ¿No deberías venir más bien a pedir mi bendición?» Sus padres habían muerto en los tanques de hibernación, y al aterrizar me interesé por su bienestar con cariño paternal. Lo consideraba casi como a un hijo.

—Bueno, Barlei —dijo, moviéndose en su asiento—. He recibido varias propuestas de varias mujeres. Algunas de ellas no eran precisamente decentes.

«Cuidado con este tipo de tentaciones, amigo mío», le sugerí. «Sobre todo ahora que has vendido tu alma a las compañías de Visual. Pero bromas aparte, perjudicaría la moral de nuestra incipiente comunidad si se corriera la voz de que eres un hombre de moral dudosa».

«¡Con más razón debería casarme!», dijo.

'Estoy de acuerdo.'

'Entonces este es mi problema: dos hijas de primogénitas de familias prominentes de Senaar se han encaprichado de mí, ¡y no puedo decidir con cuál debo casarme!'

Me reí de esto. '¿Cuál te gusta?', sugerí.

—Los quiero a las dos —dijo, suspirando—. Los dos son maravillosos.

¿Cuál es la más bella?

«Una es morena y la otra rubia», dijo. «Pero ¿acaso se puede decir que el día es más bello que la noche? ¿O que el vino tinto sabe más dulce que el blanco?»

—Vaya dilema, amigo mío —dije, aún riendo—. Creo que organizaré un banquete exclusivo aquí en mi casa, y tal vez invite a ambas familias; entonces podré darte mi opinión.

Preminger se oponía a esta idea: pensaba que parecería demasiado elitista, un gesto demasiado extravagante en una etapa tan temprana de la historia de nuestra tierra. Pero lo desautoricé, aunque le concedí un punto e invité a Visuals a cubrir el evento. Lo que Preminger no comprendía (era un hombre de intelecto brillante, pero con una visión limitada de la humanidad) era cómo un poco de lujo puede elevar el ánimo de un pueblo, incluso si solo pueden experimentarlo de forma indirecta. El banquete tuvo lugar una noche de la semana siguiente, en la quietud del aire después de que el susurro del diablo se hubiera disipado. Asistieron las nueve familias más ricas de Senaaria. La comida la preparó mi propio chef, aunque, debido a la cantidad de comensales, tuvo que recurrir a la ayuda de otros tres cocineros de familias vecinas. Un cuarteto militar amenizó la velada con música de Bach y Schubert, que considero la más fácil de digerir. Y, naturalmente, vino Jean–Pierre, con dos de sus compañeros oficiales, sus amigos.

Hubo mucha conversación y risas, copas de vino (tinto y blanco, en honor a Jean–Pierre, una pequeña broma entre nosotros; aunque me temo que solo era vino de Fabricant, un polvo mezclado con agua, que nunca sabe igual) y un poco de baile. Ambas compañías Visuales estaban allí, y una gran multitud se congregó frente a mi puerta para aclamar a cada recién llegado. Fue tan liberador, tan civilizado.

—Parece que volvemos a la Tierra —me dijo el señor Warnke.

—Para nada —repliqué—. Esto es típicamente saltiano. Y, en efecto, había grandes platos de sal de distintos colores, toda recogida de la salina más pura de la región. Cada cuenco contenía varios kilos, sin duda demasiada para un simple condimento, pero en aquellos primeros tiempos, cuando la comida que consumíamos aún se transportaba y reconstituía desde la nave o las granjas de reciclaje, la gente solía añadir un poco de sal al gusto. Hoy en día, claro, todo lo que comemos (más o menos) ya es bastante salado, al provenir del entorno del que procede. Pero en aquellos tiempos, los platos de sal eran mucho más que un simple gesto.

Así pues, entramos en el comedor y disfrutamos de una comida exquisita bajo la luz de velas de plástico que desprendían un aroma a lavanda y canela. La luz brillaba sobre el cuarzo pulido de la mesa; los camarógrafos se mantenían discretamente apartados, y la conversación fluía en voz baja alrededor de la mesa. En un momento dado, propuse un brindis por nuestra nueva vida, nuestro nuevo mundo, creado por la gracia de Dios ante tanta adversidad, y todos aplaudieron.

Pero tampoco olvidé por qué estaba allí. Me aseguré de sentarme lo suficientemente cerca de las dos mujeres que le interesaban a Jean–Pierre. Una era la hija mayor del señor Warnke, un hombre muy rico que ya tenía un buen negocio con la fabricación de cementos de sorel, particularmente prometedores para la construcción y mucho más baratos

que extraer siempre losas de cuarzo, con un negocio secundario de oligoelementos extraídos de las sales. Conocía bastante bien a Warnke: era un hombre corpulento, con gusto por los trajes negros y las camisas naranjas, una moda que no dudaba en decirle que era demasiado juvenil para su edad. Pero él simplemente sacudía su cabeza calva y se reía. Habíamos tenido varias reuniones, porque Warnke Inc. había accedido a acoger a dos docenas de refugiados del caos que reinaba en la costa de Eleupolis. Mucha gente quería salir de allí, y como éramos la nación más próspera, incluso en aquella etapa temprana, muchos solicitaban venir con nosotros. Por supuesto, no tendría mucho sentido que vinieran a menos que tuvieran dinero (¿para qué querrían venir solo para morirse de hambre en las calles?) o un trabajo garantizado. En consecuencia, Warnke había enviado representantes, y los primeros veinticuatro habitantes de Eleupolis debían venir en avión. Esto era bueno para ellos, porque podían escapar de los horrores de su tierra original; y era bueno para Warnke y para Senaar, porque obtenía la mano de obra más barata. Me había explicado la situación, y yo (al fin y al cabo, solo un militar) no había estado demasiado atento para aprender.

«Casi todos los nativos de Senaar habían llegado en el viaje con fortunas bastante considerables», me recordó, frotándose la cabeza calva con la palma de la mano.

—¡Pocos tan grandes como la tuya, amigo mío! —le dije.

Se rió. «Pero la economía no puede subsistir solo con riqueza, ¿sabes? Necesitamos una clase baja, gente que haga los trabajos más humildes. Hay pocos, y por tanto sufrimos dificultades laborales en los estratos más bajos. Yo, desde luego, las sufro».

¿Crees que estos trabajadores migrantes serán la solución?

«Yo no los consideraría inmigrantes», dijo. «Creo que deberíamos concederles la ciudadanía plena de Senaar, con una cláusula que permita revocarla y expulsarlos si se declaran en bancarrota».

'¿La bancarrota se definirá por...?'

«Supongo que por si no pueden pagar sus impuestos. Si no tienen dinero».

¡Pero si vienen sin dinero! ¿Deberíamos expulsarlos de inmediato?

—Si —corrigió Warnke riendo—, si no tienen dinero y carecen del apoyo de un empleador. Mientras trabajen para Warnke's, tendrán suficiente dinero para pagar sus impuestos y para comer.

Y así lo organizamos. Warnke construyó dormitorios para los trabajadores y trajo a sus obreros de la construcción desde Eleupolis. Pero me estoy desviando del tema, que, por

supuesto, tiene que ver con su hija. Era una belleza rubia, como una niña de oro. Delgada, elegante, con una risa encantadora y de modales impecables. Además, era una flautista consumada. Se llamaba Kim.

—Querida —la llamé por encima de la mesa—. Dime, ¿qué uniforme prefieres? ¿El del ejército regular o el del cuerpo técnico? El uniforme del ejército era el azul oscuro de siempre, y los pilotos y zapadores del cuerpo técnico vestían de verde.

Ella se rió. «¡Esa es la pregunta que una mujer tiene que responder!», exclamó. «Nada que ver con asuntos de Estado, ni con las prioridades para la construcción de líneas ferroviarias, ni nada por el estilo, ¡sino con el azul o el verde!».

'No has respondido a mi pregunta.'

'El azul del ejército regular, por supuesto.'

Y allí estaba Jean–Pierre, sentado con su impecable uniforme azul oscuro, con sus relucientes insignias doradas de mando en el hombro, y se sonrojó como una colegiala.

La otra mujer en la contienda, por así decirlo, era la única hija de un hombre llamado Hardison, quien estaba fundando una escuela y un colegio. Prácticamente no había alumnos en este último, aunque sí algunos en la primera, pero los planes de Hardison eran a largo plazo, y su fortuna personal

era lo suficientemente grande como para permitirle esperar a obtener ganancias. Aplaudí el espíritu cívico de su iniciativa, porque el resultado era brindar educación a los pocos niños de nuestra comunidad, aunque la escuela operaba con pérdidas. Cuando la tasa de natalidad aumentara (confiábamos en que habría un gran repunte una vez que se completara la tarea inicial de asentar a Senaar en el Nuevo Mundo y la gente pudiera dedicarse a tales asuntos), sin duda se establecerían más escuelas: para entonces, la escuela de Hardison tendría la trayectoria más larga y atraería a los mejores estudiantes. Y podría cobrar las matrículas más altas. Así que quizás el altruismo de Hardison no era tan miope.

Su hija Coventry era alta y hermosa, con el cabello negro como el espacio profundo y la piel de un delicado tono marrón, como el desierto al atardecer. Ella también era alta, esbelta y de aspecto encantador, con un hermoso rostro alargado y unos ojos tan profundos que atraían la mirada. Me incliné hacia ella y la llamé.

¡Querida! ¿Cuál es tu instrumento favorito?

'¿Perdón, señor?'

¿Cuál es tu instrumento musical favorito?

Ella sonrió ante esto. «¿Y tengo que elegir un favorito? ¿Acaso no es la esencia de los instrumentos musicales que

no compitan entre sí, que no se esfuercen por diferenciarse, sino que toquen juntos, en armonía?»

'Aun así, ¿tienes alguna preferencia?'

—¡El piano, entonces! —dijo riendo—. ¡Mi propio instrumento!

Después de la comida, Coventry y Kim tocaron. Fue un concierto de Mozart, exquisito. Reinaba un silencio absoluto en la sala, y por un instante, nos transportamos lejos de nuestras preocupaciones, nuestras ansiedades, incluso (si pudiera hablar por Jean–Pierre) de nuestros amores y pasiones humanas, al reino de la música pura.

Al día siguiente volví a ver a Jean–Pierre, justo antes de que tuviera que inspeccionar un desfile. —¿Y bien? —me preguntó mientras se arreglaba el cuello de la camisa.

—Tienes razón —admití, riendo—. ¿Cómo voy a distinguirlas? ¡Son igual de encantadoras!

—Tal vez debería casarme con las dos —dijo, riendo. Pero esta broma era un poco de mal gusto.

—No puedo aconsejarte, amigo mío —le dije—. Debes seguir a tu corazón.

Tres semanas después se anunció el compromiso entre Jean–Pierre y Kim. Su boda fue el acontecimiento social de

la comunidad; cientos de personas asistieron, y la mayoría de los habitantes de Senaar vieron la transmisión en vivo. Me pidió que fuera su padrino, pero decidí que esto no sería compatible con mi cargo de presidente, así que un compañero oficial lo acompañó en la iglesia. Yo también estuve presente, en la primera fila, y no me avergüenza decir que derramé algunas lágrimas de alegría por mi valiente hijo adoptivo cuando pronunció sus votos ante Dios y la congregación.

Petja

Durante un tiempo, Turja y yo estuvimos bastante a gusto en el dormitorio grande. De hecho, como la mayor parte de su turno era de día durante los dos primeros meses (cuidado del ganado, etc.), y la mayor parte del mío (básicamente construcción) era de noche, solo nos veíamos para las comidas. Pero después de dos meses, la rotación me asignó a tareas de carretera, algo para lo que no tenía ninguna experiencia. Por consiguiente, pasé unos cinco días en los simuladores, familiarizándome con los aspectos de diseño y construcción del trabajo. Estrictamente hablando, no necesitaba tanto tiempo, pero decidí aprender el trabajo lo mejor posible porque me convenía. Obviamente, podía elegir la hora del día que quisiera para trabajar en las

simulaciones, así que empecé a dormir con Turja por las noches.

Los dormitorios solían estar vacíos por la noche, ya que era de noche cuando se realizaba la mayor parte del trabajo al aire libre para reducir el riesgo de radiación, y la mayor parte de las primeras labores del asentamiento (construcción, minería a cielo abierto, etc.) se realizaban de noche. Nos acurrucábamos bajo el edredón, riéndonos como niños.

«Estás tardando deliberadamente en aprender tu nueva profesión», me decía.

'Sí, me estoy aburriendo a propósito hasta la saciedad para poder estar contigo.'

Ese era el quid de la cuestión, por supuesto: podría haberme quedado en los simuladores durante toda la rotación si hubiera querido. Si hubiera querido, podría haberme quedado en ellos el resto de mi vida (excepto que la siguiente rotación me habría sacado; y excepto que la gente se habría enfadado porque las carreteras no se construirían, y podrían haberme rechazado, o incluso agredido). No había ninguna compulsión o, mejor dicho, la única compulsión era interna. Las simulaciones son aburridas. Ocupan la mano y la vista, es cierto, pero no logran nada; son simplemente píxeles de ordenador moviéndose. ¿Quién, en su sano juicio, querría pasar sus quince días subiéndose a la cabina de un simulador para

repetir las mismas rutinas una y otra vez, cuando podría salir al mundo real; cuando podría planificar carreteras reales, construirlas y salir de la cabina al final del día con una sensación de satisfacción, aunque cansada, pero profunda?

Sé que en otros países el trabajo es una tarea pesada. La gente lo hace con prisas o lo arrastra para no involucrarse demasiado, y anhela que termine para poder dedicarse a lo que le plazca. Pero en otros países el trabajo está mal distribuido, con trabajadores hastiados que han pasado toda su vida haciendo el mismo trabajo hasta que les ha desgastado la mente y ya no tienen la energía para hacerlo bien. Aquí, trabajamos un cuarto de jornada y el resto del tiempo es nuestro.

Y descubrimos esto: que no hay suficiente que hacer fuera del trabajo para mantenernos ocupados. Que nos encontramos alejándonos para ayudar a otros compañeros de trabajo, ofreciéndoles nuestra ayuda, deseando volver a ser útiles. Con nosotros, nadie cae en la rutina del eterno regreso al trabajo, donde cada día es igual que el anterior. Con nosotros, nos dan un nuevo trabajo cada pocos meses. Si no sabemos cómo hacerlo, aprendemos; rara vez lleva más de unos días. Y después de unos años descubrimos que podemos aplicar habilidades de todas nuestras áreas de especialización a cualquier problema que se nos presente. Eso mantiene nuestras mentes activas. Solo con trabajos extraordinariamente especializados, que requieren no unos pocos días sino muchos años de formación —como mi

experiencia en tecnología de amarre, que resultó tan vital durante el viaje— el trabajo no es rotativo.

Pero en la dicha de esas primeras semanas con Turja, todo lo demás se borró de mi mente, excepto la alegría de tenerla entre mis brazos y sentirla a mi alrededor. Bajo el edredón, en ese espacio cálido y oscuro como gemelos en un útero, tan cerca que nuestra respiración se fundía en el aire; y un día despertamos y descubrimos que nuestro cabello se había enredado y tuvimos que desenredarlo con un peine, riendo todo el tiempo. Hacíamos el amor antes de dormir; y luego despertábamos juntos y volvíamos a hacer el amor, un sexo delicioso y soñoliento. Me encantaba el olor de su piel, el sabor de su cabello en mi boca y la nuca. Me encantaba la suave aspereza de sus piernas, donde le crecía el vello, y los pelos oscuros y finos que se extendían a lo largo de sus piernas pálidas como grietas en el esmalte. Deslizaba mi mano lentamente por su pierna izquierda, y ella chillaba de placer por las cosquillas. También me encantaban sus pies. A menudo no me gustan los pies de las mujeres, quizás porque tienen algo extrañamente antiestético: las extrañas combinaciones que representan: piel endurecida y áspera en el talón y la planta, pero con esa piel suave, vulnerable y rosada en el arco; la línea pura del empeine y los flecos desordenados que son nuestros dedos; el tamaño desproporcionado y nudoso de las uñas. No sé qué es; supongo que cada uno tiene sus peculiaridades y gustos. Pero los pies de Turja eran perfectos, bastante grandes, pero

por alguna razón cada elemento de sus pies estaba perfectamente equilibrado con todos los demás. Podría hacerles cosquillas durante horas, besarlos, pasar mi lengua sobre ellos. A ella también le gustaba mi cuerpo, a pesar de que había dicho que prefería a los hombres más musculosos.

Nuestras relaciones sexuales se volvieron rutinarias, tan naturales y satisfactorias como respirar. Por la noche, ella era la dominante, moviéndome con intención, animándome, poniéndose encima de mí o agarrándome y ajustando mi ritmo cuando yo estaba encima de ella. Por la mañana era diferente, porque me despertaba un poco más temprano y con mucha más energía que ella. Entonces yo tomaba la iniciativa, y ella se quedaba tumbada en una deliciosa indefensión. Yo me levantaba de la cama y me iba desnudo a uno de los comedores de los Fabricants a buscar el desayuno, luego lo traía de vuelta y los dos comíamos en la cama, derramando migas y salpicaduras de café de imitación sobre el edredón, riendo como niños pequeños otra vez. Después ella se vestía y se iba a la granja, y yo me iba al simulador, y practicaba la técnica de manejar una apisonadora. Por la tarde paseábamos por el domo, simplemente charlando, o bien nos tumbábamos bajo el árbol en el corral de los gansos.

A juzgar por la rapidez con la que tuvo al bebé, debió haberse quitado el parche anticonceptivo durante la primera semana. No me dijo que iba a dejar de usar anticonceptivos, y claramente no había razón para que me

lo dijera. Era asunto suyo, obviamente. Pero quizás haya algún significado en la rapidez con la que tomó la decisión. Después de que se fue a la residencia femenina, estuve pensando en esto. Sabía que nunca antes se había quitado el parche anticonceptivo con ningún hombre. Creo que eso fue un halago tácito.

Pero ella no me lo contó, y durante varios meses no tuve ni idea del feto que llevaba dentro, y nos comportamos como adolescentes. La sacaron de la rotación de la granja y le dieron un trabajo diplomático y de programación, algo que ya había hecho varias veces. Finalmente, me aburrí demasiado de los simuladores y me fui con mi apisonadora. La mayoría de las carreteras desde Istenem al resto del asentamiento ya estaban terminadas, y no tenía que atender ninguna solicitud urgente de carreteras, así que podía decidir construir una carretera donde quisiera. O podía decidir no construir ninguna, pero el aburrimiento no sería agradable. Así que partí en el coche pequeño, conduciendo hacia el norte a lo largo de la orilla del Aradys, quitando escombros (no había muchos) con mi pequeña grúa instalada y colocando señales de carretera. Fue un trabajo rápido, y en pocos días estaba conduciendo de vuelta por la costa. De vuelta en Als, llamé a la mina, les dije que estaba construyendo una carretera, y el operador al otro lado de la línea se encogió de hombros: transportaban la mayor parte de sus minerales procesados en avión hasta el asentamiento, y no tenían una necesidad urgente de una

carretera, pero (les dije) los vuelos de enlace eran un derroche absurdo de energía, y a largo plazo una carretera sería una gran ventaja. Al menos no se opusieron activamente a la carretera, ni tampoco lo hizo nadie más cuando publiqué mis planes en la residencia estudiantil a mi regreso a casa. Así que la semana siguiente me alejé de Als y de Turja.

Encendí las partes convenientes de la apisonadora (reconstruida y mejorada a partir del chasis de una antigua lanzadera), y partí hacia el norte: el tren de rodaje láser, rozaba la sal bajo mis pies, y el rodillo posterior aplicaba una capa de plástico superduro que se adhería a las varillas de hundimiento. Todo el proceso ocurrió mientras conducía a unos siete km/h. Necesitaba la mayor parte de mi atención el primer día, moviéndome por el norte de nuestro asentamiento, para evitar los robots agrícolas que habían quedado abandonados desde que exploré la ruta, o para desviarme alrededor de alguna casa (una choza diminuta y destartalada en el suelo, generalmente con un montón de escombros en el techo bajo para protección contra la radiación). Pero para el segundo día ya había pasado la zona habitada y pude dedicar más tiempo a observar a mi alrededor. Pasé la mañana observando el paisaje; las oscuras aguas del mar con sus cambiantes bancos de niebla verde estaban brillantemente iluminadas por el sol naciente. A mi derecha se alzaba la colina de Istenem, con los dormitorios enterrados y el depósito de metales que parecía una extraña

capa de nieve. Al norte, las montañas se elevaban poco a poco, hasta que al tercer día solo podía ver las cumbres pegando la cara a la ventanilla lateral de mi taxi.

En el almuerzo comía pasta o masticaba un pan reconstituido (pan de mierda, como lo llamaban, con un literalismo superfluo), y con la mirada fija en el camino que tenía por delante, componía elaborados y floridos mensajes de voz para Turja. Le decía cómo me había enamorado, cómo ansiaba volver a verla, todo lo que quería hacer cuando estuviéramos juntos de nuevo, todos los típicos clichés románticos. Los enviaba después del almuerzo, y sé que Turja debió recibirlos directamente porque trabajaba en su turno de la mañana en las computadoras de mensajes/visuales. Nunca contestó, pero no era su estilo responder, y sé que disfrutaba recibiendo los mensajes.

Por la tarde leía. A veces salía del vehículo y caminaba junto a las montañas con mi máscara y mi pinza nasal, pero había poco que hacer o ver, y me parecía una tontería exponerme a radiación innecesaria. Al anochecer volvía a contemplar el paisaje. El sol poniente ya se había ocultado tras las montañas, y la paleta de colores había cambiado por completo. Las laderas orientales de las montañas Sebestyen eran de un color más intenso y oscuro, con rasgos más visibles; el cuarzo–granito era de un rojo óxido, con manchas de regolito color tomate. El Aradys era de un negro intenso a la sombra de las montañas, y de un glorioso azul violáceo

fuera de ellas. A mi derecha, la luz directa del sol dejaba ver las manchas de sal sobre el granito color piel.

Pero entonces me detenía y me preparaba. Estaba bastante protegido del susurro del diablo, pero aun así hacía vibrar los laterales del rodillo y arrojaba sal contra las ventanas como si fuera grava. Y cuando pasaba, volvía a poner el rodillo en marcha, ajustando el control a la máxima sensibilidad, y me dormía. La máquina se detenía y me despertaba quizás tres veces durante la noche, a veces porque una piedra del tamaño de un puño (por ejemplo) había caído en el camino, a veces sin motivo aparente. Nunca me enfadé por estas interrupciones de mi sueño, y nunca sentí la tentación de ajustar el control a una configuración de emergencia más brusca. Prefiero que la máquina me despierte por la menor cosa a que me estrelle contra una gran roca y me averíe.

Al quinto día llegué a las dependencias de la mina y me reuní con los trabajadores. Había una comunidad bastante grande, un centenar de personas, y parecían felices. Muchos se habían emparejado e incluso había algunos embarazos evidentes, lo que sugería que la gente intercambiaba sus turnos de trabajo para poder estar juntos en la mina. O eso, o que muchos habían tenido mucha suerte con sus huertos. Me disgusta especialmente el intercambio de turnos de trabajo, al igual que a muchos de los alsistas de primera generación, aunque sé que es bastante común entre los jóvenes, pero estaba de muy buen humor, con la relación

con Turja en sus inicios, como para armar un escándalo. Además, parecía claro que a los demás mineros no les ofendía este comportamiento, así que lo más probable era que me encontrara armando un escándalo solo, y bien podría haberme arriesgado a una paliza.

Me quedé en la mina dos días antes de aburrirme. Había poco trabajo que pudiera hacer sin entrenar en el simulador, y no tenía ganas de hacerlo. Continué y abrí más camino hacia la siguiente mina, que seguía una veta de plata en el corazón de las montañas. Este equipo había excavado un gran pasillo bajo la montaña y jugaban al fútbol allí a menudo. Me uní a ellos y me alegré de hacer algo de ejercicio físico después de una semana encerrado en la cabina de la apisonadora. Después, me peleé con un coordinador de brocas, a quien le molestó lo que él llamó mi egocentrismo; una referencia, supongo, a la prominencia que había tenido durante el viaje como experto en amarres. Esto fue extraño, porque desde el aterrizaje creía sinceramente que había perdido visibilidad; pero este hombre, que se llamaba Lichnovski, me gritaba, me insultaba y me escupía. Para empezar, me encogí de hombros e intenté alejarme, pero me siguió y luego intentó golpearme con una barra de aluminio. Tengo un instinto, algo en mi subconsciente, que me resulta muy útil en las peleas. Pude abalanzarme sobre él, fintar, quitarle la barra y empezar a golpearlo con los puños en la nuca y la parte baja de la espalda. Cayó al suelo llorando (probablemente por el

exceso de vodka que había bebido más que por el daño que le habían causado mis puños), y lo dejé en paz. Pero más tarde esa noche volvió a atacarme, cuando estaba sentado con las piernas cruzadas, hablando de política con un grupo de mineros. Esta vez no fue tan bien: me sorprendió con el puño y me abrió la piel del costado de la cabeza, justo antes de la oreja, de modo que la sangre brotó abundantemente. Esta vez forcejeamos y nos separamos para lanzarnos fuertes puñetazos, la mayoría de los cuales fallaron. El resto de los mineros se alejaron avergonzados por nuestra escena, pero uno de los amigos de Lichnovski intentó apartarlo, y algunos mineros más se quedaron mirando. Nuestra pelea nos llevó tambaleándonos hasta salir por la entrada principal, donde nadie nos siguió (era de noche y hacía frío). Afuera, peleamos un poco más, pero tenía sangre por toda la cara y en los ojos, y no estaba muy atento cuando le di un puñetazo en la cara. Le di en la máscara, que se rompió y cayó inservible al suelo. Lichnovski también cayó, tosiendo y aullando. Los niveles de cloro eran bajos, ya que estábamos a mitad de la montaña, pero fueron suficientes para envenenarlo. Peor aún, no me di cuenta de lo que había pasado durante un rato, debido a la oscuridad y la sangre en mis ojos. Cuando lo comprendí, arrastré su cuerpo convulsionante de vuelta a través de la esclusa giratoria y dentro de la mina; pero tenía los pulmones muy dañados. Lo trasladaron en avión a Als en el siguiente transbordador. La verdad es que me arrepentí bastante de todo aquello.

Después de la pelea sentí antipatía hacia esa mina, así que me fui y visité otras dos, continuando el camino. Luego, después de solo unos días, comencé el regreso, construyendo una calzada paralela hacia el sur, de vuelta hacia Als.

Volver a ver a Turja fue una alegría que casi compensó la ausencia. Había participado en negociaciones con otros asentamientos alrededor de Aradys sobre planes para aunar recursos y construir gigantescas chimeneas en las montañas, para bombear gases de efecto invernadero a la atmósfera. Los asentamientos del hemisferio sur también estaban en contacto con nosotros. Además, había gestionado solicitudes para que Als designara un diplomático, alguien que recibiera a los diversos visitantes, oficiales y no oficiales, que llegaban a nuestro territorio, así como a alguien que realizara visitas diplomáticas. Los visitantes a veces se mostraban desconcertados, e incluso enfadados, por la falta de jerarquía o relaciones formales en Als. Esperaban ser recibidos; les molestaba que nadie les exigiera ver sus pasaportes ni los amenazara con encarcelarlos como inmigrantes ilegales; les disgustaba la falta de policía, la ausencia de restricciones, todas esas cadenas que refuerzan en los esclavos su sentido de identidad. Como Turja me lo pidió, accedí a responder a algunas de las propuestas oficiales, en particular a las del sur. No había espacios diplomáticos asignados al calendario de trabajo, porque las relaciones con otras naciones no pueden reducirse a un

cronograma preestablecido. Se supone que los extranjeros deben dirigirse a la persona pertinente; es decir, si deseaban comerciar con cerdos, debían contactar a quien estuviera a cargo de la cría en ese momento. Pero, ciertamente, las circunstancias eran inusuales.

Durante un tiempo, Turja y yo nos mudamos de la residencia común y dormimos en la cúpula con sus animales. Fue un capricho nuestro: hacer el amor bajo un árbol en lugar de bajo un techo de piedra. Después de una semana, más o menos, empezamos a extrañar las comodidades de la residencia y regresamos.

Si lo pienso bien y soy sincero, debo confesar que me lancé de cabeza a esta relación con Turja. Hacía payasadas para entretenerla y la obligaba a participar en pasatiempos y diversiones con una desesperación casi maníaca. Y esto se debía a que, incluso desde el principio, sabía que se estaba distanciando de mí. Estuve ocupado con la apisonadora durante otra semana, construyendo una carretera que habían solicitado alrededor del asentamiento. Salía del trabajo y me apresuraba a ir a la cúpula, pero Turja no estaba en el lugar donde habíamos acordado encontrarnos; o me echaba, diciendo que tenía que atender otras tareas; o estábamos juntos, pero su actitud era distraída, torpe. A veces se sonrojaba.

Me tocó otro turno de trabajo, esta vez como sanitario (un turno que ya había hecho antes y que, de todos modos,

requería poca capacitación; la pantalla de internet se encargaba de todo el diagnóstico y el tratamiento). Esto iba bien, salvo que me devolvía a Lichnovski con sus pulmones destrozados por el cloro. Le estaban creando pulmones nuevos en una fábrica médica especial, pero el proceso estaba tardando semanas; mientras tanto, Lichnovski no podía hacer más que estar tumbado, respirando oxígeno puro a través de una máscara, mirándome fijamente con sus ojos feroces por encima de ese hocico de plástico.

Barlei

La tragedia golpeó apenas dos meses después de un matrimonio perfecto. Toda nuestra nación lloró. Mi amado Jean–Pierre estaba de maniobras, practicando la formación y reagrupación de sus hombres en el desierto de sal, sin cobertura aérea (yo ya estaba pensando en la posible necesidad de realizar incursiones en territorio alsista); la vida en Senaar estaba recuperando gradualmente la normalidad. Un grupo de mujeres, entre ellas la esposa de Jean–Pierre, partió en un vehículo todoterreno para explorar las tierras al sur de Senaar. Tales grupos eran comunes en los primeros tiempos; después de todo, las esposas e hijas de los ricos tenían pocos pasatiempos, y un vehículo todoterreno, conducido por un militar, era una

forma útil y emocionante de familiarizarlas con su mundo. Abandonaron las salinas al atardecer y subieron el vehículo todoterreno a una colina rocosa; y allí las sorprendió el Susurro del Diablo. Su conductor había salido para asegurar las abrazaderas, pero el diseño era defectuoso (según él) —o era incompetente— y el vehículo volcó. Las ventanas laterales se hicieron añicos contra la roca y tres personas murieron dentro. Quienes llevaban mascarillas sinusales internas sobrevivieron, por supuesto; una lancha las recogió veinte minutos después del desastre, llorando y babeando mocos, pero vivas. El conductor sobrevivió por la misma razón. Pero Kim murió. Nunca se había puesto un filtro sinusal, por razones, lamento decirlo, de vanidad: no le gustaba la idea de que su bonito rostro se desfigurara con algunos de los efectos secundarios menos agradables. Podemos deplorar esta orgullosa vanidad, pero, bueno, pagó las consecuencias. En cuanto al conductor, había diferentes opiniones sobre su culpabilidad. El vehículo era un producto estándar de Fabricant y, como tal, obviamente tenía un diseño probado y fiable. Pero las abrazaderas del camión, que sujetaban el vehículo a la roca, no lo eran. Hasta que llegamos a Salt y experimentamos la severidad del Susurro del Diablo, no sabíamos que podríamos necesitar tales cosas. Así que el ejército, junto con otros propietarios de camiones, convocó licitaciones a varias empresas (todas aún incipientes en aquellos primeros tiempos), y se encargó el diseño más económico y de mejor calidad. Como suele ocurrir, el conductor (lamento no recordar su nombre) no

podía reclamar piezas defectuosas a una empresa sin arriesgarse a una demanda; y con razón. Una demanda de ese tipo, que alegara que el producto de la empresa era penalmente responsable de tres muertes, supondría un duro golpe para su potencial comercial, y por lo tanto, la empresa podría impugnar la posible pérdida de ingresos ante los tribunales. Pero, por supuesto, un hombre en la posición del conductor no estaría en condiciones de afrontar una demanda; el coste lo arruinaría. Admitir la responsabilidad personal solo resultaría en una multa, en la mayoría de los casos, y era la opción preferible. Ciertamente, recuerdo que al principio aquel tipo hablaba sin parar de cortar diseños de plástico, pero se puso más serio después de haber consultado con un abogado y de haber admitido su responsabilidad.

Ni que decir tiene que Jean–Pierre estaba desconsolado. Me compadecí del pobre hombre. Le concedí dos semanas de permiso por compasión, y pasó tres días, Aquiles en su tienda. Vino a verme personalmente para pedirme que lo reasignara; tenía el rostro pálido, las facciones congeladas. Había algo de hombría en su determinación, en la fuerza de voluntad para vencer su dolor. Lo envié de vuelta a su cuerpo.

Quizás sea cierto decir que he vivido aspectos de mi vida a través de otros. Ahora, a mi edad y dado a reflexionar sobre el pasado, no puedo estar seguro de si Jean–Pierre fue un hijo para mí, o si fue una figura vacía en la que pude

proyectar mi propio sentido de identidad, mi propia identidad como hombre. ¿Fui yo quien marchó, saludando, desde la casa para tomar una lanzadera hacia un campamento de tiendas de campaña en el Gran Desierto Salado? ¿Fue Jean–Pierre quien se quedó atrás, derramando pequeñas y dolorosas lágrimas en una habitación oscura? ¿Éramos tan intercambiables?

Las mismas lágrimas asoman ahora, mientras pronuncio estas palabras. Y no pueden ser por Jean–Pierre, pues lleva mucho tiempo muerto. ¿Y cómo podrían ser por mí, que aún vivo? Quizás haya un vacío que provoque lágrimas. Quizás sean eso.

Me vuelvo más fantasioso en mi vejez.

A veces sueño con mi brillante hijo; muerto, extinto. La voluntad de Dios.

Poco después inauguré oficialmente el nuevo edificio del Parlamento, un impresionante conjunto de dos torres de cuarzo de cien metros de altura. Las torres eran principalmente decorativas, ya que las cámaras del Parlamento estaban enterradas bajo la capa de sal y bajo un techo de roca madre para proteger las sesiones de la radiación. Fue un gran día. Desde la colonización, el pueblo solo había tenido una oportunidad de votar sobre alguna propuesta, y había sido sobre la forma del asentamiento, un referéndum extraordinario; los procedimientos habituales

de nuestra democracia, los patrones de vida política a los que nos habíamos acostumbrado durante la travesía, nos habían sido negados por las presiones de nuestra nueva vida. Pronuncié un discurso, para los presentes y para las proyecciones visuales, un discurso poderoso, creo (aunque, para ser honesto, creo que Preminger lo escribió para mí), sobre la potencia de este restablecimiento de la democracia en el Nuevo Mundo. Había una multitud considerable, pero la mayoría permaneció en el interior, lejos de los peligros del sol. El discurso fue proyectado en toda la cuenca galileana.

El Tesoro de Votos entró en funcionamiento al mediodía del tercer día de junio del año 5. Un gran día. Hubo un pequeño disturbio en la quincena siguiente, que creo que se menciona en los libros de historia. O quizás no, ya que fue un asunto de poca importancia. Tenía que ver con los tipos de cambio de las reservas de votos de barco a nueva moneda electoral. Los ingresos, y por lo tanto los impuestos, se habían visto limitados durante el viaje, por razones obvias; y por consiguiente, la gente no había podido acumular votos a un ritmo que podría considerarse normal. Se formó un grupo de presión para pelear por la conversión de votos de la nave a nueva moneda electoral al doble, o incluso al triple. Naturalmente, me mantuve firme en este punto: la inflación electoral es algo que todo gobernante razonable debe evitar. Y, tratándose de un asunto constitucional, pude vetar cualquier intento de que se votara esta propuesta, pero hubo una o dos pequeñas manifestaciones.

Jean–Pierre dirigía un pequeño pelotón para controlar estas manifestaciones. Aquel día, su mirada era de acero. Recuerdo haberlo apartado para hablar con él y quedé impresionado por la ferocidad y la hombría de su autocontrol, por la firmeza y precisión con la que reprimía sus hirvientes emociones de rabia y odio. La compañía audiovisual seguía pagando para retransmitir detalles de su vida a toda la región de Galilea, así que un hombre con gafas de cámara lo seguía siempre, incluso en momentos tan difíciles. Aparté a este hombre para tener cinco minutos a solas con mi amigo. «Amigo mío», le dije, «pronto llegará el momento en que podrás expresarte con hechos, no con palabras. Pronto tendrás la oportunidad de redimir el honor de todo Senaar, de luchar heroicamente contra los enemigos de nuestro pueblo y rescatar a los rehenes».

Capítulo III

LA INCURSIÓN

Petja

Me obsesioné; fue lo peor de todo. Te lo cuento, no porque esté orgulloso, sino porque quizás te ayude a entender lo que pasó. Me obsesioné con Turja. Me convertí en un rígido, por instinto, por accidente. Hoy en día, quizás sea menos raro, pero en aquel entonces era algo casi escandaloso. Pasaba con ella todo el tiempo que podía: cada momento en que no me apartaba. Mi horario de trabajo había sido modificado por especialistas: representantes de las otras naciones que se asentaban alrededor de Aradys se acercaban a nosotros. Turja recibía solicitudes de otros gobiernos para reunirse y discutir la cooperación

internacional; introdujo la solicitud en los ordenadores, y mi experiencia previa en trabajo de enlace me identificó como diplomático, así que me asignaron. A decir verdad, sin embargo, este horario era bastante flojo. Había poco que hacer como diplomático, así que pasaba mucho tiempo con Turja, y cuando me mandaban a otro lado (como hacían a menudo) volvía y la ayudaba en el hospital. El número de enfermos iba en aumento, con casos de cáncer y cataratas cada vez más frecuentes, además de intoxicación por cloro, por lo que la ayuda adicional era bienvenida. El hombre con el que había discutido, Lichnovski, seguía allí y se burló de mí cuando regresé a la sala. Su voz seguía ronca y llena de tos, pero se esforzó por gritarme.

«Así que te has vuelto una persona rígida en el trabajo, como ya lo eres en asuntos sexuales», dijo. «He oído historias sobre ti de otras enfermeras».

—Al menos —repliqué— mis pulmones funcionan perfectamente. Casi habíamos terminado de regenerarle los pulmones, pero en aquellos tiempos (¿y todavía hoy? Hace mucho que no hago prácticas médicas) los pulmones regenerados producían alvéolos diminutos y eran menos de la mitad de eficientes que los naturales.

Lichnovski se puso rojo ante esto, y la flema le salía de la boca jadeante en pequeñas gotas. «¡Maldito rigidista!», espetó. «¡Cuando me baje de encima te mataré! ¡Te mataré con mis propias manos!»

—O yo a ti —respondí—. Al fin y al cabo, mis pulmones son más fuertes.

¡Tú me hiciste esto!

'Y lo volvería a hacer.'

«¡Maldito rigidista! ¿Acaso crees que no te conozco? ¿Qué estás haciendo?». Y empezó a gritarles a los demás pacientes de la sala, arengándolos con voz ronca. «¿Tiene un horario de diplomático? ¡Se organizará según la jerarquía! ¡Nos convertirá en un apéndice de Senaar, en una red de esclavos! ¿No ven lo que está haciendo?».

Esto fue demasiado insultante, así que me acerqué a su cama y le puse una almohada sobre la cara. Sus manos se alzaron rápidamente y me agarraron las muñecas, pero yo era mucho más fuerte. Lo mantuve así durante veinte segundos, quizás, mucho tiempo para un hombre con medio pulmón; luego lo dejé respirar de nuevo. Tenía la cara morada y no tenía fuerzas ni para maldecirme. Me miraba con los ojos rojos, desorbitados, llenos de odio.

Pero en ese momento no pensé en él. Volví con Turja. Por una vez, estaba de buen humor, con un brillo en los ojos. Salimos a la brillante luz del sol y al aire salado y penetrante, decidiendo caminar desde el domo hasta Istenem; y mientras caminábamos, entrelacé mi brazo con el suyo, como una pareja de antaño. Ni siquiera la boquilla de su

máscara de filtro podía empañar su belleza a mis ojos; ni siquiera las lentillas que todos llevábamos, que protegían los ojos del escozor del cloro, podían apagar su mirada. Mientras caminábamos, hablamos de Lucrecio. Le había contado a Turja lo que Csooris había dicho sobre este autor del mundo antiguo, de un mundo ahora increíblemente lejano al nuestro, y Turja se había interesado y había conseguido que un fabricante le imprimiera una copia para leerla. Necesitaba traducción, ya que Turja no hablaba latín antiguo. Así que leí la obra, o la releí, y así hablamos de ella juntos. Consideré que la esencia de la obra era insuficientemente religiosa, pero ella insistió en que cuando él hablaba del poder vital del espíritu humano que triunfa sobre la adversidad, que encuentra su camino a través de los muros llameantes del mundo y se extiende por todo lo inconmensurable, Lucrecio, se refería a Dios.

—Dios, tal como tú lo entiendes —dije.

—Por supuesto —respondió ella.

Luego citó, agitando las hojas impresas de Fabricant que sacaba de su bolso; su voz, amortiguada por la máscara, adquirió un timbre extrañamente metálico. Dijo «*medio de fonte leporum surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angat*»[1], leyendo con pesada precisión de la página.

---

1 En medio de la fuente leporina, surge algo de amor que habita en las mismas flores. [N. T.]

Pregunté: "¿Qué significa eso?"

Ella rió, pero el sonido quedó amortiguado por su máscara. «Debes aprender latín antiguo y averiguarlo».

Entonces me abalancé sobre ella, riendo, para arrebatarle la impresión y ver por mí mismo, y ella rió y salió corriendo. La alcancé, y juntamos nuestras frentes, la convención que había crecido para expresar besos al aire libre, donde las máscaras impedían el acceso a los labios. Seguíamos riendo. La luz del sol menguante estaba en su rostro, con un tinte azul verdoso debido a las nubes de cloro que se acumulaban en el agua, a través de las cuales brillaba. Hacía que sus ojos parecieran más profundos, su cabello más oscuro. El sonido del viento vespertino, el susurro del diablo, comenzaba a reunirse en el este. Un sonido como el de un gigante enorme, alta como las estrellas y muy lejano, recogiendo un vestido titánico y susurrante de alrededor de sus rodillas. Deslicé mi mano dentro de la camisa y la camiseta de Turja y pasé mis uñas suavemente sobre sus pechos. Ella se aflojó el cinturón, y tuvimos un sexo muy rápido, apresurado, apoyados contra la roca al pie de Istenem. Al llegar al clímax, sentí una sensación de caída, un desvanecimiento interior, casi un tropiezo. Después ella dijo: «*sunt lacrimae rerum*»[2].

Este fue nuestro último momento feliz juntos.

2 Hay lágrimas en las cosas. [N. T.]

Fuimos al dormitorio y dormimos una hora. Luego nos unimos a una gran fiesta y jugamos en el pasillo. Después, bebimos, comimos, charlamos y reímos juntos. Anocheció. Algunos encendieron una hoguera y nos sentamos a su alrededor, riendo y bebiendo, jugando a un juego de adivinanzas en el que teníamos que poner nombre a las figuras que formaba el fuego. Perdí de vista a Turja y fui a buscarla más tarde, a una habitación aparte, lejos de la fiesta; pero estaba callada, con los ojos rojos por la repentina y brutal luz de un foco fluorescente en el techo.

Tres días después me dijo que se mudaba a la residencia femenina; que quería dar por terminada nuestra relación; y que estaba embarazada.

—Que viene a ser lo mismo —dijo con brusquedad, como si hablara con sentido común—. Porque, cuando llegue el momento, de todas formas viviré en la residencia femenina, y el niño comenzará su vida allí.

—¡Pero eso será dentro de muchos meses! —señalé. El embarazo apenas se notaba todavía en la curva de su vientre.

—Pero lo nuestro se acabó —insistió. Su rostro estaba sereno, sus ojos parecían vacíos, como si pudiera ver a través de ella sin siquiera tocarla. Insistí en el tema.

'¿Por qué?'

'Es así.'

'¿Pero por qué?'

'Por que yo lo quiero.'

Estuve a punto de decir: "¿Y qué hay de lo que quiero?". Pero, por supuesto, era una tontería decirlo, incluso en mi estado emocional. Me senté pesadamente. Estábamos en la residencia, creo. Quizás era el domo. No lo recuerdo con exactitud.

—Debes reconocer —dijo con un tono de voz algo más suave— que te has comportado casi como lo haría un intransigente.

Varias personas me habían dicho lo mismo, generalmente a modo de burla, como un dardo lanzado contra mí para intentar herir lo que consideraban mi arrogancia y mi ego (otro término arcaico, pero demasiado complejo para explicarlo aquí). Esto ocurrió al mismo tiempo que asumía mis funciones diplomáticas y me convertía, a ojos de otras naciones, en el «jerarca» de Als. Con otras personas, como Lichnovski, podía defenderme de la acusación, pero la de Turja me dolió profundamente. Me hirió.

—He estado obsesionado —reconocí en voz baja—. Tienes razón en terminar la relación. Pero no tienes por qué ir a la residencia femenina si prefieres quedarte aquí.

'Ahora quiero estar con mujeres. He comenzado una relación con Csooris.'

Me avergüenza decir que sentí una corrosión en mi alma, un sentimiento de resentimiento por el intercambio de afectos; pero lo «reprimí». Fue una torpe maniobra interna, como contener el vómito. «Esto explica tu interés en Lucrecio», dije, con voz tensa.

Ella solo dijo: «Sí». Luego sacó de su bolso los papeles finos, los mismos de antes, y me los dio. La página que estaba arriba contenía lo siguiente:

> ¡Qué hermoso nos resulta, cuando el viento agita las olas en el gran mar, observar desde tierra el gran esfuerzo de otro, luchando con los controles de una embarcación o intentando mantener las velas bajo control! No porque sea agradable o placentero ver a otro ser humano en dificultades, sino porque es bueno darse cuenta de las dificultades que uno mismo se está ahorrando. ¡Qué hermoso es también presenciar grandes planes de batalla en la guerra, llevados a cabo sobre las llanuras, sin que uno mismo corra peligro alguno!

He guardado esa página, marcada como favorita, en mi bloc de notas.

Durante tres días, o más, estuve furioso y lleno de ira. Buscaba pelea con la gente, y cuando los transeúntes u otras personas notaban la injusticia de mi furia, se ponían del lado del otro y me zaherían. Pero, en retrospectiva, quizás era precisamente ese castigo lo que buscaba. Después de una caída, me rompí la clavícula y me ingresaron en la sala para que me redujeran la fractura; pero por suerte Lichnovski estaba dormido, de lo contrario, seguramente me habría provocado y se habría reído de mí desde su cama, y podría haberlo matado en mi venganza.

Pero esta no es la historia. Fue en ese momento, hacia el final de nuestra relación, cuando recibí la embajada de Rhoda Titus y su guardia de seis hombres; y fue durante este tiempo que Senaar hizo avances oficiales hacia Als. Al principio de esta embajada, estaba contento con Turja, y al final, furioso por su ausencia. Y la historia registra la verdad sobre los planes de Senaar: que esta embajada fue la tapadera para la incursión.

Barlei

Como es deber de todo líder, anticipé que los alsistas no responderían a la diplomacia, así que llevé a cabo el entrenamiento y la planificación de la incursión durante la

misión diplomática. Sin embargo, por una cuestión de imagen y por la naturaleza de la política, brindé todo mi apoyo a la embajada. Me reuní en consejo militar, cuyas comunicaciones se transmitieron por toda la cuenca de Galilea, y debatimos las mejores acciones. Se decidió que, dado que Als era en la práctica una matriarquía (a pesar de sus pretensiones de anarquía), lo mejor sería enviar a una mujer, pero, como señaló Preminger, sería una locura enviar a una mujer sola a un lugar así (las historias de inmoralidad sexual que se filtraban eran verdaderamente desgarradoras). Se acordó que una guardia de honor la acompañaría.

Rhoda Blossom Titus era la presidenta de la Liga Femenina de Senaar, una organización que ella misma había fundado durante el viaje. La consulté personalmente después de asumir el mando, y me convenció —con total franqueza, sin las evasivas ni los halagos a los que suelen ser propensas las mujeres— de que su mayor preocupación era la unidad y el orden de la nación. Se abstuvo de unirse al Cuerpo Femenino del ejército (aunque, según dijo, estaría encantada de jurarme lealtad públicamente), y supongo que no había ninguna razón oficial para que yo esperara reclutarla. Después de todo, estaba convencido entonces de su devoción a nuestra nación.

Le ofrecí públicamente esta embajada, y ella aceptó; y en una reunión posterior le dejé claro que tenía pocas esperanzas de éxito y que era fundamental que averiguara

el paradero de los rehenes. Nuestros mejores hombres estaban listos para volar hasta allí, liberarlos y estar de vuelta en Senaar en menos de una hora. Llevaban varias semanas entrenando con Jean–Pierre.

Petja

Rhoda Titus llegó con gran pompa, en un avión lanzadera. La acompañaban un pequeño séquito de sirvientes y secretarios, todos militares; también viajaba un grupo de hombres con uniformes azules y viseras que les cubrían los ojos para parecer más inhumanos, más intimidantes para el enemigo. Cada uno portaba una espada ceremonial corta, sujeta firmemente a la espalda, entre los omóplatos, tan firmemente que recuerdo haberme preguntado si podrían desatarla en el fragor de la batalla. Cada uno llevaba una pistola colgando de una funda. Y cada uno portaba un fusil de aguja, que llevaba siempre en la mano. Descendieron por la rampa del avión en orden y se mantuvieron erguidos como árboles a lo largo de un camino rural mientras Rhoda Titus bajaba. En el rostro de Rhoda Titus lucía esa sonrisa que reconocí entonces como la expresión característica de los senaarianos de clase alta: la sonrisa del orgullo.

Me habían contactado y avisado de su llegada (los senaarianos me habían solicitado específicamente, y fue una casualidad, afortunada para ellos, que estuviera de turno) y la estaba esperando. Creo que esperaba que se hubiera reunido mucha gente, o que hubiera otros miembros de la delegación diplomática, pero solo estaba yo. Este era mi turno, y lo estaba cumpliendo. De hecho —y esto les parecerá irónico— agradecí la visita, ya que hasta entonces este turno de trabajo me había ofrecido poco que hacer, y estaba aburrido.

Ese día había mucha gente. Algunos interrumpieron lo que estaban haciendo y se acercaron a mirar al oír que se aproximaban las naves; y cuando los soldados salieron, quedaron impresionados por la escena. Algunos fueron a buscar a sus amigos, y la gente empezó a hablar entre sí. Uno o dos incluso recogieron piedras y comenzaron a lanzarlas contra la nave, lo que provocó que los soldados adoptaran posiciones defensivas, apuntando sus fusiles de aguja a los alsistas. Pero cesaron los lanzamientos de piedras, comenzaron los insultos y los senaarianos bajaron la mira de sus fusiles de aguja. Pero antes de esto me encontré con la diplomática.

Lo primero que me dijo Rhoda Titus fue: "¿Dónde está el resto de su delegación?"

Me limité a encogerme de hombros y sonreírle. Recuerden que, en ese momento, aún era feliz en mi relación con Turja,

feliz en mi rígido paraíso. La miré y vi a una mujer mayor, bajita pero de aspecto agradable, bien arreglada. Las mujeres me fascinaban en todas sus formas, y como Turja era mujer, me sentí conmovido por la idea de ser cortés con Rhoda Titus. «Solo estoy yo», dije.

—Soy Rhoda Blossom Titus —dijo.

—Sé quién eres —dije—. ¿Quién más podrías ser, llegando en una nave militar con invasores armados?

Ella se irritó al oír esto. «Esta es mi guardia de honor. Están aquí únicamente para protegerme».

Me encogí de hombros de nuevo.

—¿Estás con Petja? —preguntó ella.

'Estoy.'

—Bueno —y su máscara oficial se desvaneció un poco—, ¿por qué no me lo dijiste? Es muy incómodo estar aquí de pie así.

—Claramente no tenía por qué decírtelo —dije—, ya que lo sabías. Pero si te sientes incómoda, podemos entrar. Sin duda, no es bueno estar al sol, absorbiendo tantos rems.

—¿Tienen las instalaciones preparadas? —preguntó, enderezándose de nuevo.

'¿Por qué?'

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Qué quieres decir con “por qué”?

No llevaba mascarilla, a pesar de que estábamos al aire libre, porque los senaarianos contaban con esa tecnología nasal; simplemente se secaba las fosas nasales constantemente con un pañuelo y me miraba entrecerrando los ojos bajo la intensa luz del sol clorado junto al lago. Así podía observar con precisión los movimientos de su rostro. Su boca se arrugaba con gracia cuando estaba perpleja.

'¿Por qué necesitamos instalaciones?'

—¿No es obvio? —espetó, dejando caer de nuevo su máscara oficial—. ¡Para que podamos empezar las negociaciones! ¿A menos que me hayas preparado una recepción? ¿Comida? ¿Bebidas?

—Si quieres algo de beber —dije—, te lo ofrezco como amigo. Pero no tenemos nada preparado.

'Bueno, ¿vamos a negociar aquí afuera? ¿En medio de la radiación y el calor?'

—¿Negociar? —dije.

En ese momento alguien arrojó una piedra, que rebotó ruidosamente contra el costado de la segunda lanzadera,

que estaba junto al agua. Los guardias se sobresaltaron. Otra piedra salió volando. Otra más. Rhoda Titus dio vueltas y vueltas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—No estoy haciendo nada —dije.

¡Están atacando nuestra nave espacial! ¡Esto es indignante!

Me encogí de hombros. "Yo no estoy haciendo nada de eso".

El capitán de la guardia de seis hombres murmuró algo, una orden claramente, y los soldados adoptaron sus posiciones: tres se tiraron al suelo, el resto se quedó de pie detrás de ellos. Habían bajado sus fusiles apuntando a los que lanzaban piedras.

—¡Dígales que paren! —insistió Rhoda Titus.

La mascarilla me picaba un poco, así que me la ajusté ligeramente. «En realidad, no es asunto mío».

El lanzamiento de piedras había cesado; tal vez la gente se había aburrido. Hacía calor y lanzar piedras ya era bastante agotador, pero el alboroto había atraído a más gente, algunos insultando y profiriendo improperios. Supongo que

los soldados no hablaban nuestro idioma. Pero parecían nerviosos.

Rhoda Titus emitió pequeños sonidos guturales, como si estuviera nerviosa. Se apresuró a regresar junto a los soldados, y el capitán de la tropa se sobresaltó, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Se interpuso entre los que arrojaban piedras y Rhoda Titus. Me pareció que la estaba protegiendo, pero la multitud estaba en constante movimiento, la gente iba y venía, y ya no caían piedras. Rhoda Titus me miraba. Yo me reía, en efecto, con la comicidad de los bulliciosos senaarianos.

Ella volvió hacia mí, ahora enfadada.

—Quizás —me dijo Rhoda Titus—, quizás pienses que esto es muy amable, pero créeme, ningún líder ante los ojos de Dios toleraría semejante anarquía.

—¿Qué quieres decir? —pregunté. No le estaba preguntando nada, simplemente estaba expresando mis pensamientos en voz alta. Pero sus ojos soñolientos se iluminaron.

«Te diré a qué me refiero. Me refiero al deber divinamente ordenado de los líderes de dar un buen ejemplo a su pueblo. Me refiero a la necesidad de orden y armonía. ¿Por qué no detuvieron a esos vándalos? ¿A los que lanzaban piedras? ¿Y si provocaban a mi guardia? ¿Y si se dejaban matar? ¿Qué

pasaría entonces? Esto habría manchado nuestro honor, y posiblemente habría desencadenado un incidente internacional. ¿Por qué no llaman a la policía para que arresten a estas personas?»

Pero para entonces ya estaba aburrido, así que me di la vuelta para entrar. En aquellos tiempos nunca era buena idea quedarse demasiado tiempo al sol.

Oí a Rhoda Titus soltar un pequeño grito de indignación a mis espaldas, y enseguida se apresuró a alcanzarme. Pude oír el *tintineo* de las hebillas de los uniformes mientras la guardia de honor se colocaba en posición tras nosotros.

—¿Intentas insultarme? —preguntó Rhoda Titus, poniéndose a mi lado—. ¿Intentas insultar a Senaar?

«Dijiste que tenías sed. ¿Quieres que te traiga algo de beber, amiga? ¿A tu gente también? Pero son soldados, así que quizás tengan sus propias raciones».

Nos refugiamos bajo el alero del Istenem, saliendo del sol, y entramos en la residencia. Había gente reunida, sentada a la sombra, observando el ir y venir de la gente en la orilla; otros charlaban de pie; y al otro lado del muro se jugaba un partido de fútbol sala, con una portería marcada con tiza en la roca. Pero la gente dejó de hacer lo que estaba haciendo cuando entré, seguido de media docena de soldados armados. Se oyeron murmullos, una sensación de

descontento generalizado. Los fabricantes de bebidas estaban al otro lado de la puerta sellada, así que pasé, y Rhoda Titus y su séquito me siguieron.

Introduje el código y me puse de pie junto a Rhoda Titus; el Fabricante nos sirvió dos bebidas de olor frutal, y me bebí la mía de un trago. Estaba caliente, y había estado bajo el sol directo. Rhoda Titus miró la suya con recelo, como si tal vez estuviera envenenada. Se la entregó a uno de sus guardias de honor, quien la olió, dio un sorbo, esperó y se la devolvió. Esto me pareció, de nuevo, cómico, así que empecé a reír, tras lo cual vi a este oficial al mando y a varios de los hombres fruncir el ceño con disgusto, incluso con desprecio. Entiendan esto sobre los senaarianos: carecen de sentido del humor.

Una amiga pasó por allí y charlamos un rato. Se llamaba Haefner y trabajaba en la rotación técnica de Fabricant. —¿Quién es? —preguntó.

—Alguien de Senaar —respondí—. Rhoda Titus.

—¡Y soldados! —exclamó mi amiga. —Ya lo sé —dije—. Están nerviosos. Pero así son las cosas en la jerarquía.

—¿Qué estás diciendo? —interrumpió Rhoda Titus—. He oído mi nombre; estás hablando de mí. Te exijo que me digas qué estás diciendo.

—Está enfadada —dijo Haefner, aún en su lengua materna—. Quizás siempre está así de enfadada.

—Lo entiendo —respondí, también en mi lengua materna—. Creo que es consecuencia de la jerarquización que tienen allí. Todos se sienten frustrados en algún nivel; a todos se les impide hacer esto o aquello por ley o por la persona que está por encima de ellos en la jerarquía.

—Es interesante —dijo Haefner. Se rascó el entrecejo, como solía hacer cuando algo la desconcertaba—. ¿Y qué hay de la persona que está en la cima de la jerarquía?

«Creo que esa persona también se ve frustrada», dije. «Aunque no hay nadie por encima de él en la jerarquía, está limitado por sus "deberes y responsabilidades". El último Gran Jerarca fue asesinado, ¿sabes?, por no tratar sus deberes con el debido respeto».

—Debes *hablar* en mi idioma —chilló Rhoda Titus. Sus manos se agitaban frente a ella, enfatizando patéticamente sus palabras—. Como representante diplomática de la República Popular de Senaar, insisto en *que* me brindes el respeto que merezco. Se volvió hacia su capitán de la guardia, pero supongo que incluso a él le habría resultado difícil justificar el asesinato de una persona solo por hablar su lengua materna.

«Está enfadada», dijo Haefner en su lengua materna, «y sin embargo no hace nada al respecto. Hay algo en su interior que le impide actuar».

«Es curioso, sí», coincidí. «La jerarquía está internalizada».

«Qué extraño», dijo Haefner. Reflexionó sobre la idea durante un rato. «¿Por qué un ser humano interiorizaría algo así? No puede ser sano». Empezó a reírse disimuladamente de lo absurdo de la situación.

Rhoda Titus exhaló varias veces, recuperando la compostura. «¿Me obligarás a volver a casa para denunciar este insulto? ¡Al ignorarme, ignoras a todo el pueblo de Senaar! ¡Al insultarme, insultas a todo el pueblo de Senaar!»

Ante esto, Haefner estalló en carcajadas. —¿Por qué? —preguntó en lenguaje coloquial (que, por cierto, hablaba mejor que yo). —¿Están todos en tu barriga? —Volvió a reírse, esta vez de su propio chiste.

—Rhoda Titus —le dije—. ¿Cómo podría insultar a toda la gente de Senaar? Me llevaría muchos meses ir entre ellos, insultándolos a cada uno en su cara.

Rhoda Titus guardó silencio. Tras un breve lapso, dijo: «Creo que te estás burlando de mí». Su expresión era sombría. Sus guardias cambiaban sus armas de mano con inquietud.

Haefner se había aburrido. Se abrió paso entre los guardias y se dirigió a la fábrica de bebidas. Le indiqué a Rhoda Titus que me siguiera, para darle espacio y tranquilidad para que hiciera su trabajo. Rhoda Titus me siguió, con el rostro enrojecido por la ira; su guardia la seguía trotando, una extraña maraña de gente. Llegamos a la litera que compartía con Turja, y me quité los zapatos de calle, despegándolos con la punta del otro pie. Luego me senté, con las piernas cruzadas, en la amplia cama.

Rhoda Titus permaneció un rato de pie, mirándome fijamente, mientras su guardia se acurrucaba tras ella. Durante un tiempo ninguno de los dos habló, pero finalmente ella exclamó: "¿Qué significa esto?".

—Rhoda Titus —dije—. Te explicaré cómo funcionan las cosas aquí. Hay trabajo que hacer, y se asigna por turnos; turnos designados por un programa, no por humanos. Resulta que en este momento me han dado prioridad para tareas diplomáticas. Pero no me complacen en absoluto. Hago esto porque mi turno así lo exige. Pronto terminará este período de trabajo, y entonces me iré a pasar un tiempo con la mujer con la que estoy cohabitando.

Rhoda Titus no supo qué responder. —¿Vas a abandonarme? —preguntó—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Adónde vamos?

'¿Necesitas que te diga qué hacer? Ni siquiera tú sabes lo que quieres hacer', dije, riéndome entre dientes ante lo extraño de la idea.

'¿Al menos me han asignado un alojamiento diplomático adecuado?'

Me encogí de hombros. «Seré amigable, y podrá tener una litera en los dormitorios comunes. No todos sus hombres, eso sí; seguro que pueden acampar en otro sitio».

Si fuera posible, diría que parecía aún más indignada. Miró a su alrededor y se quedó mirando el dormitorio. Las literas estaban separadas, las lámparas de luz se balanceaban contra el techo, dibujando destellos de luz que se perdían en la distancia. Era de día, y muchas literas estaban ocupadas; en el silencio se oían algunos gemidos de parejas que hacían el amor. Rhoda Titus ladeó la cabeza, sin reconocer los ruidos, pero comprendiendo en lo más profundo de su ser que resultaban ofensivos para su mojigatería senaariana. «¿Sugieres —dijo, como con un esfuerzo tremendo— que me quede... aquí?»

Me encogí de hombros. Estaba tremendamente aburrido y a punto de renunciar a mi turno de trabajo del día e irme sin más.

'¿En el mismo edificio que hay... hombres?'

—Podrías ir al dormitorio de mujeres y ver si alguien se hace amiga —le sugerí—. Pero tendrías que dejar atrás a tus soldados.

«¡Esperaba unas dependencias diplomáticas específicamente designadas!», gritó. Fue un grito de verdad. «¡Esperaba unas dependencias para nosotros *solos!*». ¡Nótese el posesivo! El discurso de Rhoda Titus estaba plagado de posesivos. *Mi* misión. *Mis* hombres. *Mi* país, incluso. ¡Pensar en *poseer* un país entero! Pero no se percató de lo cómico de su expresión.

—Si quieres algo así —dije, visiblemente aburrido a esas alturas—, puedes ir al páramo al este de aquí y construirlo tú misma.

La dejé entonces y me dirigí a la cúpula para ver a Turja. No estoy seguro de qué hicieron al final. Supongo que volvieron a sus naves y durmieron allí. A la mañana siguiente, dejé de pensar en Rhoda Titus y en toda la misión de Senaar y pasé una hora o así contactando con los demás asentamientos de Aradys por correo de voz. Pero Rhoda Titus vino a verme de todos modos. Debió de superar su timidez y me pidió indicaciones.

—Mi querido Szerelem —dijo, y me sonrió—. He venido sola.

Me encogí de hombros. Noté un leve tic en su frente cada vez que lo hacía, así que supuse que mi gesto la irritaba. Pero ella no hizo nada con su ira, solo la reprimió, de modo que le tiraba del rostro como un hilo invisible. Por supuesto, esto me fascinó: que alguien pudiera albergar ira en su interior y hacer todo lo posible por evitar que aflorara. Naturalmente, aproveché cada oportunidad para encogerme de hombros, para observar esta internalización en acción.

—He venido sola —dijo, con la voz un poco más dura—, como muestra de confianza. He enviado a mis guardaespaldas a entrenar a las tierras baldías al este del asentamiento, lo que me deja desprotegida en tu presencia.

Estábamos en una habitación contigua al dormitorio, donde estaba el equipo de correo de voz. Me levanté y salí, me dirigí al Fabricant y me serví una bebida. Rhoda Titus vino corriendo tras de mí. «Quizás no comprendes la importancia de lo que he hecho», dijo con voz aguda.

—Dime —dije, sentándome con las piernas cruzadas en el suelo. Bajó la mirada, pensó en sentarse a mi lado, pero lo reconsideró. A las mujeres senaarias se las educa para creer que su dignidad es lo más valioso, así que no pudo sentarse junto a mí. Pero al mismo tiempo, tienen códigos que las obligan a sentirse incómodas, a sentirse fuera de lugar, a estar de pie con torpeza y a hablarme con condescendencia, disolviendo por completo esa dignidad. Un pueblo paradójico.

«Mis hombres —comenzó ella (¡posesiva!)— son más que una simple protección contra lo que me pueda pasar, aunque Dios sabe que existe un peligro real de que eso ocurra en este lugar anarquista. Miró a su alrededor con ansiedad. Pero son más que eso. Son una representación simbólica del poderío de Senaar. Son los…»

La interrumpí. 'No puedo decir que me interese tu metafísica'.

Ante esto, se quedó pensativa y se sonrojó un poco. Pero parecía haber decidido no caer en la histeria como el día anterior. Permaneció de pie, pero buscaba con la mirada un asiento, algo donde sentarse. Y entonces, renunciando incluso a esa esperanza, se acomodó con cuidado en el suelo. Hubo una pausa, con el rostro inclinado hacia abajo. Luego lo levantó y sonrió con valentía.

—Señor Szerelem —dijo ella—. He llegado a la conclusión de que nuestra misión empezó mal ayer. Me parece que nuestras dos culturas son tan diferentes que se han producido malentendidos. Usted no ha comprendido cómo el honor y la dignidad de Senaar influyen profundamente en todo lo que hacemos. No ha valorado la guardia de honor por lo que era, simplemente como un reflejo de la importancia que se le otorga a esta misión en Senaar.

Negué con la cabeza, y Rhoda Titus dejó de hablar, inclinó la cabeza y preguntó. Entonces apuré mi bebida y dije:

«Parece que crees que me importa lo suficiente tu misión como para malinterpretarla. Pero no me importa en absoluto».

Se sonrojó y luego juntó las palmas de las manos. «¡Por favor! ¿No ves lo difícil que es esto para mí? Estoy intentando adaptarme a tu forma de vida. ¿Seguro que no puedes ayudarme un poco en esta difícil tarea?»

Me encogí de hombros.

«Hoy estoy decidida», dijo con un tono pausado, como si recitara algo aprendido de antemano, «a intentar acercarme a la cultura de Als. Hoy espero aprender algo de su forma de ser, de su modo de vida. Una vez que lo haya logrado, espero que esto acerque un poco más a nuestros dos pueblos. Espero que nos acerque un poco más a usted y a mí, señor Szerelem».

—Bueno, ya he sido tu amigo —dije—. Estoy dispuesto a serlo de nuevo hoy. Pero no logro comprender por qué deseas seguir con esto.

Ante esto, se inclinó hacia adelante, con la mirada intensa. «¡Por el bien de los niños!»

Me quedé un poco sorprendida. —¿Tienes hijos? —pregunté.

—¿Yo? —Se recostó de nuevo—. ¿Yo? No. No. —Noté que sus ojos ahora brillaban, como si estuviera a punto de llorar.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

¡¿Cómo puedes preguntarme algo así?! ¿Por qué sigues jugando a estos juegos conmigo?

—Estoy realmente desconcertado —dije—. ¿Qué juegos?

¡Ya sabéis quiénes son los niños!

'No sé nada'

'Entonces, ¿por qué crees que estoy aquí?'

'No tengo ni idea. De verdad que no. Solo te he atendido porque este es mi horario de trabajo actual designado.'

Entonces todo salió a la luz de golpe. «¿Por qué otra razón estaría yo aquí? ¿Por qué otra razón alguien de Senaar habría venido hasta aquí, con toda la pompa de una misión diplomática? Solo para intentar acortar la distancia que nos separa, solo para intentar sanar la herida y que los niños volvieran a contactar con sus padres afligidos. Solo para ayudar a reparar la terrible ruptura en la familia de Dios».

—¿Esto tiene algo que ver —dije— con los hijos que algunos senaarianos engendraron antes del comienzo del viaje?

Hubo una pausa.

—Estás jugando —dijo ella con frialdad.

'Desde luego que no.'

Pero el rompecabezas se iba armando en su cabeza. «Lo único que puedo decir, señor Szelerem», dijo, «es que el asunto de los niños ha sido una espina clavada para la nación Senaar desde que comenzó el viaje. Estos padres han lamentado no poder ver a sus bebés. Toda la nación ha sufrido. Han surgido facciones enteras dentro de nuestra sociedad, preocupadas únicamente por recuperar a estos niños —los rehenes, como se les llama— y traerlos de vuelta a la tierra de sus padres. Algunos incluso contemplan la invasión de su territorio por parte del ejército para lograrlo. Su gente es pintada en todas las representaciones visuales como malvada, casi satánica, sin ley ni respeto por la humanidad, con intenciones perversas sobre la carne del niño, obstinada y sumida en la locura colectiva, viviendo como bestias sin pensar en el bienestar de los demás».

—No reconozco el terreno que describes —dije.

«Sé que hay exageraciones en los informes que escuchamos. Pero, ¿se dan cuenta de lo difícil que es para un pueblo como el nuestro, para los senaarianos, que valoramos la civilización por encima de todo, comprender una tierra como esta?»

—Una vez tuve una conversación con su capitán —dije—. Se trató de esos niños de los que usted habla.

—El Presidente —dijo ella, respetuosamente.

¿Así es como se presenta? Sus títulos y toda esa jerarquía nos resultan difíciles de seguir. Incluso el título de «Señor», como usted me llama, aunque supongo que «Señor» ocupa un puesto inferior al de «Presidente» en su jerarquía.

—Le pido disculpas si se ha ofendido —dijo rápidamente. Era evidente que esto le importaba—. No sabía cómo dirigirme a usted. Si le resulta inaceptable que le llame «Señor», ¿quizás podría llamarle «Técnico»?

—No me ofendo —dije con languidez—. No veo la necesidad de tal título. Aquí no tenemos ninguno.

'Pero debo llamarte *de alguna manera.*'

'¿Por qué?'

'Porque usted es un hombre importante.'

Ante esto me reí. «Solo para mí, claro».

«Mi misión —dijo, sacudiendo la cabeza, incómoda con el tema— me la encomendó el propio Presidente. Debo tender puentes entre nuestros dos pueblos, intentar llegar a un

acuerdo sobre los niños y, como mínimo, permitir que los padres tengan acceso a ellos».

Se detuvo y me miró. Volví a encogerme de hombros. —¿Qué quieres decir con “acceso”? —pregunté.

¿Es una palabra inusual? No estoy segura de cuán bien dominas el lenguaje común. Significa...

'Conozco el significado, pero no tu interpretación.'

¡Oh! ¡Lo siento! No quise sugerir...

Me puse de pie. —Rhoda Titus —dije—. Me aburres con tus manías. Si me sintiera ofendido, lo diría. No reprimiría mi ira ni mi irritación, como suele hacer tu gente. Si no digo que me siento insultado, entonces no lo estoy.

Ella trepó para seguirme. «De nuevo, pido disculpas. ¡Pero a eso me refiero! ¡Qué poco entiendo sus costumbres! Pero la cuestión del acceso…»

Yo estaba caminando y ella me seguía. —¿Sí?

«Simplemente significaría que los padres podrían, por ejemplo, viajar a Als y ver a sus hijos. Que a los niños se les permitiría saber quiénes son sus padres, y reunirse y hablar con ellos de vez en cuando.»

«Los padres pueden venir aquí sin problema», dije. Lo dije simplemente como una constatación de un hecho, ya que no existían controles fronterizos en Als, ni fronteras propiamente dichas. Pero Rhoda Titus lo interpretó como una concesión: en su opinión, las negociaciones, como aquella en la que se consideraba inmersa, eran como una guerra, una batalla entre oradores.

—Muchas gracias, señor... eh, técnico Szerelem. ¡Gracias! Sabía que si le hacía un pequeño gesto, si me acercaba a usted personalmente, si bajaba la guardia, podríamos comunicarnos. —Aceleré el paso y ella se quedó atrás.

Sacó un pañuelo de su chaqueta y se despidió. «¡Debo ir a informar a mi gente de este avance en las negociaciones!». Y se marchó apresuradamente, con el pañuelo ya en la nariz, lista para cuando saliera.

No la vi en el resto de la mañana; pero por la tarde regresó. Una vez más, vino sola. Alguien debió haberle dicho que yo estaba en la nave, donde había empezado a pasar muchas de mis tardes durante este período de obsesión con Turja. Había almorzado con mi amante; habíamos tomado masilla y pan de uno de los viejos fabricants de la nave y habíamos comido juntos, sentados entre la hierba alta del prado de los gansos. Después, Turja se fue a hablar con unos ingenieros genéticos sobre la adaptación de ciertas aves a una alta tolerancia al cloro, con la esperanza de liberarlas en el exterior. ¡La sola idea de pájaros volando libres por el aire

sobre nosotros era más emocionante de lo que te puedes imaginar! O tal vez no. Supongo que nunca habrán visto un pájaro en vuelo, nunca se habrán sentado entre ellos mientras gorjeaban a su alrededor.

Así me encontró Rhoda Titus, sentado con las piernas cruzadas en la hierba, leyendo un libro endeble que Turja había impreso; un antiguo tratado sobre los orígenes del dinero. Le había parecido interesante el texto desde una perspectiva metafísica, como un tratado sobre el poder siniestro de los signos y las imágenes para dominar vidas reales, personas reales. Pensó que podría resultarme útil en mis conversaciones con Rhoda Titus.

Pero esta vez no venía con ganas de hablar. Venía sonriendo, con esa sonrisa de satisfacción posterior al acto sexual que adoptan los senaarianos cuando han complacido a su superior en la jerarquía; la satisfacción del esclavo por haber complacido a su amo. «Señor técnico Szerelem», dijo, sentándose frente a mí. «¡He venido a darle las gracias! Tras algunas dificultades, nuestras negociaciones por fin han comenzado bien. No negaré que me ha costado un poco adaptarme a sus costumbres, ¡pero he hablado directamente con el presidente! Está encantado con nuestro acuerdo».

Me sentía de buen humor, después de haber almorzado con Turja, así que quise ser amable con Rhoda Titus. «No hay acuerdo», dije. «Pero tu placer me da placer». Era un viejo

dicho de mi madre. El simple hecho de decirlo, sentir la presión de mis labios entre sí al pronunciar las *«p»* y la punzada en la garganta al pronunciar las *«g»* me trajo de vuelta su recuerdo. Había estado bebiendo vodka, y mi alma estaba en calma con tales pensamientos.

«Sí, bueno, por supuesto podemos llamarlo como quieras. Pero permitir que los padres tengan derecho a visitas es más de lo que esperaba».

Me encogí de hombros. Mi madre seguía presente en mi memoria y no la escuchaba con mucha atención.

«Me han dado instrucciones —dijo con solemnidad— de localizar a los niños, hablar con ellos y organizar la primera de estas visitas. Mi Presidente espera —y esta esperanza va dirigida personalmente a usted— que este primer paso allane el camino a una gran cooperación entre nuestros pueblos; y quizás un plan de intercambio entre Als y Senaar permita a los niños...» Tragó saliva, se detuvo y volvió a empezar: «tener la oportunidad de visitar la tierra de sus padres».

Intenté visualizar a mi madre; probablemente seguía viva, pero en la Tierra. A una distancia insalvable. Evoqué su rostro en mi mente, y se fundió con el de Rhoda Titus, que me miraba con avidez. Dos mujeres dispares, una separada de mí, existiendo solo al otro lado de la más profunda ruptura física. La ruptura de la otra era meramente

ideológica. Concentré mi atención en lo que decía Rhoda Titus.

—No puedo decirlo —dije, pensando en la mejor manera de expresarme—, no puedo decir que entienda de qué estás hablando. Sonreí para intentar provocarle una sonrisa, pero su rostro adoptó una expresión de preocupación y angustia. Muchas de las expresiones de Rhoda Titus estaban teñidas de ese matiz de temor. Una consecuencia de la jerarquía, creo, pues el subordinado debe estar constantemente ansioso y tratando de complacer al superior, temiendo sufrir por su disgusto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Siempre digo lo que pienso —dije. Parecía una afirmación sin controversia.

—Quizás —dijo Rhoda Titus—, lo mejor ahora sería que hablara directamente con las madres. Si me indicaran dónde están los niños, podría hablar directamente con ellas.

'No tengo ni idea.'

—Dame indicaciones —dijo ella.

—No puedo —dije.

'Puedes. Creo que puedes.'

«Rhoda Titus: estos niños fueron concebidos hace treinta años. Esta es la historia más antigua que existe».

—No —dijo, como si hubiera esperado que yo hiciera esa observación, como si fuera uno de los movimientos previstos en el juego de ajedrez verbal que ella anticipaba. Un año para diez en estado de hibernación. Biológicamente tendrán once años, como máximo.

—En ese caso —dije, encogiéndome de hombros con una mueca—, seguirán alojándose con sus madres en la residencia femenina.

'Entonces debo pedirle que organice una reunión allí.'

—Es la residencia femenina —dije. Y como si eso no le bastara, añadí: —Soy un hombre.

Pero a ella le pareció una broma. «Técnico Szerelem, usted es el diplomático de esta comunidad; es su responsabilidad organizar esta reunión. Me dijo que los padres podían visitar a sus hijos».

—Ya te dije que los padres podrían venir —dije—. Y, en efecto, pueden, ¿quién se lo impediría? No tenemos fronteras ni controles fronterizos, a diferencia de ustedes. Pero que los padres puedan ver a estos niños no es asunto mío. Eso les incumbe a las madres.

'Pero dijiste... '

Me puse de pie, harto de todo aquello. Pero ella también se puso de pie, hablando ahora en voz alta. «No puedes *irte*», dijo. «Me lo prometiste. Hablé con mi presidente sobre la base de…»

«No es asunto mío». Era una simple verdad, pero pareció enfurecerla. Se quedó de pie sobre el césped gritándome, insultándome y maldiciéndome. Pero yo estaba tranquilo, así que sus palabras no me afectaron y salí del domo.

Lo que sucedió entonces fue que intentó entrar al dormitorio de mujeres, pero allí la recibieron (según entiendo) con incomprensión y, luego, al insistir en su caso, con hostilidad. Finalmente, al no cesar en sus vehementes demandas de ser llevada a ver a los *rehenes* y ser tratada con el *respeto* y la *dignidad* que merecía una diplomática de una gran nación, varias mujeres la agarraron y la arrojaron al vestíbulo. Intentó entrar de nuevo, así que la volvieron a echar. Entonces regresó a sus vehículos, llamó a sus hombres e intentó entrar por la fuerza una vez más.

Para entonces, el alboroto había atraído a un grupo bastante grande de personas a la entrada del dormitorio femenino. Yo me había alejado para nadar en una de las pozas de anguilas (me gustaba la sensación resbaladiza de las anguilas rozando mi cuerpo mientras nadaba), así que no estuve presente en persona durante estos sucesos. Pero los rumores eran generalizados y escuché varios testimonios. Parece ser que Rhoda Titus regresó a la entrada del

dormitorio con seis hombres armados. Un grupo de mujeres del dormitorio les bloqueó el paso, gritándole e insultándola; y ella se quedó allí (dicen) temblando de rabia, que era crónica en ella, como una muela maltratada. Los soldados apuntaron, pero las mujeres del dormitorio no retrocedieron. Gritaban y escupían, y alguien sacó una almohada de su cama y comenzó a golpear con ella las cabezas de algunos de los guardias. Se estremecieron, pero no sería correcto (según el código de honor jerárquico al que juran los soldados senaarianos) dispararle a una mujer armada con una almohada solo porque no dejaba de golpearlos en la cabeza con ella. Dicen que algunas de las mujeres del dormitorio gritaban en su lengua materna, otras en la lengua común, y que el alboroto era ensordecedor. Entonces Rhoda Titus ordenó a sus hombres que se abrieran paso a la fuerza y entraran en el dormitorio, y los hombres se lanzaron hacia adelante; pero había tal aglomeración de mujeres en la entrada que los soldados forcejearon y forcejearon en vano. Dicen que cuando Rhoda Titus retiró a sus hombres a sus lanzaderas, tenía el rostro enrojecido por la vergüenza y la humillación, y lloraba desconsoladamente.

No la vi durante dos días. Luego, al tercer día, vino y me encontró durante mi turno de trabajo.

—Es domingo —dijo—. Me gustaría que me llevaran a una de sus iglesias. Dios me ha puesto a prueba terriblemente esta semana, y es hora de que ore en la Casa de Dios.

Estaba masticando algo; raíz de puerro, creo. «Iglesia», dije, con la boca llena y la palabra ahogada. «Esa es una de vuestras costumbres senaarianas».

Me miró con expresión inexpresiva y luego asimiló mis palabras. Pero su reacción no fue la que yo esperaba. No se enfureció conmigo ni me sermoneó sobre la impiedad de los pueblos alsistas. En cambio, se sentó con semblante sombrío y rompió a llorar.

«No tenemos iglesias», le dije, dando otro bocado a la raíz de puerro. «No hay sacerdotes, ni instituciones, nada que se interponga entre el alma individual y Dios. ¿Por qué habría que ir a una habitación especial para hablar con Dios? ¿Acaso hay alguna habitación en Salt diferente de las demás? Desde el punto de vista de Dios, ¿importa si un alma está en una habitación determinada o en otro lugar?»

«Lo he intentado, Dios sabe que lo he intentado», susurró con voz ronca. Luego sollozó un poco más. Y repitió: «Lo he intentado, Dios es mi testigo».

—Claro —continué—, puedes rezar donde quieras. Puedes rezar aquí, si quieres.

«He *intentado* comprenderos, a vuestro pueblo. Pero solo veo anarquía y miseria. ¡Eso es todo lo que veo! Anarquía y miseria, y un pueblo sin *sentido* de la vida, sin *armonía*». El llanto había cesado. «Mi presidente me ha ordenado que me

vaya, que abandone la impiedad y regrese a casa. Pero le dije: ¡No! Le dije: "Dame una oportunidad más para acercarme a este pueblo, a este Szerelem". Le dije: "Es domingo, sábado, día del Señor, y en este día podré hablarle en el idioma que tenemos en común, el idioma de Dios". Porque tenemos *eso* en común, Senaar y Als. Ambos adoramos al mismo Dios. Y fue este Dios quien dijo: "Dejen que los hijos regresen a casa con sus padres, no los mantengan en esclavitud como a los israelitas en Egipto, no los mantengan como esclavos"».

No sabía qué responder, así que comenté: «Aquí no guardamos el sábado. Para nosotros, cada día es igualmente apropiado para la conexión del individuo con lo divino».

Un fuerte sollozo le subió a la garganta, y lo contuvo. «Pero está en la *Biblia*», dijo, como si fuera un juicio definitivo. «¿Cómo puedes no guardar el sábado, si está en la Biblia?»

Me encogí de hombros. «La Biblia es un libro, el libro de otras personas. Si nos adaptamos completamente a ese libro, como dices, entonces nos convertimos en sus esclavos. La única libertad reside en forjar nuestra propia relación con lo divino. En escribir nuestra propia Biblia».

«¿Esclavos?», dijo. «¿Cómo pueden hablar de esclavitud cuando mantienen a niños inocentes en cautiverio?»

Me reí de esto. «Pregúntales y no hablarán de estar cautivos. Aquí nadie está cautivo». Parecía tener verdadera dificultad para comprender mis palabras, así que repetí la idea, hablando despacio: «Esa es la esencia de Als».

«Si les pregunto, ¿me dirán esto? ¿Pero cómo puedo? ¿Cómo *puedo* hablar con los niños si vuestras guerreras no me permiten verlos ni reunirme con ellos?»

Se marchó con el rostro enrojecido por el llanto. Pero media hora después regresó, un poco más serena. Se sentó frente a mí, con las piernas cruzadas (para mostrarme hasta qué punto había rebajado su dignidad), y comenzó un largo y divagante discurso sobre cómo se disculpaba por su comportamiento de esa mañana (la *disculpa* es uno de los rituales de deferencia de la jerarquía), y cómo se había sentido molesta porque el Presidente había revocado su misión, y cómo sentía que había progresado, que había empezado a comprender nuestra cultura, y más cosas por el estilo. Fue bastante aburrido escucharla. Entonces dijo:

«Pero sabía que, así como Dios es Misericordia, yo también tendría otra oportunidad para derribar las barreras que nos separan. Debemos tender la mano, debemos conectar. A pesar de que os hayáis desviado del camino correcto, a pesar de que ya no os reunáis en iglesias, ni observéis el sábado, aun así, nos une este vínculo. Sé *que* adoráis al mismo Dios que yo, lo *sé* con certeza.»

«¿Cómo puedes conocer al Dios que yo adoro?», pregunté. La pregunta era curiosa, no agresiva. «Me resulta difícil de comprender. En realidad no me conoces, así que ¿cómo puedes saber cómo percibo algo tan numinoso como lo divino?».

Se detuvo un instante, pero luego continuó bruscamente: «La gente de Als tiene» (¡nótese el posesivo!) «el mismo Dios que la gente de Senaar».

—Rhoda Titus —dije amablemente—. La gente de Als no *tiene* absolutamente nada. En esta tierra no se posee nada, nada es *propiedad de nadie.* De lo único que hablamos de *tener* es cuando dos personas disfrutan del sexo, y aquí solo hablamos de *tener* porque la experiencia es, por necesidad, fugaz. Habría continuado explicando este punto con más detalle. Después de todo, Rhoda Titus había estado hablando de lo difícil que le resultaba comprender las costumbres de Als, y es un punto crucial interesante. Lo único que podemos *tener,* en el sentido en que un jerarca podría entenderlo, es precisamente aquello que no se puede *tener.* A veces he pensado que el propósito de esta expresión era identificar la esencia de la cultura posesiva, que el placer que se obtiene de las posesiones, tan grande como el placer del sexo, es en efecto efímero. Pero a Rhoda Titus no le interesaba esta línea de discusión.

«*Sé* que adoráis al mismo Dios. Eso es lo que nos une. Todos formábamos parte de la misma flota, todos viajamos

juntos por el espacio alabando a la misma deidad. No podríais haberos unido a la flota si no hubierais pertenecido a la misma congregación terrenal.»

Hice el gesto, girando una mano con la palma hacia arriba y luego hacia abajo, varias veces, que se usaba en aquellos tiempos para indicar un acuerdo a medias.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó. Volvió a tener lágrimas en los ojos.

«La situación en la Tierra —dije— era difícil. La política allí se había consolidado en torno a una definición cada vez más estricta de la jerarquía. Esto dificultaba ciertas formas de culto religioso, como sé que ocurría en Senaar. Pero complicaba aún más la situación para un pueblo como el nuestro. Existían instituciones en la Tierra dedicadas a destruirnos, únicamente por nuestra forma de vida».

Rostro inexpresivo; un brillo en los ojos donde se acumulaban las lágrimas, una curva de agua salada a punto de caer. —¿Quieres decir...? —preguntó, pero se detuvo. Esperé un momento, para ver si quería terminar la frase, antes de continuar.

«Había tres flotas planeadas», le recordé. «Y la única a la que podíamos unirnos era a la que nos unimos. Las otras no nos habrían aceptado, a pesar de que habíamos reunido el crédito necesario, porque la ideología, se lo impedía. Con la

flota tal como estaba organizada, lo único que teníamos que hacer era declarar que nuestra fe era la vuestra y pagar nuestra parte, y nos asignaron un espacio en el cable».

—Mentisteis —dijo con voz baja.

«No. Hay muchas personas religiosas entre nosotros. Yo soy una de ellas. Estuve presente en muchas negociaciones, y siempre que me preguntaban sobre mi relación con la divinidad, simplemente hablaba de eso. Por supuesto, es propio de nuestra naturaleza que no podría haber hablado sobre la relación de otras personas con la divinidad, aunque lo hubiera deseado. Solo podía hablar por mí mismo.»

Las lágrimas ya se habían secado y su voz tenía un tono débil. «He fracasado», dijo. «Volveré a mi nave y luego regresaré a casa».

Me encogí de hombros de nuevo, porque me daba igual. Rhoda Titus se levantó para marcharse. Por supuesto, no se fue, porque fue entonces cuando tuvo lugar la incursión.

Barlei

La misión de la Sra. Titus, como siempre había pensado, estaba prácticamente condenada al fracaso desde el

principio. Pero su partida posibilitó varias maniobras políticas. Me proporcionó información privilegiada sobre el terreno en Als, lo que me permitió descubrir, por ejemplo, dónde se encontraban los rehenes. Y, como mujer, me dio a alguien cuyo honor bien podría necesitar protección frente a las insinuaciones lascivas de un pueblo anarquista. Esta última posibilidad no se concretó, lamentablemente; pero el incidente en el que la Sra. Titus intentó, a plena luz del día y con la ley y la justicia de su lado, entrar en la cueva donde se encontraban los rehenes para hablar con ellos, y donde una horda enloquecida de ménades aulladoras se lo impidió, proporcionó el pretexto necesario.

Le ordené que abandonara Als de inmediato, pero se quedó. Quizás le fascinaban las cualidades hipnóticas del mal que tanto la repugnaban. Quizás pensaba que, de alguna manera, podría salvar a los alsistas de sí mismos. Pero fuera cual fuera el motivo, seguía allí cuando Jean–Pierre llegó con su tropa.

Petja

Llegaron armados con pistolas de agujas. ¿Conoces esta arma? Está construida alrededor de una culata que contiene un depósito, y el depósito contiene una aleación de

plasmetal. Un bulto sólido, que llena la culata, le da peso. Y de la culata salen el cañón habitual, la mira, el gatillo. Y esto es lo que sucede cuando se aprieta el gatillo: el arma funde un poco del depósito de metal y lo inyecta en la base del cañón. Luego el láser, un pequeño y potente láser, lo expulsa. Empuja el metal fundido en una línea larga y delgada. El metal se dispara muy rápido, sin fricción en la boca del cañón que lo frene, casi tan rápido como el láser puede propulsarlo (y el láser quiere que vaya a la velocidad de la luz). El metal se solidifica en el aire, y has producido una aguja muy rápida, muy delgada, muy larga, que se precipita por el aire hacia tus enemigos. Ahora bien, esta aguja puede ser tan larga como quieras; El arma puede programarse para disparar dardos pequeños que perforan y hieren, o proyectiles más largos, de medio metro o más, que causan mayor daño. Su diseño permite una gran compacidad; los senaarianos poseen pistolas no más grandes que la palma de la mano y rifles que se apuntan desde el hombro y cuyo alcance no va más allá del codo, que sirve de apoyo para el disparo.

Descubrimos la carga de pistolas de agujas (y, más importante aún, el software Fabricant para pistolas de agujas y rifles) incluso antes de que comenzara el viaje, y presentamos una queja, porque a todos los colonos se les prohibía estrictamente portar armas de guerra. Pero los senaarianos apelaron, alegando que las pistolas de agujas no eran armas de guerra sino accesorios policiales. Estaban

registradas como tales en los manifiestos de la nave. Su defensa de esta posición era falaz (como demostraron los acontecimientos), pero se basaba en el hecho de que las agujas no eran proyectiles convencionales. El argumento afirmaba que las agujas eran tan finas como un cabello, que una disparada contra ti te atravesaría. Un policía podría dispararte una al torso, la aguja podría atravesarte el pulmón y salir por el otro lado. Esto puede colapsar el pulmón, causando inmovilidad y dolor, pero este daño podría repararse. Un proyectil, decían, golpearía el torso y expulsaría grandes trozos de carne, con muchas más probabilidades de ser fatal. Decían que si un proyectil te golpeaba la cabeza, entonces tu cabeza explotaría; Pero si una aguja impacta en la cabeza, el resultado podría ser una discapacidad en lugar de la muerte.

He enfrentado armas de agujas en la guerra y las he empuñado. Me han alcanzado agujas. Puedo dar fe, por experiencia propia, de que los senaarianos mintieron cuando presentaron sus armas como pacificadoras. Así pues, al ponernos en la posición de fabricar estas armas, se podría decir que accedimos a esta hipocresía. Pero tal es la necesidad de la guerra. Nos apropiamos del software de esta arma y equipamos un Fabricant para producirla; pero durante mucho tiempo no utilizamos la máquina. ¿Quién querría un arma así circulando en la sociedad? Pero cuando comenzó la guerra, nos armamos.

Pero me estoy adelantando a la incursión.

Barlei

La incursión se desarrolló con una precisión digna de la más exquisita composición musical. Ahora que la guerra ha terminado, a veces me explayo sobre esta analogía; sin duda, el mejor general es un compositor, que coloca a hombres y maquinaria en las posiciones correctas como si cada unidad, cada pieza, fuera la manifestación física de una nota musical. Las maniobras son frases, algunas cortas, otras más largas; las melodías del campo de batalla. Creo que la analogía merece un análisis más profundo: algunas guerras son sinfónicas, la unión de muchas formas diferentes de guerrero, carne y máquina, en un diseño grandioso y conmovedor; otras guerras son sonatas, el despliegue de (en este caso) Jean–Pierre y sus hombres con su entrenamiento especializado y armamento. Y, como una sonata, la incursión implicó acción, contraataque y luego una repetición de la acción original.

Ordené la intervención al anochecer, después de que el Susurro del Diablo se hubiera disipado. Inspeccioné a Jean–Pierre y a sus veinte mejores hombres a la luz de los reflectores en el aeródromo. Eran un espectáculo

impresionante. Veinte de los guerreros más fuertes de nuestra nación, con sus uniformes de combate azules; espadas a la espalda, fusiles a los costados y fusiles de aguja elegantemente apoyados en sus hombros. No me avergüenza decir que se me escapó una lágrima al verlos. Pensar que estaban dispuestos a morir, si fuera necesario, para defender el honor de Senaar. Lloré un poco, lágrimas de hombre; abracé a Jean–Pierre y los despedí hacia el cielo.

Jean–Pierre era, por supuesto, quien estaba al mando; su segundo al mando (hoy en día este rango se llamaría "Punto") llevaba uno de los dos chips de grabación; el subsargento, el otro. Todos estos hombres eran de primera categoría. Volaban directamente hacia el norte en sus dos lanzaderas militares insonorizadas; podrían haber cabido en una sola, pero la redundancia es importante, sobre todo en lo que respecta a las máquinas.

Volaron directamente al centro del campamento alsista y aterrizaron a pocos metros de la entrada del dormitorio de mujeres, la prisión donde se encontraban los rehenes. Aterrizaron junto a la lanzadera senaariana que ya estaba allí, con su contingente de guardia de honor para Rhoda Titus. Estos hombres, informados de la aproximación de la lanzadera, estaban preparados. Su trabajo era proporcionar un punto de apoyo, protegiendo las tres lanzaderas de cualquier ataque. Jean–Pierre reunió a sus hombres y avanzó. La sorpresa fue total. Los chips de grabación revelan que solo unas pocas personas se reunieron alrededor de la

entrada del habitáculo, alrededor de una pequeña y primitiva fogata. Miran fijamente, se ponen de pie. Una comienza a gritar. Pero los hombres de Jean–Pierre ya han entrado a toda prisa y están en la entrada del dormitorio. No hay puerta. Tres mujeres están de pie dentro.

Jean–Pierre avanza en silencio. El chip de Point registra el asombro en los rostros de las mujeres. Una de ellas empieza a gritar, con el puño en alto, su bello rostro contraído por el odio y la violencia que aquejan a todo alsista. Pero entonces el soldado que lleva el chip sigue su camino, y el rostro desaparece de la vista.

La habitación interior es larga y baja, en parte tallada y en parte adaptada de una formación natural. Lámparas luminosas se elevan del techo a intervalos; la visibilidad es buena. Hay camas por todo el espacio, y en el extremo más alejado, más habitaciones; presumiblemente cocinas, cuartos de ducha, espacios para niños. Cada lámpara luminosa tiene un rompedor de eco para mantener el sonido íntimo y bajo. Hay quizás cuatrocientas mujeres en este enorme espacio, y más de cien niños. Nuestros hombres se dispersan, su disciplina es perfecta. Cada uno de ellos lleva un botón de prueba de ADN especialmente diseñado, en el extremo de una vara larga. La gente se levanta de sus inicuas camas, parejas (solteros, por supuesto), niños: las voces se alzan, los puños se agitan, la gente comienza a formar nudos de aspecto enojado, envalentonándose con la indignación de los demás, pero no hay disciplina, ninguna voluntad de

conjunto que los guíe. Nuestros muchachos comienzan a identificar niños entre la multitud y se acercan a ellos. A veces esto es un simple asunto de que un hombre tome a un bebé, lo toque con la vara y obtenga un resultado: si es negativo, entonces el soldado sigue adelante; si el resultado es positivo, se recupera al rehén.

Por supuesto, habíamos previsto que tantos años de lavado de cerebro alsista podrían haber predispuesto a los niños a permanecer en su Sodoma, así que los rehenes fueron sedados en su mayoría, con otra inyección indolora tras la prueba de ADN. Luego, el soldado recogía el cuerpo del bebé y lo llevaba de vuelta al punto de reunión cerca de la puerta.

La eficiencia y la determinación con que los hombres de Jean–Pierre llevan a cabo esta difícil tarea es maravillosa de ver en la cinta hecha con los chips de grabación (se han difundido varias versiones de esta; de hecho, se convirtió en un éxito de ventas. Mi favorita está editada con una emocionante banda sonora del movimiento final del Quinto Concierto para Piano de Beethoven: la tensión y luego el clímax).

En cuestión de minutos, Jean–Pierre reúne a sus hombres, catorce jóvenes cuerpos cargados con sus poderosos brazos izquierdos, mientras sus brazos derechos apuntan con sus

fusiles de aguja. Se defienden de los ataques salvajes pero descoordinados de varias oleadas de mujeres banshee[3].

Una vez completada la tarea inicial, Jean–Pierre da sus órdenes con voz clara y el pelotón avanza como un solo cuerpo hacia la salida. El factor sorpresa les ha dado ventaja, y los alsistas apenas se han percatado de lo que está sucediendo. Unos cuantos disparos bien dirigidos (*que hieren,* cabe destacar, no matan) hacen que el camino hacia la salida pase por dos filas de cuerpos caídos; una estrategia excelente, ya que crea una barrera contra otros alsistas que deseen impedir la marcha hacia las lanzaderas y proporciona cierta cobertura a Jean–Pierre y sus hombres. A pesar de su carga, avanzan con rapidez y, con pocas paradas para disparar contra los atacantes, pronto llegan al exterior. Se ven destellos de luz en la imagen que observamos; el chip de grabación tarda un instante en ajustarse a la luz exterior. Las lanzaderas son visibles a media distancia. La operación dentro del habitáculo alsista se ha llevado a cabo sin una sola baja.

Lamentablemente, la retaguardia, dejada con las lanzaderas, no había tenido tanta suerte. Su misión era contener las lanzaderas hasta que Jean–Pierre y sus hombres pudieran regresar. Pero, para nuestra sorpresa, un

---

3 Las banshees (del irlandés bean si, 'mujer de los túmulos') forman parte del folclore irlandés desde el siglo VIII. Son espíritus femeninos que, según la leyenda, se aparecen a una persona para anunciar con sus llantos o gritos la muerte de un pariente cercano. [N. T.]

pequeño grupo de alsistas nos asustó. No contábamos con que ninguno de ellos pudiera organizar una unidad de combate a tiempo, dado su conocido odio a la disciplina. Mientras Jean–Pierre recorría la cueva con tanta eficiencia, un pequeño grupo de alsistas atacó las lanzaderas. Al principio, solo estaban armados con piedras y una o dos hachas (que lanzaban; tácticas bárbaras comunes). La retaguardia, tomando posiciones alrededor de las lanzaderas y buscando cobertura principalmente al colocarse bajo las proas curvas de la parte delantera de las lanzaderas, que se arqueaban hacia la sal, logró mantener a raya a estos merodeadores con andanadas de agujas largas. Se retiraron, y los hombres comenzaron a salir de sus posiciones, poniéndose de pie. Luego, dos de ellos fueron abatidos de un disparo en la garganta con agujas disparadas desde lejos; una muestra de puntería de francotirador realmente notable, cabe decir. Si bien el mero hecho de que los alsistas poseyeran armas de fuego ya evidenciaba el robo de tecnología senaariana. ¡Cuántas veces negaron haber robado dicha tecnología! Aun así, no podemos esperar mucho más de la amoralidad de esta gente.

Los francotiradores se apostaron al borde de la entrada del habitáculo, y es notable que lograran reunir armas y hombres con tanta rapidez, pero la guerra consiste en adaptarse a nuevas situaciones. Los hombres de la retaguardia se cubrieron como pudieron y concentraron el fuego en la entrada de la cueva; mientras lo hacían, fueron

atacados por una turba de alsistas de aspecto amenazador, que llegaron corriendo por la orilla desde el agua donde habían estado escondidos. Nuestros muchachos, atrapados en una maniobra de pinza primitiva, se vieron obligados a dividir su fuego. Muchos alsistas cayeron gimiendo, amontonados sobre la sal, llenando el aire con sus vil maldiciones e imprecaciones irrepetibles (las grabaciones del asalto tuvieron que ser editadas para eliminar gran parte de este lenguaje espantoso: parte de él era en lengua vernácula). Pero algunos llegaron hasta los cuerpos caídos de los soldados muertos y robaron sus armas. Entonces comenzó un verdadero fuego cruzado, con cada vez más alsistas llegando en masa desde todos los rincones del campamento, tomando posiciones detrás de cualquier cobertura que pudieran encontrar, incluso detrás de los cuerpos caídos de sus compañeros.

Este contraataque se realizó con suficiente vigor y con una superioridad numérica tal que la situación parecía complicada. Pero Jean–Pierre, al salir de la caverna, observó la escena con ojo experto. Lo que se necesitaba era velocidad. Ordenó la carga, y la vanguardia comenzó a correr, cargando con sus pertenencias y disparando desde la cadera con la mano derecha, golpeando el suelo entre la entrada del habitáculo y las lanzaderas. Esta repentina inyección de fuerza inclinó la balanza. La multitud que rodeaba las lanzaderas se sobresaltó y comenzó a perder cohesión. Los francotiradores sobre la entrada de la cueva

volvieron a disparar, por supuesto, y varios de los hombres de Jean–Pierre resultaron heridos. Los alsistas (esto demuestra lo poco que les importaban realmente esos rehenes, por mucho que los llamaran "sus hijos") incluso le clavaron una aguja en el brazo a uno de los jóvenes rescatados. Pero Jean–Pierre llegó rápidamente a las lanzaderas. Se produjo un combate cuerpo a cuerpo mientras nuestros hombres avanzaban hacia las plataformas de lanzamiento; y entonces, con un sprint, el chip de grabación del casco de Point captó la imagen del terreno descendiendo en ángulo, del lago en la montaña que aparecía en escena, con la luz del sol poniente cayendo bellamente sobre él. La incursión había terminado, y había sido un triunfo. Nos llevamos de vuelta a nuestros muertos y heridos, y también a los niños, liberados de su esclavitud.

Las naves aterrizaron en secreto en el cuartel central, los hombres fueron interrogados y los niños hospitalizados antes de que la noticia se difundiera a toda la comunidad. ¡Y entonces, hubo una alegría inmensa! Multitudes llenaron las calles, cantando hosannas y vitoreando sin cesar. Todos los canales de noticias se dedicaron a informar sobre el evento. Fue un momento de tremenda alegría para nuestra gente, un momento histórico. Me paré en mi terraza ante una multitud tan grande que tuvieron que desplegar policías adicionales para controlarla. Hablé, mis palabras amplificadas por una docena de micrófonos de noticias, y una vez más lloré. Lágrimas de verdad.

Petja

Era el crepúsculo, y Rhoda Titus estaba a punto de regresar a su nave para pasar la noche, tal vez para ordenar un vuelo de vuelta a Senaar, no lo sé. Estábamos en la oficina asignada para asuntos diplomáticos, y ella me estaba diciendo algo de índole diplomática. Pero antes de que pudiera terminar su breve discurso y marcharse, alguien (ya no recuerdo quién) asomó la cabeza por la puerta y dijo, sin aliento, que los soldados estaban rondando la cueva de las mujeres, disparando a la gente. Fuimos de inmediato; incluso Rhoda Titus nos acompañó, solo que al ver el alboroto afuera, se apartó del derramamiento de sangre y regresó adentro.

Corrimos a toda velocidad por la sal hacia el dormitorio de mujeres, pero cuando llegamos, el ataque ya estaba en pleno apogeo. Tres lanzaderas se encontraban a cien metros de la entrada, con un grupo disperso de soldados senaarianos apiñados a su alrededor. Estos soldados disparaban contra la creciente multitud de alsistas, algunos de los cuales estaban tendidos en el suelo junto al agua, otros se encontraban en las alturas sobre la entrada, y

algunos, enfurecidos, atacaban las lanzaderas con piedras, arrojándolas inútilmente contra las máquinas. Pero la noticia se extendía por las inmediaciones; podía ver gente a lo lejos volviéndose, gente saliendo de tiendas de campaña y edificios.

Lo que había sucedido, según descubrimos más tarde, era que los senaarianos habían planeado meticulosamente el ataque para llegar a Als poco antes de que comenzaran los turnos de noche. Al anochecer, irrumpieron en los dormitorios de las mujeres, donde fueron de niño en niño apuñalándolos con agujas para extraerles ADN y analizarlo inmediatamente. Las madres, por supuesto, lucharon para impedirlo, pero estaban desarmadas; muchas fueron apuñaladas y dieciocho murieron. Posteriormente, hubo que improvisar hospitales para atender a todos los heridos, ya que eran demasiados para las dos salas de hospital que ya teníamos. Pero esto ocurrió después.

¿Quieren que les cuente cuál fue mi primera reacción al ver a esos soldados acurrucados bajo la curva de sus cascos metálicos, o arrodillándose para estabilizar sus ametralladoras y disparar hacia la orilla? No pensé en los heridos, aunque veía a la gente desplomarse al ser atravesados por las agujas; ni me quedé allí paralizado, ni atónito (aunque la persona que me acompañaba parecía estupefacta, tratando de descifrar lo que sucedía). No me importaba nada de eso. En cambio, sentí un extraño burbujeo en el estómago, como de emoción; y en mis fosas

nasales (a pesar de llevar la máscara) percibí un olor peculiar. Sentí una *especie de conexión espiritual,* como si de repente estuviera en casa. Y supe qué hacer.

Las lanzaderas estaban entre el agua y yo, y la mayoría de la gente estaba en la orilla. Así que empecé a correr, esprinté hacia la entrada del dormitorio y me lancé frente a ella. Se oían gritos desde dentro y el *silbido ocasional* de una aguja al dispararse. Algunas mujeres salían tambaleándose a la luz, una o dos bajaban de las alturas para ver qué pasaba. «Por ahora, no importa lo que esté pasando en las cuevas», dije. «Vinieron en las lanzaderas, y primero debemos desactivarlas».

La gente a mi alrededor se detuvo y se giró hacia mí. Una mujer, creo que se llamaba Dharc o Dharse, dijo: «Después de nuestra llegada, fabricaron unas pistolas de agujas. Están en la granja. Creo que algunos han ido a buscarlas».

Desde la oscura entrada de la cueva aún se oían los gritos, los sonidos de la batalla. Pero seguramente no permanecerían allí mucho tiempo; pronto estarían al aire libre.

—Date prisa —dije, agarrando a aquella mujer por el codo—. Cuando traigan las armas, colócalas junto al borde de la entrada de la residencia. Diles que concentren el fuego en las lanzaderas.

Fue como si la hubiera energizado, como si la electricidad pasara de mi mano a su brazo. Ella asintió una vez y se dirigió trotando hacia los edificios de la granja construidos con la estructura de nuestra nave espacial. Los demás me miraban. «¿Qué haremos?», dijo uno de ellos.

—Ven conmigo —dije—. Necesitamos gente junto al lago.

Salí corriendo a toda velocidad, y los demás me siguieron. Formamos una maraña de gente corriendo por el terreno abierto entre el dormitorio y el agua, lo cual no era bueno. Pensándolo bien, debería haberles ordenado que llegaran de forma escalonada, pero en ese momento me resonaba en la cabeza la necesidad de reunir a la gente que estaba junto al agua. Mientras corríamos, algunos de los guardias que estaban junto a los transbordadores empezaron a disparar al objetivo que representábamos. Una de las mujeres que me seguía cayó herida de un disparo en la cabeza, otra recibió un disparo en la cadera: la aguja le atravesó la cabeza y se alojó profundamente en la pelvis; solo sobresalía un centímetro. Cayó gritando y quedó tendida sobre la sal, aunque tuvo la sensatez de enterrarse un poco en los granos, de buscar algo de refugio. Después, me encontré en una cama junto a ella en el hospital.

Las agujas pasaron zumbando a mi lado. Producen un sonido característico al dispararse, difícil de olvidar: un sonido de succión. Si cruzan tu campo de visión, las ves como una especie de destello luminoso instantáneo, un relámpago

retiniano. Oí y vi pasar varias, pero ninguna me alcanzó. Corría bajo fuego enemigo, por primera vez en mi vida, y sin embargo, tenía la certeza de que estaba haciendo lo correcto.

Llegué al agua y me lancé hacia adelante donde el terreno descendía hacia el lago; la pendiente apenas nos ofrecía refugio, así que la gente intentaba enterrarse más profundamente en la duna de sal, removiendo con las manos para abrirse paso entre la tierra y agacharse aún más. Allí estaban las personas estiradas, con sus máscaras que les hacían parecer hocicos, pero su rabia era claramente visible.

Me costó un instante recuperar el aliento. Me arrastré sobre mi vientre hacia un grupo de personas. «Debemos atacar», dije. «Debemos hacerlo ahora. Nuestra oportunidad es capturar las naves y evitar que partan. Solo así podremos ganar». Pero en medio del caos, con tanta gente hablando y sin un centro definido, mis palabras solo las oyeron quienes estaban justo a mi lado.

La gente gritaba y discutía a la vez. Algunos vociferaban que no deseaban nada mejor que destrozarles el cerebro a los cerdos a pedradas; uno incluso intentó ponerse de pie. Otros estaban menos lúcidos, y algunos parecían asustados. Me deslicé hacia adelante de repente, como una serpiente que ataca, para agarrar la pierna del hombre que se estaba incorporando.

«¡No, no!», grité. «Debemos atacar todos a la vez, o será una derrota segura». Comencé a llamar a todos los que me rodeaban, diciéndoles que corrieran la voz. «Cuando yo me mantenga firme, todos nos mantendremos firmes», grité. «Cuando yo avance, todos avanzaremos». Los hombres estaban atrincherados cerca de las lanzaderas, y nuestra mejor oportunidad era atraerlos. Entonces podríamos eliminar a uno o dos, apoderarnos de sus armas y aprovechar parte de su potencia de fuego. No veía otra forma de lograr el éxito, pero sí veía esa; estaba presente en mi mente, completa, como una pieza musical terminada.

Intenté dar órdenes, pero nadie estaba entrenado. La mayoría había salido por curiosidad al desembarcar de las naves; algunos llegaron después, cuando comenzaron los combates. Pocos tenían armas, salvo algunas rocas de sal o las herramientas que llevaban consigo. Rápidamente me deslicé hacia atrás en el agua y ordené a otros que me ayudaran a desmantelar uno de los tanques osmóticos que flotaban en el lago. Separamos los mástiles de la estructura de sus flotadores y los repartimos entre la gente. El alboroto que se armó tras ellos, nuestros gritos y salpicaduras en el agua, atrajeron la atención de algunos de los allí reunidos.

«¡Los atacaremos!», grité, intentando que mis palabras se oyeran, aunque amortiguadas por mi máscara. «¡Atacaremos! Intentemos mantenernos juntos: si corremos en fila, tendrán un blanco más fácil. Pero si atacamos todos a la vez, podemos superarlos en número». Solo la

superioridad numérica era importante en este conflicto. Pero no pude convencer a los más alejados de la multitud. El miedo me revolvía el estómago: temía que, al levantarme y correr hacia adelante, solo unos pocos me siguieran y fuéramos abatidos fácilmente. Pero fíjense en esto: mi miedo no era a morir, sino a que el plan fracasara. El miedo en la batalla es algo extraño. Que nadie les diga que afronta la batalla sin miedo, pues incluso los guerreros más valientes sienten esa conmoción abdominal, esa tensión y relajación simultáneas. Pero el miedo se desplaza, alejándose de las heridas y la muerte personales, hacia cuestiones más trascendentales.

Estaba a punto de levantarme y avanzar hacia las lanzaderas cuando vi gente tomando posiciones sobre la entrada de la cueva. Dos francotiradores se habían posicionado tras el borde de la roca y, sin pausa, comenzaron a disparar contra las lanzaderas. Esto atrajo el fuego de los senaarianos y, de repente, con la sangre latiendo tan fuerte que sonaba como una gran máquina en mis oídos, me puse de pie. La gente se levantó a mi lado hasta que todos estuvimos de pie. Levanté mi lanza y empecé a correr.

Y una multitud nos siguió. Empezamos a recorrer los cientos de metros de desierto de sal, los granos cediendo bajo nuestros pies. Era solo una carrera chapucera, como es posible sobre la sal suelta, pero nos dirigíamos hacia las lanzaderas.

Yo gritaba, como todos. Muchos blandían sus garrotes o piedras sobre sus cabezas, y sentí que mi palo se volvía pesado y letal con mi rabia, lleno de la fuerza para matar. Es ridículo, en verdad, que un hombre pueda pensar que un simple trozo de plástico metalizado pueda igualar a un soldado armado y blindado, pero así es como la adrenalina transforma a un combatiente. Los hombres junto a las lanzaderas, divididos entre dos objetivos, reaccionaron sin coordinación. Algunos concentraron su fuego en nosotros, y las agujas empezaron a silbar entre nosotros. La gente caía al suelo al ser alcanzada, o bien caía hacia atrás con las piernas extendidas hacia adelante.

Muchos cayeron al vacío, muertos o heridos, entre el agua y las naves de transporte, pero un grupo de nosotros casi habíamos alcanzado a los senaarianos, nos habíamos acercado lo suficiente como para ver los ojos temerosos del enemigo. A unos quince metros de la meta, la dinámica de nuestro grupo cambió. Al no estar entrenados, éramos, después de todo, un sistema regido por una lógica caótica, cuyo valor oscilaba entre matar y la autopreservación según un algoritmo difícil de determinar, y la efímera voluntad común que nos mantenía unidos falló repentinamente. Es extraño presenciarlo, porque en la superficie no hay cambios: de hecho, si acaso, habíamos superado la mayor dificultad. Recorrer el primer tramo de terreno fue lo más peligroso, y ahora que estábamos a tiro de piedra, a los senaarianos les habría resultado más difícil manejar las

armas de agujas. Pero no es cuestión de lógica. En un momento, la adrenalina mantiene a los soldados en la dinámica de combate; y luego, al siguiente, con un misterioso giro inesperado, se encuentran con un impulso interior abrumador de huir.

Nos desbandamos y corrimos; incluso los pocos que estábamos al frente (como yo) lo presentimos, miramos a nuestro alrededor y tuvimos que retroceder tambaleándonos. Oí gritos de júbilo de los senaarianos, y el fuego se intensificó. Más gente cayó, gritando y llorando, o bien cayó sin un grito, para no volver a levantarse jamás.

Me invadió la furia. Empecé a gritar, a chillar con todas mis fuerzas. «¡A mí!», aullé. «¡A mí! ¡Adelante, adelante!»

Tras el arranque inicial, la urgencia de la retirada disminuyó. Algunos, por supuesto, corrieron de vuelta al agua, pero otros aminoraron la marcha y se dieron la vuelta. Tenían la cabeza agachada, apartada del silbido de las agujas mortales, pero me vieron. Y la curva en zigzag empezó a hacerse notar. Seguía gritando: «¡A mí! ¡A mí!». Levanté mi mástil. Una aguja me atravesó la parte exterior del muslo, limpiamente (como descubrí después), pero ni siquiera me di cuenta hasta después.

«¡Vamos! ¡Los tenemos! ¡Los *tenemos!*», grité, y la extraña frase sonó extrañamente bien en lo más profundo de mi ser (como si realmente estuviéramos tomando posesión de

ellos). Y, tan repentinamente como habíamos huido, nos encontramos avanzando de nuevo. De nuevo gritando, en una formación más desorganizada.

Varios senaarianos habían abandonado su escondite para perseguirnos y obtener mejores plataformas de tiro; dos de ellos habían sido abatidos por los francotiradores que apuntaban a la entrada de la cueva. Nos abalanzamos sobre sus cuerpos casi de inmediato: dos mujeres les arrebataron las armas, mientras otro hombre volteaba un cadáver para extraer la espada ceremonial. Los demás soldados huían de nosotros, dispersándose hacia las naves para ponerse a cubierto. Y entonces nos abalanzamos sobre ellos, aullando y llenos de furia.

Recuerdo que corría tan rápido que me costaba enderezarme al llegar a la lanzadera, y choqué de lleno contra el metal del casco, lo que me hizo retroceder un poco. Pero ahora estábamos sobre ellos: algunos caían hacia atrás con agujas en la cara, otros golpeaban a los soldados con nuestras armas o los inmovilizaban con los fusiles que habíamos capturado. Yo mismo le dirigí mi palo a un hombre, y el placer de golpearlo con él me hizo olvidarme de mí mismo; hubo un período de intensidad atemporal, diferente a todo lo que conozco, y durante ese tiempo, lo único que hacía era bajar el palo, gritar, golpear (el palo parecía haberse perdido) y estrangular con mis propias manos. El rostro de alguien estaba muy cerca del mío (el recuerdo está un poco disociado, y no recuerdo bien cómo

llegué a esa posición), y yo golpeaba con fuerza la palma de mi mano contra sus facciones, con los ojos en blanco, y sangre brotando de varios sitios.

Lo siguiente que recuerdo, con la claridad de la memoria, es el temblor cuando la nave comenzó a elevarse. Recuerdo que esto intensificó mi rabia al pensar que estábamos perdiendo las naves. Lo que había sucedido era que el grupo de avanzada de la cueva había regresado y nos había atacado, y que el aumento de potencia de fuego les había abierto paso. La mayoría de los soldados senaarianos restantes se refugiaron dentro de las naves, y estas se alejaron hacia el cielo. Solo quedaron unos pocos heridos y un único combatiente (aunque no duró mucho sin las naves).

Y entonces me quedé sentado, jadeando, sobre la sal: consciente de la sangre que me cubría la pierna y el pecho, pero sin saber cuál era la mía y cuál era la de los demás (y me dolía algo, aunque no sabía dónde). La zona entre la cueva y el agua era un amasijo de cuerpos caídos; algunos maldiciendo y moviéndose, otros inmóviles. Para entonces, todo el mundo había oído el alboroto, todos los del asentamiento venían, y pronto había gente por todas partes. Un hombre me ayudó a ponerme de pie, y una mujer me trajo agua (tenía muchísima sed, ya fuera por el esfuerzo o por la pérdida de sangre), que bebí a sorbos con la pajita de mi máscara. Y el sol se puso en un esplendor rojo y dorado, y el campo quedó a oscuras mientras la gente se alejaba cojeando. Alguien sacó una linterna y, mientras me dirigía

hacia la tienda médica que habían montado a toda prisa, ellos recorrían el campo iluminado, revisando a los muertos.

Pasé una hora dentro, sentado, dejando que las sensaciones se disiparan de mi cuerpo. Sentía amargura porque los transbordadores habían escapado. Finalmente, llegó un médico de guardia y me desvestí, aunque mi única herida estaba en el muslo. Me vendó y me vestí de nuevo con la ropa, que estaba rígida por la sangre.

Por alguna razón, no podía soportar dormir en la residencia estudiantil. No tenía con quién compartir la habitación, ni quería buscar a nadie. Pensaba dormir en el despacho de los diplomáticos, a solas. Y fue allí, en ese despacho, donde descubrí a Rhoda Titus, quejándose, escondida detrás del escritorio. Gritó cuando encendí la luz y volvió a gritar cuando me acerqué. «Por favor, no me mates, no me mates», repetía en la lengua común. Me quedé mirándola hasta que se calmó y dejó de hacer ruido, luego apagué la luz y me tumbé en el suelo a dormir.

Barlei

A veces me preguntan si anticipábamos represalias. Pero deben entender que no es tarea de un líder malgastar sus energías en predicciones inútiles. Dios ordena el futuro a su

manera, y un líder debe aprender a *responder* a los acontecimientos, no quedarse sentado como una anciana sabia, intentando anticiparlos en las entrañas de los animales. La preparación lo es todo. Y, con nuestro gran éxito construyendo nuestra reputación en todas las costas de nuestro mar, nos preparamos. Ascendí a Jean–Pierre y lo puse a cargo de reforzar nuestras defensas. Los historiadores de corte antipatriótico (los alsistas solían decir que suprimí todo discurso público que no aprobase, ¡pero qué falso!) me han criticado por no haber profundizado más a fondo el ataque a Als. Puedo decir, ante Dios y con toda sinceridad, que tenía mis sospechas, pero ¿habría sido lícito arrasar Als? No existía ninguna guerra entre nosotros; la única provocación fueron los niños, y ya los habían sacado.

Oré y recibí respuesta, la conciencia de la Gracia. «Haz de Senaar una fortaleza de Dios», oí; y así lo hice. Y así lo he hecho.

Capítulo IV

ERRANTE

Petja

Sentí un cierto desánimo, un reflejo de alejamiento del alma con respecto a la gente. Me amargué, me enfadé con la gente del mundo, casi con el mundo mismo. Era como si una parte de mi ser hubiera probado demasiada dulzura en la euforia de la batalla y ahora me rebelara. No era que hubiera matado gente, ni siquiera que me repugnara a mí mismo por haber disfrutado matando, aunque quizás una pequeña parte de mi rabia innombrable tuviera que ver con eso. Era que, por un instante, en el fragor de la batalla, deseé que los demás que luchaban conmigo dejaran de ser personas, que se convirtieran en autómatas, en meras

extensiones de mí. Quería que hicieran lo que yo les ordenaba, quisieran o no. Quería, por perverso que parezca, poseerlos, tenerlos. En ese momento, sentí frustración porque no hacían lo que yo quería, y esa frustración me llevó a querer, metafísicamente, *someterlos.*

En aquel momento apenas me di cuenta de lo que sucedía en mi interior; pero después, a solas, me puse a reflexionar sobre ello. Le di vueltas, tal vez, y me sentí repugnado conmigo mismo. Decidí que tenía dentro de mí la semilla para convertirme en un «rigidista», como me describían en la jerga popular; y peor aún, tenía la capacidad de convertirme en un partidario de la jerarquía.

Y luego estaba el asunto de Rhoda Titus. Me desperté la mañana después de la redada y ella seguía en la oficina diplomática. Estaba sentada como una niña asustada en un rincón de la habitación, con el pelo revuelto y la cara arrugada. Tenía los ojos cerrados y parecía haberse quedado dormida en esa posición incómoda, con las rodillas hacia adelante y las manos apretadas apoyadas en los pies. La observé un rato, con una extraña indiferencia, pero luego me levanté y fui a lavarme sin despertarla. Creo que finalmente se despertó presa del pánico, porque oí un aullido de perro mientras me enjuagaba la cara. Asomé la vista por el marco de la puerta y la vi acurrucada en un rincón con las cejas pegadas a la frente.

Mi falta de compasión hacia ella quizás debería haberme alertado del cambio en mí mismo. No me preocupaba mucho por ella, pero evidentemente estaba aterrorizada. Según su perspectiva, había sido abandonada en el campamento enemigo, sin posibilidad de viajar al otro hemisferio, donde vivía su gente. Tal vez temía la tortura o la muerte (muchos de los nuestros habían muerto en la incursión, después de todo; y podría haber temido nuestra ira). En cualquier caso, tenía demasiado miedo para salir de la pequeña oficina. Más tarde me contó que a veces se había escabullido por la puerta, se había pegado a la pared y había avanzado unos metros por el pasillo, pero que la visión de alguien la había hecho regresar corriendo por donde había venido. Había bebido y hecho sus necesidades en el diminuto retrete anexo a la habitación, bebiendo líquido directamente de la taza (tan bajo había caído desde su antiguo orgullo).

Yo, por otro lado, pasé dos días sumido en mis pensamientos. Hubo reuniones acaloradas, gente que surgía y se dispersaba por todo Als; la gente hablaba con vehemencia sobre el terror que nos habían infligido los soldados senaarianos, y ansiaban vengarse. Participé poco en esto, y en cambio, vagué por lugares apartados. Evité las zonas agrícolas por miedo a encontrarme con Turja (¡tan absurda se había vuelto mi relación con ella!), pero pasé un tiempo manejando la maquinaria de excavación que abría nuevos túneles y acondicionaba nuevos habitáculos en las

profundidades de las montañas. Los trabajadores asignados a esta tarea se habían contagiado del sentimiento general de indignación contra Senaar, y por eso hacían lo que hacía la mayoría: abandonar sus turnos, planear venganza y reprogramar a los Fabricants para convertir materias primas en armamento. La segunda noche hubo una gran reunión al aire libre, la gente se agolpaba alrededor de una hoguera comunal que ardía con un tono verde de cloro, junto con sus blancos y amarillos ardientes. Una tras otra, las personas alzaron la voz para denunciar las acciones asesinas de los jerárquicos. Me convenía que todos se reunieran así, pues no tenía ganas de compañía humana y me resultaba fácil evitarlos. Manejaba las máquinas, o dejaba que siguieran su programación, y me sentaba en la cabina, bajo el resplandor de las luces eléctricas, dejando que el zumbido envolvente de la maquinaria me inundara.

Nunca fui de esos ermitaños (*anacoretas*) que, de vez en cuando, sienten el deseo de abandonar la humanidad y vivir apartados en la soledad. Estas personas siempre han sido una pequeña parte de Als, y suelen pasar varios años en soledad antes de cansarse y anhelar la compañía de los demás: regresan, retoman sus turnos de trabajo, se relacionan con la gente, beben, hacen el amor, hasta que el anhelo de soledad se vuelve fuerte y se marchan de nuevo. Pero yo no era así. Siempre estuve entre gente, siempre con pareja, siempre involucrado en un trabajo que beneficiase a toda la comunidad.

Ahora, por primera vez, anhelaba estar completamente solo, y solo por mucho tiempo. Dormía en la cabina y despertaba con una sensación de liberación al saber que no había nadie conmigo. Luego seguía trabajando en la excavación de un túnel y terminé a última hora de la tarde con una resolución: iba a pasar un tiempo a solas. Tomaría un coche y me adentraría en el desierto, simplemente estaría solo: tal vez simplemente me quedaría en el coche y recorrería el mundo lentamente. O tal vez encontraría un lugar adecuado cerca de una fuente de agua y construiría una cabaña de ermitaño.

Podría haberme marchado en ese mismo instante, pero no lo hice. Durante un rato pensé en contarle a la gente adónde iba y cuáles eran mis planes (¡como si a alguien le interesara!), pero me di cuenta de que, bajo ese extraño deseo, se escondía una excusa para volver con Turja; para decirle, tal vez, que me iba. Y tal vez (tan perverso me había vuelto) para oírla decir: «No, no te vayas, quédate conmigo». Pero una vez que identifiqué ese deseo oculto, pude evitarlo. Estar solo también me vendría bien en ese sentido.

Regresé a la oficina diplomática solo para recoger mi cuaderno de notas y asegurarme de que hubiera un coche disponible (mientras deambulaba por la noche, entre grupos de gente que se reunían y se separaban, hablando todos de guerra, se me ocurrió que, con este nuevo entusiasmo, todos los coches podrían estar ocupados). Cuando volví a

entrar en la cueva, ya era de noche, y en la oficina encendí la luz. Se oyó un chillido, poco más. Rhoda Titus, poco acostumbrada al ayuno, estaba muy débil.

—Técnico —jadeó—. Por favor, me encomiendo a su misericordia. Soy su suplicante.

Respondí, pero mi voz estaba ronca por haber guardado silencio durante días. «Admito que me sorprende encontrarte todavía aquí, Rhoda Titus».

Ante esto, rompió a llorar, con lágrimas tan abundantes que le caían por la cara. «¡No tenía ni idea de que se estuviera planeando ninguna acción militar!», exclamó entrecortada, conteniendo la respiración cada palabra. «¡Por favor, créanme! ¡*Por favor,* créanme!»

En realidad, no le prestaba mucha atención, sino que me entretenía recogiendo algunas cosas de la oficina y accediendo al almacén de datos en la terminal. Sin embargo, ella pareció interpretar mi intromisión como un desaire. Se acercó, apoyó su rostro enrojecido y con manchas en mi hombro, me agarró del brazo y repitió su insistencia.

'*Debes* creerme. ¡Por favor! ¡Por favor, créeme!'

Esto, por supuesto, es otra función de la jerarquía: la necesidad de que la persona superior en la cadena «te crea», es decir, que acepte la garantía de la subordinada de que su mente está en sintonía con los requisitos de la propia

jerarquía. Como se puede apreciar, la jerarquía tiene la naturaleza de controlar incluso los pensamientos y las creencias, y quienes viven bajo ella suelen alardear de su apertura, como si sus mentes pudieran ser leídas por telépatas y demostrar su pureza. Consideré la posibilidad de explicarle a Rhoda Titus lo ajeno que me resultaba esto (¿por qué iba a importarle si le creía o no?), pero decidí que no era el mejor momento. En cambio, completé mi pedido de agua y comida para tres meses, con el coche lleno de combustible, y me levanté para marcharme.

En ese momento, Rhoda Titus comenzó a gemir, un sonido desagradable como el de un motor que se sale de marcha. Sus manos se deslizaron de mis brazos e intentó agarrarme por las caderas mientras caía de rodillas. Pero, cuando me dirigí hacia la puerta para irme, me soltó y su lamento se convirtió en una serie de sollozos cada vez más cortos.

Al cruzar la puerta hacia el pasillo exterior, oí su voz, con un tono casi demasiado bajo para mis oídos, cuando dijo:

'¡Cómo me odias!'

Por alguna razón, esto se me quedó grabado en la mente. Odio. Apenas había avanzado unos metros por el pasillo cuando me di la vuelta. Regresé a la pequeña habitación y la encontré en la misma posición, todavía arrodillada en el suelo.

—Rhoda Titus —dije—. Me intriga que digas algo así. ¿Por qué habría de odiarte? ¿Por qué habría de sentir algo por ti?

Me miró con los ojos ennegrecidos y vidriosos, y solo dijo: "¿Qué?".

«Dijiste que debía odiarte, pero te aseguro que no. Parece que crees que tengo algún tipo de conexión emocional contigo, que siento algo por ti». Dicho esto, quizás debería haberme marchado de inmediato. Pero aun así, me quedé un rato.

—Si no me odias —dijo con voz ronca—, ¿por qué no me ayudas?

Esto era un enigma. Me senté en una de las sillas. «No entiendo. ¿No puedes evitarlo?»

—¡Por supuesto que no! —exclamó, dejando que la ira superara su cansancio y su subordinación, fruto de un entrenamiento jerárquico.

—Esto me resulta extraño —dije.

Quizás le resultaba incómodo arrodillarse en el duro suelo, porque se echó hacia atrás y luego estiró las piernas para juntarlas delante de ella, en la postura de una niña asustada. «Te estás burlando de mí», dijo.

'En absoluto.'

—Claro *que* no puedo evitarlo —dijo, y la calidez de sus palabras pareció calentarla un poco—. Soy una mujer, sola en medio del enemigo; perdóname, pero tú eres el enemigo. Miré afuera y vi a tu turba: Als es famosa por su anarquía, pero fue aterrador ver a esa turba descontrolada dando rienda suelta a sus instintos primitivos, matando y destruyendo. Si no lo hubiera hecho —continuó, acelerando el ritmo de sus palabras—, si no me hubiera escondido aquí, tu gente me habría arrancado las extremidades, me habrían despedazado. Claro que tengo miedo; ¿qué esperabas?

En ese momento hizo una pausa, como esperando mi respuesta. Yo negaba levemente con la cabeza. «Me resulta realmente difícil comprenderte, Rhoda Titus», dije. «Hablas de *mi gente* como si todos fueran mi propiedad, cada mujer, hombre y niño de Als, como si fueran esclavos. Y hablas de tener miedo, cuando te pregunté si era cierto que no podías valerte por ti misma. Hablas como si tener miedo y ser incapaz de cuidarte fueran lo mismo».

Frunció el ceño. La ira y la desesperación se agitaban en sus facciones. Entonces rompió a llorar de nuevo.

«Eres un monstruo, un *monstruo*», repetía una y otra vez. Intenté hablar un poco más. «Rhoda Titus, si tenías miedo de venir a Als, ¿por qué viniste? Si considerabas que venir a Als te pondría en una situación en la que te sentirías incapaz de ayudarte a ti misma, ¿por qué viniste?». Pero no me escuchaba.

Me quedé sentado varios minutos mientras Rhoda Titus intentaba calmar su llanto, y luego pasó un minuto más o menos en silencio. Entonces dije, con lo que esperaba que fuera una voz más suave (pero era tan difícil hablar con esta extraña criatura que nunca decía lo que quería o no quería, sino que esperaba que uno interpretara las complejidades de sus extrañas relaciones sociales en sus estados de ánimo): «¿Quizás podrías decirme qué quieres de mí?».

Pero ahora, tras haber llorado, estaba de mal humor. Dijo: «Nada, muchas gracias. Absolutamente nada, gracias».

—¿Por qué me das las gracias por nada? —dije.

Me miró fijamente y luego su rostro se ensombreció de nuevo. Temí que fuera a llorar, pero logró contenerse y, en cambio, dijo: «¡Por Dios, tengo muchísima hambre!».

—Bueno —dije—, puedo ser tu amigo en un Fábricant si quieres.

Intentó ponerse de pie, tropezó y volvió a caer. Ahora balbuceaba, hablando tan rápido en la lengua común (que no domino bien) que apenas podía seguirla, pero aun así hablaba de cómo había pasado dos días sin comer, de cómo se había visto obligada a beber líquido del retrete, etc. La ayudé a levantarse y la llevé al pasillo. Había un puesto de comida en la unión del pasillo con el vestíbulo principal, y le

di un poco de pasta con salsa de anguila y agua. Lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero no lo comes —observé.

—Aquí no —suplicó—. De vuelta a la otra habitación, en la que estábamos.

Era imposible razonar con ella sobre este asunto, así que pronto accedí a acompañarla de vuelta a la oficina. Allí devoró la pasta, con algunos fideos rozándole la barbilla, y bebió el agua de un trago. Después, dijo que tenía calambres estomacales y que se veía obligada a tumbarse en el suelo. «Voy a vomitar», dijo. Entonces su discurso se entrecortó en una serie de arcadas, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo; pero logró retener la comida, y al poco tiempo los calambres desaparecieron. La apoyé contra la pared y le puse su propia capa sobre los hombros. Un rato permaneció en silencio, y pronto me aburrí.

—Rhoda Titus, es hora de que me vaya —dije, poniéndome de pie. Mis rodillas crujieron al levantarme; ya no era un hombre joven.

—¿Volverás a verme más tarde? —preguntó ella suplicante.

—No. —Su expresión se descompuso en tristeza—. Me voy de Als por un tiempo que durará al menos varios meses, y tal vez años.

—¿Te vas? —siseó. Al principio pensé que hablaba con desprecio, pero cuando continuó, quedó claro que mis palabras la habían dejado sin aliento—. ¿Puede ser verdad? ¿Te ha mostrado Dios el camino correcto, te ha mostrado la maldad de la gente a la que llamas tuya?

Esto era tan extraño que me eché a reír a carcajadas, y la expresión de Rhoda Titus volvió a desvanecerse. «Para nada, Rhoda Titus. Simplemente quiero estar solo. Las razones son complicadas y no me interesa contártelas. Pero supongo que esto es un adiós, y supongo que no te volveré a ver».

—No, espera —gritó, inclinándose un poco hacia adelante para sujetarme por las rodillas—. Espera, espera, espera.

—Debes dejarme ir —dije.

¿Cómo vas? ¿En un minibús? Llévame contigo.

Suspiré. Inclinándome un poco, solté las manos de Rhoda Titus y me agaché para quedar más a la altura de su rostro. «Voy a recorrer el desierto en coche. No creo que quieras pasar tres meses en el desierto de sal conmigo».

Pero ahora se percibía en ella un entusiasmo palpable. «Puedes llevarme contigo, llevarme adonde vayas. Puedes llevarme al sur, llevarme de vuelta a Senaar, *puedes* llevarme a casa, puedes ser mi salvador».

—No —dije, y me puse de pie.

Al principio creo que se negó a entender lo que le dije, pero cuando me dirigí hacia la puerta, empezó a aullar y gritar, mezclando insultos contra mí con súplicas desesperadas. No podía dejarla en ese estado; al fin y al cabo, era una mujer. Así que volví con ella e intenté hacerla entrar en razón.

—No voy en dirección a Senaar —dije.

«Ve a Yared», dijo. «Hay una vía férrea principal que va desde Yared hasta Senaar. Es el proyecto personal de nuestro líder. O hasta cualquier asentamiento junto al mar».

'Voy hacia el este, no hacia el sur.'

«No te supondría ninguna molestia. Te lo ruego. Puedo recompensarte; puedo darte todo lo que desees, dinero, bienes.»

'El dinero y los bienes no me interesan.'

Ahora lloraba y reía a la vez, lo cual resultaba bastante inquietante. «Entonces dime qué te interesa y te lo proporciono, o haré lo posible para que te lo envíen cuando vuelva a casa. Oh, casa, casa, casa. Te lo ruego, te lo imploro, por *Dios*».

Ella siguió así durante un tiempo. Al cabo de un rato me aburrí y me marché, vagando un rato por el pueblo bañado por el sol. Me senté junto a las aguas del Aradys, sintiendo el sol en mi cabeza desnuda y observando las corrientes

ondulantes entre los lentos bancos de niebla verde sobre el agua. No recuerdo haber pensado en mucho. Puede que algunas imágenes de mi tiempo con Turja hayan escapado a mi mente, ese tipo de recuerdos que brindan placer en la soledad. Quizás algunos vestigios de mi actuación aún se aferraban a mi imaginación; quizás alguna parte recalcitrante de mí deseaba un final mejor, un cierre más estético para nuestro tiempo juntos, pero sin duda era solo el viejo deseo de volver a verla, de poder abrazarla y oírla hablarme. Los patrones en el banco de niebla cambiaron de nuevo. Al cabo de un rato sentí que había llegado el momento de irme, y así lo hice.

Regresé a la oficina y encontré a Rhoda Titus con una expresión extraña, los párpados muy levantados y los ojos saltones, como si se le salieran de las órbitas. No hacía nada más que mirar fijamente a la pared frente a ella. Le dije: «Te llevaré a Yared y luego podrás seguir tu propio camino por la costa hasta Senaar».

Me miró fijamente y me di cuenta (ya empezaba a comprender las arbitrarias convenciones del comportamiento senaario) de que, a pesar de haber escuchado mis palabras perfectamente, quería que las repitiera. No estoy seguro de por qué quería esta reiteración: quizás sea otro juego de la jerarquización, donde el subordinado debe aparentar no comprender un acto positivo otorgado por el superior, como si dijera: «Pero soy demasiado humilde para merecer tal cosa». Pero no

tenía ganas de participar en esos juegos, así que me encogí de hombros y me di la vuelta para irme. Entonces, a mis espaldas, comenzó a balbucear su agradecimiento (otra incitación de la jerarquía, supongo) y se puso de pie ruidosamente.

Tomé un coche de doce metros, con provisiones suficientes de comida y agua para dos personas durante casi dos meses, y salí de Als. Ya anochecía cuando partimos, y conduje en la oscuridad durante un rato. Rhoda Titus pasó las primeras horas del viaje entrando y saliendo nerviosamente de la cabina del conductor hacia la parte trasera del vehículo, explorando el territorio como un ratón asustado. Intenté no pensar en ella, pero sus ruidos y golpes en la parte de atrás me distraían un poco. Al cabo de un rato le pedí que no hiciera ruido, y entonces se hizo un silencio absoluto. Esto fue extrañamente extremo en el sentido contrario, porque no había respondido ni con un sí ni con un no. Creo que ahora me tenía miedo; en aquel momento simplemente la ignoré.

Finalmente, ella pasó y se sentó en el asiento del copiloto, pero seguía inusualmente callada, con las manos en el regazo. No parecía cómoda. La oscuridad se hizo más espesa a nuestro alrededor, y pronto lo único visible desde la cabina era el diagrama de Venn[4] formado por los tres puntos de luz

4 Los diagramas de Venn son esquemas usados en la teoría de conjuntos, tema de interés en matemáticas, lógica de clases y razonamiento

de los faros sobre la sal que teníamos delante. Cuando una pequeña piedra, o un parche de hierba salina, se deslizaba sobre esta forma de luz, era posible percibir una sensación de movimiento, pero cuando el camino estaba despejado (y yo viajaba por un camino muy transitado), las luces parecían inmóviles, de un blanco plateado, y la noche a nuestro alrededor se oscurecía aún más por contraste.

Tras unas horas, empecé a cansarme de aquel viaje tan extrañamente disociado. Mi mente entró en un estado de casi fugacidad, mirando fijamente las burbujas de luz en el suelo, hasta el punto de que los círculos blancos parecían elevarse y danzar en el cielo. No estaba precisamente cansado —al menos no tenía sueño—, pero decidí que lo mejor sería parar. Detuve el coche a un lado de la carretera.

Rhoda Titus me miró, así que yo la miré a ella. Me di cuenta de que necesitaba una explicación (aunque era obvio lo que estaba haciendo), y al mismo tiempo comprendí *que, según su concepción de la jerarquía, pedir una era de alguna manera inapropiado.* Es una ideología extraña. Nos quedamos un momento sentados, y para intentar tranquilizarla, decidí explicarle en voz alta lo que estaba haciendo.

---

diagramático. Estos diagramas muestran colecciones de cosas incluidas en grupos de líneas cerradas. [N. T.]

—Me he detenido —dije—. No tengo sueño, pero creo que lo mejor es parar, iré al fondo a tumbarme.

Ella no respondió, aunque abrió los ojos ligeramente, como presa de un pánico reprimido. Mi vista estaba cansada por el viaje y me costaba descifrar por qué estaba asustada, por qué agarraba el volante con tanta fuerza. No quise molestarme en descifrar esas señales inescrutables, así que me levanté del asiento del conductor y me dirigí a la parte trasera del coche.

Abrí la puerta y entré en la cámara de la esclusa de aire, un espacio incómodamente estrecho, incluso para un hombre relativamente bajo como yo. Luego me encontré afuera, en la fresca oscuridad, y mi máscara se me pegó a la boca. Rodeé el coche y solté los soportes para que, si seguía dormido o no tenía ganas de levantarme al amanecer, el susurro del diablo no volcara el coche. Arreglé uno, luego el otro, y después di una vuelta alrededor del vehículo por fuera, solo para comprobar que todo estuviera bien. El aire nocturno era fresco en mi piel, y la luz amarilla del interior del coche se extendía hacia afuera. Rhoda Titus seguía sentada en la cabina, vívidamente iluminada por el parabrisas: seguía sentada rígidamente, agarrando el volante, con los ojos muy abiertos. Era imposible, decidí en ese mismo instante, conectar empáticamente con ella y entrar en su conciencia. Estaba vacía, era una mancha. La aparté de mi imaginación, volví a entrar en el coche y me quité la máscara.

—Si quieres, puedes pasar la noche en la cabina del conductor —le grité. Quizás estaba un poco enfadado con ella—. O puedes venir y sacar tu litera. Me da igual. —Después de eso, saqué mi litera, me metí en ella y me giré hacia la pared. Intenté apagar las luces de mi parte del vagón, pero la luz de la cabina del conductor se filtraba, proyectando sombras densas en la parte de atrás y oscureciendo mi litera. Al cabo de un momento, parecía que Rhoda Titus no me entendía, así que le grité: —La luz de la cabina del conductor me impide dormir; apágala por favor.

Por primera vez ese día, su voz se escuchó: "¿Responde al lenguaje común?". Sonaba quebrada, con líneas de agotamiento.

—Por supuesto —dije—. ¿Acaso no me oíste hablar desde aquí, en lenguaje común?

Dijo: «Apagar luces», y todo se oscureció. Me removí en la cama para ponerme cómodo, pero algo, una pequeña molestia, me impedía conciliar el sueño. De repente, oí a Rhoda Titus levantarse, con un chasquido en las articulaciones, de su posición sentada, e intentar pasar a la parte de atrás; pero, por supuesto, en la profunda oscuridad no era fácil. Se oyeron varios golpes, y pude oírla contener la respiración para no gritar. Era ridículo.

—Rhoda Titus —dije, con la cara pegada a la pared. Se quedó paralizada—. Si vas a pasar, ¿por qué no hablaste con las luces encendidas?

Respiró hondo varias veces y luego dijo, con voz baja y apresurada: "No quería molestarte".

—Me molestas con tus golpes. Enciende las luces —dije. Una luz eléctrica brillante, del color del zumo de naranja concentrado, llenó el espacio. Me giré para mirarla, aunque la luz me hizo estremecer. Estaba inmóvil como una estatua, a medio camino de la escotilla de la cabina del conductor.

—Eres una mujer extraña —le dije—. ¿Por qué te quedas ahí parada? Si te metes en tu litera, podemos hablar con las luces apagadas o dormir los dos.

Entonces ella empezó a apresurarse, abriéndose paso a través de la escotilla y tropezando hacia la parte trasera. No encontraba la correa de la litera y luego no podía desengancharla. Suspiré, creo recordar, y me ofrecí a levantarme de mi cama y desengancharla por ella, pero balbuceó que no, que lo haría ella misma. Y finalmente la litera se desenganchó sola, y ella se metió en el hueco y se quedó quieta. Apagué las luces y poco después me quedé dormido.

A la mañana siguiente, parecía un poco más comprensiva conmigo. Me desperté antes que ella, pasadas las doce del

mediodía, me levanté, me lavé y fui a la cabina del conductor. Allí me senté a contemplar el luminoso paisaje mientras desayunaba cereales y pasta. Consideré la posibilidad de esperar hasta el atardecer antes de seguir conduciendo, pero lo descarté: al fin y al cabo, el coche estaba bastante bien protegido de la luz solar y conducir de noche me resultaba tedioso. Así que puse la marcha y arranqué.

El temblor de los motores despertó a Rhoda Titus, y al cabo de un rato entró y se sentó a mi lado. No entendía por qué estaba más contenta por la mañana que por la noche. Quizás, pensé, le tenía miedo a la oscuridad.

Pero me deseó buenos días y me preguntó cómo había dormido. Creo que esto era otra diferencia cultural; pues difícilmente podía tener un interés genuino en mi sueño, y lo dijo solo para congraciarse con la persona que consideraba de mayor jerarquía.

El viaje de la tarde me llevó a través de un sol brillante como el metal y las blancas tierras desérticas de sal, pasando por los últimos puestos avanzados de los asentamientos Als. La pista se desvaneció en el suelo ante nosotros; los pocos coches que habían pasado tan al sur antes no habían dejado huellas lo suficientemente profundas como para resistir el Susurro del Diablo. Mientras el mar de Aradys estuvo a nuestro oeste, el viento alisó el suelo y el coche avanzó suavemente. Pronto, sin embargo, dejamos atrás el extremo

más meridional de las aguas hacia el oeste: y ahora, para el viento, no había nada más que un desierto de sal que abarcaba todo el planeta: una extensión latitudinal completa de vacío. El terreno cambió: las dunas de sal marcaban nuestro camino con subidas y bajadas; y cuanto más al sur viajábamos, más grandes se volvían las dunas, hasta que viajábamos a lo largo de las crestas, o en diagonal por la cara y la pendiente de las megadunas. Era un paisaje que presentaba una cierta desolación y, por supuesto, conducir se convirtió en una mera monotonía; sin embargo, comencé a encontrarlo bastante relajante. Desde las cimas de las dunas, riachuelos de sal finísima descendían por la ladera, equilibrados por el viento y luego liberados como el manantial de Moisés. Mil riachuelos de sal tan fina que prácticamente eran fluidos, brillaban. La conducción se convirtió en un ritmo lento, el ascenso gradual, la cima y luego el descenso gradual mientras avanzábamos sobre duna tras duna; y este ritmo era sináptico, casi orgánico. Era como la lenta inhalación y exhalación de los tanques de flotación. Reestructuró los ritmos circadianos de la vida cotidiana a un nivel más profundo y pacífico. Y mientras viajábamos, la extraordinaria belleza del mundo que atravesábamos se asentaba lentamente en el lecho de mi alma, como un rico sedimento.

A Rhoda Titus, sin embargo, no le gustó. Se aburría cada vez más a medida que avanzaba el día; empezó a inquietarse, tarareando para sí misma hasta que le dije que

parara (y paró, aunque sin el terror absoluto con el que me había mirado el día anterior). Entonces, cuando finalmente se puso el sol, se la veía casi hosca, como a una niña. Empezó a decir cosas como: «Qué terrible es este paisaje, qué desolado y terrible», y luego suspiraba y se decía a sí misma: «Bueno, supongo que debe ser por designio divino». Después, de memoria, citaba algún pasaje de la Biblia, algún fragmento sobre la destrucción de Sodoma y la siembra de los campos con sal.

Tras la puesta de sol, paramos a comer algo. De repente, mientras comíamos, me miró y me dijo: «No sé si te he dicho lo agradecida que estoy por haberme traído en este viaje».

Me sentía en paz después de las bellezas del día, así que dejé pasar esa estupidez y seguí comiendo. Pero ella continuó con sus rituales jerárquicos y me dio las gracias varias veces. Finalmente, mi paciencia se agotó y empecé a gritarle que se callara, que dejara de intentar afligirme con sus ridículas perversiones intransigentes. Ante esto, se puso muy pálida, tan blanca como la sal, y dejó el bocado de comida sin masticar. Yo, por supuesto, me sentí mejor al expresar mi enfado y terminé de comer rápidamente; pero ella estaba demasiado bloqueada por dentro como para dejar salir su propia ira, y era fácil ver el daño que esta "represión" le causaba. Tenía los ojos llorosos y la cara se le enrojeció. Pero no dijo nada, así que fui al coche y volví a arrancarlo. Ella no me acompañó en la cabina. Conduje durante cuatro o cinco horas en la oscuridad, y cuando

llegué a la parte trasera, ella estaba en la cama, con las luces encendidas y de espaldas a mí. Me metí en mi litera y apagué las luces. Me dormí fácilmente.

Al día siguiente, Rhoda Titus estaba acobardada, con la cabeza tan inclinada hacia adelante que la parte posterior de su cabeza estaba a la altura de sus hombros. Pero el ritmo de nuestra conducción estaba establecido. Nos despertábamos al mediodía, comíamos y yo conducía hasta la puesta del sol. Luego me preparaba y volvíamos a comer; y después de la comida y el viento, conducía a través de la oscuridad silenciosa por la radiación. A medida que nos movíamos hacia el sur, hacía más calor, aunque la cabina mantenía la temperatura a un nivel razonable. De vez en cuando nos deteníamos y yo salía y caminaba alrededor del coche, solo para estirar las piernas y admirar la vista. El calor era fantástico a primera hora de la tarde; una presión de calor positiva sobre la piel, y la vista de las dunas de sal brillando hacia el oeste. En nuestro cuarto día, Rhoda Titus salió por su cuenta, tapándose la boca con la mano para asegurarse de respirar a través de sus implantes nasales. No había salido en días, y era, dijo, fácil olvidar la presencia del cloro y tomar una bocanada de aire tortuoso. Después de eso, el reflejo corporal se apoderó de mí y la tos automáticamente iba seguida de fuertes respiraciones entrecortadas, lo que solo empeoraba las cosas. Le guiñé un ojo por encima de la mascarilla.

Pero ¡y el mundo! Mi corazón se estremeció y se llenó como un pulmón, como un pulmón espiritual, en el oxígeno de su belleza. Había llevado el coche hasta la cima de una megaduna, y nos detuvimos mirando al este, donde las grandes ondulaciones de polvo blanco, las olas estacionarias, se reducían en su perspectiva hacia el borde del mundo. Las sombras proyectadas por el sol poniente resaltaban muy negras contra el blanco plateado de la sal misma, una franja de halos negros alrededor de los picos blancos. Luego, girar hacia el oeste y alzar la mano como la visera de una gorra para proteger los ojos del brillo del sol, un sol blanco, teñido de un rosa pálido color carne por la refracción del horizonte que se acercaba. Aquí las dunas atrapaban la mirada, como las curvas y las cuencas de un cuerpo, hinchándose y retrocediendo. Allí donde la luz incidía sobre los miles de millones de cristales de la cima de cada duna, se desintegraba en espectros que desprendían rojos, verdes pálidos, azules mistrales, tenues rastros de todos los colores dispersos en el aire.

Me agaché y metí los dedos desnudos en la densa sal que formaba la duna. Cerca de las montañas, donde la tierra está más protegida del viento, los granos de sal tienden a ser mucho más grandes y a acumularse en una variedad de microformas. Pero aquí, en la aridez del desierto profundo, el viento era el martillo que rompía la sal en finos granos globulares. Estos rodaban y se deslizaban sobre las dunas como agua fluyendo sobre agua, con los bordes de cada

grano desgastados por el cristal. Los granos rodaban tan suavemente unos sobre otros que al meter un dedo en la corteza exterior, ligeramente rígida (creada por el intenso calor y la ligera humedad del aire), se sentía como sumergir la mano en agua. Tomé un puñado de granos y los sostuve en la palma de la mano; fue fascinante mover la yema del dedo a través de ellos, dibujando patrones en espiral, como símbolos chamánicos. Unos cuantos granos se adhirieron a mi dedo índice después de hacerlo, y me acerqué el dedo al ojo para examinarlo. Los granos eran tan diminutos que cabían dentro de las huellas dactilares. Sentí una desproporción en la escala, como si las megadunas por las que viajábamos fueran solo las marcas de una huella dactilar titánica, y el coche, un minúsculo grano de sal rodando de cima a valle.

Vertí la sal de mi mano, y el sudor en mi palma tenía una pátina de sal, como el azúcar espolvoreado sobre una rosquilla.

Inhalé profundamente y levanté la mascarilla con la mano izquierda para poder llevarme el dedo salado a la boca. Entonces, el sabor ácido de la sal en la lengua, áspero, daba la sensación de morder el grano mientras se disolvía en la saliva.

Pero el viento empezaba a soplar y el sol estaba lo suficientemente cerca del horizonte como para presagiar la tormenta, así que me levanté y volví al coche para

prepararlo para la tempestad que se avecinaba. Rhoda Titus me siguió, como una cachorrita, con la mano aún tapándose la boca.

Después de que nos refugiáramos en el coche, mientras comíamos sentados, y el viento que arreciaba afuera comenzaba su ascenso implacable hasta alcanzar una intensidad desgarradora, Rhoda Titus me habló por primera vez en días. Parecía más tranquila.

—Señor técnico —dijo ella—. Me resulta difícil saber cómo dirigirme a usted.

Terminé de comer y la miré. 'No veo la dificultad.'

'Parece que... te enfado.'

Fue tan obvio que no dije nada. Después de que el silencio se prolongase un buen rato, ella dijo: "¿Entonces es verdad?".

—No digas nada —le dije—. Los seres humanos se enfadan entre sí. Pero creo que ese no es el punto.

Tartamudeó y luego dijo rápidamente: «Seguro que no piensas eso, y puesto que debemos pasar tiempo juntos, ¿no sería mejor encontrar una manera de superar este enfado, aunque confieso que no entiendo por qué te enfado?».

Hice una pausa después de este discurso, pero no tenía mucho sentido. «Creo que la cuestión entre nosotros —dije, una vez terminada mi comida— es que tienes un reflejo espástico que aplasta tu ira en tu interior. ¿Por qué no podemos enojarnos el uno con el otro?»

Parecía horrorizada. «La ira es un pecado», dijo.

Resoplé por la nariz. «Qué absurda eres, Rhoda Titus», dije.

—Me desprecias —dijo con voz lastimera.

«Quieres que limite mis sentimientos hacia ti para que solo afloren los buenos», dije. «A veces te desprecio, a veces me enfado. A veces siento placer al estar cerca de ti, a veces siento deseo».

Ante esto, ella solo entrecerró los ojos y abrió la boca secamente para hablar sin decir palabra. Entonces continué: «Pero me destrozaría quebrar mis sentimientos como tú deseas».

Negaba con la cabeza, con leves y rápidos movimientos de un lado a otro, casi un temblor más que un gesto. «Siento haber hablado», dijo. Me encogí de hombros y pasé a la parte delantera del coche. Durante el trayecto de la tarde estuve solo, lo cual me hizo feliz. El día se fue apagando hasta la noche, y seguí conduciendo en la oscuridad.

A la mañana siguiente, las cosas fueron más fáciles. Quizás Rhoda Titus finalmente había empezado a creer que estaba en el camino de regreso a casa, pues se mostró más alegre conmigo. «Lo que me interesa de tu sociedad», me dijo, «es la paternidad. ¿Es posible que no sepas quién es tu padre?».

—¿Y por qué debería saberlo? —respondí—. La crianza de los hijos es responsabilidad de la madre. Los padres van y vienen, pero las madres son el vínculo.

¿Tienes una relación cercana con tu madre?

Escupí al suelo. 'Ella está en la Tierra'.

'Oh. ¿Por qué no vino?'

«Ella no es alsista. Estoy seguro de que no se da cuenta de que ya no formo parte de su mundo».

Ante esto, Rhoda Titus guardó silencio. «No me había dado cuenta», dijo.

«Nací en una comunidad religiosa en el corazón del Viejo Continente», dije. «Pero en mi juventud comprendí que, a menos que uno cree su propio sistema, quedará esclavizado por el de otro. Viajé durante muchos años, y muchos años después encontré a los alsistas. No he visto a mi madre en décadas».

Rhoda Titus adoptó fácilmente una expresión sombría, otra habilidad propia de la jerarquía. Pero al verla, me reí: «No puedo creer, Rhoda Titus, que realmente te preocupes por mí o por mi madre».

Ante esto, se sobresaltó. —¿Qué quieres decir? Claro que es muy triste, y lo siento. —Guardó silencio un momento. Luego dijo: —Echo de menos a mi padre.

No me interesaba mucho aquello, y se lo dije, tras lo cual ella se refugió en la parte trasera del coche. Conduje hasta el atardecer, absorto en la austeridad del paisaje. Cuando el susurro del diablo vespertino empezó a sacudir el coche, me detuve al abrigo de una duna y esperé, maldiciéndome por haber alargado tanto el viaje. Fue una experiencia angustiosa salir corriendo en la penumbra y asegurar el coche. De vuelta dentro, me examiné la cara y las manos en el espejo: pequeños arañazos. Pero una vez que el viento amainó, salí de nuevo y dejé el coche en marcha. Volver al ritmo de la conducción me tranquilizó. Mi corazón latía. Incluso el escozor del viento salino se convirtió, en mi memoria, en una meditación devocional. El vacío cáustico del desierto. Empecé a sentir una punzada de despertar interior. Este, lo sabía mi médula, era el verdadero escenario de la cercanía a Dios. La blancura de la sal era un vacío, claro como la linfa, que se extendía en todas direcciones hacia un cielo que era la presencia plateada de Dios. Se extendía en todas direcciones alejándose de mí, porque alejarse de mí era el verdadero camino hacia la divinidad.

Epifanía.

Y después, siempre, la reafirmación de la carne. De repente sentí un hambre voraz. Mi botella de agua, en el portaequipajes, llevaba mucho tiempo vacía. Detuve el coche y me levanté del asiento del conductor. Es la armonía de la espiritualidad: cuanto más se adentra uno en el alma, más fuerte es el tirón hacia atrás, hacia la carne. Me dirigí a la parte trasera del coche y encontré a Rhoda Titus de pie, como en posición de firmes. Creo que solía ponerse de pie de un salto cuando me oía salir de la cabina, quizás (quién sabe) por miedo, o por algún extraño juego jerárquico.

Bebí un buen trago de agua del grifo del Fabricant y luego pedí imitación de puré de espelta. Después me senté en el taburete de la parte trasera del coche y comí.

—Técnico —dijo Rhoda Titus—. Debo confesarlo.

—Más juegos de jerarquía —dije. Trozos de puré se esparcieron por mi boca. La vi hacer una mueca.

—Me he aburrido —dijo—. Y tú no te molestas en guardar tus pertenencias, ni en esconderlas de mí.

Esto me llamó la atención. 'No tengo pertenencias personales', dije.

—Tu libreta —dijo ella.

Giré la cabeza. El bloc de notas estaba en su litera. Volví a mirarla a la cara.

—¿Sí?

Se armó de valor. «He estado leyendo tu cuaderno», dijo. Y entonces, al ver que no decía nada, añadió: «¿Estás muy enfadado conmigo?».

Negué con la cabeza y terminé mi puré de patatas.

«Solo quería acceder a la Biblia», dijo. «Y tal vez algo de poesía. Quizás un cuento. ¿Entiendes lo aburrida que he estado?»

Ya tenía el estómago lleno, así que volví a colocar el cuenco en el Fabricant y pedí un poco de vodka. Me tumbé en la litera y empecé a beber de la botellita que me había proporcionado. Mis ojos, acostumbrados a contemplar el vacío en una especie de fuga visionaria, se posaron en Rhoda Titus y quedé tan absorto en la imagen de su rostro como lo había estado en la del desierto de sal.

Rhoda Titus, insegura, se sentó. Luego tomó el bloc de notas y me lo ofreció; al no tomarlo, lo colocó sobre el

Fabricant. Entonces dijo: «Por favor, no me mire fijamente, Técnico. Me incomoda».

«¿Qué debo mirar?», pregunté, sin apartar la vista de su rostro. Sus rasgos parecían extraños, disociados entre sí de una manera inquietante. Se descomponían y recomponían a un nivel que escapaba a la vista inmediata. Pero lo más inquietante era que me daba cuenta de que los rostros siempre eran así, siempre radicalmente extraños, pero que nunca lo había notado hasta ese momento.

—No lo sé —dijo. Su rostro se sonrojó hasta adquirir un tono similar al del atardecer—. Pero, por favor, esto me avergüenza.

—¿Qué debo mirar? —repetí—. ¿Al Fabricant? —Y giré la cabeza para mirar la máquina en la parte trasera del vagón, aunque el movimiento de la cabeza me resultó bastante difícil.

Me quedé mirando al fabricante.

'Un Fabricant', dije, 'solo puede ser tan bueno como las materias primas que se le ponen. Puede ser peor que ellas, pero nunca puede añadirles nada. Todo lo que hace es deconstituir y reconstituir, hervir y congelar, mezclar y separar'. Dije este discurso con muchas pausas y lagunas, y en cada silencio bebí más vodka. Pero mientras hablaba, descubrí una resonancia más profunda en mí mismo con mis

propias palabras, como si estuviera expresando una tremenda verdad. 'Un Fabricante de alimentos', expliqué, 'toma fibra cruda, o la base derivada de los tanques de estiércol (quizás) y la mezcla con otras materias primas, especias, texturas'. Me detuve, bebí un poco más de vodka. Rhoda Titus estaba en silencio, con un terror perfecto que mantenía su rostro rígido. 'Los Fabricantes de bebidas solo añaden sabor al agua, o la destilan para producir el alcohol más áspero. Los Fabricantes de máquinas moldean, cepillan, trabajan y manipulan el plástico de su modelo base; «O funden y remodelan los metales que se les introducen». Incliné la cabeza, observando atentamente toda la cabina. «Aplastan y comprimen la hierba, o lo que sea que les indique su software». Volví lentamente la cabeza para mirar a Rhoda Titus. «Y así sucede con las personas».

Ahora me miraba boquiabierta, completamente inmóvil, completamente muda.

«Creo que jamás veré a una persona tan hermosa como un árbol», dije. Una imagen vívida, casi fotográfica, de un árbol apareció en mi mente: alto, con ramas que brotaban a media altura y sostengan un pequeño follaje. «La gente la crean tontos como yo. Pero solo Dios...», y me detuve. Una parte de mí deseaba que Rhoda Titus completara la rima. Pero era una estatua. «Puede crear», invité. «Un árbol».

El silencio era inquietante. Me hundí más en mi litera, con la botella vacía sobre el pecho. «Si fuera un árbol», dije,

«bebería con los pies. Comería con la cabeza y las manos, alzadas. Estornudaría mi sexo al viento». No me di cuenta de que me estaba quedando dormido.

A la mañana siguiente, Rhoda Titus estaba inusualmente alegre, con una alegría desbordante. Desayunamos y ella mantuvo una conversación apasionada sobre la comida, el viaje que nos esperaba y las diferencias entre los Aradis y la Galilea. El susurro del diablo de la mañana (mientras dormíamos) había sido muy fuerte, y se había acumulado una gran cantidad de sal junto al coche. Tuve que retirar parte de ella con una pala. Rhoda Titus salió conmigo al aire caliente, tapándose la boca con la mano izquierda. Incluso se ofreció, con la voz amortiguada por la mano, a ayudar a cavar. Pero se negó a descubrirse la boca por miedo a que el cloro le irritara los pulmones, y poco se puede hacer con una pala sostenida solo con una mano.

Después, cuando nos pusimos en marcha, Rhoda Titus se sentó a mi lado en el asiento del copiloto. Al principio hablaba con demasiada alegría, pero pronto se calmó. Quizás mis respuestas la tranquilizaron ese día. Habló un rato de su padre, pero no recuerdo lo que dijo. Luego empezó un largo debate conmigo sobre la necesidad de las normas. Als, insistía, tenía normas, igual que Senaar. Solo que Als las expresaba de forma diferente. La escuché hablar sin enfadarme. De hecho, me sentía tan liberado (era tan puro estar en el desierto; era tan bueno estar lejos de Als;

era mucho mejor conducir de día que de noche) que me vi involucrado en el debate.

Continuó después de que nos detuvimos al ver el cielo enrojecer, y después de que asegurase el auto para el Susurro de la Tarde. Nos sentamos en la parte trasera del auto y bebí un poco más de vodka (ahora era tacaño, porque el suministro era limitado).

«Pero hay reglas», insistió. Se resistía mucho a ceder en este punto. «Se les entrega un horario de trabajo que deben seguir».

—No —dije con suavidad—. No hay ninguna obligación de trabajar.

Dio un pequeño suspiro, como quien intenta apagar una vela. «¡Qué ridículo! ¿Entonces para qué trabaja la gente?»

Me encogí de hombros. —Puedo hablar por mí mismo —dije—. Y decir que es realmente aburrido no tener nada que hacer. Trabajar es una buena manera de ocupar el tiempo.

«Pero siempre habrá gente perezosa», dijo. «Es la naturaleza humana. La pereza, tal vez la veas como una debilidad o un vicio, pero ¿qué pasa con ellos? ¿Qué pasa con esas personas?»

«Vagos», dije. «No lo entiendo del todo. ¿Te refieres a personas con problemas médicos que no pueden trabajar?

Sin duda, merecen compasión, no desprecio, suponiendo que quieras pensar en ellos». Pensé en Lichnovski, postrado en una cama de hospital durante meses de «pereza» forzada, esperando a que le crecieran los pulmones. Sin duda, habría preferido estar trabajando.

«No, no. Es decir, si hay trabajo que hacer, y algunos lo hacen y otros lo eluden, entonces los que trabajan son los que llevan la carga. Los vagos se aprovechan de ti. Se ríen de ti, te roban el fruto de tu trabajo. Hay que obligarlos a trabajar.»

Pero no lograba entenderlo.

—De verdad —dijo Rhoda Titus, inclinándose hacia adelante, como si fuera especialmente importante que yo comprendiera este punto—. Ustedes tienen reglas. ¿Qué harían si alguien se negara a trabajar su turno?

¿Qué haría yo? Probablemente nada.

'Bueno, ¿qué haría cualquier alsista?'

¿Cómo puedo decirlo? Debes preguntárselo a ellos.

¿Acaso no existen personas que ignoran su horario de trabajo, incluso cuando se trata de un trabajo importante para el bien de toda la comunidad?

—Supongo que sí —dije vagamente.

«Bueno, ¿y qué pasa con ellos? ¿Entiendes lo que quiero decir? Debe haber algún mecanismo para *obligar* a la gente a trabajar, aunque no quieran.»

—¿Por qué cualquier persona no querría trabajar? —pregunté.

—Porque —dijo Rhoda Titus, con un tono algo demasiado alto, como si estuviera enfadándose—, prefiere estar sentado con sus amigos bebiendo, comiendo, tocando la guitarra y charlando en lugar de trabajar.

—Tiene tiempo de sobra para sentarse a beber y charlar —dije—. Tiene tres cuartas partes del día para hacer esto.

«Pero quiere pasarse *todo el* día haciendo esto», insistió Rhoda Titus.

¿Por qué? Se volvería muy pesado y aburrido.

'*No* sé por qué, ese no es el punto. Digamos que existe una persona así. ¿Seguro que no la pondrías a trabajar?'

—No —dije.

Ahora emitió un sonido de exasperación. «Solo dices eso para intentar ganar esta discusión», dijo con vehemencia. «Pero sé que lo harías».

—Créeme, Rhoda Titus —dije—. No tengo ningún interés en ganar esta discusión, ni siquiera en discutir contigo. Pero si existiera una persona como la que describes, supongo que su aburrimiento sería una especie de castigo. Sin embargo, sería su responsabilidad lidiar con eso, no la del Estado. Supongo que sus amigos podrían enfadarse con él si evitara todos sus turnos y si ellos sufrieran las consecuencias; por ejemplo, si tuviera que atender una guardia médica y un amigo resultara herido y tuviera que esperar más porque faltaba personal en el servicio de guardia.

—¡Ah! —dijo Rhoda Titus—. Exacto.

«Pues entonces sus amigos podrían rechazarlo, incluso golpearlo, supongo. Entonces podría sentarse a beber todo el día, pero estaría solo. La mayoría de la gente que se siente así, que no quiere amigos, simplemente se marcha y se instala lejos de todos.»

Parecía que ya había tenido suficiente charla por el momento, y sin decir palabra, se giró y se estiró en su litera, mirando fijamente al techo, a centímetros de su rostro. Tomé mi libreta y leí algo. El susurro crecía, haciendo vibrar las paredes de nuestro coche y sacudiéndolo como un colgante en una cadena. Durante minutos no hicimos más que estar tumbados en nuestras literas y escuchar el mundo exterior. Entonces me levanté y me serví un poco más de vodka, sentándome en mi litera para beberlo a sorbos. De

repente, Rhoda Titus se incorporó, saliendo de su alcoba para sentarse en el borde de la litera.

«Lo recuerdo», dijo triunfante, como si de repente hubiera comprendido la clave de su argumento. «Usted mismo lo dijo cuando llegué a Als. Cuando cumplía con mis deberes diplomáticos: cuando le pedí que me llevara al dormitorio de mujeres, usted dijo que no, que no podía. Así que hay una ley en eso, ¿no es así?, una ley que le impide ir a ese lugar si es hombre».

Me reí un poco. «No hay ninguna ley», dije. «Creo que hay muchas mujeres allí a las que no les gustaría verme. Me pegarían, me echarían. Pero eso no lo convierte en *ley.* Y además», dije después de un rato, «¿por qué querría ir allí?».

Rhoda Titus tardó un rato en responder, salvo con un leve movimiento de cabeza. «Puede haber muchas razones», dijo finalmente.

«¿Pero por qué? ¿Para conocer a una mujer? Podría encontrarme con ella en cualquier momento. ¿Por qué otra razón?» Al no obtener respuesta, dije: «Puedo explicarte por qué creo que preguntas. Porque si *existe* una ley, naturalmente piensas inmediatamente en quebrantarla. Reprimes ese deseo en lo más profundo de tu corazón, quizás, porque lo consideras incorrecto, pero lo sientes de todos modos. Entonces una vez tienes la ley, luego necesitas

policía y ejército para impedir que la gente la quebrante, y necesitas prisiones y ejecuciones para castigar a quienes lo hacen, y necesitas algo más grande que todo esto; necesitas el edificio del pensamiento en el que deseas que viva cada ciudadano, la prisión en la que está prohibido pensar lo contrario de la ley. Y lo que hemos descubierto en Als es que, sin la ley, en primer lugar, no necesitas nada de eso.»

Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada en respuesta.

—Parece —dije lentamente— que tenemos concepciones diferentes de la libertad. Desde este camarote, la vista es la de Senaar como una nación esclavizada.

Esto provocó una reacción. «Pero es Als quien está esclavizado... a la barbarie. A sus propios deseos y pulsiones primitivas. Al ego y la monstruosidad que hay dentro de cada persona». Estaba realmente muy enfadada. «Ninguno de ustedes comprende la belleza, la *libertad* de servir: de sentir algo más grande que uno mismo, de adorar a Dios con alegría. La libertad para ustedes siempre es libertad *para,* pero hay otras libertades, y la libertad del yo es la mayor».

Aquello fue una idiotez tan espléndida, expresada con tanta pasión, que incliné la cabeza hacia atrás y reí de alegría. «Rhoda Titus», dije. «¡Hay pasión en ti, después de todo, a pesar de que tu educación te enseña a reprimirla! ¡Por primera vez puedo verte como una mujer hermosa!». Me levanté de un salto, con el vodka caliente en mis

entrañas, y me lancé hacia ella por el coche. Sus ojos se abrieron de golpe ante la repentina mirada (era una expresión de miedo) cuando la agarré por la nuca y la besé apasionadamente.

Cuando me aparté, su rostro estaba completamente congelado, blanco de pasión, inmóvil mientras luchaba por registrar el deseo más allá de sus propios censores internos. Tenía los ojos muy abiertos. Durante la mayor parte del viaje, había sentido poco deseo de tener relaciones sexuales con Rhoda Titus, pero ahora había algo que impulsaba mi deseo hacia arriba, que sacaba al animal encantador de serpientes de su jaula. Todavía sostenía mi vaso de vodka en la mano izquierda, así que lo vacié y lo tiré. Con la mano libre, agarré a Rhoda Titus por el cabello y presioné mi cuerpo contra el suyo, de modo que se desplomó y cayó hacia atrás contra su litera.

Emitía pequeños jadeos, un deseo que sonaba casi como sollozos. Quizás intentaba decir algo, empujar las palabras más allá de su censura interna. Pero lo único que sentí entonces fue la tensión de su piel, palpable para mi propio cuerpo a través de la tela de su ropa. Su respiración era agitada. Le di otro beso y luego me incorporé un poco para sentir las dunas de sus pechos. Ahora lograba decir algo, una vocecita susurrante, pero las palabras eran menos importantes que la textura áspera y sutil del susurro. Mi deseo era pleno.

Comencé a quitarme algo de ropa, pero al hacerlo ella empezó a retorcerse y a forcejear debajo de mí, así que tuve que detenerme para sujetarla con una mano. Al principio le presioné la cara, pero seguía forcejeando, así que moví mi mano grande hacia su garganta. Esto tuvo la ventaja de atraer ambas manos hacia mi muñeca, arañando y agarrando mi brazo, intentando inútilmente levantar el árbol de raíces profundas de mi brazo, plantado contra su cuello. Me quité la ropa, excepto la camiseta interior, y tanteé con la mano izquierda sus corchetes y ojales; pero la ropa senaariana es extraña, y tuve que rasgar algunas para soltarlas. Su cuerpo era muy pálido, color sal, una serie plateada y pecosa de arcos plateados, muslo, cadera, la carne fláccida de su vientre y los costados de su cuerpo bajo sus brazos contra la litera. Su rostro estaba rojo ahora, pero lo había visto rojo de rubor tantas veces que esto no parecía fuera de lugar. Pálida como una vela, con el rostro enrojecido. Temblaba, sus piernas se sacudían con pequeños movimientos espasmódicos. Los lenguajes de deseo que su cuerpo expresaba eran curiosos y difíciles de descifrar. Retiré mi mano de su cuello, y ella se convulsionó con una profunda bocanada de aire; entonces la reemplacé con la izquierda, para poder acceder mejor a sus muslos con la derecha, separándolos y penetrándola. Ante esto, se quedó completamente inmóvil, y luego, cuando comencé a moverme, se frotó contra mí, retorciéndose y forcejeando con renovado esfuerzo.

Y entonces sucedió: el punto álgido, la pausa, ese instante fuera del tiempo en el que uno se queda suspendido un instante en la cima de la duna, para luego deslizarse rápidamente por el otro lado, de vuelta a la trinchera donde transcurre el resto de nuestra vida. Ocurrió rápidamente, pero llevaba muchos días sin tener relaciones sexuales.

Dicen que la semilla del hombre tiene un sabor salado.

Me faltaba el aire más de lo que el breve ejercicio podría haber provocado, así que me tumbé sobre ella como si fuera un colchón hasta que se me pasaron los nervios. Después me levanté y me volví a poner los pantalones.

—Una liberación —le dije sonriendo—. Una liberación. Esa sensación es otra definición de la libertad.

Me miraba ahora, inexpresiva, sus pechos abultándose y descendiendo al ritmo de sus jadeos. Volví a llenar mi vaso de vodka y bebí. «Creo que para ti fue menos placentero», dije. «Pero si lo repetimos, no seré tan rápido».

Pero ella se estaba recomponiendo, incorporándose y sujetándose la camisa desgarrada contra el torso. Luego se levantó de la litera y se abrió paso hasta la cabina del conductor.

Terminé mi vodka y me puse una camisa. El susurro ya había cesado, así que decidí reanudar la marcha. Llegué al frente y Rhoda Titus dejó escapar un leve gemido. Estaba de

pie, con camisa y desnuda de cintura para abajo, junto a la ventanilla derecha. Le sonreí (porque los hoyuelos en sus muslos, donde se unen con sus rodillas, me encantaban) y me senté al volante.

Me lancé hacia la polea motriz, pero Rhoda Titus salió corriendo de la cabina. Suponiendo que había cambiado de opinión y quería tumbarse, puse en marcha el coche, pero el leve *golpeteo* de la puerta trasera me alertó de que algo más estaba sucediendo. Me puse de pie, descalzo, y me abrí paso hasta la parte trasera del coche, pero Rhoda Titus ya se había ido.

Esto era ridículo. Estaba a muchos días de camino de la humanidad y moriría. Me colé por la cerradura, abrí la puerta trasera y salté. Mi máscara se ajustó en su sitio.

El sol se había puesto, dejando solo una tenue estela púrpura en el horizonte occidental para indicar su paso, pero las estrellas brillaban. En la inmensidad oscura, y sin luna, centelleaban por millones. Algunas se movían (naves en órbita), la mayoría yacían como pequeñas chispas esparcidas sobre tierra negra. La blancura del desierto de sal era fantasmal bajo esta escasa luz, las sombras de las elevaciones y curvas se perdían en la negrura difusa. Reinaba una quietud absoluta, y el único ruido era el zumbido del coche a mi espalda. La sal estaba fría contra las palmas de mis pies, y el aire, gélido, contra mi rostro. Grité: «¡Rhoda Titus!» (es difícil gritar con la máscara puesta) y mis ojos se

acostumbraron lentamente a la escasa luz. No había rastro de ella. Rodeé el coche y volví a la parte trasera. Entonces la vi, con el pelo oscuro y la camisa camuflada, pero dejando ver la doble franja blanca de sus piernas desnudas, corriendo como tijeras por la ladera de la siguiente duna. No es fácil correr sobre la fina sal del desierto profundo, y sus pasos se hundían en ella, dificultando su avance.

La llamé, y ella se detuvo, se giró, me miró, con la mano sobre la bifurcación de sus piernas como una antigua representación de Eva saliendo del Jardín.

—¿Adónde vas? —grité—. ¡No puedes sobrevivir en el desierto!

No dijo nada, sino que se dejó caer hacia atrás y se acurrucó como una niña sobre el suelo salino y desnudo.

Me sentía bien, pero este comportamiento me irritó. Volví a subir al coche y fui al frente para apagar el motor. Durante unos minutos me quedé allí sentado, esperando a que Rhoda Titus volviera, pero pronto deduje que había decidido morir congelada, o de sed, o encontrar alguna otra forma desoladora de acabar con su vida.

Volví a entrar en el coche y salí de nuevo. Rhoda Titus seguía allí, agachada y acurrucada contra la sal de la duna contigua. Le grité: «Me voy ya, pero la puerta trasera sigue abierta». Luego volví al coche, lo arranqué y me marché.

Durante los primeros diez minutos, conduje muy despacio, incluso más despacio que un peatón. Seguía sin pasar nada. Entonces giré un poco y, en lugar de seguir la cresta de la duna, me desvié ligeramente hacia el otro lado para salir de la vista de Rhoda Titus. Esto surtió efecto; en cuestión de minutos, oí que la puerta se abría de golpe detrás de mí, y luego una tormenta de tos en la parte trasera del coche. Supuse que Rhoda Titus había aspirado aire por la boca sin darse cuenta mientras se apresuraba a alcanzar el coche que se alejaba, y por eso pasó veinte minutos o más tosiendo para expulsar los restos de cloro de sus pulmones.

Recuerdo que me concentré en conducir. Aceleré un poco, derrapando por las dunas con un ángulo de ataque estrecho que me permitía recorrer kilómetros subiendo por cada imponente terraplén y kilómetros bajando por el otro lado. Al cabo de un rato, reinaba un silencio absoluto detrás de mí, solo interrumpido por un ocasional ronroneo en la oscuridad.

Conduje hasta cansarme y luego pasé. A la luz del vehículo, vi que Rhoda Titus se había vuelto a vestir, se había puesto el abrigo y se había metido en el saco de dormir de la litera con todo eso puesto. Las solapas del abrigo asomaban por encima del borde del saco. Pero estaba dormida y no la molesté: salí del coche para asegurarlo contra el susurro de la mañana y luego me fui a la cama a dormir plácidamente.

Al día siguiente, Rhoda Titus no se levantó ni quiso hablar conmigo, pero no me importó. Había emprendido el viaje en busca de soledad, y la verdad es que ya me cansaba de su compañía. Comí en silencio y conduje en silencio. Al anochecer, la llamé para pedirle que asegurara el coche contra el viento (me había visto hacerlo muchas veces, y sin embargo nunca se había ofrecido a ayudarme), pero no respondió. Así que pasé y lo hice yo mismo. Estaba sentada, todavía con su abrigo (pero al menos lo tenía desabrochado), comiendo fideos con los dedos. Su cuello estaba cubierto de moretones oscuros, como un collar de tatuajes. Su barbilla, justo debajo de la boca, estaba un poco rozada por el roce de mi nueva barba. Encontré esas marcas de desgaste extrañamente atractivas.

Me serví algo de comida en el Fabricant y me senté frente a ella. Pero ella no me miró a los ojos.

—Creo que dos días más —dije.

Nada.

«En dos días estaremos en Yared, y entonces podrás seguir tu camino.»

En ese momento, sus ojos se encontraron con los míos, y pude verla brillar con una emoción contenida. Pero luego bajó la mirada de nuevo, y yo estaba cansado de hablar.

Tras el susurro, seguí conduciendo hasta cansarme, y entonces paré. Las luces seguían encendidas en la parte de atrás, y Rhoda Titus estaba arrodillada rezando junto a su litera. El sonido de mis pasos la sobresaltó y se levantó rápidamente.

Pasé una hora leyendo al azar en mi libreta, pero ahora Rhoda Titus parecía estar mirándome.

—Deja de mirarme fijamente —dije cuando me di cuenta de que lo estaba haciendo. Sus ojos se bajaron de inmediato.

En ese momento comí rápidamente, pensando en lo tediosa que era la pasta; en lo fibrosa que era y en cómo la sal le quitaba el sabor incluso a la sal. Luego seguí mi camino.

Al día siguiente vi los primeros indicios de asentamientos sureños. Un camión volquete pasó junto a nosotros, camino al desierto profundo, presumiblemente para enterrar desechos tóxicos. Rhoda Titus corrió a la cabina al oír el rugido lejano de sus motores y saludó con la mano su costado negro y liso como una niña. Era la primera vez que entraba en la cabina en muchos días.

A última hora de la tarde nos topamos con algunas casas y una especie de recinto. Llamé a Rhoda Titus para preguntarle si quería que la dejara allí o que la llevara más adentro de Yared. No respondió, así que seguí mi camino. Finalmente, a una hora del Susurro, llegué a una plaza

central. Varios coches estaban aparcados en cuadrícula frente a una cúpula foliada, que tenía las letras que formaban la palabra SPINAL RAILWAY holográficas, que sobresalían del techo curvo. Así que metí el coche marcha atrás, con la puerta cerca del arco del edificio (todos teníamos esta costumbre automáticamente, para minimizar la exposición al patológico sol). Apagué el motor.

Durante un rato me conformé con sentarme y contemplar el lugar en el que me encontraba. Después de tantos días de desierto blanco y vacío, de sal que se extendía como arena por todas partes, de sol brillante y noche oscura, había algo casi obsceno en el caos de este asentamiento. Tantos edificios dispersos, tantas formas diminutas. La pequeñez de la humanidad. Y, de vez en cuando, una persona emergía, como un insecto, para atravesar el sol y desaparecer en la oscuridad de otro edificio. Un tren de coches gimió al cruzar la plaza y se alejó. Todo resonaba con la banalidad de las actividades cotidianas; todo parecía dolorosamente pequeño. Me di cuenta, con un escalofrío, de que apenas podía soportarlo. Después de lo sublime, esto. Incluso la idea de Rhoda Titus en la parte trasera del coche me pareció una especie de contaminación.

Así que me estiré hacia adelante, miré a través del grueso plástico del parabrisas superior para contemplar un atisbo reconfortante del cielo abierto, apenas visible entre los bloques que formaban la maraña de coches en Yared. Fue como respirar.

Así que me apresuré a alejarme de allí. Me dirigí a la parte trasera del vagón, donde Rhoda Titus estaba sentada en la litera. Los moretones de su cuello se habían vuelto de un color grosella negra más pálido, como si se hubieran ido desvaneciendo. Me senté frente a ella. «Querías venir a Yared, y te he traído. Aquí está la estación terminal del Ferrocarril Espinal, que te llevará a Senaar».

Hizo un gesto con la boca como si fuera a decir algo, y luego se detuvo. Entonces, como si extrajera las palabras de lo más profundo de su ser, susurró: «Gracias».

Me burlé. 'No tengo ningún deseo de recibir el agradecimiento de alguien jerarquizado', le dije.

Se sobresaltó levemente, pero no dijo nada. Hubo una pausa que se convirtió en silencio. Luego se puso de pie, ajustándose el abrigo, quizás para asegurarse de cubrir el desgarro de la camiseta interior. Pasó por la cerradura y abrió la puerta trasera. El desinfectante de cloro se activó con un zumbido. Con la mano derecha sobre el pecho y la izquierda sobre la boca, salió de un salto. La seguí y salí del coche. Mi mascarilla se ajustó en su sitio.

Se quedó parada frente a mí un rato, respirando visiblemente por la nariz. Las comisuras de su nariz se abultaban y se contraían con el esfuerzo. Luego, bajó la mano de su boca.

—Yo puse sal ahí después —dijo apresuradamente—. Después de que tú lo hiciste, cuando yo estuve afuera, me eché sal dentro yo misma. Lo hice.

Entonces, volvió a taparse la boca con la mano y su nariz registró el esfuerzo de inhalar profundamente.

Me aparté de ella y volví a subir al coche. La puerta se cerró y los desinfectantes de cloro emitieron un breve zumbido, terminando su función. Pasé a la cabina, calenté la transmisión, arranqué el motor y me marché.

Tuve algunas dificultades para conseguir el agua que necesitaba para continuar mi recorrido por Yared. Me detuve y entré en algunos edificios, hablé con algunas personas; pero me pedían dinero, y cuando se dieron cuenta de que era de Als, la mayoría se dio la vuelta y se marchó. Estaba dispuesto a intercambiar dinero por estas cosas necesarias, pero pocos quisieron hablar conmigo durante mucho tiempo. Después, comprendí que esto tenía que ver con la aceleración de los acontecimientos en otros lugares y los primeros indicios de guerra entre el Norte y el Sur. En ese momento, solo sentí ira. Pasé la noche aparcado en las afueras de Yared, y al amanecer (en la media hora antes del Susurro matutino, cuando supuse que la gente estaría resguardada) conduje hasta un depósito de agua y saqué agua. De hecho, como descubrí, el Susurro Matutino es débil en Yared, en parte debido a las obras de tierra (¿salinas?) construidas al este de Senaar, y en parte debido a la

orografía del terreno alrededor del mar en esa costa. Pero nadie se percató de que cogía el agua, y la dejé salpicando sobre la sal endurecida de la carretera, formando charcos y absorbiendo lentamente la sal que había debajo. Al mediodía, conducía por la soledad al norte del lugar.

Capítulo V

HACER LA GUERRA

Barlei

Y así llega mi breve relato a la guerra. Los historiadores de los conflictos a menudo se enfrascan en intentar rastrear los acontecimientos hasta la causa original, el *casus belli.* Pero todos sabemos, nosotros, el pueblo, que solo hay un punto en el que debemos centrar nuestra atención. La guerra es algo terrible, aunque glorioso, y es algo que causa muchas muertes. Como con cualquier muerte, lo justo para una sociedad es asignar responsabilidades. Por eso las sociedades tienen tribunales de justicia; hablo como Juez Supremo de Senaar. Entiendo la justicia.

Y no cabe duda de que, sea cual sea el análisis, la cadena de acontecimientos que condujo a la guerra implica a los alsistas como los criminales. Fueron ellos quienes cruelmente secuestraron a los niños, quienes resistieron con violencia una operación legal de incautación (respaldada por los tribunales) y quienes se vengaron con actos terroristas de la población civil de nuestra nación. En cada etapa, nosotros, la nación de Senaar (de la que pueden sentir un auténtico orgullo), respondimos con fortaleza y moderación. Tras el rescate de nuestros hijos, celebramos un día nacional. Sigue siendo una fecha que mantenemos en nuestro calendario, aunque rechacé una moción para que fuera festivo, pues consideraba injustificada la pérdida de ingresos laborales. Pero ahora me estremezco al pensar en aquel día; al pensar en los alsistas, como arañas, agazapados en su campamento, observando nuestra alegría con amargura y resentimiento. Apenas una semana después, detonó el primer artefacto explosivo en Senaar.

La secuencia precisa de los acontecimientos sigue sin estar clara, pero ciertamente al menos dos, y posiblemente más, aviones de Als volaron al amparo de la oscuridad, aterrizaron en el desierto al este del dique y se enterraron bajo la sal. Luego enviaron individuos solitarios con mochilas por las calles. Los críticos me han atacado por no sellar la ciudad para evitar tales represalias, pero ¿cómo se puede sellar una ciudad tan grande y populosa como Senaar? Poner un sello sobre nuestra boca es también sellar nuestros ojos, nuestros

oídos; es el sello de la muerte. Después de todo, somos una nación comerciante; el comercio es la sangre que corre por nuestras venas. La gente viene y va de toda la cuenca galilea, e incluso ocasionalmente del Norte, aunque era cierto, incluso antes de la guerra, que las relaciones eran tensas. De todos modos, cuando estos infiltrados pisaron por primera vez nuestros caminos de sal prensada, nadie se percató de ellos. Parecían cualquiera de los quinientos comerciantes solitarios; personas que se desplazaban en barco o en coche, o a lo largo del Spinal, con mercancías a cuestas, e intentaban venderlas en el mercado senaariano, más lucrativo. Por el precio de una licencia de medio día, se instalaban en la plaza del mercado secundaria, vendían al mejor precio y abandonaban la ciudad en cuanto amainaba el susurro. (La ley exigía que estuvieran más allá del límite original; aunque esto cambió con el crecimiento de la ciudad. Al anochecer, cientos de personas se refugiaban bajo lonas de plástico donde podían acolchar la sal para estar más cómodas).

Fue en este grupo aparentemente inofensivo donde los alsistas se infiltraron; llegando incluso a comprar licencias, a pregonar sus mercancías toda la mañana y luego a curiosear por la ciudad por la tarde, como si fueran auténticos comerciantes ambulantes. Me cuesta imaginarme en su mente, su duplicidad, su conocimiento de que los inocentes entre los que se movían, poco después de su partida, yacerían heridos, sangrando, muertos.

Colocaron una docena de artefactos explosivos en edificios públicos: el juzgado, el Parlamento, la principal sala de conciertos. La primera explosión ocurrió al anochecer, lo que dio tiempo a los cobardes para escabullirse de la ciudad al amparo de nuestras leyes y reunirse con sus aviones en el este. Sin duda, estaban en el aire aprovechando la confusión mientras más explosiones estallaban a nuestro alrededor y nuestra atención se desviaba.

Recuerdo perfectamente el caos brutal de aquella noche. Por fortuna, o por gracia divina, no había concierto en la sala, aunque casi todas las noches se celebraba algún recital. Pero, al final, la única víctima mortal fue un conserje, oriundo de Eleupolis, que mantenía el local limpio y dormía bajo el escenario (murió, si mal no recuerdo, aplastado por una losa de piedra que se desprendió con la explosión). Pero la magnitud del sonido es difícil de describir con palabras. Me despertó, y yo estaba dormido a ochocientos metros del edificio. Me sacó del sueño de golpe, y en cuestión de minutos ya estaba vestido y hablando con subcapitanes y ministros civiles por videoconferencia, mientras mi ayuda de cámara preparaba el coche para llevarme al otro lado de la ciudad.

Para empezar, no estaba claro qué había sucedido exactamente. Las llamas saltaban del techo de la sala de conciertos, absorbiendo nuestro preciado oxígeno, ardiendo en colores exóticos en la mezcla de cloro y oxígeno. La gente había sido sacada de sus camas o de sus trabajos (la mitad

de la población se había acostumbrado a trabajar en la oscuridad para evitar los altos niveles de radiación, especialmente si su trabajo implicaba estar al aire libre). Mi coche imperial y su comitiva se abrieron paso entre la multitud para enfrentarse a los escombros, las espantosas llamas serpenteantes, las negras nubes de humo que ocultaban la luz de las estrellas y que solo se iluminaban con sus propias llamas desde abajo; una escena infernal.

No cabía duda, por supuesto, de quién había perpetrado esta atrocidad, aunque cabe destacar que los alsistas no se atribuyeron la responsabilidad. De hecho, aunque ningún historiador duda de su culpabilidad, creo que nunca se ha probado. No es propio de ellos, claro está, admitir que las acciones tienen consecuencias, ni que lo propio de un hombre es asumir la responsabilidad. Quizás aún lo nieguen. Y, por supuesto, el verdadero culpable, la persona que entró ilegalmente y colocó la bomba, nunca ha sido capturada ni siquiera identificada. Aunque podemos sentir cierta satisfacción al saber que, dado el elevado número de bajas alsistas, sobre todo al principio de la guerra, es casi seguro que estos criminales murieron. Algún día yo también iré a saludar a mi Creador, y entonces le pediré que me conceda la visión completa, para ver cómo se llevó a cabo su justicia.

En aquellos últimos días previos a la guerra, los servicios de emergencia se encontraban en el mismo estado de falta de preparación que desde la fundación del país. ¿Qué otra cosa podíamos esperar? Nunca los habíamos necesitado. Así

pues, una pequeña división del ejército fue movilizada para apagar el fuego y empezar a retirar los escombros. Pero apenas salí del coche real para pronunciar un discurso improvisado ante las cámaras de Visualcast, reunidas a toda prisa, cuando se oyó otro sonido: un fuerte *estruendo* seguido de un profundo retumbar que se prolongó en el aire durante un buen rato. Era el segundo artefacto explosivo que detonó fuera del cuartel secundario, derribando el muro exterior y asesinando a casi una docena de personas.

Después de eso, llegaron con una rapidez espantosa. La bomba del juzgado apenas hizo algo más que romper las ventanas triples y provocar un gran desorden desde el exterior hacia el interior (se estaba tramitando un caso menor en el horario más económico del juzgado, y un abogado murió; fue una suerte que no hubiera más daños). La bomba del Parlamento causó más daños estructurales; la mayoría de las ventanas se rompieron, y una de las dos torres quedó tan agrietada que tuvo que ser demolida. Otra bomba abrió un agujero en un tanque principal de agua potable, y se desperdiciaron semanas de valiosa desalinización. Otra rompió las paredes de un dormitorio donde solo la mitad de los durmientes llevaban filtros nasales; muchos murieron asfixiados, e incluso algunos de los que sí los llevaban entraron en pánico y respiraron por la boca hasta morir.

Para entonces, todos en Senaar estaban despiertos y las calles rebosaban de gente. Me refugié en mi casa (pensé que

ningún edificio público era seguro, aunque mis subalternos insistían en que expertos militares en fabricación de bombas la inspeccionaran minuciosamente antes incluso de que me permitieran salir del coche), y desde allí realicé una serie de transmisiones en vídeo para tranquilizar a la población. A pesar de mi indignación por la atrocidad, también me sentía profundamente orgulloso de mi gente. Al ejército nunca le faltaron voluntarios dispuestos a ayudar; ¡voluntarios, atención! Personas felices de trabajar sin ningún tipo de compensación, de retirar escombros, de rescatar a la gente de entre los escombros. Los hospitales introdujeron un sistema de facturación estandarizado como muestra de respeto, aunque como consecuencia, sus beneficios se vieron gravemente reducidos.

Por la mañana, la voluntad de los senaarianos se había cristalizado. Justicia. Había que responder a este asalto a nuestra ciudad, a esta profanación de nuestros edificios más preciados (construcciones que simbolizaban el propósito cívico y el orgullo de nuestra nación). Convoqué una reunión al amanecer con todos los altos mandos, y la reunión se prolongó durante todo el día. En un rincón teníamos varias pantallas que retransmitían la conmoción de los programas de noticias senaarianos y de los periodistas; pero también la alarma de que estos ataques se extendieran por todo el mundo. Las naciones galileas, en términos generales, estaban tan indignadas por el terrorismo de Als como nosotros; podíamos confiar en nuestras alianzas en el Sur,

porque estaban construidas sobre bases sólidas. Pero las reacciones a las noticias del Norte fueron menos claras. Los noticieros informaron de las atrocidades, por supuesto, pero tejieron redes de incertidumbre sobre los hechos y dieron la impresión de que todo esto era ajeno a las preocupaciones de Perse. Cuando contactamos con diplomáticos en esos estados del norte —y hablé personalmente con el agente de Convento— nos topamos con la impenetrable desconfianza que el éxito de Senaar había generado. Dijeron muchas cosas, sobre todo relacionadas con la falta de pruebas sobre la culpabilidad de Als en esos crímenes; pero la verdad era que los estados del norte temían al imperio senaariano y harían cualquier cosa por intentar frenar nuestro creciente poder. Sé que nos resulta difícil comprender el temor que nuestro éxito, nuestra cercanía a la Voluntad de Dios, infunde en los corazones de naciones menos exitosas y menos devotas. Una amarga lección en el ámbito político. Pero ese era el punto: a Convento y Smith les interesaba menos lo correcto o incorrecto del asunto (¿y qué injusticia podría ser más evidente que la atrocidad terrorista contra inocentes?), y más las maniobras políticas.

Muy bien, entonces, decidí. Solo. Me pareció que tanto Convento como Smith subestimaban la fuerza de nuestra voluntad, pero ese era un problema al que podíamos volver más tarde. Desayuné y me puse el uniforme de gala antes de regresar a la reunión del personal superior. Es importante causar la impresión correcta. De hecho, me vislumbré en la

piedra pulida del pasillo fuera de la sala de reuniones: mis botones brillaban como linternas, el azul oscuro del uniforme se reflejaba en el espejo de piedra reluciente de esa pared. Sentí una pequeña descarga eléctrica de orgullo y confianza. Y así entré en la reunión de guerra. Quizás esto les parezca un poco vanidoso, pero créanme, como hombre que ha dedicado su vida al Príncipe de la Paz, no es poca cosa para mí comprometer a hombres en la guerra; hombres que tienen familias, hijos, que adoran a Dios, y algunos de los cuales seguramente morirán. Es esencial, vital, que esto se haga, pero el líder que lo hace es solo un hombre, un hombre con compasión. En estos tiempos juzgamos al líder por la fuerza de su voluntad, bajo la protección de Dios, pero todos somos humanos.

No creo (ni mucho menos) que alguien en esa sala de reuniones se diera cuenta de que yo era algo más que una persona simple y claramente resuelta. Había llegado el momento de actuar, y yo estaba preparado para ello.

La reunión fue tensa. La mayoría de los presentes habían pasado la noche en vela, muchos de ellos al mando de tropas para combatir el fuego y salvar vidas. Yo mismo había dormido mal. La primera reacción de los guerreros es la acción, y el ambiente general era que debíamos contraatacar a Als de inmediato. Un joven oficial llamado Ets expuso con elocuencia los motivos de esta decisión. Argumentó que Als había perpetrado un acto de guerra deliberado contra nosotros y que lo volverían a hacer si no

actuábamos. La mejor opción, dijo, era un ataque inmediato contra su principal fortaleza para neutralizarlos. Esta propuesta fue recibida con fuertes vítores.

Esperé a que amainara el tumulto y entonces hablé. Lo que mis valientes ignoraban, dije, era la naturaleza de Als. No se trataba de un pueblo capaz de actuar en conjunto. Las bombas colocadas en nuestra ciudad fueron, sin duda, obra de fanáticos individuales, no de un ejercicio militar planificado. Por supuesto que debemos tomar represalias, pero nuestra represalia debe estar cuidadosamente planificada. La cuestión, por supuesto (y puede parecer obvio en retrospectiva, pero se necesita buen ojo para preverlo), es que hay que tener en cuenta estructuras de poder más amplias. Actuar contra Als ahora, después de un atentado terrorista tan impactante, obtendría la aprobación del Sur, y muchos habitantes de las ciudades del norte podrían considerarlo justicia. Pero cualquier ataque militar a gran escala contra una ciudad a orillas del Perse también despertaría, sin duda, la inquietud de los demás estados del norte, que podrían (según su razonamiento) ser los próximos en caer ante la fuerza militar de nuestra gran nación. Quizás (hablé en voz alta para acallar el clamor de desaprobación que surgió ante este pensamiento), quizás fuera, en efecto, el destino de los senaarianos, la manifiesta voluntad de Dios para este mundo. Pero en esto, como en todos los asuntos políticos, el momento oportuno lo es todo. Si atacamos a Als y provocamos las respuestas militares de

Convento y Smith, entonces habremos declarado la guerra a todo el Perse, y no solo a los anarquistas renegados. Si esto es lo que ha de suceder, que así sea y amén; pero debemos estar preparados para ello. Debemos enviar una fuerza lo suficientemente grande como para enfrentarse a las tres naciones, y no solo a una. Por el contrario, si pudiéramos lograr nuestro objetivo inmediato (hacer justicia en Als) sin involucrar a Convento ni a Smith, entonces habríamos reducido en un tercio el poder de la cuenca norte; cualquier operación futura en esa zona sería, en consecuencia, un tercio más fácil.

Visto así, era evidente que nuestras acciones actuales tendrían enormes repercusiones en el futuro. No convenía la precipitación.

Discutimos el asunto toda la mañana, hasta que nos trajeron el almuerzo, y después de comer consultamos proyecciones de modelos en la pantalla. La primera alternativa era, en resumen, atacar rápidamente a Als desde el aire y luego retirarnos, de modo que las demás naciones de Perse no temieran una invasión, sino que reconocieran que se había hecho justicia. Esto reduciría la amenaza del norte y nos dejaría ilesos; pero también provocaría sin duda una represalia de Als, y posiblemente de otros estados del norte que esperaban usar la ocasión como pretexto para empañar un poco la gloria de Senaar.

Una segunda alternativa era una invasión a gran escala, atacando a Als desde el aire con bombarderos y luego ocupando la ciudad devastada con un gran ejército. La ventaja era que podríamos acabar con Als de una vez por todas y, además, reducir las posibilidades de represalias. Quizás, incluso, podríamos civilizar a este pueblo, inculcarles disciplina y orden y acercarlos a Dios. Pero una acción tan agresiva probablemente provocaría una guerra defensiva de Convento y Smith. Algunos de mis subordinados estaban menos preocupados que otros por esta posibilidad. Su razonamiento era que la guerra era inevitable de todos modos, y que sería mejor librarla cuanto antes. Es cierto que estaríamos librando una guerra lejos de casa, pero mientras mantuviéramos la supremacía aérea, nuestras líneas de suministro se mantendrían fácilmente.

Discutimos acaloradamente sobre estas opciones, y finalmente me tocó a mí tomar la decisión. El poder del mando era ineludible. Mi solución al problema fue, creo, elegante: la historia me ha absuelto de las acusaciones que a veces me hacen los envidiosos, de que al ceder debilité la fuerza de ambas alternativas y no gané nada. De hecho, nada más lejos de la realidad. En realidad, mi mando nos proporcionó una base sólida, aunque admito que cierta ineficacia sobre el terreno diluyó mi plan. Me sentí más tranquilo sabiendo que Jean–Pierre, quien estuvo presente durante toda la reunión informativa, me apoyó en todo momento. Su fe en mí nunca flaqueó.

Esta fue, pues, la acción que ordené: Als sería atacada desde el aire, sus principales edificios destruidos y su voluntad aniquilada. Simultáneamente, enviaríamos embajadores (desarmados) a las demás naciones de Perse para mantenerlas a raya mediante intensas negociaciones. Presentaríamos el ataque con vehemencia como una justa represalia y explicaríamos la presencia de un grupo (relativamente pequeño) de hombres armados en tierra con tareas de vigilancia y ayuda humanitaria. De esta forma, razoné, doblegaríamos a Als y podríamos desplegar una fuerza militar en el lugar para mantenerla bajo control, sin representar una amenaza aparente para Convento y Smith. Si todo salía según lo previsto, eliminaríamos a Als como amenaza militar y, al mismo tiempo, crearíamos una base para futuras operaciones militares, sin enemistarnos con los estados vecinos.

El resto del día (y no me extenderé en los tediosos detalles de las discusiones) lo dedicamos a armamento, números y estadísticas. Organizar una operación a gran escala, reunir a los cientos de componentes (y cada soldado es un componente más) y lograr el objetivo no es tarea fácil. Nos llevó tres días.

Esa tarde pronuncié otro discurso para los Visuales; el discurso que quizás hayan leído en sus libros de texto. Me gustaría (creo que todos tenemos una pizca de orgullo) atribuirme cada una de esas palabras, pero la verdad es que escribí el discurso muy rápidamente con tres o cuatro

ayudantes. Incluso lo hice sin la ayuda de Preminger. El olor de esa sala —el barniz de sal en la mesa de madera negra (madera que había volado desde la Tierra con nosotros), el olor a hombres juntos— creo que ese olor me acompañará hasta el día de mi muerte. Las palabras estaban bien elegidas (si no, ¿por qué las estarían estudiando en sus libros de texto?): el objetivo de ese discurso (y quizás me perdonen que no haga ningún comentario al respecto) es que cada una de las palabras que pronuncié trataba sobre *la acción,* sobre unir todos los átomos del Estado en un esfuerzo unificado de voluntad. Atacad a Senaar, dije, y os lastimaréis la mano; porque su pecho es de piedra, firme en la resolución y en la justicia divina. Nuestros enemigos habían sembrado las semillas del fuego y la muerte, pero esa era una cosecha que no recogeríamos por nuestra cuenta.

Después de que mis palabras fueron grabadas para su transmisión por internet y para su uso en todos los medios visuales a precio básico (Jean–Pierre pensaba que debería haber cobrado tarifas de artista, tal fue el impacto de mis palabras): después de esto, recorrí la ciudad. Se ordenó que el discurso se transmitiera solo en el programa nocturno "El Susurro". La gente, ahora afuera, tratando de reconstruir sus vidas destrozadas, entraría a sus casas para escuchar "El Susurro", y la audiencia sería mucho mayor. Además, mis palabras irían seguidas de noticias sobre el ataque de represalia contra los alsistas. Mi recorrido vespertino tenía como objetivo, en parte, permitirme evaluar los daños de

cerca, pero también brindar la oportunidad a mi gente de verme. Poco después de los bombardeos, circularon rumores de que había resultado herido, o incluso muerto. El rumor, como han señalado muchos historiadores militares, es un patógeno peligroso, un virus que se propaga por el cuerpo político. Las imágenes, las negaciones de mi muerte, podrían considerarse meramente políticas, pero mi presencia real en la ciudad era otra cuestión. Un bálsamo para mi pueblo. Fue por esta razón que, mucho después, impulsé la legislación contra los rumores, mi proyecto personal, financiada en el Senado con mis propios votos, porque otros políticos eran demasiado tímidos para comprender la sensatez de esta ley. Pero ustedes que viven en una nación forjada por la prohibición de difundir rumores maliciosos o perjudiciales que pudieran dañar la convivencia senatorial, saben lo mucho más sana que es nuestra nación desde entonces.

Pero me estoy adelantando. Ese día, elegí mi coche descapotable, con solo una red de fibra tejida perfectamente transparente entre yo y el mundo exterior (habíamos sido atacados hacía poco, no podíamos bajar la guardia), y conduje por la calle principal, la que recientemente había sido rebautizada en mi honor. Era tarde, y la gente salía de su descanso bajo el sol del mediodía. ¡Los vítores! Se me saltaron las lágrimas al pensar que la columna vertebral de Senaar era tan fuerte. De acero, inquebrantable. Cuando llegué a la plaza central, la noticia

de mi llegada se había extendido, y una gran multitud se había reunido para saludarme y vitorearme. El toldo no me permitía decir ni una palabra, pero pude ponerme de pie y saludar a la multitud. La guardia de cortesía tuvo que contener a algunos (exceso de entusiasmo; no como lo han llamado a veces mis enemigos. Sé que fue simplemente un exceso de entusiasmo; al fin y al cabo, yo estaba allí).

Después, recorrí la sala de conciertos, los barracones y el centro de justicia. Los guardias me abrieron paso y salí del coche para adentrarme entre los escombros con algunos de los trabajadores militares, los que habían salvado vidas. Habían erigido una enorme grúa sobre el montón de hormigón roto y algunos zapadores estaban construyendo una máquina de fabricación industrial para transformar la piedra rota en losas de reconstrucción utilizables. Estaba tan emocionado que abracé con fuerza al subteniente, un momento que quedó inmortalizado en varias fotografías para su posterior exhibición. Soy un hombre corpulento y lo oculté por completo de la cámara.

Francamente, estaba agotado de tanto ir y venir, así que me retiré a mi segunda residencia; mi domicilio oficial se consideraba demasiado vulnerable a un ataque, y me había mudado a una segunda residencia secreta. Después, la prensa difamatoria sugirió que había obligado a la familia a abandonar este segundo domicilio bajo pena de prisión. Pero no hay nada de cierto en esta propaganda. La familia estaba encantada de mudarse de su casa. Por supuesto que

sí. Intenten comprender el ambiente que se respiraba en Senaar. Jóvenes se presentaban en las oficinas del ejército, deseosos de servir a la nación en la guerra a pesar de su juventud. Las mujeres organizaban grupos de apoyo espontáneos que grababan mensajes por internet para enviarlos a los soldados solteros. Se celebraban mítines multitudinarios en apoyo de la campaña. La gente donaba parte de su crédito de voto —¡totalmente gratis, ojo!— al tesoro militar para asegurar que se aprobara cierta legislación militar sin que afectara a los presupuestos militares.

Por supuesto, me estoy adelantando un poco en mi relato, y en esta tarde en particular aún no se había declarado la guerra. Pero estábamos ansiosos, muy ansiosos. Cuando las noticias de otras atrocidades alsistas se hicieron públicas (y algunas de ellas tuvieron que ser censuradas antes de ser difundidas en servicios visuales de amplia audiencia), se encontraron con una determinación ya firme. Cuando Rhoda Titus, por ejemplo, regresó a su hogar —tras ser encarcelada y torturada por los alsistas (¡ella una diplomática acreditada!), y después de una audaz fuga— sus juicios fueron recibidos con una resuelta determinación de vengar su sufrimiento, muy distinta de la histérica acción de la turba de un pueblo menos disciplinado. Y, después de mi sueño, mis ayudantes me despertaron poco antes del viento, y pasé a una habitación equipada apresuradamente con el equipo

de vigilancia necesario, para observar a las siete naves partir en su misión.

Petja

Estuve varios días en la inmensidad del desierto, conduciendo hacia el noreste. La tierra se eleva desde el Océano Austral a lo largo de unos doscientos kilómetros, con la punta de cada duna ascendiendo unos centímetros respecto a la anterior. Conduje y conduje, como si huyera de algo, y al tercer día comencé a sentir el eco en mi propia alma que presagiaba una especie de vacío. Despertaba, comía, dormía, conducía, y cada actividad era tan vacía como la otra. Logré un auténtico vaciamiento; una paradoja, a la vez un estado frágil, ya que cualquier autorreflexión habría contaminado el vacío interior que experimentaba, y sin embargo un estado mental fuerte, porque en él residía la más profunda forma de escape. Es difícil de expresar con palabras, el doble de difícil con palabras extranjeras, pero quizás se acercaba al estado que siente el alma al abandonar el cuerpo, con un susurro como hojas muertas, o el rocío del agua en una pequeña cascada. Al dejar el bullicio del ruido

sensual para adentrarse en la calma estática del mundo espiritual. Las palabras abandonan su lugar. Era algo místico.

Viajando eternamente en la nada edénica. Conduciendo despacio, las ruedas resbalando ligeramente, subiendo la ladera de la duna; en la sombra, tal vez, con las luces del coche siempre encendidas, abriendo agujeros de luz a través del banco de sal grisáceo que se extendía ante mí, y entonces, con una tremenda sensación de florecimiento, de ascenso a la cima, de modo que todo el paisaje se despliega ante mis ojos, iluminado de un blanco dorado por el sol bajo.

A veces, ráfagas de sal llegaban a lo lejos, o tal vez el Susurro que se alejaba se extendía como una tira semitransparente en el horizonte. Era hermoso. Hermoso. Sigue siendo hermoso, aquí, aquí en mi memoria. Un recuerdo que no puede ser accedido, no puede ser creado por un Fabricant.

Lo siguiente que me viene a la memoria, mientras intento reconstruir una narración secuencial, es el momento de prepararme para el susurro vespertino. No sabría decir cuántos días después de comenzar mi viaje, pues la esencia del desierto de sal se había integrado en mi percepción. Un desierto interior que se correspondía con el exterior: quizás ese equilibrio, esa neutralidad espiritualmente osmótica, me otorgaba esa libertad interior. Imaginaba mi cerebro blanco como la sal, cada una de las irregularidades de su superficie una duna de sal amontonada, moldeada a la perfección por

el viento. Un mundo blanco de sequedad, de esterilidad. Libertad del pensamiento, de los parásitos de la duda, el dolor y el odio que infestan incluso las mentes más sanas.

Así que me preparé, sin ninguna sensación de solemnidad. No sabía dónde estaba; aunque quizás sería mejor decir que no tenía conciencia, porque mi estado de fuga me había traído de vuelta, ¿y cómo podríamos decir que esto fue sin razón? Entré y preparé comida. No podría decir qué tipo de comida era, ni cómo la recibí, si me pareció sabrosa, ni siquiera si me di cuenta de que estaba comiendo. Tal vez bebí algo de vodka; ciertamente mis registros de Fabricant sugieren que preparé una gran cantidad de esto durante mis viajes. Tal vez me senté, en blanco, o saqué mi libreta para leer, o trabajar un poco. No puedo decirlo.

Pero recuerdo los primeros sonidos del bombardeo. Los golpes, los estruendos de las detonaciones a lo lejos. Una tras otra, y luego otra, y otra, sin parar. Recuerdo haber pensado, al principio, que era una extraña y repentina pulsación en mi propio pecho. Entonces me concentré, volví a escuchar. No había duda del sonido de la artillería pesada. Es un retumbo sordo, puntuado por estruendos y golpes sordos. Me quedé hipnotizado por ese sonido, de verdad. Era como una enorme puerta que se cerraba de golpe una y otra vez muy, muy lejos, en el infierno.

Entonces, una parte vergonzosa de mí se elevó a través del hielo con su adrenalina. Sí, no cabe duda de que el sonido de

ese golpeteo espantoso y lúgubre me excitó. La perspectiva de la guerra me excitó. Eso debió ser. Una parte de mí se encendió con la emoción de la guerra. Eso debió ser. Un erotismo bélico. Salí a trompicones de la parte trasera del coche y corrí hasta la cima de la duna a resguardo del viento.

El horizonte hacia el oeste era rojo, pero no con la extensión que abarcaba de sur a norte propiamente dicha de una puesta de sol. Era una elipse de color localizada, más anaranjada, con un matiz verdoso filtrado por el cloro que emanaba de la sal. Fuego sobre el horizonte. Al salir del coche, con el aire frío en la piel, el sonido del bombardeo se intensificó, impactándome de una manera más visceral. Me quedé observando el espectáculo durante media hora, al menos hasta que cesaron las estremecedoras detonaciones y solo quedó la imagen de un vívido color de fuego que se filtraba en su pequeño trozo de cielo.

Volví al coche y me abrí paso a duras penas hasta la cabina del conductor. Por primera vez en varios días, consulté la información de la estación en el panel de control, pues quería saber dónde había sido el bombardeo. Supongo que sospechaba que podría haber sido Als, pero no lo sabía con certeza. Sin embargo, la información de la estación estaba en blanco. Revisé los demás programas del panel de control, pero todos funcionaban, y al consultar el diagnóstico de la estación, me indicó que ningún satélite respondía. Esto era preocupante. Pensé que, si Als hubiera sido atacada, la primera acción del atacante sería inutilizar nuestros dos

satélites. Pero esto era más que un simple ataque; esto era una guerra.

Aun sin una ubicación fija, por supuesto, no cabía duda de dónde me encontraba. Había viajado hacia el norte–noreste durante días; el sol había salido a mi derecha y a mis espaldas. No podía haber ningún asentamiento aparte de Als. A menos que algún enemigo desconocido hubiera decidido bombardear el desierto vacío durante una hora sin motivo alguno, solo podía tratarse de un ataque en la orilla este del Aradys.

Arranqué el coche y di la vuelta, dirigiéndome hacia el trozo de cielo que aún brillaba en el horizonte. Y lo peor de todo, si me obligas a decirlo, es la sensación, al mirar hacia atrás, de que mi tiempo de pureza espiritual en el desierto no fue más que anticipación: que no hacía nada excepto marcar inconscientemente el tiempo antes de que la guerra me reclamara. Eso es lo peor, y el recuerdo adquiere una sensación desagradable por ello. Que mi vida antes de empezar a matar no era vida, solo la antesala de una vida. Porque eso insinúa que matar ha sido toda mi vida.

Barlei

La esencia de la guerra (permítanme compartir este secreto militar) es *la altura.* Con esto nos encontramos volviendo a las raíces mismas del arte de la guerra. En sus formas más primitivas, los guerreros buscaban elevarse por encima de su enemigo montando a caballo [*el intertexto no tiene conexión de índice para a%x'48000caballo' se sugiere consultar una base de datos alternativa, por ejemplo, orig.historiograph*]. El extraño mito que solía asociarse a esta bestia en mi país de origen tenía que ver, estoy seguro, únicamente con la altura adicional que proporcionaba. Desde entonces, los guerreros se han concentrado en elevarse: ocupando terrenos más altos; mediante castillos, y luego mediante máquinas de asedio más grandes que los castillos; mediante aeronaves, y luego mediante aviones a reacción, naves espaciales, y así sucesivamente hasta la guerra moderna. Si controlas el espacio sobre tu enemigo, lo controlas.

En consecuencia, no tenía ninguna duda sobre cómo proceder en esta guerra recién iniciada con Als. Cuando atacamos Als por primera vez, pudimos infligir el golpe devastador que hicimos porque dominábamos el espacio aéreo. Mientras el viento ocultaba todas las comunicaciones terrestres, uno de nuestros satélites —había sido equipado secretamente con armamento de perno, aunque sus capacidades bélicas se habían ocultado con éxito a las otras

naves durante el transporte (es importante mantener algunas cosas ocultas, incluso a los amigos)— giró a su posición y colapsó ambos satélites alsistas. A los pocos segundos de que amainara el viento, estábamos en el aire, nuestros valientes pilotos volando supersónicos en la superatmósfera, hacia el norte que se oscurecía. Los primeros aviones avistaron y fijaron objetivos a los pocos minutos de abandonar la atmósfera, y se lanzaron de nuevo al aire como nadadores en una piscina de agua oscura y cristalina. Las detonaciones se colocaron con precisión en los lugares marcados. Una de las tareas más difíciles a las que me enfrenté (ahora puedo confesarlo) fue saber exactamente qué objetivos especificar en Als. Esto se complicó aún más por el hecho de que los alsistas no tienen, exactamente, edificios públicos: es decir, cada edificio es igualmente público e igualmente privado. Además, no ha habido una planificación pública concertada en Als, solo el uso evidente de grandes fenómenos naturales (montañas, etc.) y luego una acumulación desordenada de pequeños edificios, pequeños invernaderos, pequeñas plantas desalinizadoras, etc. Esto dificulta la elección ética de los lugares bombardeados, pero el liderazgo implica tomar decisiones difíciles y no se logra nada con una actitud femenina ante este tipo de decisiones. Tomé un puntero láser y marqué con cruces los lugares que quería bombardear. En ese momento me di cuenta (quizás la retórica de mis propios discursos había inflado mi mente con una forma de pensar más elevada) de que las cruces eran,

en realidad, muy apropiadas para el asunto en cuestión. Algunos alsistas morirían, pero su muerte sería un sacrificio por el bien común: sus vidas serían entregadas para allanar el camino hacia la paz. No pensé —ni pienso— que el mismísimo Príncipe de la Paz encontraría mi analogía fuera de lugar. Además, ¿acaso no hemos *sufrido* en esta guerra? ¿No hemos perdido a seres queridos, a quienes amábamos más que a nadie, incluso más que a nosotros mismos? ¿Acaso yo no he sufrido?

El bombardeo duró poco menos de veinte minutos. Una formación de aviones descendía, detonaba sus explosivos y luego se alejaba siguiendo rutas de evasión preestablecidas, aunque el ataque fue tan inesperado que los alsistas no tenían aviones defensivos en el aire, y la intensidad tan devastadora que les impidió lanzar cualquier tipo de contraofensiva. Aun así, era un buen entrenamiento para nuestros pilotos practicar estos movimientos de evasión de contraataques imaginarios, volando a baja altura, luego ascendiendo y reagrupando. Cada formación de aviones descargaba su carga sobre la ciudad y luego regresaba, dejándola en llamas. No perdimos ni un solo avión, ni un solo hombre. Ninguna operación en la historia militar ha sido tan rápida, tan aplastante y tan libre de bajas para el bando atacante.

Lo presencié todo por satélite desde el búnker del presidente, recién construido (la piedra aún conservaba la pintura fresca; el olor a etanol, que no era desagradable, me

embargaba). ¡Sentí un placer y un orgullo inmensos! Recuerdo haber pensado entonces que nuestro idioma debería tener una sola palabra que significara «alegría de ser senaariano».

Petja

Recorrí casi toda la distancia hacia Als esa noche, pero el cansancio me venció y me detuve, me preparé y dormí. Por la mañana continué y alcancé los primeros indicios de devastación a primera hora de la tarde.

De hecho, al principio me topé con una serie de casas en medio del desierto que estaban intactas, y me pregunté si había soñado la noche anterior. No me detuve ni molesté a los habitantes (no tenía ganas de hablar con ermitaños, como supongo que ellos tampoco querían hablar conmigo). Pero las pequeñas chozas de piedra de sal o tela tratada, algunas no más que fosas en el suelo techadas, y todas con muros toscos al este, con terraplenes trapezoidales de sal apoyados contra ellas (a ninguna de estas personas les importaba limpiar el terreno); estas escasas chozas con la sal del desierto apiñada entre ellas, al menos parecían normales. Podría haber pensado que no pasaba nada, que el

fuego infernal y la cortina de llamas de la noche anterior habían sido una especie de sueño, de no ser por la gran columna de humo oscuro que destacaba nítidamente del cielo blanco. Allí estaba mi mirada la mayor parte del tiempo; y hacia allí conduje. Una enorme columna de humo, con una pronunciada curvatura a dos tercios de su altura, se inclinaba en el aire como en señal de oración.

Y así continué. A primera hora de la tarde llegué en coche a las ruinas de Als.

El camino que bajaba hasta el agua estaba destrozado y ahora era un paisaje lleno de cráteres. Grandes trozos de salmuera habían sido desintegrados por la explosión, formando figuras retorcidas. Detuve el coche a un lado del camino y pasé junto a unos invernaderos, todos reventados como globos. Logré avanzar unos quinientos metros antes de que el paso se volviera intransitable. Todavía no había visto a nadie.

Salí del coche y lo primero que noté fue el olor. Aunque llevaba mascarilla, el olor me llegó a la nariz. Era imposible disimularlo. Un hedor a carbón, un olor a pólvora. Pasé junto a los invernaderos destrozados, deteniéndome de vez en cuando para mirar dentro; pero la imagen siempre era la misma. Si era una piscina, piedra reseca y agrietada; si era un espacio de cultivo, tierra removida y salina, con alguna que otra planta marchita por el cloro.

Y el cloro estaba por todas partes, arremolinándose a mis pies, serpenteando entre los edificios destrozados. Al cabo de un rato, me di cuenta de que el gas amarillento tenía cierta tendencia a desplazarse sin rumbo fijo; era más probable que fluyera cuesta abajo hacia el agua que hacia cualquier otra parte. Con tanto veneno liberado por el bombardeo, las detonaciones debieron de haber disuelto el sodio y oxidado, pero a nivel del suelo el oxígeno era escaso, e incluso después de los cloratos, quedaba mucho gas que serpenteaba. Era una sustancia repugnante.

Me dirigí al espacio abierto junto al agua y vi que una detonación de precisión había derrumbado la entrada al dormitorio de mujeres. Aquello me impactó. Me apresuré hacia allí e intenté mover algunos de los bloques, pero (me di cuenta de que) hubo gente antes de que yo llegara, y todas las piedras más pequeñas habían sido desplazadas varios metros. ¿Pero por qué no habían traído grúas o maquinaria más grande para mover los bloques mayores? Grité a través de las pocas grietas que había, pero mi voz estaba amortiguada por mi máscara y las grietas eran negras como la desesperanza.

Me aparté de los escombros y miré a mi alrededor. Una ciudad entera (pensé, y lo recuerdo perfectamente) destruida, con toda su gente. Parecía algo que desataría una rabia eterna, pero en lugar de esa rabia, reinaba una tristeza asfixiante. Luché contra mí mismo, me esforcé por contener

mi ira. El lago, cubierto por completo del amarillo pálido del gas cloro, era demasiado feo para ser símbolo de luto.

Y entonces sentí un pinchazo en las costillas. Supuse que era un soldado senaariano, que venía a rematar la faena de matar a los alsistas (y recuerdo haber pensado que era una tontería no haber previsto que habría patrullas enemigas recorriendo las ruinas). Y mi mente se quedó helada. Con esto quiero decir helada en el sentido superconductor. Los pensamientos se ordenaron, los interruptores parpadearon. Claramente tendría que fingir que me rendía, o me dispararía allí mismo. Pero rendirme —digamos, levantar los brazos— precedería a darme la vuelta, y una vez que lo enfrentara, podría atacarlo. El encarcelamiento sería lo mismo que la muerte, evidentemente; así que la muerte no era un contraincentivo. Pero la mente jerárquica dice que el encarcelamiento es preferible a la muerte (¿y por qué no, si la vida ya es un enclaustramiento?); y este hecho por sí solo me daría ventaja. Así pues, con las manos delante, saqué lo único que tenía a mano —mi botella de vodka, metida en el cinturón— y la escondí lo mejor que pude detrás de la mano. Levanté los brazos a medias y me di la vuelta.

No era un senaariano quien estaba frente a mí, sino un hombre llamado Bosjin. Lo reconocí a pesar de su máscara, porque tenía poco pelo y una marca de color rojo rubí en la frente con forma de diamante. Me apuntaba con un fusil de aguja al estómago. Sentí un alivio repentino y luego, al ver

que no me quitaba el arma, un pánico igualmente repentino. Entonces apartó el fusil, asintió y mi pánico se desvaneció.

«Ahora nos retiraremos de la zona al aire libre», dijo. «Aquí no es fácil, no es gratis».

—Patrullas senaarianas —dije.

'Sí.'

Así que retrocedimos, trepamos por los escombros que ahora constituían la entrada del dormitorio de mujeres (obstruida como la garganta de un cadáver asfixiado) y seguimos por la cresta. Pronto nos encontramos tras una hendidura de la montaña, fuera de la vista. Allí nos detuvimos.

—Eres Bosjin —dije.

Gruñó. Su hocico se movió de arriba abajo en un asentimiento. 'Sí, Petja', dijo.

'Sí.'

«Te vi venir. Casi te mato de un disparo desde aquí». Hizo un gesto con el rifle a través de una pequeña rendija. «Solo la máscara me lo impidió. Claro que el enemigo también usa máscaras, pero las suyas son de fabricación militar y cubren toda la cara».

—¿Por qué no habéis traído equipo de elevación? —le pregunté—. ¿Para despejar la entrada al dormitorio de las mujeres? Bosjin me miró fijamente. —Anoche estuve en lo profundo del desierto —dije—. Oí el bombardeo y acabo de llegar. Pero si los senaarianos encerraron a las mujeres, entonces podrían seguir vivas. ¿No deberíamos intentar sacarlas?

Él asintió. «Así que no estabas aquí. Me sorprendió verte merodeando. Hay un campamento enemigo al sur, y a veces vienen aquí a observar el agua o a hacer lo que sea que hagan. Y no sabes nada del dormitorio de mujeres. Ven».

Me hizo señas con la larga punta del rifle para que lo siguiera, lo apartó hacia la izquierda y subimos más arriba por el afloramiento rocoso. Al cruzar una cresta, vi que otra explosión había destrozado por completo la cúpula del dormitorio de mujeres. Nos arrastramos por la roca hasta el borde mismo del lugar. «Algunas personas vieron derrumbarse la boca de la cueva, la entrada allá abajo», dijo Bosjin. «Se apresuraron a intentar apartar las rocas. Pero nosotros los vimos; en la noche, los vimos desde la cortina de fuego que había detrás de ellos». Se detuvo, asintiendo con la cabeza. «En fin, los vimos y les gritamos que se detuvieran, que subieran aquí».

Miré fijamente la penumbra. Había habido un gran incendio en aquel lugar, y todo dentro estaba ennegrecido; el negro de los daños causados por el fuego y el marrón

amarillento de la sal quemada en largas franjas. —¿Cuántas murieron? —pregunté.

—Murieron muchas —respondió—. Fue difícil contener el fuego. Poco podíamos hacer. Fue... frustrante —hizo una larga pausa antes de elegir la palabra: *prödjejen*— que estuviéramos tan cerca del mar y, sin embargo, no pudiéramos apagar el fuego. Algunos intentaron correr de un lado a otro, intentaron conseguir bombas que pudieran lanzar un chorro de agua, pero el chorro no llegaba por el hueco que había aquí. —Se detuvo un momento—. Yo estaba en el agua. Entonces hubo otra oleada de ataque desde arriba, y la detonación impactó en el mismo lugar, y el fuego se extinguió. Así son las cosas; fue nuestra suerte, la suya, fue mala.

Miró a su alrededor de repente, como si temiera la presencia de patrullas enemigas. Pero hablaba en voz muy baja, y seguramente no podían oírnos.

«Entonces volvimos a subir a toda prisa, los que estábamos por aquí. Bajamos una escalera que Lichnovski había traído desde más al norte. ¿Conoces a Lichnovski?»

'Sí.'

Así que bajamos. Había poco aire y hacía un calor sofocante, un calor infernal. Pequeños focos de incendio ardían en el suelo, en los tocones donde habían estado las

camas y en los cuerpos. Pero más adentro, en lo más profundo del lugar, había gente con vida; asombroso, supongo. Algunos corrieron a las duchas, otros se refugiaron en los almacenes, o lo que fuera. Los sacamos rápidamente. ¡Pero el ruido! Las detonaciones continuaban todo el tiempo, con la única excepción de que los senaarianos habían desplazado sus objetivos progresivamente hacia el sur y el este. En fin, los sacamos, a los que seguían con vida. Luego nos apresuramos hacia el norte, mientras el aire se incendiaba más al sur.

Me quedé mirando dentro del agujero durante un rato.

—¿Conoces a Turja? —pregunté.

'Mmm', dijo.

'¿Viva?'

'Muerta. Creo que sí. Creo que lo está.'

Asentí con la cabeza.

—Tuvo un bebé, ¿sabes? —dijo Bosjin—. ¿Lo sabías? Era muy pequeño. Estaba en la residencia. Hablé con Etenja, que tenía una cuna cerca, y me contó que Turja estaba allí, dándole el pecho, justo cuando ella —como Etenja— se fue a ducharse.

Volví a asentir con la cabeza.

«Murieron muchos», dijo Bosjin. «Los llevamos a un almacén de maquinaria más al norte, en Sebestyens, al norte de Istenem. Está a siete u ocho minutos de aquí».

Nos quedamos sentados un rato. Se oía un zumbido a lo lejos, que crecía en el silencio entre nosotros. Bosjin alzó la cabeza y miró entre dos de las columnas de humo que se elevaban hacia el cielo. Seguí su mirada. El casco de la vieja nave, la *Als* que nos había transportado a todos por el espacio en su vientre como una madre, estaba destrozado y retorcido. La columna de humo más densa salía de allí. Otros focos más pequeños humeaban más cerca de nosotros. Entre dos de esos restos verticales vi una mancha negra, como un pájaro en la distancia.

«Regresan», dijo Bosjin. «El humo hace que sus satélites pierdan precisión, así que deben usar aviones. Pero incluso desde un avión, la vigilancia es difícil. El infrarrojo les resulta inútil cerca del incendio, pero desde aquí en la roca nos detectarán. Lo mejor es estar dentro de la cueva».

Rápidamente, se impulsó por encima del borde y desapareció. Tardé un instante más en comprender que había una escalera de mano encajada justo debajo del borde de piedra a un metro de altura. Me apresuré a alcanzarla, inclinándome hacia adelante, extendiendo la mano, casi cayendo en la oscuridad (con un nudo en el estómago), pero entonces la agarré, giré el cuerpo y coloqué el pie en el primer peldaño. Entonces, ya estaba sujeto.

Cinco metros más abajo, mi pie golpeó a Bosjin. «Ten cuidado», gruñó. «Me vas a tirar de la escalera, rigidista».

'¿No nos vamos a caer?', pregunté.

«No es necesario. Esto nos mantendrá fuera de su mirada senaariana, y desde aquí podremos oír si pasan o se quedan en el aire sobre nosotros, además», dijo tras una larga pausa, «no querrán bajar al suelo. El fuego no lo ha consumido todo. Lo que queda es... desagradable».

Así que allí permanecí, suspendido bajo el techo de piedra, con la luz del sol proyectando un brillante bloque de blancura justo detrás de mí. El resplandor me impedía acostumbrar mis ojos a la oscuridad, y solo tenía una sensación de inmensidad. Calmé mi respiración y pude oír el ruido de la nave que volaba sobre nosotros. Volaba, daba vueltas, volvía. Tras un largo silencio, Bosjin dijo: «Ahora déjame salir». Hubo un momento de vacilación en lo alto de la escalera, cuando extendí la mano y tuve que aferrarme a la roca desnuda, pero de alguna manera las yemas de mis dedos me dieron el punto de apoyo necesario para impulsarme hacia arriba.

—Ya he hecho lo que quería hacer aquí —dijo Bosjin tras salir con más presteza que yo—. Vuelve con nosotros.

Así que partimos a buen ritmo sobre la roca, bordeando la gran hondonada en la extensión de esta parte baja de

Sebestyen, y subiendo y bajando de nuevo por las crestas rocosas onduladas. Después de unos minutos, volvimos a la sal que corre con el Aradys y trotamos hacia el norte durante un rato. Luego giramos hacia el este y bajamos por un barranco con un suelo de sal compactada. Reconocí que se trataba de una cueva más estrecha con una profusión de estalactitas de sal, algunas de las cuales habían sido despejadas para dejar paso a las fábricas industriales y parte de su producción: coches, aviones, etcétera. No había guardias apostados.

Dentro había gente, muchos con quemaduras y otras heridas, esparcidos por el suelo. Los casos más graves (descubrí) estaban dentro de los pocos coches y aviones; el resto se apiñaba alrededor de uno de los dos Fabricants comunes que habían sacado de entre los restos. Alguien alimentaba a la parte trasera de esta máquina con papilla cruda, mientras una multitud se agolpaba inquieta frente a ella, esperando el desayuno que aún no habían tomado. El otro permanecía solitario. Lo señalé. «¿Qué le pasa a ese Fabricant?», pregunté.

Bosjin se encogió de hombros. «Está roto. Quizás alguien se decida a arreglarlo, pero ahora mismo la gente está demasiado agotada y hambrienta».

«Con un solo Fabricant, difícilmente podríamos alimentar a toda la población de Als», dije.

Bosjin volvió a encogerse de hombros. «Hoy hay mucha menos gente en Als que ayer», añadió, «hay trabajadores en los cuatro coches y en los dos aviones. Pero se están utilizando para alimentar a los más enfermos. A veces, las enfermeras de turno traen provisiones sobrantes y las reparten».

—Esto —observé— es un caos.

Bosjin me miró fijamente.

—Debemos contraatacar a Senaar de inmediato —dije—. Es la única manera.

Bosjin pareció chuparse la lengua durante un buen rato. Luego dijo: "¿Contraatacar?".

Lo dejé entonces, debido al tono de su voz, y pasé una hora revisando el equipo de la caverna. Habíamos fabricado siete aviones con materiales que en su mayoría habíamos traído con nosotros, o adaptados de piezas de propulsión del propio *Als.* De estos, cuatro habían sido destruidos en tierra por el ataque senaariano, y uno se encontraba en la costa norte del Aradys (no podíamos comunicarnos con las minas del norte porque el equipo había sido destruido, al igual que los dos satélites, así que no podíamos enviar ningún mensaje a las profundas escarpadas montañas). Pero, finalmente, era evidente que podríamos usar tres aviones. Los aviones tienen una importancia obvia en la guerra, pero una flota de

tres difícilmente podría hacer frente a la Fuerza Aérea Senaariana. Si los poníamos en el aire juntos, los tres aviones alsistas serían destruidos.

Esto me sumió en un estado de ánimo negativo. El ejército senaariano contaba con casi dos mil hombres; una cifra pequeña en los anales históricos de la guerra, pero en el contexto de Salt, más que muchas otras naciones juntas. Estos hombres (aunque ninguna mujer, lo cual era una peculiaridad de la jerarquía) eran soldados día y noche; estaban entrenados y eran expertos. Contaban con un gran arsenal de equipo y armamento. No era fácil asimilar la idea de enfrentarme a ellos en la guerra. Y, sin embargo, mi mente pensaba con entusiasmo en esa dirección. Recuerdo, con la amargura del sabor de la sal en la lengua, esa sensación de entusiasmo. No era algo de lo que enorgullecerse, pero lo sentía. Quería empezar a convertir Senaar en un lugar de cadáveres.

Pensé en mi coche, que seguía abandonado en algún lugar entre las ruinas de Als. Había muchísimos, por supuesto; habíamos fabricado muchos para construir la ciudad y transportar materiales desde y hacia las montañas del norte. Pero los coches son armas de guerra poco efectivas; son blancos fáciles desde arriba, fáciles de rastrear y atacar, y se pueden destruir. Así que empecé a pensar en cómo modificarlos. Blindarlos era posible, pero poco práctico: estaban los metales de los Sebestyens, sobre todo la plata, pero sin duda los haría pesados, y cualquier blindaje de ese

tipo no serviría contra las armas de mayor potencia de las aeronaves. Mejor, pensé, era aislarlos térmicamente para amortiguar su radiación infrarroja y luego enterrarlos parcialmente en la sal. Pensaba entonces en colocarlos en el desierto, como bases para pequeños grupos de hombres: pequeñas cuevas bajo la sal con Fabricants para comida y bebida, y un espacio para esconderse y curar heridas. Y empiezo a pensar en cómo pequeños grupos de personas podrían atacar aspectos de Senaar, cómo grupos de unos pocos podrían perpetrar el mayor daño.

Conocí a Csooris, que deambulaba entre la gente del lugar, y entablamos conversación. Había perdido gran parte de su cabello en el fuego y tenía la cara vendada. «Podría regenerar la piel, o empezar a hacerlo», dijo, «solo que los senaarianos destruyeron el hospital».

Le ofrecí un poco de vodka y ella lo bebió.

—Estaba en el dormitorio de mujeres —me dijo—. Había estado trabajando y me encontraba en las duchas, lavándome con agua salada. Todavía tengo algo de salmuera en el cuerpo —dijo, riendo con dificultad—, porque me atacaron antes de que pudiera terminar con agua limpia. Creo que el agua en mi cuerpo me salvó, porque cuando las tuberías dejaron de rociar y me acerqué a la boca de las duchas, había fuego a mi alrededor. Si tan solo me hubiera lavado el pelo además del cuerpo, tal vez aún lo tendría. Qué sensación tan extraña —dijo—, moverme en medio del

fuego. No intenté respirar, o me habría quemado los pulmones; y no me quedé mucho tiempo, o me habría consumido, a pesar de que mi piel estaba mojada. Retrocedí por impulso, con la cabeza encendida como una antorcha, y caí hacia atrás, y como un milagro de Dios caí bajo el fuego. Estaba allí como un techo en llamas. Creo que entré en pánico porque me debatí mucho y el agua que se acumulaba en el suelo de la ducha apagó mi pelo en llamas.

Me incliné hacia adelante y la besé en una parte de su piel que estaba tersa. Ella soltó una carcajada. —¿Tendrás sexo conmigo? —preguntó.

—Estás demasiado quemada —dije.

Ella asintió. «Demasiado quemada, demasiado débil. Demasiado fea».

—Sí —acepté—. Quizás te recuperes pronto.

Después me adentré entre la gente, saludando a quienes conocía bien y conversando con quienes me resultaban menos familiares. Luego tomé una escopeta de agujas y salí. Ya era de noche, el Susurro Vespertino se había apagado y, a la luz de las estrellas y las brasas aún humeantes de Als, regresé a mi coche. Ninguna patrulla de Senaar lo había localizado, lo cual fue una suerte. Empecé a conducir de vuelta, dando vueltas, hasta llegar a la costa, donde me dirigí

al norte y finalmente aparqué en la cueva donde se encontraban los supervivientes.

Barlei

Convento me causó más problemas de los que había previsto. Es difícil saber si su cautela era excesiva o si la maldad de Als los había contagiado de alguna manera. Pero sin duda mostraron una indignación fingida ante nuestra represalia contra Als. Claramente, se sentían amenazados. El diplomático de Convento, que vivía en una vivienda modesta en Senaar (su gobierno podría haberle proporcionado algo mejor, por supuesto, pero optó por no gastar lo suficiente), me resultó realmente irritante durante los primeros días de la guerra.

Por ejemplo, la delegación de Convento viajó hasta aquí e insistió en reunirse conmigo personalmente. Cuando me negué (después de todo, tenía una guerra que librar), iniciaron una serie de actos visuales difamatorios, concediendo entrevistas a empresas de internet por todo Salt, denunciando el ataque senaariano como agresión, construcción de imperios e incluso (¡aunque parezca increíble!) genocidio. Por supuesto, la historia me ha dado la

razón en esta última acusación; y para un pueblo supuestamente destruido, los alsistas pronto se pusieron a luchar con una urgencia mortal. La historia debería preguntar a las viudas y a los hijos de los soldados senaarianos que murieron a manos de los alsistas si yo perpetré un genocidio contra esa nación malvada; debería preguntar a los familiares de los civiles que asesinaron. Confieso que la situación me enfureció entonces, y confieso también que me enfurece ahora al pensarlo. Pero no se puede silenciar a la gente, no se puede detener la maldad que se desata.

La situación empeoró con una disputa infundada sobre el espacio aéreo. Naturalmente, tras haber neutralizado la capacidad de los alsistas para librar una guerra terrorista, necesitaba mantener aviones senaarianos sobrevolando Als. Necesitaba vigilar las actividades de los alsistas en tierra. Además, había desplegado un campamento de soldados de élite al sur de la ciudad, a orillas del Perse, y necesitaban cobertura aérea. Pero los conventones convirtieron esto en una disputa y alegaron que estábamos invadiendo su espacio aéreo. ¡Como si eso fuera siquiera plausible! Estábamos a casi doscientos kilómetros de Convento... pero ellos simplemente insistían en que había existido una «Alianza del Norte» (por supuesto, no existía tal organización legalmente constituida) y que cualquier «invasión» desde el sur que invadiera cualquier parte del territorio costero era «ilegal».

Para desafiar nuestra presencia, los aviones de Conventon comenzaron a interferir deliberadamente en nuestras maniobras. Durante tres días de angustia, en la base de control de Senaar, nunca supimos con certeza si nuestros pilotos serían capaces de contenerse y abrir fuego contra estos intrusos. Se volvieron cada vez más osados, siguiendo a nuestros aviones en sus movimientos, lanzándose en picado contra ellos y volando boca abajo por debajo. Por mucho que nos quejáramos, no conseguimos nada.

Nos estaban provocando, por supuesto; intentando forzar una guerra con nosotros sacrificando la vida de sus pilotos. Al final, claro está, el ataque alsista nos arrebató el control de la situación.

Petja

La frase es «hacer la guerra» (*uarfabrejejen)*; y eso fue lo que hicimos, en cuestión de días. Hicimos la guerra. Pero en la guerra poco se gana y mucho se pierde. Es una frase estúpida; no tiene ninguna relación con la realidad.

Me llevó días convencer a la gente de que estuviera lo suficientemente animada como para emprender la guerra.

El ánimo estaba por los suelos y necesitaba mucha energía. Pero siempre había rabia bajo la depresión, pues ¿qué es la depresión sino una reresión de la ira? Y la gente me veía, mientras hablaba, como un ferviente artífice de la guerra. Se encontraban escuchando mis planes, sin importar su estado de ánimo. Y mis planes eran buenos.

Por supuesto, no todos mis planes se siguieron. No teníamos una jerarquía, aunque la guerra me dio el mando sobre algunas personas. Así que hubo quienes insistieron, estúpidamente, en que combatiéramos con los senaarianos en el aire. Les aconsejé que no lo hicieran; incluso hubo (recuerdo) peleas a puñetazos junto a las hogueras vespertinas, pero un grupo suficiente de personas insistió. Así que decidieron reforzar nuestros tres aviones con más. Pero, incluso con Fabricants industriales y el mejor software, construir aviones es un proceso lento y complicado, y doblemente complicado modificar los componentes *ad hoc* para hacerlos más resistentes, añadirles escudos, armarlos, todo lo que distingue una nave de guerra de una de tiempos de paz. Y solo contábamos con unos pocos Fabricants industriales rescatados y un software deficiente. Construimos otro avión, pero en dos semanas todos nuestros aviones se estrellaron en el aire y quedaron hechos pedazos en el profundo desierto. Solo un loco se obliga a seguir adelante aunque cada paso le cause daño. La mejor manera es abordarlo de otra forma.

Así que desarrollamos equipos de transporte. Transportamos en camiones una serie de Fabricants desde la posición que habíamos ocupado (esto fue antes de nuestro ataque, pero anticipábamos claramente que los Senaarianos tomarían represalias más contundentes una vez que comenzáramos la guerra), y los llevamos a las minas en las fortalezas montañosas más septentrionales, donde establecimos una rotación fordista, en la que se producía equipo en ciclos continuos. La mayoría de estas máquinas eran operadas por heridos o mutilados, aunque algunos aptos para el combate se negaron a participar en la guerra y se fueron al norte o se marcharon definitivamente. Sin embargo, esto no ocurrió en muchos casos, ya que la furia era lo suficientemente grande como para mantener a la mayoría de la gente incentivada.

Y a esta gente les dije: «Olviden que viven en un lugar determinado, porque ya no es así: ahora viven en el desierto, comen lo que encuentran, beben de cualquier fuente que se les presente. Olviden que están vivos, porque solo están muertos, ya muertos. Olviden que los senaarianos son personas, porque debemos matarlos, y matar a muchos». Tomamos las pistolas y rifles de agujas que ya habían sido fabricados, y pasamos tres días preparándonos lo mejor que pudimos. Los rifles de agujas tenían la ventaja de un láser de punto que apuntaba a lo largo del cañón, y pasamos la tarde practicando tiro al blanco dentro de la caverna, y también fuera de ella, en la llanura y entre las grietas de las colinas.

(Me preocupaba esto último, porque pensaba que los satélites senaarianos podrían detectarnos fácilmente, y que parecíamos soldados entrenando, lo que alertaría al enemigo. Esto no sucedió, y solo descubrí más tarde por qué: que Convento los había desactivado todos, alegando un accidente). El software del rifle Fabricant venía con un fluido de entrenamiento, que se expulsaba de los rifles en lugar de metal. Este fluido, disparado por láser, dolía y magullaba la piel al impactar, pero no hería ni mataba, así que amenizamos nuestro entrenamiento dividiéndonos en dos grupos.

También preparamos capas de camuflaje: eran muy amplias, pero se enrollaban hacia atrás formando una cuña en la base de la columna vertebral. Estas capas estaban recubiertas con cristales de sal sobre un polímero de tela reflectante que arrojaba las mismas lecturas que el sodio. En el desierto, podíamos desplegarlas y arrojarnos al suelo salino, cavar para escondernos debajo o, si teníamos tiempo, cubrirnos con montones de sal. Ningún satélite, ningún avión, probablemente ningún hombre (salvo que estuviera muy cerca) podía detectarnos. Ahora, al recordarlo desde aquí, me parece una tecnología primitiva, pero nos resultó más útil que máquinas con diez mil piezas móviles; todos nuestros aviones fueron destruidos enseguida.

También (gracias a nuestro ingenio) fabricamos grandes globos de un material resistente pero de apariencia delicada: una tela de grandes cristales cultivados que se

entrelazaban para formar bolsas rígidas, aunque casi no pesaban. Nos los ajustábamos al estómago, las caderas y los muslos hasta que necesitábamos elevarnos; entonces, una microbomba vaciaba todo el aire y los globos comenzaban a levantarnos. Luego, las mochilas propulsoras podían elevarnos. Los motores de estas mochilas funcionaban con presión de chorro contrarrotatoria y nos impulsaban hacia arriba. Pero eran lentas y a veces fallaban con el peso de una persona y el equipo (por eso teníamos los globos): e incluso con tan solo cincuenta kilos, eran erráticas. Nos lanzaban hacia arriba a una velocidad tan alta que nos dolían los oídos, generalmente en una simple elipse hasta los 2000 metros y luego descendían a un kilómetro de distancia. Un chip en el motor las controlaba, inclinándolas ligeramente para permitirnos el movimiento lateral, pero manteniéndolas siempre apuntando hacia abajo, así que nunca dimos vueltas en espiral ni caímos de cabeza. Pero el viaje fue accidentado. Vomité en varios trayectos y la ropa solía chamuscarse. Aun así, me salvó la vida muchas veces.

No teníamos jerarquía, pero la guerra tiene su propia dinámica. Parecía que yo tenía talento para ello, y la mayoría se contentaba con seguir mis consejos. Algunos no. Pero todos nos enfrentábamos al mismo enemigo. Así que una fuerza de sesenta aceptó acompañarme. Otros cien querían quedarse con los aviones, pilotarlos y luchar desde ellos como infantes de marina. El resto, y los heridos, debían ir al norte en los coches, hacia las minas y la seguridad. Era

evidente que en cuanto atacáramos la base senaariana en Als tendríamos que abandonar las cuevas, porque el enemigo contraatacaría con una mayor fuerza aérea e intentaría aniquilarnos. Nuestra única defensa en esta situación, pensé, era dispersarnos, aunque los pilotos y los infantes de marina no estaban de acuerdo y me escupieron, diciendo que podían arrebatarle el control del aire a Senaar. Luego comimos, preparamos provisiones y nos separamos. La mayoría condujo hacia el norte; yo tomé tres coches y conduje hacia el sur. Estaban tan llenos de raciones que la mayoría de las tropas terrestres tuvieron que caminar junto a ellos.

Faltaba una hora para el Susurro Vespertino cuando nos pusimos en marcha. Ordené que todas las armas se escondieran bajo la ropa o se deshicieran de ellas de alguna otra manera (lo cual fue fácil, porque un arma de aguja es ligera y compacta). Cualquier satélite que nos viera podría confundirnos con refugiados; una precaución innecesaria en retrospectiva, ya que los satélites estaban desactivados. Nuestros globos nos hacían parecer regordetes, como ancianos dando un paseo vespertino. Condujimos los coches hacia el este y los aparcamos al abrigo de una duna, cubriéndolos con tela de sal. Luego avanzamos en el crepúsculo hacia el mar. Todo estaba perfectamente sincronizado. Nuestro ataque tenía que ocurrir exactamente a la hora del Susurro, cuando nadie lo esperara.

Esto significaba que los sesenta nos tumbamos contra el lado de viento de una duna bajo la luz violácea durante diez minutos, esperando a que el viento comenzara a levantarse. Yo me tumbé más cerca de la cima y empujé un tubo de observación hasta el fondo del pináculo, de modo que el extremo brillaba un poco por el otro lado (pero las cimas de las dunas siempre brillan con blancos, plateados, rojos y morados al atardecer, así que ningún centinela lo notaría). Y allí estaba el campamento. Dos aviones aparcados, de estructura rígida y apilados contra el viento vespertino. Luego estaban los puestos de centinela, también apilados contra el viento. Vi también bloques, que debían ser suministros, y una planta portátil para desalinizar el Aradys. Había tres centinelas, pero entrarían cuando llegara el viento. El resto de la fuerza estaría dentro, comiendo. El otro avión (porque sabíamos que había tres) claramente seguía en el aire; y aterrizaría muy pronto, o bien ascendería por encima de los vientos huracanados para mantenerse a salvo de las partículas corrosivas. En cualquier caso, el momento se acercaba.

Así que saqué el tubo e hice una señal con el pulgar hacia la izquierda y hacia la derecha. Atacaríamos cuando me pusiera de pie; y terminaríamos el ataque con nuestras mochilas cuando disparara una bengala amarilla desde mi hombro. Luego nos reagruparíamos junto a los coches y adoptaríamos una posición defensiva; aunque esperaba que

causáramos suficiente daño como para evitar un contraataque.

Ya casi era la hora. Y el viento empezaba a soplar a nuestras espaldas. Me puse la máscara, como todos los demás, para cubrirme la cabeza y el pelo. Aun así, con la protección puesta, empecé a sentir el pinchazo de los cristales de sal que caían como pequeñas punzadas.

Entonces, en esos momentos previos a la pelea, ¿qué sentí? Porque había nerviosismo, por supuesto. Y una repentina y dolorosa comprensión de que podía morir, que en cuestión de minutos podía estar muerto. Pero no fue una epifanía temblorosa; y razoné como la muerte sin *sentirse* como tal. Se sintió como estar vivo. Podía sentir cada parte de mi cuerpo, cada dedo de la mano y cada dedo del pie. Podía sentir la presión de mi corazón contra su membrana protectora mientras succionaba y expulsaba. A medida que el viento arreciaba a nuestras espaldas, y los granos de sal comenzaban a picar en la nuca, o en la parte posterior de las pantorrillas a través de los pantalones, esta sensación crecía en mi vientre. Crecía como un embarazo acelerado cien veces; crecía con mi euforia.

De repente, todo se oscureció y el aullido del viento me envolvió. El universo se había reducido a ese instante, y yo permanecía de pie. Apenas me percaté de la fila que se alineaba a mi derecha e izquierda, y apenas me di cuenta de que me seguían mientras ascendíamos la duna.

Corrimos.

Primero, bajando la duna, con la disminución del sonido y la reducción del chispeante punzante del Susurro: pero solo una reducción, una caída de tono como una composición musical. Los talones clavándose en el suelo blando, medio deslizándose, medio corriendo con una exageración ridícula y cómica, levantando las piernas muy alto y plantándolas mucho más adelante de lo normal.

Entonces, de repente, nos topamos con la sal compacta y dura de la playa de Aradys. De pronto, corríamos a toda velocidad, nuestros pies azotando la escasa hierba salina, el suelo bajo nosotros humeando con una fina capa de sal azotada por el viento. El Susurro era ahora feroz, y la lluvia de granos de sal, intensa. Nos balanceaba mientras corríamos, intentando derribarnos (algunos cayeron, aunque no me di cuenta en ese momento). El escozor se había convertido en un dolor intenso, que nos golpeaba como agujas en cada parte del cuerpo a la vez. Pero en ese instante, el dolor apenas se percibía; o quizás solo era un estímulo. Puede que gritara mientras corría. Realmente no lo recuerdo. Daba igual. Ninguna voz humana podía contrarrestar la inmensidad del Susurro.

Y entonces, mi recuerdo del enfrentamiento es igualmente preciso. Recuerdo detalles, iluminados como si fueran

escenas, más que la narración completa; eso se fue reconstruyendo después al comparar nuestras historias. Así que sé que recorrimos el terreno entre la última duna y el campamento; que los centinelas se refugiaban del dolor del Susurro del Diablo y, por lo tanto, apenas nos notaron; que fueron sensores automáticos los que los alertaron; y que (evidentemente) los centinelas se negaron incluso a prestar atención a estos sensores. Suponemos que a menudo fallaban durante el Susurro.

Así que rodeé la primera caseta de centinela y nadie vino a enfrentarme. Tuve que dejar de correr, lo cual se sintió mal después de la euforia de la carrera. Pero tuve que tirar de la caseta para abrirla. Cuando la escotilla se abrió de golpe, el guardia ni siquiera salió, solo levantó la vista con una expresión de asombro. Le disparé con una aguja en la cara y levantó las manos. Mientras caía hacia adelante, le disparé más agujas en la nuca. Los otros dos centinelas estaban fuera de sus casetas, con sus gafas puestas y sus armas en alto, pero murieron antes de que pudieran disparar. Les hice señas a los rezagados para que avanzaran: eran más lentos porque llevaban munición más pesada. Estas las colocamos usando las casetas de centinela como cobertura y apuntamos a la maquinaria de suministro y a los aviones. Tendríamos que perder esta munición, porque no podíamos llevarla con nosotros cuando saliéramos, pero era rudimentaria. Tubos, procedentes de un software de construcción, bloqueados en un extremo, contenían

explosivos de detonación de estilo antiguo accionados por propulsores de fuegos artificiales. Cada uno estaba tripulado, y había cuatro de ellos.

Entonces les indiqué al resto que avanzaran. Aún no nos habían detectado, pero la instalación del equipo había llevado tiempo y el viento ya había superado su peor momento. Empezamos a recorrer el terreno del campamento. Algunos fueron detrás de las tiendas de campaña de los barracones y hacia el agua; yo me quedé de este lado de los edificios y me desvié un poco hacia los aviones. Ahora sangraba por dentro de mi ropa, por cien pequeñas perforaciones. El dolor no me molestaba mucho, pero, curiosamente, recuerdo sentirme incómodo por la sensación de humedad resbaladiza dentro de mi traje.

Los aviones, sin embargo, estaban tripulados en todo momento, y cuando el Whisper comenzó a perder potencia y el aire empezó a despejarse, alguien debió habernos visto desde uno de ellos. En cualquier caso, hubo alguna señal de alerta, y de repente tropas enemigas armadas y uniformadas salieron de las dos tiendas de campaña.

Entramos en combate, pero aquí solo recuerdo fragmentos. La lucha fue onírica, silenciosa entre el rugido del viento. No caí al suelo, aunque algunos lo hicieron para cubrirse, sino que me agaché un poco sobre mi arma y comencé a disparar agujas a los blancos. Recuerdo esos disparos, porque tenían la fluidez de la música: mi dedo en

el botón, el silencioso chasquido del metal apenas visible, el blanco cayendo como desinflado. Las agujas pasaban zumbando a mi lado. Luego recuerdo estar de rodillas, disparando mi rifle rápidamente, maldiciendo, dándome cuenta demasiado tarde de que el cartucho estaba vacío. Entonces (esto suena ridículo cuando lo cuento, pero así fue) me puse de pie y, lentamente (porque tenía los dedos entumecidos y sangrando a través de la tela de los guantes), saqué el cartucho viejo y lo dejé caer al suelo. Luego busqué a tientas un cartucho nuevo, un círculo del tamaño de la palma de la mano, en una cartuchera. Esto me llevó muchos, muchos segundos. Luego lo coloqué en su sitio y volví a arrodillarme para empezar a disparar.

El viento casi había amainado; solo quedaban unos pocos fragmentos de sal que revoloteaban en el aire. Hacia el oeste, el cielo se despejaba (lo peor que podía hacer el viento sobre el Aradys era levantar algunas olas grandes) y la luz mejoraba. Me puse de pie y corrí hacia un grupo de alsistas.

Fue entonces cuando se detonaron los morteros, y se oyó un *estruendo instantáneo* y un estallido espectacular de luz y llamas. La onda expansiva nos alcanzó y nos derribó de un solo golpe. Todos caímos al suelo, pero me giré para mirar hacia arriba y vi los aviones y la maquinaria desalinizadora atrapados en las llamas. Un mortero había impactado en la tienda, pero la tela (aunque resistente al viento) era

demasiado fina para detenerlo, y la carga atravesó ambas paredes y cayó al agua.

Como ya lo esperábamos, fuimos los primeros en ponernos de pie, y entonces algunos senaarianos se levantaron con dificultad, convirtiéndose en blancos fáciles. Clavé agujas en tres o cuatro de ellos y luego me apresuré a reclamar sus armas. La luz del fuego brillaba con un resplandor infernal. Uno de los hombres, con agujas clavadas en ambos pulmones, me agarró el tobillo con espasmos; lo zafé.

Recuerdo haber sentido un pinchazo en el pie, algo que no significaba nada. Más tarde, resultó ser una herida de aguja en el talón. Uno de los senaarianos, tendido en la sal, aprovechó la situación para disparar a baja altura, y la aguja me atravesó la bota por completo. Pero en ese momento ni siquiera me di cuenta de que estaba herido. Metí un fajo de armas en una bolsa bajo el brazo y volví corriendo. Recuerdo haber tropezado con un cadáver, caerme y volver a levantarme; pero no sé de quién era el cuerpo, si de un alsista o de un senaariano.

El tercer avión regresó, con el fuselaje ennegrecido, mientras se elevaba sobre el fuego: había descendido a baja altura desde el mar y luego ascendido bruscamente sobre el campo de batalla. Por un instante permaneció inmóvil sobre las llamas, congelado, y luego se alejó sobre nosotros con un rugido que sonaba a furia. A corta distancia, el avión no

podía hacer nada sin herir a sus propios hombres, pero si retrocedíamos o intentábamos reagruparnos, nos castigaría.

Fue entonces cuando lancé la bengala, y aulló en mi oído izquierdo mientras ascendía como un cohete. Era hora de saltar. Este fue el peor momento, porque las mochilas de hombre no habían sido probadas, y ninguno de nosotros sabía realmente si funcionarían. Conocíamos la teoría: que debíamos inclinarnos en la dirección a la que queríamos ir (e inclinarnos en dirección contraria al agua si no queríamos caer al mar), y mantener las manos delante de nosotros para evitar que se quemaran con la explosión de detrás. Pero después de tirar de mis globos para que cobraran vida, y mientras esperaba a que bombearan el aire y quitaran algo de mi peso, hubo tres o cuatro segundos en los que me invadió el terror. De alguna manera, morir en batalla no parecía tan terrible como morir en un vuelo fallido, como caer del cielo y aplastarme contra el suelo. El terror me paralizó, pero el sistema era automático. Tirar de los motores de los globos puso la mochila en vida cronometrada, y no había nada que pudiera hacer. Sentí que los globos me aligeraban; Recuerdo perfectamente cómo disminuía la presión de mis pies contra las suelas de mis zapatos.

Entonces, se oyó un chillido, un aullido, y empecé a gritar. Sentí un nudo en el estómago y ganas de vomitar. Me dolió la cabeza y tragué saliva. Pero solo entonces me di cuenta de que el suelo estaba lejos, que el aire silbaba a mi lado.

Miré hacia abajo y vi mis pies, ligeramente encogidos. Y entre ellos vi el campo de batalla, extendido como el juguete de un general. La línea trazada por el agua en un extremo y las ondulaciones de las dunas en el otro. Y en medio, todo el daño que habíamos causado: las manchas de humo negro bordeadas de fuego, apenas visibles debajo; los cuerpos dispersos como excrementos de conejo, esparcidos por el suelo. Algunos puntos seguían corriendo. Pero entonces levanté la vista hacia el horizonte aún brillante y el cielo luminoso que lo cubría, y luego miré de reojo el aire que se oscurecía, y vi que estaba salpicado de otros soldados que volaban.

Grité con una euforia repentina e incontenible; grité en voz alta.

El descenso fue una experiencia bastante desalentadora. Cuando empecé a caer, ya era de noche; estábamos varios kilómetros al este y la fuerza del viento se había dispersado por muchos lugares. Pero consultamos la brújula y nos dirigimos hacia los coches. Para mí, esta fue la parte más difícil de la operación, porque me dolía mucho el pie. Quizás el vuelo lo había empeorado; quizás simplemente no me había dado cuenta de lo que me dolía con la adrenalina del combate. Cojeaba y avanzaba lentamente, y cuando llegué a los coches, casi todos habían llegado.

Recuerdo muy bien aquella caminata en la oscuridad; porque incluso con el dolor en el pie, e incluso con la

incertidumbre en mi pecho sobre cuántos de nosotros habíamos sobrevivido, y si Senaar se estaba preparando para contraatacar, a pesar de todo, era consciente de una maravillosa sensación, casi religiosa, en mi interior, un sentimiento creciente que supongo que podría describir mejor con una palabra que he usado poco para referirme a mí mismo y a mis sentimientos: *paz.* Había algo extraño en esta satisfacción, pero aun así creció allí; y cuando regresé al coche y me desafiaron, sentí que crecía y florecía dentro de mí.

Perdimos a siete personas, entre muertos y heridos. O, para ser precisos, muertos o heridos, que luego murieron, porque cualquiera que estuviera demasiado herido como para saltar con su mochila habría muerto sin duda. En cualquier caso, nunca volvimos a ver a esos siete. Pero, aunque nos habíamos preparado, no hubo contraataque esa noche.

Me quité la bota y me curé la herida con un simple vendaje. No había posibilidad de regenerar la piel, y habíamos dejado atrás con gusto las costumbres de la civilización. En vez de eso, me vendé el pie y me volví a poner la bota. Me quité la chaqueta y la ropa de abrigo para ver si podía hacer algo por mi piel. Pero estaba completamente arañada por el Susurro, toda roja y con aspecto bastante inflamado. Decidí que lo mejor era dejarlo así, así que me cambié de ropa. Mi traje de guerra estaba un poco desgastado por el viento, pero aún se podía usar. Di una

vuelta por los vagones un rato, y todos me hablaban en voz baja y emocionada.

Finalmente, entré en uno de los vagones y me acosté en una litera. A pesar del doloroso hormigueo en el lado sobre el que estaba recostado, me dormí fácilmente. Lo que recuerdo de ese sueño es que soñé. Soñé con el Diablo. Era un hombre alto y delgado, con una nariz tan pequeña que apenas era un pliegue, pero con grandes ojos y párpados gruesos como mantas de tela que se deslizaban sobre sus ojos. Vestía un abrigo y una falda escarlata, y era blanco como la sal. En el sueño, yo estaba arrodillado a su espalda, sujetando el dobladillo de su falda, y me impresionó la fuerza de sus pantorrillas y cómo el vello de sus piernas corría en líneas perfectas, como limaduras de hierro atrapadas en las líneas de fuerza de un imán. Cuando me puse de pie, me encontré (aunque no me moví a su alrededor, y él no se giró) cara a cara con él, y sonrió. Era una sonrisa aterradora. Le dije, como si fuera un partidario de la jerarquía: «Ahora debo pedirte mi pago». Él se rió y dijo que en su utopía solo existían el intercambio, el trueque, no el dinero. «Y ya lo entiendes», dijo, «porque te has convertido en eso. Comprendes que te pago con placer y que tú me devuelves el intercambio pagándome con tu dolor. De esta forma, ambos quedamos satisfechos».

Fue un sueño inquietante.

Por la mañana, después del Susurro, trasladamos los coches hacia el este.

Barlei

No cabe duda de que tuvimos muy mala suerte al comienzo de la guerra. Los alsistas atacaron durante el Susurro del Diablo, algo que, lo admito, no esperaba. Su fuerza era numerosa pero indisciplinada, y causó grandes daños en un ataque terrestre inicial. Pero una muestra de la indisciplina de los alsistas en todos los asuntos militares es el tiempo que tardaron en desplegar sus fuerzas aéreas. En lugar de coordinarlas con el ataque, esperaron varias horas antes de desplegarlas. A veces pienso que su error fue fruto de una mala planificación; las fuerzas terrestres querían aprovechar la cobertura que ofrecía el Susurro del Diablo (lo cual era una buena idea), pero la fuerza aérea no podía volar a baja altura en esas condiciones. Sin embargo, en lugar de atacar en cuanto amainó el Susurro del Diablo, los alsistas decidieron esperar hasta que oscureciera por completo, ¡como si temieran atacar incluso al anochecer! Dada la facilidad con la que se puede detectar cualquier aeronave de

gran tamaño, tanto de día como de noche, fue una decisión muy desacertada. Y les costó muy caro.

No existen imágenes del ataque inicial, pero las grabaciones de la batalla aérea son, con razón, famosas. Me han elogiado por mi previsión al desplegar toda la fuerza aérea de Senaar, pero la verdad es que tiene menos que ver con mi previsión y más con la voluntad de Dios. Recuerdo los primeros informes, distorsionados (porque la transmisión a través del Susurro siempre es difícil), pero descifrables. Al principio no estaba claro quién nos atacaba, si el Convento había lanzado un asalto o si era Als, pero en cualquier caso necesitábamos apoyo aéreo para los asediados.

Senaar se encuentra a unos sesenta kilómetros al este de Als, y el Susurro desapareció de nuestro alcance minutos antes de que llegara allí, así que pude ordenar el despegue de nuestros aviones antes de que se completara el asalto. Sabía que algunos de nuestros aviones habían sido destruidos en tierra, aunque desconocía cuántos; pero actué como si hubiéramos perdido todo el apoyo aéreo y lo hice con rapidez. Los aviones volaron hacia el norte, bordeando el flanco en retirada del Susurro, y avanzaron con dificultad entre turbulencias (nuestros pilotos son los mejores) a velocidades supersónicas.

En el campo de batalla, las tropas terrestres, al encontrar mayor resistencia de la que quizás habían previsto, se retiraron en cuanto cesó el fuego enemigo. Durante más de

una hora reinó la calma, y nuestras tropas se reagruparon, controlaron el fuego y evaluaron a sus bajas. Entonces, los alsistas atacaron de nuevo, esta vez desde el aire.

Su superioridad numérica inicialmente superó a la única nave senaariana superviviente, a pesar de su escaso armamento y la falta de experiencia bélica de sus pilotos. De hecho, la verdad (y quizás esto ponga fin a las discusiones inútiles que rodean este tema) es que nuestros pilotos no estaban seguros al principio de a quién pertenecían los aviones. La primera suposición fue que pertenecían a Convento: no un motivo para bajar la guardia, por supuesto, pero sí una explicación.

Los aviones que envié llegaron poco después de que el avión base resultara gravemente dañado (aterrizó y todos los tripulantes, excepto uno, sobrevivieron). La visión de una fuerza superior llenando el cielo aterrorizó a las tripulaciones de alsistas. Huyeron, volando hacia el sur sobre el desierto nocturno, y nuestros pilotos los persiguieron. Seguramente habrán visto las imágenes mejoradas de esta batalla, una batalla gloriosa. Pero intenten imaginarla como la vieron los pilotos. Lanzados a la batalla de la nada, volando medio mundo a velocidades muchas veces superiores a la del sonido, y luego enfrentándose inmediatamente al enemigo. Viéndolos desaparecer del aire iluminado por la luz anaranjada sobre el campamento aún en llamas, donde los focos los iluminaban, en la oscuridad absoluta del sur.

¡Y los persiguieron! ¡Claro que sí, porque eran nobles guerreros del espíritu de Senaar! Los siguieron con los instrumentos... los mismos instrumentos que graban todo para las compañías de fotografía en casa. Esquivan y se dispersan, pero sois más y sois mejores pilotos. Y así, asumís la inevitabilidad de la situación: supongo que esa es una definición de la guerra. Os acercáis a la parte trasera de uno de los enemigos, la aceleración os empuja contra el respaldo del asiento del piloto; y sentís el hermoso clic cuando las armas se fijaron, y el rugido espiritual de su disparo. Dos agujas de luz que se extienden a través de la oscuridad hacia la mancha de oscuridad, oculta en la oscuridad, que es el enemigo. Tal vez cerráis los ojos en oración.

Y hay luz. Y un derrumbe de escombros, cayendo a los niveles infinitos de sal que hay debajo.

Algunos historiadores consideran este enfrentamiento la primera batalla aérea; pero ¿por qué debemos ponerle nombre a las cosas? Les recomiendo: descarguen las imágenes en su pantalla y véanlas de nuevo. ¡Nunca olviden la historia!

Petja

Tenía reparos en usar los coches, pensando que podrían ser fácilmente rastreados por satélite, pero la suerte nos salvó. Los satélites senaarianos habían sido desactivados por la campaña bélica del Convento y, para cuando volvieron a funcionar, ya habíamos enterrado los coches a salvo en el desierto, al noreste de Senaar.

Dedujimos la desactivación de estos satélites al segundo día de nuestro viaje hacia el sur. Había mucho tráfico aéreo que monitorear, en efecto. La mayor parte era de Convento, ya que informaban del creciente despliegue senaariano en la orilla este del Aradys. Informaron de la batalla una y otra vez, y fue a través de ellos que supimos de la destrucción de los pocos aviones alsistas. Pero esto ya lo podíamos haber deducido, porque hacia el final de la tarde del segundo día nos topamos con una gigantesca huella de metal ennegrecido, que se extendía como una mancha divina sobre el blanco puro de la profunda sal del desierto. No tardamos mucho en descubrir que se trataba de los restos de uno de esos aviones. Partes de él se habían fundido y reformado en formas extrañas y artísticas: la obra de un escultor ciego y fortuito que, sin embargo, me pareció exquisita. Hermosa y preñada de muerte. Otros restos estaban casi intactos, salvo por los trozos irregulares que habían quedado esparcidos por el suelo desde cierta altura. Encontramos algunos cuerpos reducidos a esqueletos

carbonizados. Otro cuerpo tenía la piel bronceada como por el sol, pero le faltaba la barbilla y sus dientes marrones parecían morder el aire eternamente. No reconocimos a nadie.

Algunos decían que enterráramos a los muertos, pero yo insistí en que nos diéramos prisa. Mi plan original era avanzar hacia el sur hasta atraer a las fuerzas aéreas y luego intentar enfrentarlas con misiles, pero era un plan arriesgado y probablemente nos habría costado la vida. Ahora pensaba que tendríamos unos días antes de que los senaarianos repararan sus satélites, y que podríamos aprovechar ese tiempo para trasladar los coches hacia el sur y ubicarlos bajo la sal. Ahora, pensaba, Convento entraría en la guerra y podríamos actuar como guerrilleros y atacar la ciudad natal de los senaarianos y su cadena de suministro. Me parecía una excelente manera de hacer la guerra, porque podríamos causar mucho daño a Senaar y matar a muchos senaarianos. Más allá de eso, no tenía muchas ideas.

Y así continuamos nuestro camino, observando pasivamente los informes, a veces contradictorios pero generalmente claros, sobre el desarrollo de la guerra entre Senaar y Convento. De vez en cuando oíamos el estruendo de los aviones a reacción que se alejaban hacia el oeste, moviéndose de sur a norte o de norte a sur. Pero nunca los vimos, ni ellos a nosotros.

Y así seguimos adelante, y la mayoría de nuestras heridas sanaron, y estábamos listos para luchar de nuevo. Algunas abrasiones permanecieron obstinadas, abiertas y sangrando. Había zonas de mi piel que me picaban constantemente y estaba quemado por el sol; como todos nosotros. Se desprendían trozos de piel sobrante (*hörerparm)*, tan transparentes y fantasmales como excrementos de lagarto. Recuerdo que una noche descubrí un lunar en la nuca que no había notado antes, y que nunca me había molestado; pero en cuanto empecé a rascarme, me picaba cada vez más, y la sangre se extendió por toda la espalda de mi camisa. Dormí poco esa noche.

Finalmente, aparcamos los coches al abrigo de una larga duna, a veinte kilómetros al norte del dique de Senaaria, y los hundimos en la gran duna a mano. Colocamos tablones de techo en el interior de la duna y luego retiramos la sal de debajo con palas mecánicas para hacer un túnel. Metimos los coches a la fuerza y luego los volvimos a llenar de sal. Cuando terminamos, ya casi era hora de que llegara el viento, así que nos retiramos a los coches y el Susurro terminó nuestro trabajo, alisando los bordes ásperos que habíamos dejado en la duna y lamiendo la forma a nuestro alrededor.

Barlei

Finalmente estalló la guerra con Convento, con la retirada oficial del personal diplomático de Senaar. Algunos me han acusado de ser despiadado en la guerra, pero entiendan esto: en toda la guerra que libramos contra Convento, actuamos con honor, porque nuestro enemigo lo hizo. Convento es una nación religiosa y obedeció las reglas de la guerra. Luchamos, matamos a los suyos, ellos mataron a los nuestros, pero en todo momento supimos que podíamos respetar a nuestro adversario. No así a Als: Als nunca fue una nación en guerra, sino una turba de terroristas sedientos de sangre. Y tal vez piensen que uso la palabra *terrorista* a la ligera, pero por supuesto que no. Convento luchó contra nosotros en campos de batalla, generalmente en la árida tierra de sal. Als luchó contra nosotros en nuestras propias calles y hogares, matando civiles y soldados sin distinción. Convento libró una guerra porque su gobierno la debatió y la declaró. Los alsistas lucharon simplemente porque era su naturaleza bestial luchar. Nunca hubo debate alguno en Als, ni declaración de guerra por parte de autoridades, porque Als nunca tuvo gobierno, autoridades ni civilización de ningún tipo. Ahora bien, seguramente estarán de acuerdo en que no puedo llamar soldados a los alsistas; de lo contrario, me vería obligado a llamar «soldado» a todo individuo desequilibrado y rencoroso; todo asesino y

criminal afirmaría estar en guerra. Por supuesto, un individuo no puede declarar la guerra; solo un gobierno puede hacerlo. Es de suma importancia para la ley y el orden que distingamos entre ambas cosas.

Primero, Convento nos combatió en el aire, y soy lo suficientemente hombre como para admitir que lucharon bien. Perdimos todas nuestras aeronaves excepto dos, y esas dos regresaron a casa con graves daños, de tal manera que fue un milagro, o una prueba de la habilidad de los pilotos, que lograran regresar. Hubo murmullos entre la gente por esto; corrió el rumor de que me había dejado engañar por la facilidad de nuestra primera batalla y me había confiado en el aire. Pero la verdad es que Convento sufrió pérdidas casi tan grandes como las nuestras, y que la supremacía aérea no se le concedió a ninguno de los dos. También hubo algunas escaramuzas terrestres, con la base reforzada en Als.

Pero la guerra con Convento duró lo que una guerra debe durar: en tres semanas me reuní con el presidente de Convento en Yared y firmamos protocolos que pusieron fin a las hostilidades entre nosotros. Ambos éramos pueblos honorables. Convento accedió a permitirnos una base militar en el emplazamiento de la antigua Als (necesaria en parte para hacer frente a los repetidos ataques terroristas desde las montañas del norte y en parte para facilitar la pesca de anguilas saladas y otros cultivos: había una gran escasez de alimentos en aquel momento). A cambio,

acordamos no volar al oeste del séptimo meridiano, no realizar operaciones militares en territorio de Convento, etc.

El vicepresidente me confió (porque, en efecto, estos grandes estadistas también son gente común, y charlamos y cotilleamos como cualquier ama de casa) que muchos en Convento estaban preocupados por la expansión de los alsistas en las montañas al norte del Perse. Ahora no eran más que bandidos; se dedicaban a robar comida, asaltar a los viajeros y, en general, a agredir la zona. De hecho, albergaba la esperanza de que en algún momento Convento pudiera unir fuerzas con nosotros para expulsarlos de las montañas. Sin cobertura aérea (y los pocos aviones que nos quedaban estaban ocupados principalmente abasteciendo la base con lo necesario), era una misión a baja altura, tortuosa y peligrosa.

La situación se complicó aún más por el hecho de que un segundo grupo terrorista se hubiera atrincherado en algún lugar del sur. Con la negociación de la paz con Convento y la ocupación de las ruinas de Als, la guerra prácticamente había terminado. Resultaba muy frustrante que tantos alsistas se negaran a aceptar este hecho. Claro que podrían haber firmado un tratado y reconstruido su ciudad (probablemente con una fuerza policial vigilante de senaarianos, pero el restablecimiento del orden público solo les habría beneficiado). En cambio, optaron por guardar rencor.

Recuerdo haber llamado a Jean–Pierre a mi despacho. Había liderado a sus hombres con distinción en las breves hostilidades contra Convento, pero ahora tenía una tarea más ardua para él. «Amigo mío», le dije. «Hemos ganado la guerra; simplemente el enemigo se niega a aceptarlo. Debemos obligarlo a aceptarlo».

Recuerdo su sonrisa… ¡su sonrisa! Disculpen si me emociono un poco. El simple recuerdo de él me hace llorar. Incluyo enlaces a imágenes suyas, firme y con su uniforme completo. Hagan clic en los enlaces y verán lo que yo vi aquel día.

«Gran Líder», dijo. «Esos anarquistas deben comprender la Voluntad de Dios, y si no la comprenden, yo haré que la comprendan».

—Puedo contar contigo —dije, estrechándole la mano—. Senaar puede contar contigo.

Al día siguiente partió hacia el norte, volando con cuatro aviones y un contingente de tropas frescas, con la misión de mantener pacificada la costa oriental del Perse. ¿Acaso lo consideraba mi hijo? La comparación con otra relación sagrada entre Padre e Hijo no es, sin duda, blasfema. A veces me despierto en la madrugada, y una vez, estando en una capilla durante el Susurro Matutino, tras haber pasado la noche allí, pronuncié las palabras en voz alta, con la esperanza de llegar a mi Creador. ¡Sacrificio! ¡Sacrificio! ¿Por

qué *debe* ser este el principio de lo espiritual en este universo? Pero el silencio, el silencio puro y limpio de la cripta, es mi respuesta. Si flaqueo, como a veces tiembla la carne, entonces en mi alma sé que solo en el sacrificio reside la verdad.

Recuerdo estar de pie en una oficina con vista al aeródromo, mientras Jean–Pierre se acercaba, con su apuesto rostro contraído por las sonrisas mientras reía con sus compañeros, caminando a grandes zancadas por el campo hacia su avión. Observé cómo el avión surcaba el aire y lo transportaba hacia el norte.

Nunca lo volví a ver.

Petja

Al principio operábamos de noche, avanzando sigilosamente hacia el sur y minando el Gran Dique que había soportado el impacto del Susurro. Me sorprendió que Senaar hubiera dejado sin vigilancia ese gran tramo del dique, pero claro, era una construcción muy extensa y quizás habría requerido demasiados soldados para protegerlo por

completo. Dejamos los explosivos enterrados en la estructura, como gusanos durmiendo en la carne.

Al norte del dique había terrenos más áridos, donde las cúpulas de sal sobresalían de la capa superficial de sal y se erosionaban lentamente adquiriendo formas extrañas. Como nuestras capas destacaban en ese terreno, no me quedé mucho tiempo.

Regresamos a los coches y tomamos nuestra comida diaria. Escuchando el tráfico aéreo, dedujimos que los satélites alsistas aún no funcionaban correctamente. Tomé a nuestro pelotón de cincuenta y cuatro hombres, con raciones dobles, y marché hacia el suroeste. Cuando el Susurro comenzó a atacarnos por la espalda, nos apresuramos a la siguiente duna y nos refugiamos en la ladera protegida del viento, envueltos en nuestras capas. Éramos como animales, nativos del planeta. En un día llegamos a una amplia extensión de sal endurecida, donde muchas ruedas habían compactado los granos formando un camino. Había poca protección junto al camino, así que nos vimos obligados a retroceder unos treinta metros. Aun así, solo esperamos media hora antes de que un convoy de tres vehículos apareciera en el horizonte y comenzara a avanzar por el camino.

Ordené detener el primer camión con una granada de sodio, disparada desde un poste. Las ventanas de la cabina se rompieron con la explosión, dejando entrar el fuego.

Alguien cayó por la puerta lateral, pero ardía con tanta intensidad que simplemente se desplomó al suelo. Uno de los camiones que venía detrás se detuvo, y sus ocupantes salieron disparando con sus armas de aguja. El otro se apartó de la carretera y avanzó más lentamente por la sal sin marcar, con granos saliendo disparados de sus ruedas traseras giratorias. Ordené que las granadas detuvieran ese camión, aunque la lanzadora falló en su segundo y tercer intento; mientras tanto, ordené a todos que cargaran. Cubrimos el terreno rápidamente, disparando agujas en ráfagas continuas. Mi cobertura izquierda cayó, simplemente se dobló hacia adelante con un sonido *sordo* y se desplomó sobre la sal. En el silencio del día podía oír las agujas silbando; y brillaban al sol, como rayos de luz en un diagrama óptico. Una de ellas me alcanzó en la mano y me abrió un agujero a lo largo del dedo meñique: me dolió mucho más que la herida más grave que había recibido en Als.

¿Por qué les cuento sobre esta incursión con tanto detalle? Había algo en ella; el sol tan brillante y puro, tal vez. La visión (puedo cerrar los ojos y la imagen vendrá a mí como recién sacada de aguas cristalinas) de los grandes camiones detenidos, sacudiéndose y expandiéndose en perspectiva mientras corría hacia ellos. De los senaarianos sin máscara agachando la cabeza para apartarse del camino, alrededor del morro del coche, tratando de mantenerse a cubierto. Pero eran una fuerza pequeña, y nosotros éramos cuarenta

y cuatro. Tres de nosotros morimos, y uno (un hombre llamado Sebestyen, como las montañas) recibió dos heridas de aguja en la parte baja del abdomen. Su dolor era terrible, y poco podíamos hacer. Dos se ofrecieron a arrastrarlo sobre su capa de regreso al coche, donde podría recostarse y recuperarse, lo cual no era poca cosa, ya que lo arrastraron durante un día y medio, deteniéndose en cada Susurro para enterrarse con él, y luego comenzando de nuevo. Y en una ocasión fueron alcanzados por un zumbido desde el aire, y tuvieron que darle la vuelta (sus gritos de dolor, dijeron, eran intensos) y a sí mismos para esconderse bajo sus capas. Lo arrastraron todo ese camino y finalmente murió de todos modos. Después, hablé con uno de ellos, y me dijo que estaba muy preocupado por cómo la sangre de las heridas de Sebestyen seguía derramándose sobre la sal, rojo brillante sobre blanco brillante, y los dos seguían pateando sal sobre ese rastro y esperando que no se viera desde el aire.

Un camión escapó, acelerando ruidosamente, reincorporándose a la pista y alejándose a toda velocidad hacia el horizonte norte; otro camión quedó destrozado. Pero capturamos el tercero, y un grupo de doce de nosotros le dimos la vuelta y condujimos hacia el sur; el resto se rezagó. Efectivamente, después de diez minutos, vimos dos puntos en el aire hacia el sur, y oímos voces roncas por la radio ordenándonos detenernos y rendirnos. Así que presionamos el botón del acelerador con un respaldo y

salimos disparados del vehículo. Luego corrimos hacia las dunas occidentales más cercanas y nos tiramos al suelo con nuestras capas como camuflaje para observar cómo el enemigo destruía su propio vehículo. La explosión fue magnífica.

El avión pasó por encima de nosotros, pero no pudo localizarnos contra la sal y se alejó. Desde allí, marchamos con nuestras tropas hacia el oeste y llegamos a la vía férrea principal que conecta Senaar y Yared. Este era el objetivo de nuestro ataque: destruir la estación de tren de Senaar. Para ello, colocamos cuidadosamente nuestras bandejas de explosivos, de modo que quedaran suspendidas sobre la vía (tuvimos que desmontar el parabrisas), y luego las lanzamos a doscientos kilómetros por hora para que detonaran en el centro de la ciudad.

Tras deshacernos de nuestros paquetes, nos dirigimos rápidamente hacia el oeste. Por desgracia, fuimos avistados desde el aire. De nuevo, nos tumbamos camuflados, pero el avión voló bajo de todos modos y comenzó a ametrallar nuestras posiciones, así que nos vimos obligados a trepar, desinflar nuestros globos y saltar hacia el este.

El avión nos siguió, por supuesto, pero nuestros saltos fueron dispersos, lo que impidió que pudiera atacar a un grupo en particular. De los doce que viajaban conmigo en el coche, tres murieron, y uno falleció cuando su mochila de paracaidismo falló y lo dejó caer de cabeza. Encontré su

cuerpo; tenía la cabeza ladeada sobre el hombro, como si estuviera dormido. Nos preocupaban, claro que sí, las consecuencias de esto, pero nuestras mochilas eran demasiado importantes para nuestra forma de hacer la guerra como para dejar de usarlas.

Nos reagrupamos y nos dividimos en varios grupos. El primero, al que me uní, bordeó la Gran Carretera del Norte por el este, descendiendo hasta llegar a las dependencias y los suburbios del norte de Senaar. Allí desplegamos las armas de guerra más curiosas: dispositivos modificados a partir de un software de juguete para niños instalado en nuestro coche. Pequeños detonadores de fusión, suspendidos de globos y equipados con diminutos motores de ventilador. Al inflar los globos, estos flotaban a tres metros del suelo y comenzaban a desplazarse lentamente. Sin duda, no parecen armas de guerra muy prácticas: su lentitud, la facilidad con la que se deshacían y se desmantelaban. Pero les pusimos una mecha de treinta minutos y los dejamos flotar, zumbando como insectos. Luego nos escondimos, agazapados tras un gran cobertizo. Exactamente a los doce minutos, detonamos las cargas que habíamos colocado días antes en el Gran Dique. Estábamos a muchos kilómetros del dique, en las afueras del norte, pero oímos claramente el estruendo de las detonaciones. Entonces esperamos. Cerré los ojos e imaginé una avalancha de tropas hacia el este, pensando que el dique estaba siendo atacado. Imaginé aviones surcando el aire.

Faltaban minutos para que comenzara el Evening Whisper, y nos apresuramos a alejarnos, corriendo hacia el noreste desde las carreteras y adentrándonos en las dunas para enterrarnos en la ladera protegida del viento. Los remolinos resbaladizos y abrasivos de billones de granos de sal mientras me abría paso bajo la tierra, y la seguridad. ¿Y luego?

Luego, nuestros globos flotando por las calles, sobre los parques, tal vez chocando contra las paredes de los edificios y deslizándose con las aspas del ventilador traqueteando inútilmente contra los bloques. Pero entonces el Susurro, el aire arremolinándose con diminutos granos de sal afilados como joyas, el dique roto dejando pasar un viento más vigoroso de lo normal, y la gente acurrucada en el interior. La naturaleza reventando nuestros frágiles globos, llenando las rígidas estructuras con pequeños agujeros y dejando que el aire común se filtre. Decenas de dispositivos cayendo al suelo, arrojados y pateados por el viento tal vez, rodando hacia las cunetas o instalándose en los dinteles de las paredes.

Las explosiones coincidieron con el apogeo del Susurro. No oí nada, absorto en la masa de sal, pero incluso si hubiera estado afuera, no habría oído nada frente a la furia del viento. Y, en la oscuridad, nos escabullimos hasta que el horizonte al sur solo tiñó de rojo los estragos que habíamos causado.

Casi cuatro meses. ¿En cuántos combates participamos? No sabría deciros. ¿Cuántos cientos de senaarianos murieron? ¿Más de mil? No sabría deciros.

Recuerdo el pasado e intento ordenar estos recuerdos en un relato objetivo, pero los acontecimientos hablan de forma tan indistinta, y mis asociaciones, tan poderosas... A veces pienso que no se trata de lo que hice, sino de lo que sentí que *significaron esas acciones* en mi vida. Aunque no hay razón para que el lector obtenga el mismo sentido de importancia, a menos que pueda transmitírselo, e incluso entonces, no hay forma de acceder a la mente de otro. Es una observación sobria, y no una que me alegre. Pero lo digo desde cierta perspectiva. Intento llegar a ti, quizás, y al mismo tiempo sé que no puedo. Os contaré, por ejemplo, sobre el ataque sorpresa. Estábamos al acecho, al sur de la ciudad, para atacar una carreta comercial que se dirigía a los asentamientos de la costa sur, para atacarla como águilas. En un momento estábamos detonando la piedra salina subyacente en grandes unidades para bloquear el paso de la carreta, y de repente los soldados senaarianos salieron en tropel por la parte trasera y se refugiaron en las dunas más cercanas. Fue una feroz batalla. Era el crepúsculo, poco antes del Susurro (y habíamos razonado que el conductor estaría cansado y pensando en prepararse para la noche). Al final, ordené que retrocediéramos. Decidí no saltar de inmediato, y no estoy seguro de por qué; tal vez temía una trampa. Así que retrocedimos sobre las dunas, una docena

disparando desde sus posiciones, una docena corriendo hacia atrás con la cabeza por debajo de los hombros, esa docena retorciéndose tan pronto como superaron la cima de la duna trasera y tomando el fuego para cubrir a sus compañeros. Retrocedimos un buen kilómetro de esa manera, con fuego intenso. Creo que asumí que lucharíamos hasta que comenzara el viento, y entonces el enemigo se rendiría. Pero lo impidieron, y en su lugar lanzaron un dispositivo de metralla, que brilló como un fuego artificial, excepto que las cuchillas de la explosión también eran agujas, y llovieron sobre nosotros. La gente estaba desinflando sus propios globos entonces, y no necesité dar ninguna orden. Tiré de mi propia cuerda y oí mi propio motor zumbando para expulsar el aire de mis vejigas, y entonces el reactor se encendió y salí disparado hacia arriba de forma mareante. Vimos explotar un segundo dispositivo de metralla, pero debajo de nosotros, y están diseñados solo para actuar sobre la superficie; fue tal que desde arriba la explosión tuvo una belleza extraordinaria. Cubrió la alfombra de abajo con fragmentos de luz, solo que la alfombra era el aire, y luego la sal, y las brasas se extinguieron lentamente. Bajamos lentamente, como si fuéramos arrastrados a través de algún elemento aletargado, como el ancla de un barco a través de un mar meloso. Para cuando volvimos a tocar tierra, el Susurro comenzaba, de modo que caímos en una nube de sal zumbante y tuvimos que luchar para enterrarnos. Recuerdo que aquel Susurro me tocó gravemente.

Pero ¿cómo transfiere esto la experiencia de mi mente para que repose sobre la tuya? Podría decir que perdimos a cuatro personas; que recibí mi herida más grave, una aguja que se alojó en mi pelvis, la punción en la parte superior de mi pierna. Que dirigirme al norte después de ese enfrentamiento fue lo más doloroso que he hecho en mi vida, con cada paso con un dolor punzante. Que tuvimos que detenernos y abrirnos paso a través de las cúpulas de sal al norte del dique, y que luché aunque cada respiración era ahora un mundo entero para mí, que el dolor se había contraído a mi alrededor como una envoltura. Que disparé mi arma sin poder conectar lo que estaba haciendo con la acción en el mundo exterior, y solo la disparé para gritar, y solo grité para intentar liberar el dolor. Que finalmente llegamos de vuelta a los coches, y que Olega sacó la aguja con alicates; que el dolor de esto fue casi un alivio, porque tomó el sufrimiento de fondo y lo concentró en algo sobre lo que se me permitió gritar. Que estuve acostado durante una semana antes de poder siquiera ponerme de pie. Podría contar todo esto, pero entonces la narración se centraría en otra cosa. Todo el dolor, es de esperar, ya que la guerra es dolorosa (minimizo la gravedad, pero las palabras son claras). Pero esa no es la experiencia que tengo en mente. Todo esto sucedió, pero esa no es mi experiencia actual.

Mi experiencia ahora está de vuelta en la carretera, al sur de la ciudad. Es el primer baño de la batalla. Es una cierta precisión de enfoque en mis sentidos mientras las agujas

comienzan a ser impulsadas entre nosotros. Es muy difícil anidar el significado en estas palabras. Era el olor del aire vespertino, el olor salado del ozono del aire fresco antes del Susurro. Pero no era solo ese olor, era la comprensión de que no había estado notando el olor del aire hasta entonces, y solo con el inicio del combate el olor me impactó. Pero ni siquiera era eso, porque la comprensión (*keristalsen)* tergiversa la sensación. Era simplemente una forma de ser, como si el ser fuera algo distinto del pensamiento. Fue porque la ocasión me sacó apresuradamente del pensamiento, tal vez. O la excitación de la situación, y la hermosa contracción de los músculos del abdomen, tan hermosa como la contracción de una mujer alrededor de un hombre en el acto de hacer el amor. Fue la más fugaz de las sensaciones, la conexión imaginaria con el desierto blanco que se extendía tras los atacantes, grisáceo en la luz menguante; y que se extendía así para siempre, que rodeaba el abdomen del mundo mismo hasta alcanzarnos, situados al otro lado del camino (en realidad, este no fue el caso en este enfrentamiento, porque el camino discurría a medio kilómetro del mar que nos separaba, pero ahora no hablo de hechos, sino de algo difícil de definir en la memoria de la guerra, de esta guerra, de mi guerra). Las agujas, al ser disparadas, solo producen un siseo muy tenue, como el roce de tela contra tela. Se deslizan por el aire invisibles, a menos que capten la luz, en cuyo caso brillan como peces en el agua. Pero si ves una, es demasiado tarde para esquivarla; ya se ha clavado en tus entrañas: en tu pierna, tu brazo, tu

pie, dondequiera que te haya herido. Pero ahí está, la belleza, y la belleza te golpea más rápido de lo que se produce la herida. Y la belleza es lo que perdura. Eso es lo que me llevo. El correr, como en un ballet; la caída en posición, con la emoción en cada parte de mi cuerpo. El disparo sin retroceso de mi arma, con una línea punteada de metal que avanza hacia el enemigo. El olor en el aire. La belleza de la sal…

Pero estoy perdiendo el tiempo. Quizás te interesen más mis heridas. Me hice un moretón en la rodilla al caer mal después del salto. Me raspé la piel contra el Susurro mientras luchaba por llegar al abrigo de la duna, y traté de meterme en la sal solo con las manos; y cavé mal porque mi mente estaba completamente llena del dolor de mi cadera. Después, apenas pude salir, y no pude reunirme, así que me vi obligado a gritar hasta que alguien me vio, y se reunieron a mi alrededor. Gornij intentó sacar la aguja pero no pudo agarrarla y entonces (agonía) intentó empujarla, pero estaba alojada en la médula. Al impactar, el metal a veces se deforma, de modo que se aloja en la carne. Sé todo esto, y lo recuerdo.

Pero no puedo evocar sentimientos de dolor al poner esto aquí. Aunque puedo evocar sentimientos de belleza simplemente cerrando los ojos.

Esto es lo que recuerdo ahora, mientras mis ojos se cierran. Recuerdo el grupo de rostros a mi alrededor,

mientras les daba instrucciones. También está el color del cielo, la embriagadora palidez del blanco al azul del atardecer. Esta gente, estos soldados. Mi gente. Este momento, antes de la batalla, cuando estaba con mi gente en el desierto salino bajo un cielo resplandeciente, fue el más feliz de mi vida. Lo recuerdo ahora, y el agua salada (*kratchadys)* gotea de mis ojos, a través de mis párpados cerrados.

Ah, pero me estoy volviendo sentimental.

Mi tropa, mis guerreros. Y así corren ahora, hacia la oscuridad; desaparecen tras las cúpulas de las dunas.

Y la oscuridad los tiene.

¿Ya es de noche? Me agobia el cansancio de esta tarea. La mayoría de mis amigos han muerto, y matamos a muchos senaarianos durante esos meses, y después. Esas palabras bastan, creo. Esas palabras, que han aparecido en la pantalla; hablan. Sus *oes* y *aes* abren y cierran sus bocas humanas, llenas de aire o de sangre que sorprende por su rojo. Sus *es* mueven sus labios inferiores, vistos de perfil, de arriba abajo. Estoy amargado, pero diré esto: que no me entristece la muerte de la gente, puesto que todos morimos. Lloro, en cambio, la pérdida de esta belleza. Es intangible, pero el alma es intangible, y Dios la conserva en el profundo frío del cielo.

Bueno, bueno. ¿Qué más puedo contarl sobre la guerra? Estuvimos en el campo de batalla, allí en el hemisferio sur, durante cuatro meses. Matamos a muchos senaarianos y a algunos de otras naciones. Destruimos mucho equipo. Nos alimentamos de los alimentos que se enviaban a Senaar para su "comercio" jerárquico y bebimos esa agua. Destruimos la línea principal del ferrocarril en cuatro puntos con detonaciones y obligamos a gran parte del tráfico a desviarse por carretera. Sabíamos, porque monitoreábamos las diversas transmisiones, que había un gran debate en Senaar sobre la eliminación del transporte de mercancías por agua, pero el diseño de un barco lo suficientemente grande y estable como para sobrevivir a los vientos huracanados de Whisper estaba más allá de las capacidades de la Fabricación en tiempos de guerra. Todos los esfuerzos se centraban en reconstruir la fuerza aérea senaariana.

Nos enfrentamos a soldados senaarianos en más ocasiones de las que puedo recordar. Hacia el final, se armaron con armas de mayor calibre, y murieron más hombres de Als. Pero los fusiles y rifles de gran calibre eran muy pesados, en comparación con la ligereza de las armas de aguja, lo que significaba que resultaban demasiado engorrosos para las patrullas a menos que contaran con apoyo de camiones.

En una ocasión, secuestramos un camión con remolque en Babulonis. El equipo que lo manejaba se resistió y los eliminamos; luego condujimos el camión hasta Senaar y lo

estacionamos en la plaza principal. Los explosivos que habíamos fabricado no fueron especialmente efectivos, pero lograron dispersar materia radiactiva desde el eje motriz a una distancia considerable. El grupo que conducía el camión, cuatro personas, simplemente salió de la ciudad tranquilamente.

De un grupo de sesenta, solo quedábamos diecisiete con vida cuando decidí que debíamos retirarnos. ¿Por qué decidimos retirarnos? Les diré toda la verdad: tenía la vista borrosa. Podía ver, pero solo a través de una neblina. Toda la lucha bajo el sol, todo el movimiento durante el día, me estaba envenenando la vista. Y no era el único que tenía cataratas. De nuestros soldados, dos murieron a causa del entorno (Mechta desarrolló llagas en la cara y la piel, que se extendieron rápidamente a su sistema sanguíneo. Se clavó una aguja en el paladar cuando el dolor fue insoportable. Y un buen soldado, un buen matador de senaarianos llamado Prizrak, se desplomó repentinamente en una enfermedad. Su piel se volvió áspera, roja, cubierta de escamas de eccema, y el cabello se le cayó del cuero cabelludo. Estas quemaduras por radiación parecían haber surgido de la nada, pero lo hacían gritar, pues cualquier presión sobre su piel era insoportable. En cuestión de días (esto sucedió fuera de los coches, por supuesto; cuando estábamos en el campo, luchando con el enemigo) su piel comenzó a desprenderse, grandes placas de piel simplemente caían del cuerpo. Estaba muerto cuando lo llevamos de vuelta al coche. Su cuerpo ha

sido enterrado en la sal del desierto, donde se conservará durante miles de años.

¿Acaso pensamos alguna vez en cómo estamos alimentando la investigación de los futuros arqueólogos? Esta sal que es nuestro mundo no permite que nada se descomponga, a menos que depositemos los cuerpos en campos fértiles, como es práctica común en las ciudades. Pero incluso entonces, ¿qué? Comemos a nuestros amigos, a nuestros amantes como abono en nuestra comida. Y así se conservan. Pero el campo de batalla es el desierto de sal, y los guerreros que quedan enterrados se conservan para siempre. Hay algo apropiado en ello, quizás; algo tribal y primitivo en que nuestras sociedades aparten los cuerpos de sus guerreros y los preserven. Pero entonces vuelvo a pensar en los miles que murieron y no fueron enterrados, porque cualquier cadáver que quede en la superficie de la sal se deteriorará por el Susurro en cuestión de meses.

Bueno. Estos dos murieron repentinamente por la radiación; y la mayoría de nosotros teníamos quemaduras de sol, o nuevas pecas, nuevos lunares que picaban y supuraban sangre al rascarse, pero no eran cosas de las que preocuparse en medio de la batalla. Mis problemas eran las cataratas, y no eran los únicos. Hasta un tercio de nuestra gente sufría esta misma visión borrosa, esta misma pérdida de nitidez de la vista en una neblina grisácea. Para algunos era solo una visión borrosa, para otros el mundo era solo un

deslumbramiento y formas oscuras y distorsionadas. Poco podíamos hacer con los recursos médicos de los coches.

Así que sacamos los vehículos de la sal y condujimos hacia el norte. En todo momento permanecimos en estado de alerta, esperando que los satélites nos localizaran y enviaran aviones para interceptarnos. Pensábamos que pronto nos molestarían los aviones, pero fueron dos vuelos rasantes a lo lejos, y nada más.

Por supuesto, fuimos precavidos. No era práctico enterrarnos cada vez que parábamos, pero cubrimos los coches con telas de sal y no mantuvimos la calefacción encendida para minimizar la radiación infrarroja. Todos sabíamos que estábamos tan expuestos en la llanura salina como mosquitos sobre un mantel blanco; y la mirada del satélite era implacable, tan fija como la de Dios. Y aun así, encontramos maneras de movernos. A veces, el aire, en el cenit, se difuminaba, como una mancha de vientos salados en las alturas. Esto, pensábamos, nos daba una pequeña oportunidad de escondernos de la mirada de los satélites, y tratábamos de aprovechar ese tiempo para movernos rápidamente. Quizás fui imprudente, porque mi propia vista ya no era capaz de distinguir los detalles, y por eso una parte de mi alma me impedía imaginar que una máquina pudiera hacerlo. Aun así, la suerte, Dios, nos favoreció.

Y entonces, en la noche, un avión aterrizó frente a nosotros. Por supuesto, salimos de nuestros coches y nos

pusimos en posición; los diecisiete, un solo cuerpo, tendidos sobre una sola duna. No podía ver casi nada.

Una sola persona (dijo Salja, que estaba a mi lado en la duna) emergió del avión y se acercó a nosotros. Contuvimos el fuego. Y solo cuando estuvo lo suficientemente cerca como para oír su voz y rozar su rostro con mis dedos inquietos, supe que era Eredics. Un amigo mío.

Barlei

Las esperanzas de una victoria rápida sobre este terrorismo se vieron frustradas por la escurridiza fuerza terrorista del sur. Envié tropas contra ellos una y otra vez, pero habían desarrollado un dispositivo de salto aleatorio que llevaban consigo y que los dispersaba. Cada enfrentamiento nos costó hombres, pero a ellos también; y teníamos muchos hombres para gastar. Tal vez consideren insensible hablar de vidas humanas de esta manera, como si fuera dinero que pudiéramos usar fácilmente, pero todo en este universo tiene un precio: Dios nos lo ha dicho. En este caso, el precio fue alto, pero el producto que se compraba era la libertad. Nuestros soldados murieron valientemente, y cada uno de ellos se llevó consigo a otro enemigo. Y la

alternativa era permitir que el enemigo hiciera su maldad. La destrucción que causaron, los edificios de Senaar que destruyeron con la pérdida de sangre inocente, la cantidad de soldados y trabajadores asociados que mataron: todas esas cosas.

Estuve tentado de apartar a Jean–Pierre de su importante labor en el norte. Pero le resultaba difícil asegurar la base necesaria en Als. De hecho, no miento (como no debería) cuando revelo que durante un mes entero gastamos más dinero público en Als que en la propia Senaar, a pesar de que (y mis enemigos se han enriquecido con esto) algunas personas pasaban hambre en las calles de nuestra gran ciudad. ¡Pero mis responsabilidades eran claras! Poner fin a la guerra cuanto antes para poder volver a centrar nuestros esfuerzos en la producción de alimentos y que el precio volviera a bajar. La producción de alimentos en nuestro mundo es bastante precaria, incluso en tiempos de paz; y con la destrucción indiscriminada de campos de cultivo cuidadosamente abonados y la rotura de maquinaria agrícola, la producción se tambaleaba. El cultivo continuaba en el oeste, por supuesto, pero siempre había sido menos eficiente y sus precios eran exorbitantes. Además, por supuesto, perdimos una gran cantidad de suministros legales a manos del bandidaje de Als. Creo que todavía hay algunas demandas en trámite en los tribunales sobre este asunto. Comerciantes extranjeros intentan estafar a los

senaarianos con supuestos contratos interrumpidos por piratería.

Aun así, Jean–Pierre hizo varias sugerencias, y yo las acepté. Había encarcelado a un gran número de alsistas desmoralizados, pero esto requería mucha mano de obra para vigilarlos y nos costó mucho dinero en suministros. Así que reconstruimos su ciudad y la cercamos para impedir que los terroristas de la zona se infiltraran. Les dijimos a los habitantes que siguieran con sus vidas normales. Les dijimos que la guerra había terminado y que debían cultivar sus propios alimentos, porque Senaar no podía ser su granero para siempre. En cierto modo, esta acción fue el acto más desinteresado que una nación jamás haya realizado hacia otra: que la nación vencedora reconstruyera las partes dañadas de la ciudad perdedora, que proporcionara a ese pueblo derrotado leyes que nunca antes había tenido, que les devolviera los medios para su propio sustento. Muchos me han llamado demasiado generoso, pero sé cómo es la gente.

Una vez terminadas las zonas protegidas de Als, Jean–Pierre pudo adentrarse en las colinas del norte para expulsar a los rebeldes recalcitrantes y (por supuesto) ofrecer refugio en la nueva ciudad a todos aquellos que aceptaran que la guerra había terminado.

Petja

El enemigo había construido varios campamentos grandes y los había cercado completamente con alambre. Una alambrada de veinte metros de altura los rodeaba, y el alambre era de naturaleza calefactora, de modo que un ligero contacto solo quemaba, pero con un contacto prolongado el calor aumentaba hasta que la carne se cocinaba. De las alambradas colgaban techos de alambre, presumiblemente porque se habían topado con nuestras mochilas en el sur y consideraban a los alsistas como gente que podía escapar volando si no se les detenía (aunque solo mi tropa poseía las mochilas). Dentro de los campamentos se habían construido parodias de pueblos: zonas de vivienda parecidas a barracones, bloques de almacenes donde se requería trabajar ocho horas al día. Cientos de alsistas vivían allí ahora. Era una simple prisión, patrullada por un pequeño contingente de soldados a modo de guardias; pero cada una (había cinco cuando regresé a Als) era enorme, abarcando muchas hectáreas. El esfuerzo y el trabajo invertidos en esta operación eran asombrosos. Que Senaar hiciera tanto para conseguir tan poco (enviaron una cosecha de anguilas saladas para alimentar a su población cada vez más hambrienta del sur, lo sé, pero debieron de ser las anguilas saladas más caras del mundo), me asombró. Claro que había

algo más: querían aislar y someter a la gente de Als, y desde allí convertir a Als en una parte del cuerpo de Senaar junto al mar del norte. Quizás, algún día, aspiren a convertir todo nuestro mundo en una extremidad o una parte del imperio de Senaar.

Los médicos transportaron a los heridos más graves directamente a las montañas al noroeste de Als. Allí me extirparon las cataratas y me implantaron lentes de plástico nuevas. También me extirparon piel, pero ya no había mucho que se pudiera hacer al respecto, sobre todo teniendo en cuenta los cánceres inducidos por la radiación. Csooris era la encargada de realizarme este tratamiento. También me dijo que el antiguo sistema de turnos había cambiado. La guerra así lo exigía.

—Es una lástima —dije—. Las rotaciones son una buena opción.

Nos encontrábamos en una sección de una profunda grieta de montaña, con el techo cubierto de escombros caídos y encajados. La iluminación era industrial, con grandes cables que recorrían el suelo, pero la zona médica había sido limpiada y esterilizada, y había habitaciones adosadas a la roca desnuda.

Csooris se preocupó por mi rostro y terminó de aplicarme la gasa postoperatoria. Estaba tan cerca que pude examinar sus heridas con gran detalle. Su rostro ya había sanado de

las quemaduras, y parte de la parte frontal había sido cubierta con piel nueva, aunque era imposible ocultar la novedad de esa parte de su cara. A los lados, donde importaba menos, su piel estaba marcada y arrugada por las antiguas quemaduras, de modo que a lo largo de su cuello y debajo de su oreja, en su mejilla y hasta donde comenzaba el cabello artificial, parecía estar hecha no de la piel de la cara, sino de piel del ano. Aun así, mientras me miraba, y con la atracción de la vieja familiaridad, sentía cierto deseo sexual por ella. En el campo, había estado teniendo relaciones sexuales principalmente con Salja, pero me había cansado en los últimos días, con la catarata y todo el malestar de la lucha.

—¿Tienes muchas propuestas para tener sexo ahora? —pregunté.

Ella resopló. 'Unas pocas; las suficientes'.

«Te lo ofreceré cuando mis heridas hayan sanado».

Se estaba lavando las manos con una solución de bicarbonato de sodio, apartada en un rincón de nuestra pequeña cabina. «Algunas de tus heridas nunca sanarán», dijo. «Los cánceres no solo flotan en la superficie, sino que se han hundido en lo más profundo».

Me quedé en silencio un rato, reflexionando sobre ello. «Al menos he vivido», dije.

Se acercó de nuevo, como si no hubiera oído lo que dije. «Lo tuyo no es nada raro», dijo. «Quizás eso te sirva de consuelo. La mayoría moriremos así».

—Y la mayoría de los senaarianos también —dije.

Ella asintió. «Este es nuestro mundo. Aun así, vivimos un tiempo. Tenemos hijos. Quizás ese sea el sentido».

Parpadeé lentamente, pero las cicatrices ya estaban sanando. Podía sentirlas como leves relieves en la córnea. «Al menos algunos efectos de la radiación tienen cura», dije, parpadeando de nuevo. «Aunque lamento descubrir que mis lentes de contacto de cloro no me protegieron de las cataratas».

—Ni deberían hacerlo —dijo—. Ni podrían, creo. Solo evitan que el cloro te irrite los ojos.

—¿Tengo que seguir usando lentes de contacto al aire libre? —pregunté.

'Oh, sí, por supuesto. A tu ojo le pasa lo mismo; el cloro seguirá irritándolo.'

Volví a tumbarme, soñoliento, pero ella me dio una palmada en el torso. «No puedes dormir ahí, Petja», dijo. «Si estás cansado, ve a dormir al suelo de la cueva, afuera. Esto lo necesita otro paciente».

Sonriendo, me levanté y la acosé pidiéndole un beso, pero ella era más fuerte que yo, y yo estaba dolorido por la operación. «Aun así», dije mientras me vestía, «me alegra verte de nuevo».

—Me alegro de que no estés muerto —dijo ella. Pero no sonrió.

—¿Recuerdas lo que dijo tu Lucrecio? —pregunté—. El polvo que cae sin cesar. Pienso en eso de vez en cuando. Es una forma de explicar el universo. ¿Tu Lucrecio tenía mucho que decir sobre la guerra?

Pero Csooris no se dejó intimidar. «No tengo tiempo para leer estos días», dijo secamente.

Entonces, mientras me preparaba para irme, dijo en voz baja.

«Ha habido rumores sobre ti». Luego, tras una pausa: «Hablas de las personas con las que luchaste como si fueran "tuyas"».

Ante esto guardé silencio.

Muchos dicen que siempre fuiste un jerarquista y un inflexible. Que eras así incluso durante el viaje, y que ahora sueñas con colocarte en la cima de la jerarquía. Que das órdenes a la gente en la guerra como si fueran esclavos, como si fueran posesiones.

Respiré hondo lentamente.

«La guerra», dije, «es un prisma extraño a través del cual todo se distorsiona. Digo cosas en tiempos de guerra que me repugnarían en tiempos de paz. Nunca fui un intransigente, en toda esa época antes de la guerra».

—Oh, sí —dijo Csooris, apartando la mirada de mí—. Nadie lo duda. Por supuesto, tu acción durante la guerra será alabada. Nadie duda de que esa es una forma eficaz de hacer la guerra.

—Entonces —dije—, ¿nunca tendrás relaciones sexuales conmigo?

—No —dijo simplemente, mientras se entretenía con algo que yo no veía.

Me marché entonces y dormí varias horas. Pero más tarde ese día descubrí que lo que decía era cierto. Mucha gente me despreciaba, algunos incluso me escupían o se abalanzaban sobre mí para golpearme. Pero muchos también se agolpaban a mi alrededor y me ofrecían raciones (era una especie de dinero, porque las raciones escaseaban; estaban «comprando» el derecho a hablar conmigo, pero tenía tanta hambre que ni siquiera me inmuté ante semejante perversidad). Y toda esa gente me consideraba alguien con el poder mágico de asestar un golpe a los senaarianos.

Yo era una especie de dios. Un ídolo de guerra.

Y me hizo sentir agotado, con una depresión en los huesos. O tal vez todo lo que sentí fue una reacción a la operación, o a mi creciente enfermedad interior. Se me ocurrió que había estado tan dispuesto a morir, y que de ahí provenían mi felicidad en el campo de batalla y mi pureza de mente (*vernou*); y al mismo tiempo, con el chasquido de una articulación que se sale de su sitio, se me ocurrió que ahora estaba entre gente de nuevo, cuya pureza estaba contaminando. Pasé la tarde hablando con un grupo de unas treinta personas, muchas de las cuales eran amigas mías, y quería poder esperar más de estas en el futuro. Y así mi disposición a morir disminuyó, y así mi pureza de mente se volvió gris. Esa noche dormí en un catre en la ladera de la montaña, cubierto con un saco lleno de plásticos blandos, y tuve relaciones sexuales con una mujer, poco mayor que una niña. Pero aquel acto ya no era un acto de liberación del cuerpo, el preludio de la batalla: era el acto que me ataba a una vida determinada, a una existencia concreta. Tres días después, conduje a mi (tan posesivo) grupo de guerrilleros a matar senaarianos en el emplazamiento del antiguo Als; pero lo hice con la irritación de tener que hacerlo. Aun así, lo hice.

Capítulo VI

EL REGALO

Barlei

Han pasado dos años. ¿Tanto tiempo? No creo que sea tanto. Durante esos años, he vivido en la sala de guerra más tiempo que en cualquier otra habitación. Pero nuestra guerra ha sido gloriosa, y Dios y la libertad han triunfado. Hubo quienes dudaron, pero los que dudan nunca prosperan.

La nuestra es la nación más fuerte y orgullosa. Somos la mano derecha que Dios ha elegido para forjar su nuevo mundo. Pero la guerra es terrible, y todos hemos sufrido. Todos hemos sufrido, desde los más humildes hasta los más poderosos. Todos debemos orar a Dios para tener la fuerza

de voluntad de hacernos esa terrible pregunta: ¿valió la pena el precio pagado? ¿Acaso una victoria tan gloriosa como la nuestra merece ser comprada con tantas de nuestras perlas más preciadas?

Pero esta guerra ha sido necesaria. Nadie puede dudarlo. Miro ahora la sal, la sal que nos rodea a todos, y le ruego a Dios que me diga qué *significa el paisaje.* Solía pensar que Salt era un lugar de lágrimas, pero ahora pienso diferente. Si la sal perdiera su sabor... Esta guerra ha sido el sabor de nuestra carne. Sin ella, la vida habría sido la monótona rutina de sembrar y cosechar, de dar en matrimonio y tener hijos, de crecer y morir. Pero la guerra nos ha dado interés, emoción; ha hecho la carne más apetitosa. Y, como la sal para el cuerpo, la guerra es esencial para el cuerpo político. Entonces puedo volver a alabar a Dios, porque ha considerado oportuno simbolizar nuestra vida de forma tan perfecta. Nuestro planeta es un acertijo en el texto de Dios.

Ha pasado un año y medio desde que me arrebataron a Jean–Pierre. La aguja de un francotirador se lo llevó: ¡qué cobarde, la tarea de la serpiente del francotirador! Yacer en las sombras, en la distancia, y envenenar el Edén. Estuve furioso durante semanas. Rompí los muebles de la sala de guerra en la rabia y el delirio de mi dolor. Aullé como un animal. Mis generales huyeron de mí aterrorizados, y rompí la madera del borde de la mesa con mis propias manos. Y después (el recuerdo es casi demasiado doloroso para que

pueda contarlo) me senté en el baño contiguo a la sala de guerra. Me senté en el suelo, bajo la implacable luz fluorescente, y me miré en los espejos que iban del suelo al techo, al otro lado. Qué miserable era yo, qué viejo, qué pálido, qué grotesco: y sin embargo, yo tenía vida, y el joven y hermoso Jean–Pierre no. Creo que no estaba del todo cuerdo. Mis enemigos dicen que ordené el envenenamiento inmediato de todo el Mar de Perse, las detonaciones nucleares en múltiples puntos de las Montañas del Norte. Si alguna vez ordené algo tan destructivo, y que sin duda provocaría una represalia tan devastadora por parte de las otras dos naciones de Perse, mis generales sabiamente lo ignoraron. Pero no puedo creer que haya dicho tales cosas. No creí que mi liderazgo fuera capaz de semejante error de juicio. En cambio, creo que mis enemigos en Senaar han estado sembrando calumnias sobre mí. Por supuesto, jamás haría una tontería como destruir objetos valiosos en la sala de guerra.

Pero el dolor era real.

Autoricé la construcción (a un costo enorme, ya que el nuevo software para los Fabricants debía diseñarse cuidadosamente, y los primeros intentos revelaron terribles fallos en la programación) de algunas aeronaves de ataque de montaña. El problema que planteaba este difícil terreno del norte era extremo: nuestros satélites nos proporcionaban poca información, nuestros coches y camiones no podían transitar por él, y nuestros aviones no

ofrecían ni el reconocimiento necesario ni plataformas eficientes para la guerra. Esto significó que enviamos una sucesión de patrullas a pie a la zona; una zona que el enemigo conocía con mucha más precisión que nosotros. No es de extrañar que sufriéramos numerosas bajas. Así que ordené la creación de una aeronave lo suficientemente ágil como para sortear los obstáculos de la montaña, pero lo suficientemente robusta como para resistir en combate. A un alto costo, desarrollamos una aeronave de vuelo estacionario a baja altura con un blindaje inferior reforzado. Se la conoce como la Aeronave Militar Senaar VII, o SMIC 7. Finalmente pondrá fin a la guerra, una guerra que ya hemos ganado una y otra vez, pero que se resiste a morir. Sin embargo, el programa no ha estado exento de problemas. Fabricamos cuatro SMIC 7 antes de descubrir problemas en el motor que provocaron la alarmante explosión que seguramente vieron en las imágenes. Por lo tanto, rediseñamos la aeronave y la pusimos en servicio seis meses más tarde de lo previsto.

Y este ridículo fallo del software de Fabricant provocó la muerte de mi querido Jean–Pierre. Si hubiera contado con la nueva nave, habría patrullado con ella. Al carecer de ella, debido a este fallo, se vio obligado a seguir patrullando a pie.

Partió poco después del Susurro Matutino (tengo a mano los informes de sus subordinados en este momento) y marchó durante tres horas por terreno difícil. A la cuarta hora se topó con un grupo e intercambió disparos, pero

nuestra potencia de fuego era superior y el cuadro enemigo se retiró. Por supuesto, mi Jean–Pierre los siguió (¿lo engañaron? ¿Lo atrajeron deliberadamente esos demonios? ¿Lo atrajeron a una parte más profunda y oscura de las montañas? No podemos descartar ninguna posibilidad, ninguna sospecha es demasiado tenue). Reunió a sus hombres rápidamente y persiguieron al enemigo por un terreno accidentado. Entonces Jean–Pierre (temerariamente, según un subteniente; razonablemente, según el otro; pero ninguno de ellos comprende la valentía de Jean–Pierre como yo, la valentía perfecta, la pureza perfecta), entonces Jean–Pierre, siguió al enemigo hasta una alcantarilla rocosa y se vio envuelto en un intenso fuego cruzado. Los informes no especifican si los hombres en tierra lo consideraron una emboscada. Tampoco transmiten la inmediatez del momento, la repentina y dolorosa constatación del peligro, el destello silencioso de las agujas a través del aire soleado.

Me siento más cerca de su alma cuando lo revivo.

Así pues, Jean–Pierre intentó replegarse, pero descubrió que, por casualidad o por astucia, un grupo de enemigos se había infiltrado tras él. Muchos de nuestros hombres cayeron abatidos por las agujas enemigas. Los informes hablan de que cayeron clavados en numerosas agujas y que respondieron al fuego mientras caían.

Gracias a la destreza de Jean–Pierre, la tropa logró reagruparse y contraatacar. Luego se replegaron, pero bajo fuego constante y perseguidos por una fuerza mucho mayor. Se retiraron en buen orden y finalmente lograron abrirse paso hacia el terreno más abierto que descendía hacia la llanura costera, desde donde se divisaban las Ciudades Nuevas. Tres cuartas partes del grupo perecieron, y ningún hombre salió ileso, pero mi Jean–Pierre sobrevivió y pudo guiar a sus hombres con dignidad en el tramo final. Y aquí reside la amargura. A la vista de los santuarios, a pocos instantes de la heroica bienvenida por su buen trabajo, una aguja derribó a mi valiente guerrero. Los informes logran captar parte de la banalidad de la tragedia, la forma en que a veces se disfraza de comedia. Dicen que habían descendido de la roca a la llanura salina, que estaban a unos cientos de metros de la primera puerta, con los rostros de sus camaradas claramente visibles en guardia, cuando Jean–Pierre (no es que lo llamen así, por supuesto; pero no puedo enfriar esta narración refiriéndome a él solo por su rango), Jean–Pierre tropezó repentinamente y cayó de bruces, como un niño. Incluso hubo algunas risas, creo (los soldados son muy risueños). Pero no se levantó. Entonces un alférez se inclinó para ayudarlo a ponerse de pie, y él se levantó y bailó hacia atrás, llorando de dolor. Algunos de los otros también se rieron de él, pero esto no era motivo de risa. El alférez había recibido un disparo en el hombro, y mi querido Jean–Pierre estaba muerto, con un disparo en la nuca, con la aguja sobresaliendo medio metro de su nuez de Adán. Y

aquí es donde lo dejo, mientras sus camaradas se lanzan a refugiarse en la sal e intentan devolver el fuego (¿pero a dónde?), mientras sus compañeros, con quienes había luchado con tanta valentía, se dispersaban en todas direcciones. ¿Cómo pudo el francotirador haber elegido a Jean–Pierre? No debía distinguirse de sus subordinados por su vestimenta, pues eso le daría al enemigo la oportunidad de decapitar a la unidad militar. Llevaba el mismo uniforme de combate azul oscuro, la misma máscara completa. ¿Cómo supo la serpiente en el desierto a quién morder para causar tal daño? Satanás tiene suerte; el pueblo de Dios no la tiene, porque solo así se puede poner a prueba su fe. Eso dijo un hombre religioso que conozco. ¿Le creo? ¿Le creo? Sigue muerto.

Pero la guerra debe continuar, la libertad no puede prescindir de su defensa por la muerte de un hombre, aunque sea el más grande. Ordené que repatriaran el cuerpo y que se le ofreciera un magnífico funeral de Estado con mi fortuna personal. Lo hice enterrar en una tumba de piedra de sal (¡era un héroe! ¡El cuerpo de un héroe no puede simplemente ser arrojado a los contenedores de compost para ayudar a cultivar las verduras más insulsas! Mis enemigos en Senaar parecen incapaces de comprender esta distinción: ¡una ley para todos! ¡Irónico! ¿Quién protegía esa ley, quién la defendía? ¡Era él!). Visité su tumba esta misma mañana, antes de escribir esto.

Pero incluso aquí hay amargura. Cuando pienso en las multitudes de senaarianos que aclamaban en las ceremonias fundacionales de nuestra gran nación, me sentí conmocionado y personalmente dolido por la miseria de ese espectáculo popular. Mis enemigos dicen que muchos se ausentaron en protesta por mi manejo de la guerra, ¡por el mero hecho de que existiera la guerra! Mentira. Qué fácil se infiltra el cáncer en el cuerpo político. Pero aún puedo ver esa hilera de cuerpos delgados y pálidos a lo largo del recorrido, un insulto a un gran hombre. Tan pocos se molestaron en presentarse, y los que lo hicieron vestían ropas tan andrajosas, y parecían protestar y predicar la sedición con la misma alevosía demacrada de sus brazos y piernas, con sus rostros macilentos y con la calavera visible. El pueblo es parte de mi ser. No lo toleraré.

Pero él era tan guapo…

Petja

Me estoy muriendo, ahora. El dolor me quema, y el vodka poco me ayuda. Pero he luchado y luchado. Me he convertido en lo que despreciaba y me siento satisfecho de haber hecho el bien, aunque haya traído la muerte a

tantos... Ahora el hábito de mandar es una segunda naturaleza en mí, y pienso en términos de tener y poseer. De esta manera continúa la guerra. El último de los pájaros murió la semana pasada. Solo un puñado sobrevivió al ataque, y esos pocos estaban en jaulas pequeñas. No prosperaron. El último de ellos, un pardillo, perdió sus plumas y finalmente se negó a comer.

Mucha gente ha recorrido toda la costa norte y se ha asentado, en mayor o menor medida, en Smith. Esto no me preocupa. Algunos se quedan con nosotros en las montañas. Pero la gente es diferente a como era antes. Se han contagiado de las normas de la jerarquía, o al menos eso me parece. Las parejas conviven, se acompañan durante el parto. Me parece que, de alguna manera, está mal.

He peleado y luchado. Últimamente, mis piernas han estado en desuso. Mis cánceres envenenaron mis venas y canales linfáticos, y el tratamiento no fue tan exitoso como podría haber sido. Mis brazos aún funcionan, pero mis piernas están marchitas y ennegrecidas, tanto por el tratamiento como por la enfermedad. Es poca pérdida. Durante meses antes de la operación, caminar sobre mis piernas era una agonía, como si mis articulaciones estuvieran llenas de ácido; y estaban hinchadas y feas. Ahora, después de la operación, las llevo sujetas contra mi pecho, y me he convertido en un pequeño paquete; y luego me subo a la espalda de Hamar, un viejo amigo. Hamar es un hombre grande, aunque ha perdido mucho cabello por los

efectos de la radiación. Pero aún conserva gran parte de su fuerza, y me lleva como una mochila. El vudú de la guerra es tal que ahora soy un talismán; la gente se siente feliz de considerarse parte de mi gente, de mis seres.

Hamar está muerto, por supuesto, pero ya lo sabías. Me llevaba en brazos durante una escaramuza, y yo hacía señas a la gente para que rodeara uno de los nuevos vehículos flotantes senaarianos. Los despliegan mal. Vuelan, pero luego se detienen y la máquina queda inmóvil: así que podemos rodearla y destruirla. Había sucedido una vez, y luego volvió a suceder hace unos días. Mantuvimos la atención del enemigo desde el gran pedregal y una fuerza ágil se escabulló por detrás. Destruimos el vehículo, fue fácil porque el faldón flotante es un punto débil. Pero Hamar cayó, todavía cargándome. Una aguja le atravesó el pulmón, lo cual no es una herida mortal en sí misma, pero sangró hasta los pulmones y hasta la boca, hasta que su máscara se llenó de sangre y se ahogó. Normalmente, estando yo en lo alto de las montañas, le habría quitado la máscara para que escupiera la sangre y respirara, porque normalmente las montañas están relativamente libres de cloro. Pero esta guerra ha liberado grandes cantidades de cloro, y el enemigo trae lanzadores que lo bombean al campo de batalla. Sus máscaras son mejores que las nuestras, e incluso si las pierden, tienen filtros nasales, así que usan el gas como arma de guerra. Perdemos gente por el cloro, si se les cae la

máscara o si, como Hamar, sangran por la boca o vomitan dentro de ella. Es una forma estúpida de morir.

Pero destruimos el vehículo y matamos a los soldados, así que fue un buen día. Y Hamar está muerto, pero pronto estaré con él. Cada día que mato a algunos senaarianos, le doy gracias a mi Dios personal por haber vivido un día más, por haber sobrevivido lo suficiente para matar a más. Y cuando muera, sé que en mi corazón me arrepentiré de no haber recibido un día más para matar a algunos más.

Pudimos recuperar tres fusiles de aguja más y algunas armas de proyectiles más pesadas del enfrentamiento en el que murieron Hamar, Capal y otros tres.

Transcribir estos recuerdos ha tenido un efecto curioso. He recordado la época anterior a la guerra. Me ha hecho comprender cómo la guerra se convierte en una simple forma de vida, cómo parece proporcionar todo lo que un ser humano necesita y que lo envuelve firmemente como una membrana material y espiritual, que lo envuelve firmemente. Es la razón para seguir viviendo; es qué hacer, cómo hacerlo; es cómo establecer las prioridades; es el final del día y el comienzo de la sabiduría; es la mano izquierda y la mano derecha. Casi podría decir que me alegro de morir antes de que la guerra termine, porque ¿qué haría después?

Principalmente siento el dolor en los huesos. Se me hinchan un poco los brazos y, a veces, se me salen los dientes

de sus alvéolos y se mueven. Se me han caído varios dientes por completo, pero ahora suelo comer pasta blanda y algunas sopas y anguilas saladas bien cocidas, cuya carne se puede desprender con las encías. Todavía conservo mi cabello, a diferencia de muchos. Pero durante gran parte del tiempo transcurrido desde que me diagnosticaron cáncer, he encontrado en el dolor una ayuda para luchar. Hay un escalón, un nivel, que va desde sentirme triste y desmotivado por la miseria, hasta un repentino salto de energía y furia asesina, donde el dolor es un estímulo. Subir este escalón se hace más difícil con cada ataque, pero lo consigo.

Debo dormir ahora. Esa es la cuestión. Dormir.

He soñado mucho más que antes. Diría que es mi mente ordenando los acontecimientos, ordenándolos antes de desconectar. ¿Quién sabe? A veces me duermo y me despierto sobresaltado. La sensación es como si el mundo se inclinara, se tambaleara; y me despierto espasmódicamente. Sueño con agujas, con gente muriendo a mi lado, con todo el hedor y el dolor de la guerra. Pero si el dolor se ha arraigado en el lecho del sueño, entonces la belleza reside en un lugar más puro, en mi imaginación despierta.

Pero entonces me encuentro pensando: ¿esto es la guerra? A veces los recuerdos se organizan de forma extraña, cómica; una guerra de circo, una guerra con globos

y colores extraños; una guerra ambientada en un paisaje blanco, batido como picos de crema. Me encuentro encogiéndome, colapsando sobre mí mismo tan rápidamente que siento que caigo: y entonces soy una mota, un hombre del tamaño de un grano de polen. Aquí, entonces: entre los granos de sal, en toda su precisión geométrica. El universo está lleno de ellos, ahogado y abarrotado de cubos, esferas, romboides y pirámides, todos en su blanco nupcial, todos en su blanco fúnebre. Y sigo encogiéndome, hasta que mi mundo es solo el mundo entre las formas. Corro por el borde de un grano de sal, y salto de él a una gran bola de sal. Formas blancas que se alzan enormes, y todo lo demás una negrura.

Rhoda Titus

Fue Ruby quien me habló del niño ahogado. Él y sus amigos estaban jugando (me contó) en uno de los barcos abandonados, trepando a la estructura en ruinas y zambulléndose en el agua. Les gustaba el barco, claro, porque estaba lejos de la orilla y de la espuma de sal que se acumula allí. Pero fue la profundidad lo que acabó con él. Se

zambulló, se le salió la máscara y, debido a la gran cantidad de cloro en la superficie del agua, se ahogó y se hundió.

Al principio sentí un horror físico y terrible al escuchar la historia, como si un puño me apretara el corazón con las uñas clavadas. En parte, se debía a la forma en que Ruby la contaba. Su rostro ancho estaba rojo por el esfuerzo de subir corriendo a la plaza principal y llegar a la oficina, y se veía sonrojada y emocionada. Por supuesto, ella también estaba horrorizada, pero la impresión que daba era la de alguien encantada con ese chisme. Recuerdo haber pensado: la muerte de un niño pequeño tiene este valor, que se puede intercambiar por una tarde de charla en una oficina. Pero tal vez me sentí mal porque, a pesar de mí misma, la noticia me absorbió, me aceleró el corazón. Fue la noticia, y también el ambiente, el bullicio de las mujeres a mi alrededor. Me dejé llevar, y junto con las demás salí corriendo de la oficina y bajé por la carretera principal hasta la orilla del mar para ver al buzo del ejército traer el cuerpo a la costa.

Tenía un pañuelo de cáñamo y me secaba los ojos continuamente; el leve escozor del aire simplemente aumentaba la sensación de lo totalmente apropiado que era llorar, de cómo todos lloraban. No digo que llorara porque todos lloraban; no es exactamente eso. Era más bien como si se hubiera concedido un permiso tácito y se hubiera abierto un grifo, para que se pudiera aliviar una gran presión de agua salada. Una vez, en la Tierra (¡qué bellas son esas palabras! ¡Cómo cautivan a los jóvenes cuando les hablo!)...

una vez, en la Tierra, en la granja de mi padre, vi a un veterinario atender a unas ovejas. Las ovejas tenían algún tipo de dolencia intestinal. Dolencia parece la palabra exacta, porque eso era lo que hacían las ovejas: balaban quejumbrosas por la incomodidad y la persistencia de la misma. Todas estaban tumbadas de lado, y la barriga de cada una de ellas estaba horriblemente distendida, hinchada como si tuvieran un embarazo enorme y monstruoso. Excepto que cuando fui a tocarlas (tenía nueve o diez años), esas barrigas no se parecían en nada a la cómoda suavidad del vientre de mi madre, en el que mi hermano aún estaba escondido. Las ovejas estaban calientes y duras, sin ninguna flexibilidad, y solo una dolorosa sensación de hinchazón absoluta. Recuerdo haber sentido miedo de que las ovejas fueran a explotar; no era una idea tan descabellada, dijo el veterinario. Y cuando llegó, volando sobre las colinas, dijo que no había tiempo que perder. Con la mezcla de fascinación abierta y horror inescrutable de una niña de nueve años, me aferré a las rodillas de mi padre y observé al veterinario hacer su trabajo. Esto fue lo que hizo: sacó una jeringa grande de su maletín, luego quitó el émbolo y se deshizo de él, de modo que solo tenía la aguja y el vial abierto en el extremo. Luego fue de oveja en oveja, frotando un punto en el ancho vientre a presión, e introduciendo la aguja rápidamente. Y mientras lo hacía, se oía *un* murmullo, el aire atrapado salía y el vientre se desinflaba y se hundía, hasta que solo quedaba un trozo de piel suelta bajo la lana. Iba de oveja en oveja haciendo esto, y el milagro era que, en

cuanto el vientre se desinflaba, cada oveja se ponía de pie de un salto y volvía a su interminable tarea de pastar en la ladera. Había algo maravilloso en esto, a los ojos de una niña. Después, el veterinario me llevaba de oveja en oveja mientras les daba a cada una una pastilla para ayudar a eliminar la obstrucción que había causado el problema, y me hablaba con amabilidad. Ahora creo que tal vez sentía cierta admiración por mi padre, y que esta charla con la niña era una forma de acercarse al gran hombre sin tener que dirigirse a él directamente. Era un hombre imponente, mi padre; al menos lo era para los demás.

Pero aquel día, a la orilla del agua, me vino a la mente el recuerdo de las ovejas, porque, en cierto modo, así se sentían las lágrimas. Había una mezcla de necesidad física combinada con un vaciamiento ligeramente vergonzoso, incluso absurdo y vulgar. Mis lágrimas liberaban una opresión interna intolerable, y por eso podía odiarlas simultáneamente por la indignidad, por la ostentación, como si fueran una espantosa ráfaga de viento; y, sin embargo, sentirme tan agradecida por ellas que casi elevé una silenciosa plegaria. El día declinaba y el sol comenzaba a teñirse ligeramente al acercarse al horizonte. Una buena multitud se había congregado junto a la orilla, y nosotros estábamos al frente.

—Deberían hundir esos barcos —dijo Ruby.

Clare, que estaba a mi lado, asintió con un murmullo. «Son un peligro. Los niños siempre se acercan a ellos porque la orilla siempre está cubierta de costras de sal».

«Y porque son niños», dijo Ruby. «Van solo por eso».

«No pueden hundirlos», dijo alguien más. Era una mujer que no trabajaba en nuestra oficina y que, por lo tanto, (quizás) no compartía el cinismo público que nos caracterizaba. «Puede que aún así los desarrollen. Serán los primeros barcos de la Armada de Senaar». Los cascos de los pontones habían comenzado como las bases de las grandes barcazas galileanas, un medio para transportar el comercio desde Senaar a las demás naciones del sur, en una época en que las rutas no estaban a salvo de los terroristas. Pero no estaban bien construidos, habían sido extremadamente caros, y cuando se eliminaron los terroristas, la necesidad de continuar el proyecto desapareció. Creo que era cierto que la versión oficial consideraba los pontones como una inversión futura, que se completaría algún día; pero supongo que pocos lo creían. Bastaba con mirarlos, para ver cuánto daño habían sufrido a causa de los repetidos Susurros y la corrosión del cloro y la sal, para desmentir la idea de que alguna vez pudieran ser algo más que plataformas flotantes en descomposición.

Pero una vez que esta otra persona pronunció la versión oficial sobre la Gran Armada Senaariana, se disipó el ánimo de criticar a la burocracia. Esto le dio un toque de

nerviosismo al ambiente, y nos sentimos como los niños que éramos, discutiendo y quejándonos de las normas paternas.

—Aun así —dijo Ruby, expresando uno de los pocos comentarios que podía ofrecer sin que nadie la contradijera—, es una verdadera lástima que el niño se haya ahogado.

—Oh, sí —dijo Clare. Y volvió a llorar, al igual que Ruby. Y yo también, con esa misma sensación de liberación pública, entre la vergüenza y el agradecimiento.

Creo que tuve una visión particular del niño ahogado, una que me vino espontáneamente en cuanto Ruby entró jadeando en la oficina con la noticia. Lo vi como recordaba a mi hermano, Zed, cuando tenía quizás seis o siete años. Lo vi como esa criatura, con la piel del color del whisky pálido bajo el sol y las extremidades delgadas como cuerdas; lo vi bailando bajo la luz amarilla de la tierra, riendo y corriendo. Siempre había algo fluido en Zed. Mi padre era severo con él, porque era un niño, exactamente en la misma medida en que era indulgente conmigo porque yo era una niña. A veces Zed se refugiaba detrás de mí, como si mi frágil condición femenina pudiera protegerlo. Era un niño fluido, siempre riendo, en movimiento, siempre fluyendo; pero mi padre era tan fuerte y rígido como una roca. Tan fuerte como la colina alrededor de la cual la granja parecía descansar por resignación; tan alto como la casa de la ciudad de seis pisos de altura en la que pasábamos el invierno, que dominaba la

calle. Supongo que por eso pensé en Zed, porque la combinación de *niño* y *ahogado* me hizo conectar con mis recuerdos de la fluidez de mi hermano.

Pero entonces la multitud enmudeció, y la lancha se dirigió hacia la orilla, trayendo consigo solo una profunda decepción. El buzo, arrastrado por la lancha, encontró su equilibrio en la playa y comenzó a subir por el agua hacia tierra firme, cargando el cuerpo, mientras la sal se rompía como hielo a sus pasos. A mis ojos, no era un niño, sino un hombre. Más tarde descubrí que tenía catorce años, a una semana de cumplir quince. Las lágrimas se secaron. No era un niño, era un hombre. Llevaron su cuerpo, lánguidamente caído, desde la orilla, con hilos de agua goteando de sus brazos y cabeza flácidos. Y de repente, su visión me repugnó, y tuve que apartar la mirada.

Me resulta extraño haber experimentado esa reacción al pensar en un hombre, en un hombre muerto. Siempre valoré a los hombres, me sentí más a gusto con ellos. Amaba a los hombres, su compañía, sus conversaciones, y al mismo tiempo despreciaba la banalidad de la compañía femenina. Pero ahora me siento desterrada del mundo de los hombres. Ahora mi mundo es la oficina y las mujeres con las que trabajo. De todos modos, hay muy pocos hombres por aquí, ya que la guerra se ha llevado a la mayoría. Pero después de lo que me sucedió, mis reacciones hacia los hombres se han roto, como un hueso largo; el borde de la herida aún brilla

por el dolor. De vez en cuando, me impresiona la pura belleza de un pelotón de hombres marchando por la carretera, sus piernas moviéndose con un ritmo tan preciso. Pero otras veces, como con el niño ahogado, el hecho de que pueda cambiar mentalmente a un ser humano del estereotipo de "niño" al de "hombre" puede causarme una profunda consternación. Ruby no se dio cuenta de que me di la vuelta, o al menos, si lo hizo, supongo que pensó que era porque estaba muy afectada al pensar en un joven ahogado. Ruby nunca ha entendido lo frágil que soy, ni siquiera que una personalidad pueda ser así, con estados de ánimo contradictorios. Ruby ve el mundo de forma muy sencilla.

Después, de vuelta en la oficina, Ruby dijo: «Estuve hablando con alguien entre la multitud. Dicen que le faltaban solo unas semanas para obtener su nombramiento como oficial del ejército».

—Lo oí —dijo Clare—. Le faltaban solo unos días para cumplir quince años.

—Es una pena —dije, aunque en realidad no lo sentía así. Pero Ruby y Clare intercambiaron miradas significativas. Si alguna vez comento algo sobre un hombre, lo consideran significativo, y suele ser un comentario de lo más convencional. Supongo que esperan que anuncie una boda repentina; y les parece raro que haya tardado tanto. Han pasado años desde mi hibernación, dicen. Una mujer tan

guapa como tú no debería esperar eternamente. Sé, por supuesto, sin necesidad de que me lo expliquen, que cuando dicen *guapa* en realidad quieren decir que *ya no estás tan guapa como antes.* Ahora estoy ancha y mi barriga está flácida. He empezado a jugar distraídamente con mis brazos y mi cuello en la ducha, tirando de la piel, estirándola y soltándola. Vuelve a su sitio, pero muy lentamente. No es más que la edad, claro; nada más que el Viejo Adán, como dice Ruby (cuando se refiere a sí misma, por supuesto; nunca hablaría de mí en esos términos). Ruby tiene sesenta y tantos años biológicamente y yo apenas superé los cuarenta, así que tiene más de la edad de Adán que de otra manera. Pero tiene un marido, un hombre más joven que ella, sobre quien a veces circulan rumores maliciosos. Es oficial de suministros en el ejército, lo que lo mantiene alejado del frente. «Menos mal», dice Ruby, y luego se sonroja por pensar algo tan antipatriótico. Me pregunto qué habría hecho Ander si hubiera sobrevivido. ¿Habría insistido en ir al frente? Creo que sí, porque habría temido el estigma de no hacerlo. Y, más aún, creo que habría sido un buen soldado en el frente.

Cuando mi padre me presentó a Ander, supuse que era uno de sus conocidos. Este grupo nebuloso nunca se había concretado en mi imaginación, más allá de una visión vaga de hombres intercambiables con uniforme o traje, que a veces pasaban por la casa de la ciudad. Lo que hacían, o exactamente cómo se relacionaban con mi padre, era algo

que no habría podido expresar fácilmente con palabras. Sin embargo, me parecía completamente normal que mi padre tuviera su círculo de conocidos, del mismo modo que me parecía lógico suponer que todos ellos eran más bajos que él. Mi padre era alto y no corpulento, pero se mantenía tan erguido que daba la impresión de tener más músculo del que realmente tenía; y la mayoría de las personas con las que lo veía eran, en efecto, más bajas que él. Ander, sin duda, lo era: un hombrecillo regordete con un mechón de pelo en la cabeza calva que incluso yo podía mirar con desdén, y que me recordaba a los restos secos que quedan en el fondo del fregadero después de que el agua se haya escurrido por el desagüe. Quizás, aquel primer día, me pareció extraño que mi padre se tomara la molestia de presentarme a Ander, cuando normalmente no se molestaba en presentar a otros. Pero no fue hasta un día después que empecé a pensar en él seriamente, solo cuando me di cuenta (y, por supuesto, mi padre jamás lo diría con esas palabras) de que Ander estaba destinado a ser mi futuro esposo.

Tenía veinticinco años. Nunca me había planteado casarme. O, para ser más precisa, supongo que sí lo había *pensado;* supongo que siempre di por sentado que algún día me casaría, como la mayoría de las mujeres, pero nunca sentí la idea de *casarme.* La emoción nunca se había apoderado de mi ser. Por consiguiente, el pensamiento tenía un carácter casi abstracto. Supongo que fantaseaba con grandes bodas, con una casa propia, con todas esas cosas de

chicas, pero en esas fantasías el papel del novio siempre lo desempeñaba una figura masculina imaginaria e indistinta. Probablemente era del tipo convencional: delgado, alto, moreno, con uniforme azul, no sé (es difícil recordar cómo era antes de Ander), pero, al mismo tiempo, no era real. Nunca, por ejemplo, fantaseé con casarme con nadie que conociera. Y cuando Ander me saludó con sus primeros balbuceos, mi mente era tan ignorante y despreocupada como si hubiera sido una anciana. Le devolví el saludo y estuvimos paseando por el jardín un rato. Creía que estaba entablando una conversación educada. Y, en efecto, lo *estaba;* solo que Ander percibió algo más que simple cortesía.

Cuando, tardíamente, al día siguiente, tras varias insinuaciones cautelosas de mi padre, me di cuenta de que Ander iba a pedirme la mano, sentí pánico. Sentí el impulso de rebelarme contra ese futuro; pero eso significaba rebelarme contra mi padre, algo que no había pensado hacer desde que era muy pequeña, y los motivos para la rebelión habían sido, por consiguiente, insignificantes. ¿Pero negarle mi amor a mi padre? Esto era tan improbable que solo podía concebirlo de forma indirecta y simbólica. Pensé en todas las cosas que Ander podría hacer para ofender a mi padre, y luego me obsesioné imaginando a mi padre desatando su furia contra él. Pero esto no me llevaba a ninguna parte.

Así que me fui a mi habitación, en la parte alta de la casa, me tumbé en la cama e intenté recrear a Ander minuciosamente. Era tan común que apenas lo había reconocido, y me costaba recordar el orden preciso de sus rasgos. Era bajo, su carne se distribuía en pliegues, pero no los pliegues sueltos y fláccidos de los obesos; más bien, una serie de pliegues apretados y compactos en la frente, la barbilla y el cuello. Era casi calvo, y su cabeza estaba salpicada como un huevo rojo rosado. Sus labios eran abultados. Nunca antes había pensado en besar a un hombre, pero mientras me esforzaba por recordar sus labios, me pareció repugnante tener que poner mis *propios* labios delgados contra dos tan gruesos. ¡Un hombre más bajo que yo! Todas las ridículas fantasías de la niñez, los sueños que la mayoría de las chicas tienen a una edad temprana, presionaban para entrar en mi mente: ¿acaso no merecía un marido de telenovela? ¿Un hombre más alto que yo, tan *joven* como yo? ¿Un hombre guapo? Pensé en lo agradecida que estaba de que Zed estuviera en otro campo de entrenamiento, porque seguramente se habría burlado de mí con expresiones teatrales y cómicas de disgusto ante la perspectiva de Ander, y me atrevo a decir que me habría hecho llorar.

Pero pensar en eso me tranquilizó un poco. Logré controlarme. Cuando Ander regresó dos días después, estaba aún más nervioso que antes. Volvimos al jardín, mientras él tarareaba y tosía, acercándose a la pregunta. Y

mientras estaba sentada allí, algo en él me llamó la atención. Era, como Zed habría señalado con burla, bastante feo; e incluso su fealdad era insignificante, pues había muchos hombres en la ciudad con rostros y figuras igualmente rechonchos y toscos. Pero, a pesar de todo, era un hombre, una persona. Lo miré fijamente a los ojos (recuerdo que eso lo ponía nervioso), y pensé: quizás alguna vez fue guapo. Tenía cuarenta y cuatro años cuando me pidió matrimonio, pero yo lo imaginaba a los diecisiete o dieciocho. Y sus ojos eran de un azul brillante. De hecho, el rubor de su tez, ese enrojecimiento, solo hacía que sus ojos azules resaltaran aún más. Lo imaginé joven, delgado (quizás), con una abundante cabellera, y luego pensé en esos mismos ojos brillando en su rostro. ¿Por qué los ojos no envejecen? ¿Por qué no podemos estar hechos de materia ocular, para conservar nuestro brillo hasta la vejez? Pensé que los rasgos de Ander no denotaban «belleza», sino «hombría», y que, como tales, eran perfectamente aceptables.

Después de la boda, nos fuimos de luna de miel en un crucero, en un yate de treinta metros que nos prestó un amigo de mi padre. Éramos Ander y yo, con dos tripulantes y un chef. Pero, mientras navegábamos, pasando por las Columnas de Hércules y recorriendo la costa de África, pude ver otra faceta de mi nuevo esposo. Donde antes siempre había sido tímido, torpe y rígido a mi alrededor, o bien tropezando con las malas hierbas del jardín, o dejando caer los cubiertos de la mesa, bajo el brillante sol amarillo de la

luna de miel trepaba por el yate como un mono. Se desnudó de cintura para arriba, dejando al descubierto el mismo vello irregular y rizado en el cuerpo que en la cabeza, y corría arriba y abajo por la jarcia. Esto me incomodó en silencio, por razones que no lograba articular del todo. Era, de alguna manera, inapropiado; como si mi esposo se hubiera revelado como un farsante, como si su torpeza no hubiera sido más que una actuación y ahora me estuviera provocando con su verdadera agilidad. Quizás estaba enfadada porque una parte de mí esperaba casarme con un hombre que siempre sería inferior a mí, y esta demostración chocaba con esa expectativa. Desde luego, estaba bastante enfadada, y mi enfado se manifestaba en gritos agudos de preocupación desde lo alto del mástil. «¡Cuidado, querido! Será mejor que bajes ya». O: «No, no, te vas a caer. Hay tiburones en estas aguas, ¿sabes?».

Después de la luna de miel, efectivamente, conseguí mi propia casa, a doscientos metros de la casa de mi padre. Y como no tenía nada que hacer y las tareas domésticas las atendían los sirvientes, pasaba mucho tiempo paseando por la avenida y simplemente estando en mi antiguo y más familiar lugar. A veces, mi padre me encontraba y bromeaba diciendo que me había escapado de casa. De hecho, esa era una fantasía que a veces me venía a la mente. No es que mi marido fuera un mal marido. No lo era. Creo que era un buen marido. Pero había cierta incomodidad que nunca

desapareció entre nosotros, una especie de barrera que él nunca logró quitarme del todo.

En parte fue una cuestión de mala suerte, por supuesto. Los primeros tres años de nuestro matrimonio coincidieron con la puesta en marcha de los planes para el Viaje, el viaje hasta aquí, a Salt. Las propias inquietudes de Ander sobre ir, sobre juntar el capital suficiente para asegurarnos un futuro en el Nuevo Mundo, sobre organizar todos sus asuntos en la Tierra, todo eso quedó eclipsado para mí por las disputas familiares que ya no eran, ni estricta ni completamente, mías. Zed se negaba a ir al Nuevo Mundo, se negaba rotundamente. Mi padre insistía rotundamente en que iría, en que todos iríamos. Hubo discusiones terribles, en las que mi padre gritaba que el ejército no le había enseñado disciplina a Zed, y en las que Zed aullaba, literalmente aullaba, una serie de incoherencias. Y estas fueron solo las peleas que presencié; debió haber muchas más, cuando estaba en mi propia casa, a poca distancia de allí. A pesar de todo, el único hilo conductor que nos mantenía unidos como familia era que Zed jamás contempló la posibilidad de abandonar la casa de mi padre y labrarse una vida por su cuenta. Nuestro padre nos parecía una realidad tan ineludible que no podíamos concebir una alternativa a su voluntad, del mismo modo que no podíamos imaginar una alternativa a los latidos de nuestro corazón.

Finalmente, Zed accedió, cedió ante la voluntad de Padre. Los gritos que había proferido, el menosprecio a una figura

tan inviolable como Padre, parecían haberlo dejado apático y exhausto. Y así, todos estábamos preparados. Era el gran proyecto de Padre, la culminación de sus conexiones con la élite militar. Y durante un tiempo después de la muerte de Padre, Zed se obsesionó entre lágrimas con ir al nuevo planeta. Iba, decía, para dedicar su vida a construir un nuevo mundo, un monumento a la memoria de Padre. «Nos mostró el camino», recuerdo que dijo. «Padre nos mostró la Tierra Prometida, pero era un Moisés y Dios nos lo ha arrebatado». Mi propio duelo era tan diferente al de Zed que todo ese espectáculo simplemente me repelía. Después de dos semanas de melodrama, bravuconería y llanto, Zed se calmó, se serenó, incluso pareció endurecerse un poco. No iba a ir, dijo. No podía ir. ¿Por qué iba a desperdiciar una vida tan buena en ese mundo lejano y desconocido? ¿Por qué iba a someterse a las penurias de la frontera en un territorio inexplorado? Claro que nunca me sugirió que no fuera, porque sabía que mi marido iba a ir, y como era natural, yo haría lo mismo que él.

Y, últimamente, he empezado a preguntarme si hice bien en venir a Salt. Plantear la pregunta así parece invitar a una respuesta negativa, pero en realidad la planteo de forma abierta. Cuando pienso en Zed, que sigue vivo (supongo) en la Tierra ahora mismo, siento nostalgia. Zed es lo más parecido a Padre que queda en el universo. Pero luego pienso en ese viejo mundo y solo puedo imaginarlo en términos de su desaparición.

Ander murió en el tanque de hibernación. Lloré más públicamente por él que por mi padre, pero, de nuevo, eso se debió en parte a que mucha gente moría en hibernación y había un sentimiento generalizado de tristeza. La cualidad contagiosa del duelo colectivo, como la risa. Y, sinceramente, la verdad es que no lloraba exactamente por él. Lloraba por mi padre, por la fuerza con la que respiraba y se movía, la fuerza que lo definía. Y por un corazón que no pudo flexionarse y que, por lo tanto, estalló en un ataque catastrófico que lo lanzó de la silla contra la estantería y lo dejó tendido en el suelo de su estudio con libros de tapa dura esparcidos sobre él.

Solo he superado lentamente el duelo por mi padre, aunque ese duelo ha sido algo oculto. Una de las maneras en que se manifestó fue al fundar la Liga de Mujeres de Senaar, lo que me mantuvo alejada de las malas compañías durante el viaje. A nuestro Líder le complació considerarme una especie de portavoz de la opinión femenina, como si tal cosa pudiera condensarse fácilmente. Y trabajé arduamente en la Liga, guardando en lo más profundo de mi ser el hecho de que en realidad no me gustaban las mujeres, y que ciertamente no las respetaba. Mirando hacia atrás (y la Liga ya estaba más o menos disuelta cuando finalmente establecimos Senaar en Salt), pienso en ello como un elaborado plan para ponerme en compañía de hombres, para ganarme la aprobación de los hombres en el poder. El día que conocí al Líder por primera vez fue uno de los más

emocionantes de mi vida. Pero si eso era todo lo que representaba la Liga de Mujeres de Senaar, entonces, en cierto sentido, estaba mintiendo a todos. Oré al respecto y pedí guía a Dios. Quizás Dios me estaba quitando el asunto de las manos con el giro de los acontecimientos. Porque, una vez que comenzó la guerra, realmente ya no había necesidad de una Liga de Mujeres. Es bastante paradójico, de hecho. Hoy en día, es posible caminar por Barlei Parade y tener la impresión de que Senaar no es más que mujeres. Incluso los pocos hombres que merodean por la ciudad tienen un aire femenino. Viejos y encorvados por la vanidad de los ancianos, todo telas caras y corbatas exageradas en lugar del azul liso del uniforme de los jóvenes. O algunos hombres enfermos, heridos o cojos, y también tienden a pavonearse como mujeres; deteniéndose constantemente a examinar su reflejo en el escaparate de una tienda, para ver si su manga vacía está bien metida en el bolsillo de la chaqueta. Oh, no debería tener esos pensamientos sobre los héroes de Senaar, hombres que han sacrificado partes de su cuerpo, pero cada vez me invade más la tentación. Las mujeres también están heridas, pero como sus heridas no se muestran tan abiertamente, pasan desapercibidas, son ignoradas.

La semana pasada, Ruby llegó a la oficina rebosante de alegría. "¡Está todo en Visuals!", exclamó. "¡La guerra ha terminado!".

Casi se me escapa, como un eructo incontrolable, la burla de decir: "¿Otra vez?". Pero si hubiera sido sarcástica, Ruby me habría malinterpretado, creyendo que hablaba en serio, o, si hubiera captado el sentido de mis palabras, se habría sentido profundamente herida. Y como ella cree en el Líder, no le parecía contradictorio que la guerra se anunciara como terminada, como ganada, y que aún así se siguiera librando. Cada anuncio de victoria la llenaba de una alegría genuina.

En realidad, me doy cuenta de que estoy pintando a Ruby como una especie de tonta, una idiota, y no lo es. Supongo que acepta con tanta facilidad la versión oficial sobre la guerra porque la mayor parte de sus pensamientos están alejados de los asuntos oficiales. Quizás la mayoría de la gente sea así. Piensa en el trabajo del día, en qué cocinar para su marido cuando vuelva a casa, en qué programas de televisión ver el fin de semana. Se siente más cómoda con los chismes sobre la gente (mujeres, inevitablemente, porque solo hay mujeres a su alrededor) porque no tienen nada que ver con la vida oficial de Senaar. Y quizás esto le proporciona consuelo, un escudo contra las brutalidades del panorama general.

Después del incidente con el niño ahogado, por ejemplo, estábamos de vuelta en la oficina, las tres hablando del tema. «Es un suceso tan trágico», decía Clare. «Le habrían puesto un filtro nasal después de cumplir quince años, ¿no?».

—Sí —dijo Ruby—. Eso podría haberle salvado.

—Catorce años —dijo Clare—. Una edad tan trágica para morir. Tenía todo un futuro por delante.

Me dieron ganas de decir: el ejército delante de él, y su cuerpo pegado como un puercoespín al enemigo hasta que desangrase su vida sobre la sal. Pero claro, no dije nada de eso. Y, de todos modos, esa no era la línea que seguían los pensamientos de Ruby y Clare.

«Hay muy pocos hombres jóvenes que puedan acceder a ser solteros», dijo Ruby.

'Y ahora uno menos.'

«Los jóvenes con sus uniformes…», dijo Ruby, con la voz algo temblorosa. No era una frase, solo un comentario al azar, pero le bastó a Clare, quien asintió y dijo: «Mmm». Entonces ambas me miraron.

Estoy segura de que me encuentran rara. Les inquieta la forma en que a veces parezco desconectada de la vida en Senaar, de la guerra. Puede que suene sarcástico lo que digo sobre Ruby, pero si alguna vez desafiara su banalidad, se enfurecería contenida y me diría (como ya lo ha hecho varias veces de forma más indirecta) que yo no estaba en la ciudad aquella terrible noche en que el enemigo bombardeó Senaar por primera vez. Que no viví el horror y que, por lo tanto, no tengo derecho a opinar. Quizás tenga razón. Ciertamente ha

habido otros bombardeos, uno de los cuales rompió todas las ventanas de nuestra oficina y nos tiró al suelo con las manos sobre la boca. Pero sigo sintiendo que la guerra es algo que ocurrió mientras yo estaba fuera.

Tras la muerte de Ander, descubrí que tenía dinero de sobra para vivir cómodamente. Y durante un tiempo, así lo hice. Dedicaba la mayor parte de mi tiempo a la iglesia; al principio, incluso ayudé a financiar y construir una iglesia, con un gran ventanal quintiglás con vistas a Galilea. Luego, tuve muchas responsabilidades relacionadas con la iglesia. Pasaba mucho tiempo rezando. Pero después de regresar de mi desafortunada expedición diplomática al enemigo, no hice absolutamente nada. Me quedaba en casa, literalmente mirando la pared. O esperaba afuera, ajena al peligro de la radiación, viendo pasar a la gente apresuradamente. El dinero puede comprar ese nivel de depresión, así como ese nivel de indolencia.

Pero, a medida que la guerra se intensificaba, mi dinero disminuía. Hubo tres devaluaciones de mis ahorros en efectivo en tres semanas, y luego una devaluación de mis ahorros electorales (donde estaba invertida gran parte de mi fortuna). Al mismo tiempo, el precio de los alimentos comenzó a subir de forma alarmante. Los precios aumentaban entre la mañana y la noche, por lo que la gente empezó a desayunar como la comida principal del día para ahorrar un poco. Salir a la calle ofrecía un nuevo espectáculo: gente delgada y andrajosa, en particular los

holgazanes de Eleupolis, obreros y obreras cuyos salarios fijos después de impuestos les impedían comprar comida. Algunos intentaron mendigar, pero eso conllevaba la expulsión. La mayoría simplemente merodeaba por la calle, como desafiando al sol a que les diera cáncer y así acabar con su miseria.

No es que me quedara en la indigencia por las devaluaciones o las subidas de precios, aunque la situación se complicó bastante. Pero me pareció una señal del Destino, de lo Divino, y así lo interpreté. Encontré trabajo en la oficina del Tesoro de Votos: no en una de esas casas de bolsa donde todo el mundo se dedica a regatear y gritar por teléfono. Eso era demasiado estresante para mí. No; trabajo en el Tesoro Oficial de Votos. El trabajo es bastante ligero, y tenía la suficiente notoriedad como para ser una candidata plausible al puesto de Secretaria Principal. Pero en realidad hay poco que hacer, aparte de las reuniones ocasionales del Senado o del Parlamento donde se requieren votaciones oficiales con urgencia. Y el sueldo es bajo: Ruby y Clare tienen maridos que les proporcionan la mayor parte del dinero para vivir; y yo tengo mis ahorros. Mi herencia. Desde luego, no podría vivir con un sueldo oficial básico.

Pero de eso precisamente estoy hablando: de la actitud de mi última fase. Trabajo en el corazón de una de las instituciones cruciales de nuestra democracia, el mismísimo proceso por el que funciona la votación. ¿Pero me siento involucrada en el mundo político? No. Siento que paso todo

el día sentada en una oficina con Ruby y Clare, escuchándolas cotillear. Siento que me muerdo los comentarios que serían inapropiados y que solo les causarían dolor. Siento que llego a casa por la noche a un piso vacío, a menos que sea la noche de misa. Algunos días llego especialmente temprano, porque no tengo nada que hacer en casa. En esas ocasiones, me encuentro hablando con el limpiador, un joven eleupolisiano educado que habla mal el idioma común. Llega antes del amanecer y limpia a fondo toda la oficina con productos de limpieza que tuvo que comprar él mismo. Pero cada vez que me ve, baja la mirada, temeroso de que pueda hacer que lo deporten. No puedo creer que gane lo suficiente para permitirse siquiera la comida más sencilla, y sin embargo supongo que está mejor en Senaar que en el caos de Eleupolis. Calculo que tendrá veintitantos años: un joven delgado y barbudo. Aun así, lo veo como un niño, aunque sea un hombre. Me importa este incómodo vaivén mental de definiciones: niño, hombre, hombre–niño, niño–hombre. A veces, hablando con este joven, cuyo nombre ni siquiera conozco, lo veo emerger lentamente de su caparazón, su sonrisa se extiende para mostrar sus dientes, mientras su lenguaje fragmentado reconstruye alguna observación cómica. Pero entonces oigo que se abre la puerta de abajo, y la voz de Ruby arrullando un hola desde la escalera, y frunzo el ceño y le hago un gesto con la mano para que se vaya. No sería apropiado que me vieran hablando con un eleupolisiano. Ruby se escandalizaría. Y justo antes de que se gire para llevarse el

cubo, escaleras abajo, a su armario, veo cómo su rostro vuelve a mostrar sus habituales arrugas de tristeza. Al escribir sobre ello ahora, siento una cierta melancolía. Pero en aquel momento, si soy sincera, en el fondo tenía una especie de regocijo latente al saber que podía levantarlo solo para volver a aplastarlo.

El otro día, la esposa de un alto oficial del Tesoro nos visitó. Tenía algún pretexto dudoso para venir, supongo; preparar el terreno para alguna solicitud militar oficial de votos. Pero, en realidad, vino a presentarse ante nosotras tres. Conocía a Ruby de un club de esposas de oficiales y, según dijo, había estado por la zona comprando una estola nueva.

Se llamaba Pel. Era una mujer corpulenta, con un esqueleto crujiente que crujía bajo el peso de su carne al moverse. Su piel tenía un aspecto extraño, como de madera, no exactamente veteada, sino con un moteado color salmón que bien podría haber sido su maquillaje. Vestía un abultado traje de chaqueta marrón oscuro que crujía como hojas secas cuando gesticulaba con los brazos o cuando cruzaba las piernas después de sentarse. La estola era muy fina: una imitación de visón cuidadosamente elaborada. «Vamos», la animó con voz entrecortada. «Siente los pelos».

Todos sentimos los pelos.

Se paró frente a nosotros y extendió ambos brazos como un crucifijo, con la estola colgando de una mano a la otra y

alrededor de la nuca. «¿No es magnífica?», dijo. Todos asentimos con la cabeza.

Entonces se sentó. Antes de la guerra, podríamos haberle ofrecido té, pero hacía más de un año que no teníamos té.

—Es una preciosidad, una preciosidad —dijo Ruby—. Pero, ¿por qué la has comprado, querida Pel? ¿Es para alguna ocasión especial o simplemente para impresionar a tu amado marido?

—Bueno —dijo Pel en voz baja—. Aún no está confirmado, pero mi marido me dice que puede que haya una reunión especial la semana que viene. Que puede que estemos los dos en la misma sala que... ¡en voz baja... el Líder! —Se recostó en la silla, con una expresión de «¿qué te parece?» en el rostro.

Observé a Ruby. Podía verla radiante, mientras sus músculos se contraían bajo su rostro. Estar en una reunión social con el Líder era un premio impresionante en el mundo de los chismes. Ruby buscaba alguna manera de eclipsarlo, o al menos de llevarse parte del protagonismo de su visita.

De hecho, fue Clare quien habló. «¡Ay, qué envidia me das!», dijo con ingenuidad. «Me encantaría conocer a nuestro líder».

—Rhoda ha conocido a nuestro Líder —dijo Ruby, un poco demasiado rápido—. ¿No es cierto, querida? Lo has visto más de una vez.

Pel hizo una pausa lo suficientemente larga antes de volverse hacia mí. —¿Lo has hecho? —susurró—. ¿De verdad?

Estuve a punto de suspirar, pero logré contenerme. Suspiré porque cada vez que contaba esta historia a un grupo de mujeres, la narración inevitablemente pasaba de la gloria de hablar con el Líder al polvo y las cenizas de los acontecimientos posteriores. De hecho, la trayectoria era tan obvia que mis pocas amigas de la iglesia se cuidaban de mencionarlo en público. Pero Ruby era miope. En ese momento, solo veía la oportunidad de impresionar a esa mujer elegantemente vestida. Más tarde, cuando la conversación se encaminaba hacia el inevitable dolor, tragaba saliva, se sonrojaba y se sentía estúpida. Pero era tal la naturaleza de su miopía que nunca aprendió a ser prudente.

—Sí —dije—. Lo he hecho.

—¿Cómo era él? —preguntó Pel—. Lo vi hablar una vez, dirigiéndose a toda una multitud. Me pareció que tenía *una presencia imponente.*

Por un instante me permití albergar la esperanza de que los recuerdos de Pel ahogaran mi propia necesidad de volver a contar la historia. Pero se detuvo con un tartamudeo en la última palabra, casi una tos. «¿Pero cómo lo conociste? ¿Por qué? ¿Fue por asuntos del Tesoro?»

'No. Fue antes de que trabajara en el Tesoro.'

«Ella tuvo audiencias privadas con él», dijo Ruby.

'¿*De verdad?* '

Hice una pausa, pero luego continué. «Fue antes de la guerra», dije. «Se trataba de establecer contacto con el enemigo. Con Als, y el Líder me pidió que representara a mi pueblo como diplomática». Se hizo un silencio. Pude ver que Pel ataba cabos.

—¿Eras tú? —dijo, con los ojos desorbitados por el asombro—. ¿Fuiste tú quien fue a Als? ¡Vaya, no tenía ni idea! Pensé que era una estupidez, ya que apenas me había conocido hacía unos minutos. Pero fui demasiado dura. Era una de esas cosas que la gente suele decir. Casi podría haber dejado pasar toda la historia, devolverle la palabra con alguna pregunta sobre su estola, si no hubiera añadido: —¿Pero no te capturaron? Oí que te torturaron. La última palabra, «*torturada*», salió en un tono entrecortado y jadeante, como si la corrección finalmente la hubiera alcanzado. Un escalofrío repentino recorrió la habitación.

Sentí un deseo terrible de indignar a esta mujer, a todas estas mujeres. Quería que su expresión complaciente de vaga lástima se transformara en desconcierto, como si con unas pocas palabras pudiera tomar a esta desconocida y sumergirla en el pozo del dolor para que no se lo tomara todo tan a la ligera. ¡Como si esto fuera (me dieron ganas de decir) un tema para conversar con una casi desconocida! Pero había una barrera que se derrumbó en mi interior, y toda la oscuridad y la decadencia, toda la maldad desbordante, quedó bloqueada. No tenía nombre, era simplemente «eso».

Después de que "aquello" sucedió, después de que regresé de Als, me *interrogaron.* Varios oficiales militares me habían prometido que me sometería a este proceso mientras me traían café. Tenían los ojos muy abiertos, la boca ligeramente entreabierta, al ver la camisa desgarrada que aún me cubría el cuerpo; y los moretones. Me trajeron café y una camisa militar que era demasiado grande y áspera para mi comodidad, pero me la puse de todos modos. Y, por supuesto, sabía lo que era un "interrogatorio"; no era tan ignorante. Pero en mi estado, rígida pero a punto de derrumbarme, no podía oír bien esa palabra. Me habían enseñado a usar la palabra "*briefs"* para referirme a la ropa interior, una palabra que rendía un delicado homenaje al hecho de que si había que mencionar esas cosas, debían suceder y pasar rápidamente[5]. Mientras estaba sentada allí,

5 Brief, significa breve o corto. [N. T.]

en una pequeña habitación militar, sosteniendo la enorme taza de café con ambas manos entrelazadas a su alrededor, mi mente visualizó vívidamente el interrogatorio, la violenta desvestidura, y comencé a estremecerme. Otra parte de mi mente intentaba ser severa, diciéndome: «*No seas ridícula, Rhoda, estás siendo ridícula»,* y «*esta es tu gente, te ayudarán».* Pero durante todo el tiempo que pasé en esa instalación militar, los tres días antes de regresar a mi casa en la ciudad, solo pude controlar los escalofríos y las ganas de gritar, congelándome por dentro. Creo, y no soy dada a la hipérbole, que en ningún otro momento de mi vida he tenido que ser tan fuerte.

En la sesión informativa, cuando ocurrió, me interrogaron sobre esto y aquello. Sobre todo querían saber sobre la capacidad de los alsistas para hacer la guerra (los llamaban, en todo momento, «los anarquistas»; solo más tarde se formó la costumbre de llamarlos «el enemigo»). Pero hubo cinco minutos incómodos cuando me pidieron que relatara los sucesos del viaje hacia el sur. Habían traído mi vieja camisa rota y la habían puesto sobre la mesa frente a mí, casi como si fuera un testigo en mi contra, y fijé la mirada en ella para no tener que mirar los rostros masculinos. Y llené mis oídos con mi voz interior: «*Están intentando ayudarte, esta es tu gente»,* y traté de reconstruir la historia. Lo más importante, sentí, era no llorar. Parecía lo más crucial del mundo no llorar. Sin embargo, cuando llegué al punto clave, flaqueé. Las palabras no salían. Uno de los hombres

preguntó, en voz baja con lo que presumiblemente creía que era respeto, pero que a mis oídos sonó más a horror: "¿Te... acosaron?". Esa, entonces, se convirtió en la expresión que capturó el suceso. Y precisamente por ser una frase tan evasiva, de alguna manera cumplió su propósito. En todas las demás ocasiones posteriores en que me preguntaron, la usé: me acosó. Pero esa era una palabra, una barrera polisilábica en sí misma, que solo bloqueó aún más por completo la agitación interior. Y tras esa barrera había una sensación de hinchazón, de crecimiento.

Ese día en la oficina, sentí un impulso demoníaco de gritarle a esa mujer, de usar las palabras que siempre me había reprimido demasiado para usar (incluso aquí, en este documento). Pero el impulso pasó. Una parte de mí sabía, ¿entiendes?, que ese desahogo momentáneo habría dejado un vacío en el que se habría desatado una tempestad de culpa y remordimiento. Así que no dije nada, solo bajé un poco la mirada.

Pel dijo: "¡Qué terrible!" Y luego otra vez: "¡Qué horrible!".

Ruby frunció el ceño. Comprendí entonces que se sentía engañada, como si el mérito que le habría correspondido por tener una amiga y compañera de trabajo que había conocido al Líder hubiera sido envenenado. No importaba que hubiera sido ese alsista quien lo hubiera hecho; de alguna manera, en ese contexto, era culpa mía. Supongo que, idealmente, Ruby habría querido una amiga que simplemente hubiera

conocido al Líder, sin todo lo desagradable que lo acompañaba. Pero por quién era yo, por lo que me había pasado, Ruby estaba atrapada en una situación en la que su espontáneo orgullo siempre iba a estar contaminado, contaminado por algo que nosotras, las mujeres juntas, ni siquiera podíamos nombrar.

Para intentar salvar algo la reputación de Ruby (y desde luego no porque quisiera seguir hablando, pues hubiera preferido guardar silencio), intenté animar el ambiente. «Solo lo vi dos veces», dije. «Y una vez cuando había otras personas presentes, pero solo en dos ocasiones fueron encuentros personales. Siempre fue extremadamente cortés».

Claro que, al pronunciar la palabra, me di cuenta de lo débil que era. No es que no describiera al Líder, porque así era él: cortés, con todas las connotaciones de cortesía y caballerosidad que ello implica, y una profunda distancia, la de un hombre sin conexión con las mujeres y sin interés en cultivarla. Pero la palabra era inútil e insuficiente para las expectativas de Ruby y Pel sobre cómo describir al Líder. Querían más.

—¿Y cómo era él? —preguntó Pel con insistencia.

Estuve a punto de rendirme, porque realmente no tenía energía para continuar. Pero las consecuencias habrían sido muy desagradables, así que añadí: «Es un gran hombre. Se

nota mucho cuando estás con él. Se percibe casi eléctricamente que el destino de un pueblo descansa sobre sus hombros. Pero tiene tal vigor que es asombroso». O dije algo así, que he dicho infinidad de veces en reuniones de mujeres, en fiestas o donde sea.

Y Pel respiró hondo, aliviada por fin de su angustia ante mi sufrimiento inconfesable, su temor a que se inmiscuyera en la conversación. «Siempre lo dije», dijo. «Siempre dije que tenía una presencia imponente".

He tenido varios sueños sobre el niño–hombre ahogado. En algunos de ellos, soy yo quien lo ahoga, metiéndole una camisa en la boca para que se atragante y se asfixie. Me despierto de estos sueños sintiéndome fatal, sudando y con asma, jadeando. Me invaden un sinfín de pánicos (¿se habrá roto la ventana?, ¿me estoy ahogando con cloro?, ¿se está quemando la casa?) antes de poder tranquilizarme. Pero los sueños siguen volviendo. Mi único remedio, creo, es la oración. Quizás solo dentro de una iglesia puedo alejarme del mundo de los hombres, del mundo de la guerra, y hallar una burbuja de paz que me envuelva. La guerra es algo asfixiante: es una sociedad que se ahoga.

Pero la ironía, supongo, es que incluso mi religión ha cambiado. La adoración de los demás me parece incoherente y equivocada hoy en día, y cada vez más voy a la iglesia a horas intempestivas, escapándome de la oficina para evitar las multitudes.

Sería una expresión demasiado enérgica decir *que tuve una revelación;* pero quizás, en voz más pasiva, podría decir que ha llegado una revelación; se me ha invadido en la noche. Solía pensar que mi visión de Dios era la de mi pueblo, la de mi Líder. Pero la guerra me ha dado la oportunidad de revisar esto. Me doy cuenta de que para el enemigo, Dios no es más que una versión de sus propios egos, una sombra monstruosa de deseo y apetito sentada en el trono. Y por supuesto, frente a tal blasfemia, nuestra causa es justa. Pero últimamente he comprendido que Dios para el pueblo de Senaar es algo colectivo, como la voluntad que une la acción de miles; como los patrones de luz proyectados en una pared, o el correteo de peces de piel plateada en aguas iluminadas por el sol, moviéndose y girando como un solo organismo. Nuestro Líder ve este patrón en sí mismo, y Dios es nuestro Líder en otro lugar. Dios es aquello en lo que todos estamos absorbidos. Pero cuanto más se prolonga la guerra, cuanto más me sucede, menos pienso en Dios en estos términos. El *propósito* de Dios, si se me permite decirlo sin exagerar, no es disolverse en Él.

Él es lo que mantiene alejados a los demás, es la membrana que me define como yo mismo y no como una nada acuosa e indefensa. Y el cuidado minucioso de lo que hay dentro de mí, la vigilancia constante, encontrará su sentido en Dios.

Aquello que, con un esfuerzo incesante de voluntad, de no vomitar, lo que se me queda atrapado dentro, es una joya preciosa, cuyos bordes biselados a veces duelen contra mis delicados órganos internos.

Pero una joya de gran valor. Me veo aferrándome a mi alma, un estuche que contiene un tesoro inimaginable, algo que otros robarían. Y esta protección de lo precioso es el objetivo: poder llegar y presentarle al Padre este don.



ACERCA DEL AUTOR

ADAM CHARLES ROBERTS (1965–) Académico británico (actualmente catedrático de Literatura del Siglo XIX en la Royal Holloway, Universidad de Londres) y autor que inició sus dos carreras literarias entrelazadas —como novelista de ciencia ficción y como crítico— el mismo año con la publicación de su primera obra de ficción, *Salt* (2000), y su primer trabajo académico, *Science Fiction* (2000; rev vt Science Fiction: Second Edition 2006). Quizás se le conoce más por su ficción que por su crítica perspicaz y sólidamente argumentada, ya que la mayoría de sus obras críticas e históricas sobre ciencia ficción han sido publicadas por editoriales académicas para un público especializado. En cierto modo, sin embargo, puede decirse lo mismo de su ficción, con la excepción de las *Parodias,* que se enumeran

por separado más adelante, las cuales están claramente dirigidas a un público amplio familiarizado con sus objetivos.

El lector versado en la historia de la ciencia ficción del siglo XX puede encontrar que los experimentos mentales que dan forma a la mayoría de las novelas de Roberts son extrañamente distantes, que los mundos descritos son notablemente remotos. Si bien sus novelas reiteran e intensifican muchos de los tópicos centrales de la ciencia ficción dura del siglo XX, lo hacen dentro de contextos que parecen ajenos al paradigma de la ciencia ficción dura centrado en mundos extrapolados directamente del nuestro, relatos cuyos resultados son claramente trascendentales para el Homo sapiens. Roberts, varias de cuyas novelas están claramente concebidas como sátira, parece relativamente indiferente a las consecuencias; y muestra, además, poca de la típica predisposición de los escritores de ciencia ficción dura —fiel a los orígenes de la ciencia ficción dura en la ciencia ficción de género estadounidense— favoreciendo protagonistas no gubernamentales cuyas invenciones o aplicaciones de nuevas tecnologías salvan el planeta. Su uso, muy informado pero reservado, del megatexto de la ciencia ficción confirma la sensación de que es, por naturaleza y aplicación, un heredero natural de la tradición de la novela científica.

Más allá de la breve serie de detectives de ciencia ficción *Alma*, Roberts no ha escrito ninguna serie; cada novela tiende a presentar un nuevo experimento mental

autocontenido cuya expresión agota el marco del escenario, dejando poco espacio para secuelas. En su primera novela, *Salt* (2000), varios grupos de migrantes humanos se asientan en el planeta homónimo, cuya radical y exigente simplicidad —está cubierto de sal— lo convierte en una caja de resonancia frente a la cual las terribles incompatibilidades de las dos sociedades se hacen drásticamente evidentes: una de ellas es una jerarquía patriarcal y la otra una sociedad anárquica. La historia fue criticada por excesos de claridad diagramática y por la renuencia de Roberts a desarrollar su relato a través de protagonistas complejos y/o simpáticos, aunque las analogías con la saga *Dune* de Frank Herbert eran reveladoras. Estas características, marcaron de manera similar su segunda novela, *On* (2001), que describe sociedades humanas luchando por la existencia en cornisas que sobresalen de un acantilado o muro abrumador que desciende para siempre, siendo de hecho la superficie de la Tierra después de una conmoción escasamente racionalizada que (como si el planeta fuera transpuesto a un cosmos alternativo bizarro) ha puesto la gravedad de lado. *Stone* (2002) –ambientada en un escenario mucho más exuberante, lejano, utópico, hedonista y que abarca toda la galaxia– parece al principio un homenaje ala serie de la Cultura de Iain M Banks, argumentándose ambos universos en términos de una economía sin escasez, con inmortalidad asistida por nanotecnología, aunque sin IA en este caso; pero pronto se torna mordaz en una sátira ácida, ya que el viaje fantástico emprendido por su protagonista (un hombre que

una vez fue mujer) descubre una serie de sociedades cruelmente irresponsables, casi (aparentemente) justificando su misión, pues ha sido liberado de prisión para cometer un genocidio planetario. *Polystom* (2003) se sitúa en un cosmos alternativo, un sistema solar cuyos planetas, que están separados por solo miles de millas, comparten una atmósfera, ya que el vacío es imposible en este universo; el relato inicialmente combina steampunk y una sátira suave a través de su protagonista, que está claramente inspirado en Bertie Wooster de P.G. Wodehouse; pero las muertes y la guerra pronto pondrán fin al idilio. La búsqueda de la realidad del joven y despistado Polystom le reportará una victoria pírrica: el planeta devastado por la guerra en el que podría morir, al igual que el resto del universo, podría ser un artefacto de realidad virtual alojado en una plataforma informática de nuestro propio cosmos (aunque lo contrario también podría ser cierto); sea cual sea la verdad, la guerra en la que se encuentra atrapado probablemente acabará con su vida. En *The Snow* (2004), de forma mucho más sencilla, el mundo se ve transfigurado por un desastre: una nevada de cinco kilómetros de profundidad cuya surrealista inevitabilidad evoca claramente los apocalipsis de los primeros trabajos de J.G. Ballard, y se convierte en una imagen, que roza peligrosamente la alegoría, de la entropía más oscura: personal, política y planetaria.

La cruel claridad experimental de estas primeras novelas se ve atenuada en *Gradisil* (2006), un relato de futuro cercano ambientado en un mundo mágicamente inmune al cambio climático, donde un archipiélago de asentamientos espaciales cercanos ha sido posible gracias a la invención de naves capaces de surfear las magnetosferas con forma de Yggdrasil[6] en cada polo hasta alcanzar la órbita. Los adinerados libertarianos que viven allí, parásitos del planeta que se encuentra debajo, pronto logran liberarse de la hegemonía estadounidense en el espacio cercano, pero este experimento mental político se ve empañado por un romance familiar simplista y es incapaz, dentro de la coherencia procusteana que suelen exigir los experimentos mentales, de abordar el planeta en toda su problemática plenitud. Las siguientes novelas de Roberts, aunque afectadas por esta difícil conciliación entre el experimento y la multiplicidad de la realidad, continúan desafiando a diversos argumentos, siempre con una obstinación de intención que a veces da en el clavo. *La tierra de los decapitados* (2007), quizás su sátira más mordaz, expone con precisión las hipocresías del fundamentalismo religioso: en el planeta Pluse, los culpables de casi cualquier delito "grave" son decapitados a instancias de una teocracia que representa una escalofriante mezcla de obsesiones

6 Yggdrasil es un fresno perenne: el árbol de la vida, o fresno del universo, en la mitología nórdica. Sus raíces y ramas mantienen unidos los diferentes mundos: Helheim, Niflheim, Svartalfheim, Muspelheim, Jötunheim, Midgard, Alfheim, Vanaheim y Asgard.

cristianas y musulmanas sobre el sexo y otros temas; pero como aspecto humillante de su castigo, las mentes de los decapitados permanecen vivas mediante la transferencia a una computadora conectada a sus espinas dorsales. El protagonista decapitado, obsesionado por el sexo, la culpa y la preocupación, se convierte en soldado en otro planeta (una técnica de distanciamiento típica de Roberts), hasta que logra regresar a Pluse y resolver sus problemas. *Splinter* (2007) –escrito en conjunto con su propia y hábil adaptación/traducción de Hector Servadac de Julio Verne (1877, 2 vols.) como *Off on a Comet* (2007)– es un agradable homenaje y una glosa de la novela de Verne. *Swiftly* (2008) es un relato de historia alternativa en el que las diversas sociedades representadas en *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift (1726; rev. 1735) de hecho sobrevivieron hasta el siglo XIX, donde se han convertido de diversas maneras en esclavizadas o comprometidas en las espirales de un mundo steampunk, donde Gran Bretaña sufre una asombrosa invasión en 1848: un desenlace radicalmente diferente al destino de los liliputienses en " El reposo de la señora Masham" de T.H. White (1946).

Las novelas más recientes siguen aplicando conceptos claros a mundos confusos, con un éxito novelístico cada vez mayor, aunque siempre con la sensación de que los acontecimientos se narran a través de una lente distanciadora. En *Tibia amarilla y azul* (2009), ambientada en una URSS posiblemente de historia alternativa, el

experimento mental se presenta como un engaño creado en 1946 por un grupo de escritores de ciencia ficción que obedecían la exigencia de Stalin de crear un enemigo externo necesario tras la Segunda Guerra Mundial para mantener su reinado de terror. Describen debidamente una conspiración inspirada en ovnis cuyo clímax es un desastre imaginario en Chernóbil. Pero, en definitiva, la ciencia ficción —que el protagonista define como «una especie de desorientación conceptual de lo familiar»— puede haber impuesto sus propias líneas argumentales rectas al mundo real, ya que, por supuesto, cuarenta años después Chernóbil sufre una fusión nuclear. El protagonista, aparentemente muerto en este punto, sufre la reencarnación en presencia de un Stalin de acero con aspecto de robot, que podría ser un alienígena, un dibujo animado de un experimento mental o el gobernante de algún mundo alternativo que ha venido a burlarse. *New Model Army* (2010), de forma menos impresionante, plantea una especie de ejército mercenario del futuro cercano compuesto por adictos expertos en informática que superan en astucia a las fuerzas convencionales en un Reino Unido asolado por el conflicto al unir (de forma oscura) sus mentes en una especie de wiki: cinco mil mentes que se unen simultáneamente para tomar decisiones de combate correctas. Esta armonía de mentes marciales, similar a una wiki, se conoce como Pantegral, en referencia a Gargantúa y Pantagruel de Rabelais (1532–1564), pero la implicación de que el New Model Army sea en sí mismo una especie de entidad gigante es peligrosamente

abstracta. *By Light Alone* (2011) es una sátira ambientada en un mundo donde la energía solar alimenta directamente el metabolismo humano a través del cabello; aquellos lo suficientemente ricos como para comprar comida tradicional se afeitan la cabeza. La trama destroza este mundo.

Jack Glass: A Golden Age Story (2012) explora nuevamente temas de crimen y castigo, en este caso dentro de un marco de thriller espacial que se expande en una sátira dirigida a los tipos de cultura que florecen en una era donde numerosos hábitats espaciales semiautónomos exhiben una amplia gama de locuras humanas. Intensificando el impacto satírico del relato, el protagonista de *Roberts*, al frustrar el impulso imprudente de la humanidad por explotar los confines del universo, repudia específicamente una visión de la ciencia ficción promulgada por primera vez en la Edad de Oro de la ciencia ficción. Este libro ganó el Premio BSFA y el Premio John W Campbell Memorial. *Bête* (2014), relativamente corto pero narrado con gran densidad, se sitúa junto a *Jack Glass* como la obra más lograda de Roberts hasta la fecha. En un mundo de un futuro cercano donde los animales a los que se les inyectan chips informáticos imitan la sensibilidad o son, de hecho, seres conscientes, se generan complejos conflictos entre quienes defienden los derechos de los animales y quienes —como el protagonista, un carnicero ambulante— se los niegan a las bestias y tienen la costumbre de cortarles la lengua para impedir que hablen. Las interacciones con la música popular reciente son

constantes, al igual que las referencias a la especulación contemporánea sobre la posibilidad de que las IA adquieran conciencia. La novela *Rebelión en la granja* (1945) de George Orwell se cita de forma indirecta pero significativa.

The Thing Itself (2016) presenta de forma compleja un relato de viajes en el tiempo posible gracias a una comprensión adecuada de los argumentos de Immanuel Kant (1724–1804) en el sentido de que (vulgarmente) la estructura percibida de lo "real" es una construcción de la mente humana; y *Bethany* (libro electrónico de 2016), una novela corta, aplica cogniciones similares a un relato cuyo protagonista viajero en el tiempo se debate sobre si asesinar o no a Cristo resucitado antes de que ascienda al cielo. La secuencia de *Alma* comienza con *The Real–Town Murders* (2017), un thriller noir de futuro cercano ambientado en un mundo amenazado con la inmersión en un laberinto de realidad virtual por una Internet sumamente sofisticada; con la misma detective femenina, *By the Pricking of Her Thumb* (2018) es una secuela libre ambientada en las fortalezas de los extremadamente ricos. Aunque técnicamente no fantástica, *El Príncipe Negro* (2018), que se basa en un guion inédito de Anthony Burgess, se distancia radicalmente de su escenario aparente, la Europa del siglo XIV, a través de lo que podría llamarse una narrativa fragmentada: voces, titulares de noticias, panoramas como de cámara. El efecto general debe algo ala trilogía *USA* (1930–1936 3 vols) de John Dos Passos (1896–1970). *Purgatory Mount* (2021), cuya

estructura refleja la de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, está enmarcada por secuencias de ópera espacial de apertura y cierre ambientadas a años luz de la Tierra, mientras una nave estelar generacional comandada por casi inmortales se acerca a su planeta objetivo, que está dominado por una vasta montaña cónica obviamente construida: una macroestructura con secretos. Dentro de ese marco se despliega una sátira del futuro cercano de una América asolada por neurotoxinas que causan amnesia. *Este* (2022) describe las consecuencias de la ingeniería cultural de una aplicación profundamente transformadora que, mediante un proceso que habilita o impone comunicaciones de una intensidad similar a la telepatía, transforma al Homo sapiens en una especie de mente colmena. *La muerte de Sir Martin Malprelate* (2023), narrado de forma más desenfadada, es un relato Steampunk ambientado alrededor de 1848 que presenta al detective Vavasour Holmes, padre de Sherlock. *Lake of Darkness* (2024) se desarrolla en una galaxia utópica de post–escasez de un futuro lejano gobernada por IA, cuyos habitantes humanos —en particular un capitán de nave espacial consumido por ideas— son libres de explorar el universo; su falta de funcionalidad central en este universo se revela a través de que sus empresas son vistas como Fandoms[7]. Las coerciones de un agujero negro amenazan con sacudir las cosas. A diferencia de la serie *Cultura* de Iain M Banks, que también se centra en una

7 Fandom es un servicio de alojamiento gratuito de páginas web basadas en la tecnología wiki, bajo la filosofía de la cooperación.

especie libre de hacer lo que desea, *Lake of Darkness* pasa de cap–a–pie[8] al horror en la ciencia ficción.

Esta inmersión en el horror cósmico lovecraftiano también da forma a la anterior *Twenty Brillion Leagues under the Sea* (2014), un homenaje a Julio Verne cuyo título sugiere que puede ser la última de las parodias de Roberts de autores y series conocidos, siendo JRR Tolkien su primer objetivo con *The Soddit* (2004). Pero *Trillion Years*, cuyo elenco y modo de narración evocan estrictamente el elevado estilo de Verne, se cuenta con una intensidad casi impasible: en 1958, cuando el primer submarino nuclear de Francia, llamado jocosamente Plongeur, que se traduce no como desatascador sino como lavavajillas, se hunde en su primera prueba bajo el mar sin fin a través de un océano que parece no tener fondo, haciendo eco de la profundidad imposible de la nevada en *Snow*. Esta aparente Tierra Hueca en la que el submarino se precipita se abre a otras dimensiones, que pueden definirse como fauces de algún "dios" inconcebible/inconsciente: un final de tirachinas no–Verniano hacia la trascendencia marca la extravagancia robertsiana del relato; las numerosas ilustraciones del libro, de Mahendra Singh, están compuestas en un estilo que evoca 1958. Los objetivos de las parodias publicadas después de la parodia de Tolkien incluyen *Doctor Who, The*

8 Cap-a-pie, armado para la batalla.

Matrix (1999), *Star Wars* y *El código Da Vinci* de Dan Brown (2003).

La no ficción de Roberts no ha sido escrita principalmente para el lector general, aunque es un presentador de historias e ideas mucho más claro que muchos de sus colegas académicos. *Conceptual Breakthrough: Two Experiments in SF Criticism* (2007) con James Holden y Simon King contiene algunas piezas críticas deliciosamente gonzo[9], al igual que las dos colecciones de reseñas de género *Sibilant Fricative: Essays and Reviews* (colección 2014) y *Rave and Let Die: The SF & Fantasy of 2014* (colección 2015). La obra crítica más sustancial de Roberts, *The History of Science Fiction* (2006; exp vt *The History of Science Fiction: Second Edition* 2016), es más interesante por su argumento sobre la naturaleza de las diversas literaturas que finalmente se unieron en el siglo pasado como un modo reconocible.

El meollo de este argumento reside en que la ciencia ficción comenzó a arraigarse alrededor de 1600 en un «choque religioso–ideológico específico entre las visiones del mundo católicas y protestantes», y se articuló de manera más significativa en relatos de exploración espacial. El futuro como punto central de interés y plataforma resulta menos relevante para Roberts, y, en consecuencia, considera la

9 El periodismo gonzo es un estilo de periodismo que se escribe sin pretensiones de objetividad, a menudo incluyendo al reportero o reportera como parte de la historia utilizando una narración en primera persona.

ciencia ficción del siglo XIX esencialmente como una continuación de modos anteriores.

J C

Extraído de:

https://sf–encyclopedia.com/entry/roberts_adam